
BEA INGALLS
CUANDO EL DESTINO ERES TÚ
HarperCollins

BEA
INGALLS

CUANDO EL DESTINO ERES TÚ

HarperCollins

Índice

Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra

Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra
Audrey
Ezra

Audrey
Ezra
Audrey
Agradecimientos

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollinsiberica.com

Título original: *We Used To Be Magic*
© 2025, Bea Ingalls
Publicada originalmente por Orion Children's Books.
Un sello de Hachette Children's Group
© de la traducción: Sonia Fernández-Ordás, 2025
© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 917021970 / 932720447

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte. Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresamente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.

Imágenes de interior: Dreamstime y Freepik
© de la ilustración de cubierta: Bea Ingalls, 2025
Maquetación: MT Color & Diseño, S. L.

ISBN: 978-84-1064-374-1

Composición digital. www:acatia.es

Para mamá y papá

EZRA



—Oh —dice Maggie con los ojos como platos—. Estás aquí.

—Sí… —respondo—. Estoy invitado. Me invitaste tú.

—Lo sé. Me alegro de que hayas venido.

—Sí, se te nota.

—Estoy sorprendida, nada más —responde, y se recoloca un mechón de pelo oscuro detrás de la oreja.

El movimiento hace brillar su anillo de compromiso, con un diamante del tamaño de un garbanzo. De alguna manera, le hace juego con la cara en forma de corazón y el vestido gris pálido; visualmente, componen un todo armónico.

—¿Vas a dejarme entrar? —pregunto, y ella se queda mirándome como si se hubiera olvidado de que sigo esperando en el umbral.

A su espalda, una luz cálida y sonidos amortiguados llenan el espacio.

—Claro —contesta tras una pausa—. Pasa.

El vestíbulo es estrecho y la fiesta está justo al otro lado. A mi lado veo un perchero cargado de prendas colgadas de cualquier manera. Parece un árbol extraño, un tronco delgado que se esfuerza por soportar la carga de una copa lujosa de cuero y cachemir.

—Es que… el código de vestimenta era semiformal —dice vacilante —. Lo ponía en la invitación.

—Por eso llevo americana.

—Sí, pero de pana. Además, tiene una mancha en el cuello.

—Ya, no sé de qué es —respondo mientras me la quito para inspeccionarla—. Ya la tenía cuando me la compré.

—¿Es de segunda mano?

—Clásica, si te parece más apropiado.

—¿Y si te pones algo de Tom? Tiene una de lana gris que le queda un poco grande; creo que te valdrá.

—¿Lo dices en serio?

—O sea…, si quieres.

—¿Hasta ese extremo llega la cosa? ¿Es que esta fiesta es tan fastidiosamente protocolaria?

—No, pero es muy importante para mí —responde con sequedad —. Por eso también tengo que pedirte que no te emborraches, por favor.

—¡Pero si la edad legal para beber en Nueva York es de veintiún años! —exclamo ahogando un grito de asombro—. Por muy ingleses que seamos, la ley es la ley, Mags. ¡Me voy a hartar de cerveza de jengibre!

Lo digo en tono de broma, claro, pero Maggie no cambia su expresión. Por el contrario, inclina la cabeza, se pone a dar vueltas al anillo y su silencio es suficiente para hacerme sentir mal. Por humillante que sea que mi hermana me dé órdenes a la distinguida edad de dieciocho años, mi resistencia es únicamente una broma.

—Vale —me apresuro a decirle un poco avergonzado—. Nada de alcohol. Americana nueva. Lo que tú digas.

—Y… nada parecido a lo que ocurrió en mi cumpleaños, ¿de acuerdo?

Maggie cumplió veintiséis años hace un par de semanas. Fuimos a un restaurante mexicano de fusión en el SoHo y supongo que debí de tomarme un margarita de pomelo de más; vomité en un urinario y era rosa. El vómito, quiero decir. No el urinario.

—Seré un ejemplo de saber estar —afirmo.

—Por cierto, papá ya ha llegado. Y Caroline. Romy vendrá en un rato.

—Supongo que se llevarán una grata sorpresa al verme sobrio y erguido.

Entonces, Maggie esboza una breve sonrisa, aunque ambos sabemos que ahora no estoy bromeando.

Como era de esperar, la americana más grande de Tomas me sigue quedando un poco pequeña. Tener dificultades para encontrar ropa de mi talla forma parte de la circunstancia de medir casi dos metros; eso y los chistes sin gracia sobre mi estatura. Tiro de las mangas mientras rastreo la sala en busca de una cara conocida. Probablemente no estaría aquí de haber sabido que era una fiesta-fiesta y no un evento más reducido y familiar, el tipo de celebración donde mi ausencia habría resultado llamativa. Pero está claro que es todo lo contrario: el precioso apartamento de Maggie es un hervidero de gente que no he visto en mi vida.

—¿Champán?

Me vuelvo y veo a un tipo más o menos de mi edad que lleva una camisa impecable y el pañuelo a juego con la corbata; con una sonrisa casi imperceptible, me ofrece una bandeja de plata llena de centelleantes copas de champán. Hay varios más como él circulando

con bandejas de canapés, porque, por supuesto, han contratado los servicios de una empresa profesional. Maggie no es precisamente muy de *pizza* y platos de cartón.

—Claro —digo al tiempo que alcanzo una—. Gracias.

Beber una copa no es lo mismo que emborracharse, y además quizá necesite estar algo menos sobrio para que de verdad parezca entusiasmado de estar allí. Una bastará para hacer la cosa más llevadera hasta que me vaya, que será pronto. Sinceramente, dudo que nadie se vaya a…

—Ezra.

Me quedo inmóvil, con un ataque de pánico al oír esa voz familiar. Mi primer instinto es esconder la copa, lo cual es una estupidez. Así que me limito a inspirar hondo y poner una sonrisa forzada antes de volverme hacia su emisor. Él también sonríe, para lo cual seguramente ha tenido que hacer un esfuerzo similar.

—Papá —logro decir—. ¿Cómo estás?

Tiene el mismo aspecto de siempre: cansado y bien vestido, con el pelo negro azabache retirado de la cara. Maggie, Caroline o alguna otra persona que no tenga en nómina deberían decirle que, si insiste en seguir tiñéndoselo, sería el momento de cambiar a un tono ligeramente más creíble. Por lo menos lo conserva casi todo, lo cual es un buen augurio para mi futura salud capilar.

—Bien. —Hace una inclinación de cabeza—. Me alegro de verte. ¿Todo bien?

Noto su mirada escrutándome el rostro mientras habla, deteniéndose en mi nariz imperfecta. El médico que me la recompuso después de la fractura hizo un trabajo bastante bueno,

pero sigue un poco torcida, con un pequeño bulto de cartílago en el puente.

—Sí. Todo bien —contesto. Por lo visto, «bien» es el único adverbio que conocemos.

—¿Te adaptas a tu nueva casa?

—Sí, genial. Gracias. —Estas palabras me provocan un regusto amargo, pero tampoco quiero darme aires de superioridad cuando es él quien me está financiando.

No podría permitirme ni un bono de transporte si no fuera por él, así que mucho menos un apartamento de un dormitorio en Midtown.

—Genial —repite—. Genial. Caroline dijo que te ayudaría a elegir los muebles.

—Sí, perfecto. ¿La has visto?

—Ha salido a tomar el aire, creo —responde con el ceño fruncido al tiempo que fija la vista en mi paquete de tabaco, no demasiado perceptible en el bolsillo de la americana.

Sabe que Caroline y yo fumamos, pero, dado que él fumó como un carretero durante veinte años antes de cambiarse a los zumos y el deporte, me parece que no viene a cuento tanto disgusto.

—Ya, bueno… Hay un par de cosas que quería comentar con ella —miento, presintiendo que es la mejor oportunidad que se me puede presentar para zanjar la conversación.

—Claro. Quizá más tarde podamos tener una conversación como es debido.

—Sí. Claro —respondo sorprendido.

Como respuesta, inclina la cabeza y me da una palmada en el hombro, una posible tentativa de demostración de cariño paterno.

Sonrío a modo de réplica, completamente seguro de que me habré ido de la fiesta mucho antes de que llegue ese «más tarde».

Encuentro a Caroline en la salida de incendios, sola y con el mismo vestido azul que se pone en todas las ocasiones formales. Su cuello parece extraordinariamente largo y su pelo oscuro y revuelto le roza la barbilla cuando se vuelve hacia mí.

—Bonita americana.

—Ah, ¿este trapo viejo?

Sonríe y apaga lo que queda del cigarrillo. Saco uno de los míos y Caroline me da fuego con la mano manchada de pintura; la llama ilumina brevemente nuestras caras. Hago un gesto para darle las gracias mientras inhalo y apoyo los codos en la barandilla de metal que me separa de una muerte segura. Abajo, el tráfico es lento, un río de luces que serpentea entre los edificios. No estoy seguro de que en esta ciudad exista nada parecido a la oscuridad. O al silencio.

—No esperaba verte aquí —dice Caroline—. Sobre todo, tan elegante.

—Siempre me encanta superar esas expectativas tan terriblemente bajas de todo el mundo. ¿Por qué no ha venido Romy?

—Está trabajando. Quizá se pase más tarde, dependiendo del lío que tengan con las cenas.

—Yo ni me molestaría. No tengo ni idea de quién es toda esa gente.

—Obvio. Son los amigos de Maggie y Tomas, lo que significa que todos trabajan en las relaciones públicas…, o en lo que sea que trabaje Tom.

—Deberíamos largarnos. Esto es un rollazo.

—Es una fiesta de compromiso, Ezra. ¿Qué esperabas? ¿Globos y un payaso?

—Vámonos al centro. Hace mil años que no salimos como es debido.

—Nos quedamos. Por lo menos, hasta que terminen los brindis.

—¿Brindis? ¿Tú vas a hacer uno?

—Por mucho que me guste contar anécdotas personales delante de un montón de gente, esta vez dejaré que sea papá quien lleve la voz cantante —dice con indiferencia—. ¿Habéis hablado?

—Solo un momento. Se quedó mirándome la nariz y concluyó con la nada prometedora propuesta de «una conversación como es debido» más tarde.

—Ah.

Frunzo el ceño. Una sola sílaba y, sin embargo, suena inquietantemente prosaica. Como si supiera algo que yo no sé.

—¿Ah? —repito.

Caroline me mira de reojo con expresión seria.

—Va a intentar que aceptes un trabajo, obviamente. Llevas meses vagueando. Lo que me sorprende es que no haya intentado arrastrarte a la oficina hasta ahora.

—Vaya —mascullo, dándome cuenta de que tiene razón—. Vaya.

—Y tanto.

—Bueno…, pues tendré que pensar en una excusa, ¿no? Decirle que tengo una fobia incapacitante a las fotocopiadoras.

—Solo que no es una idea demasiado brillante, ¿no?

—Estás de broma.

—Creo que te vendría bien tener un trabajo. ¿No te aburres sin hacer nada en todo el día?

—No estoy sin hacer nada —replico—. Leo. Veo películas. Paseo por la ciudad.

—¿Todo el día?

—Greta Garbo lo hacía y a nadie le pareció mal.

—*Touché*. Pero no descarto que en un momento dado te cierre el grifo.

—¿Te apuestas algo?

—No. Me sentiría fatal quitándote tu asignación.

Suelto un bufido. Caroline se vuelve para mirarme a los ojos y se apoya en la barandilla.

—Escucha —dice muy seria—. En el restaurante no paran de contratar gente. Si le digo algo, Romy podría contratarte como garrotero.

—¿Como qué?

—Ayudante de camarero, básicamente.

—Ya.

Siempre me desconcierta cuando Maggie y Caroline utilizan americanismos. Las dos conservan su acento europeo, más o menos, pero a veces me pregunto si se siguen sintiendo inglesas. Caroline tenía unos doce años cuando vinimos. Maggie tenía catorce. Yo, siete, y soy el que menos recuerdos tengo. Pero volví a Inglaterra; obligado, gracias a la intercesión «bienintencionada» de papá. Y ellas se quedaron aquí.

—Es un trabajo duro —continúa Caroline—. Y ni de lejos te proporcionará independencia económica. Pero si muestras algo de iniciativa quizá papá te deje tranquilo.

—Además, serviría para escribir un capítulo interesante en mis memorias. Me ayudaría a humanizarme un poco.

—¿Eso es un sí?

—Claro —digo impulsivamente tras dar una profunda calada al cigarrillo, del que casi me había olvidado—. ¿Por qué no?

—Perfecto. Esta misma noche hablo con Romy y ya te dirá algo.

—¿Cómo está Romy? —pregunto—. En general, quiero decir.

Caroline frunce el ceño. Quizá se haya dado cuenta de que estoy pensando en el hecho de que se acerca su primer aniversario, superando todas las relaciones anteriores de Caroline en seis meses por lo menos.

—Está bien —responde mi hermana—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por hablar de algo. —Me encojo de hombros—. Tengo entendido que es lo correcto.

—Eso dicen. ¿Listo para volver a entrar?

—En un minuto. Ve entrando tú.

—Ezra. Vamos.

—¿Qué?

—Que está claro que piensas esperar hasta que haya entrado para escabullirte.

—Vale, es verdad —confieso entre risas—. Pero puedo garantizarte que nadie más se dará cuenta.

—Maggie sí.

—Entonces, a nadie le importará.

—Vamos, Ezzy —insiste Caroline en tono suave—. Aparca tu crisis de la mayoría de edad por esta noche. A lo mejor hasta te lo pasas bien.

—Ni siquiera estás intentando parecer convincente.

—Bueno, pues entonces puedes ver cómo me lo paso bien yo. Y que sepas que me gusta tu nariz.

—¿Qué?

—Eso que dijiste antes de que papá se quedó mirándote la nariz —dice—. Personalmente, creo que queda bien un poco torcida. Te favorece.

Abro la boca y vuelvo a cerrarla, incapaz de encontrar una réplica ingeniosa. Caroline lo ve y sonríe, y se le ilumina el rostro de una forma que me recuerda a mamá. Es como un puñetazo en la boca del estómago.

Vaya. Promesa o no, necesito otra copa.



AUDREY



—Hoy vamos a crear un *look* fresco con acabado muy jugoso. Iluminador, *gloss* de labios, cejas naturales… ¿Te gusta la idea?

—¿Y corrector? —pregunto esperanzada.

La maquilladora se echa a reír; se llama Nicole y, a pesar de haberla conocido no hace ni treinta segundos, me tiene fascinada. No parece mayor que yo, pero es irresistiblemente estilosa, con voz ronca y pelo blanco, tatuajes muy elaborados y unas curvas espectaculares.

—Eso se da por hecho —confirma; sus anillos de plata centellean al echarse base de maquillaje en la palma de la mano—. Que no te parezca mal.

—No, para nada —murmuro bajando la vista cuando empieza a aplicarme la base con una brocha—. Anoche no dormí muy bien.

Tampoco me había dado cuenta de lo marcadas que tenía las ojeras hasta que me pusieron delante de un espejo exasperantemente bien iluminado para peinarme. Pero es que no quiero, de verdad, no quiero para nada subirme a esta pasarela con aspecto de disfraz de Halloween.

—Nada que un poco de corrector no pueda arreglar —dice Nicole muy desenvuelta mientras da toquecitos en las zonas afectadas con

una crema anaranjada—. ¿Es tu primera Semana de la Moda en Nueva York?

—Hum… En realidad, mi primera Semana de la Moda.

—¡Anda! ¿Con qué agencia estás?

—AVW Models. Quiero decir…, en Nueva York. En Inglaterra estoy con Bradshaw-Slater.

—Los mejores. —Deja escapar un silbido—. ¿Y vuelves a Londres la semana que viene?

—Sí. Todavía no estoy segura de si iré a Milán y París. Aún está un poco… en el aire.

—Entiendo. —Hace un gesto afirmativo mientras trabaja con el corrector—. Mi horario esta semana es una pesadilla.

—¿Tienes muchos desfiles?

—Además de citas privadas. ¿Y tú?

—Ah, yo… tengo unos cuantos desfiles —respondo sin querer gafar mis planes confesando el número exacto—. Mi agente me advirtió de que quizá no salgan todos.

—Normal. ¿Ya echas de menos tu casa?

Aturdida, miro su imagen reflejada en el espejo, menos sorprendida por su pregunta que por darme cuenta de que la respuesta es no. No he tenido ocasión. Hay pruebas de selección todo el día y por toda la ciudad, y es mi responsabilidad acudir a tantas como sea humanamente posible. Solo paro para engullir a toda prisa alguna rosquilla de un puesto callejero o comprobar la ruta; cuando regreso al apartamento donde vivo con las demás modelos, normalmente estoy demasiado cansada hasta para ducharme, así que mucho menos para extrañar la BBC.

—Aún no —logro responder.

Sonríe comprensiva y me ofrece un pequeño tubo de rímel. Lo alcanzo desconcertada.

—Casi todas las chicas prefieren ponérselo ellas mismas —explica —. Solo un poquito. Y solo en las pestañas superiores.

—Genial —respondo, deseando que no note que me están temblando las manos.

La convocatoria para este desfile fue a las seis de la mañana y la penosa hazaña de levantarme tan temprano me da náuseas. Cuando salí de casa iba tan atontada que me metí en el metro equivocado; después, con las prisas para bajarme, me dejé el libro en el asiento. Era una edición de bolsillo que compré en el aeropuerto, se titulaba *La ciudad solitaria,* y supongo que me pareció apropiado.

Bueno, el caso es que di por hecho que aquí podría comer algo, pero en cuanto llegué me secuestró un ayudante para probarme la ropa y me siento débil y mareada. Al menos consigo ponerme el rímel sin contratiempos, pero, al girarme para devolvérselo a Nicole, veo que está parando a una chica muy sofocada que lleva una tarjeta de voluntaria colgada al cuello.

—¿Podrías traernos un bollo o algo? ¿Y un café solo? —pregunta.

La chica asiente y desaparece.

—El bollo es para ti, pero el café es tooooodo mío —dice Nicole en tono amable volviéndose hacia el espejo y eligiendo un colorete—. Lo que menos necesitas ahora mismo es cafeína.

—Gracias —le digo con toda sinceridad.

Me mira a los ojos.

—Tienes que cuidarte —añade—. ¿Cuántos años tienes?

—Dieciocho.

—Dieciocho —repite—. Sabes que depende de ti, ¿no?

Aprieto los labios y asiento en silencio intentando aparentar determinación. No quiero que nadie se dé cuenta de lo que Nicole ya sospecha: que estoy total e irremediablemente superada por la situación.

Hace cuatro meses se me acercó una desconocida, me dio una tarjeta y lo cambió todo. Estaba en Londres para visitar una universidad a la que no estaba segura de querer ir; de hecho, no estaba segura de querer ir a ninguna universidad, así que me sentí como si el universo estuviera actuando en mi favor. Ahora estoy al otro lado del planeta y me pagan por ponerme ropa preciosa. Es irreal. Un cuento de hadas loco y consumista, y deseo desesperadamente que de una manera u otra se convierta en mi vida real. Pero no lo parece, y me preocupa que eso ocurra porque en realidad no sea tan buena. Y que no llegue a serlo nunca y que dentro de nada la gente se dé cuenta de que ha cometido un terrible error conmigo.

—Eh —me llama Nicole con voz suave devolviéndome a la realidad. La miro a los ojos, llamativamente azules, y sonríe—. Si estás aquí, por algo será —añade—. ¿De acuerdo?

Diez minutos más tarde, repito esas palabras en mi interior como un mantra. «Si estoy aquí, por algo será. Si estoy aquí, por algo será. Si estoy…».

—Dios mío —dice con un gemido la chica que tengo al lado—. Estos zapatos me están matando. Mi número es el 39 y estos son un 36,5.

Echo un vistazo y, efectivamente, se le salen los pies de las sandalias de tiras que lleva puestas. Yo tengo la suerte de llevar unas botas que me quedan grandes con un puñado de pañuelos de papel metidos en la puntera; aun así…, me parece inconcebible que en una industria donde nuestras medidas son más importantes que nuestros nombres casi nunca nos den zapatos de nuestra talla.

—No te preocupes —le dice la estilista sin hacerle mucho caso—. Solo te los vas a poner cinco minutos.

La chica la mira con el ceño fruncido. La estilista no se da ni cuenta, está demasiado atareada peleándose con el voluminoso lazo del cuello de mi vestido. Es de seda burdeos y lleva un cinturón ajustado de cuero negro a juego con las botas. Llevo un abrigo de cuero sobre los hombros y unos pesados pendientes dorados que me rozan el cuello. Me siento débil con todo ese peso, y en cuanto termine el recorrido por la pasarela tengo que quitármelo todo y meterme en un traje de tres piezas de terciopelo en aproximadamente menos de un minuto.

Creo que me habría desmayado si Nicole no me hubiera hecho comer. El cinturón, los nervios, el calor… Hace un calor sofocante aquí dentro, una especie de viejo almacén a orillas del río Hudson. Por lo visto, eligen un escenario descarnado e industrial que contraste con la opulencia de la colección, pero está a varios kilómetros de mi próximo desfile en Bowery, que empieza dentro de una hora. No tengo ni idea de si llegaré a tiempo. Ni de qué ocurrirá si no llego.

—Lista. Ve a que te saquen la foto —dice la estilista; está señalando a un fotógrafo.

Dicho fotógrafo es alto y pálido, con pelo castaño claro cuidadosamente revuelto. No dice nada y me indica que me una a una foto grupal con otras tres chicas, de las cuales no reconozco a ninguna. Pero nos colocamos juntas, sonriendo como si fuésemos amigas de toda la vida.

—Vale —dice por fin el fotógrafo como dándonos permiso para retirarnos.

Acto seguido, una mujer con una carpeta sujetapapeles me agarra del brazo y me conduce hacia la fila de chicas que esperan junto al escenario. Consulta dicha carpeta, me coloca entre dos de ellas y se aleja sin decir una sola palabra.

Es una sensación extraña que te traten como un objeto inanimado. Dudo que algún día llegue a acostumbrarme.

—Audrey.

Me vuelvo sobresaltada al oír mi nombre y veo a Marika con su larga melena negra recogida en una coleta, igual que yo. Estoy convencida de que parezco un huevo con el pelo engominado hacia atrás, pero a Marika lo único que le hace es acentuarle la altura de los pómulos y el brillo de su perfecta piel de ébano. Es la persona más hermosa que conozco y que probablemente llegue a conocer. Esta semana, además, también es mi compañera de habitación.

—¿Tienes que ir a Bowery después del desfile? —me pregunta sin rodeos, como es típico en ella. Marika no se anda por las ramas. Es una de las pocas cosas que sé de ella.

—Bowery, sí. ¿Tú también?

—Sí —responde como si fuera obvio; probablemente lo sea, dado el contexto—. Deberíamos compartir un taxi.

—¡Claro! —exclamo muy animada.

Los taxis son caros, pero ahora mismo los cubren las agencias, igual que el resto de mis gastos. No sé exactamente cuánto les debo; los billetes de avión a Nueva York no son baratos, tampoco el alquiler, ni las fotos de presentación, ni las fotografías de cara en papel satinado tamaño A5 que tengo que llevar a todas partes. Pero ninguna de mis agentes parece particularmente preocupada por el dinero y me aseguran que se trata de «una inversión». Una inversión en mí, supongo, lo cual es agradable. Alarmantemente cara, sí, pero agradable en su mayor parte.

—De acuerdo —asiente Marika—. ¿Nos vemos en la puerta de atrás?

—Muy bien. Gracias.

Entonces Marika me sonríe fugazmente, algo que yo no esperaba. Tampoco su ofrecimiento. Llevamos una semana compartiendo habitación y apenas ha hablado conmigo, lo que no me parece mal; tampoco yo soy especialmente comunicativa, y, por mucho que quiera caerle bien, sé que las cosas no se pueden forzar. Asistir a cinco colegios diferentes en seis años me lo enseñó de la peor manera posible.

—Hola, ¿podéis atenderme todas, por favor? —exclama de pronto una voz cristalina, y de inmediato se hace el silencio entre bastidores.

Todos también enmudecen, porque Miranda Browning ha hablado.

Apenas sé nada de alta costura, pero sí de Miranda Browning. Casi todas las personas famosas del planeta han lucido una de sus creaciones en alguna entrega de premios en una u otra ocasión, y además están los icónicos bolsos Browning. Es un diseño muy sencillo, pero Miranda los transformó en el símbolo definitivo de

estatus simplemente produciendo un número limitado cada año y regalando unos cuantos muy seleccionados a quienes en ese momento dominen la cultura del pop. Actrices, activistas, políticas, personas influyentes… La lista oficial de destinatarias se comunica con entusiasmo y se analiza con atención. El resto se vende con cuentagotas a los que estén dispuestos a pagar más.

Y todo esto con apenas cuarenta años. Es impactante, sinceramente.

—¡Bueno, pues llegó el día! —exclama Miranda radiante—. Por fin estamos aquí, y quería aprovechar este momento para daros las gracias a todos. Este desfile representa el gran esfuerzo de todos y cada uno de los que estamos aquí, y me siento muy muy orgullosa.

Está en lo alto de la escalera que conduce al escenario y nos sonríe como una reina benévola vestida con un sencillo jersey negro y el pelo color caoba recogido con una pinza. Sé que probablemente no me esté viendo, pero me sorprendo devolviéndole la sonrisa de todos modos.

—También quiero deciros, chicas, que no temáis dejar que vuestra personalidad brille ahí fuera —continúa, volviéndose hacia nosotras —. Toda mi carrera, todo lo que hago…, es para homenajear a las mujeres. Para elevarlas. Cuando lucen mis diseños, quiero que se sientan valientes, hermosas y empoderadas. Todas las mujeres lo merecen.

En ese momento, oigo que Marika hace un ruidito de burla, casi una risa. La miro sorprendida y veo que su rostro está totalmente inexpresivo. Desvío la mirada al instante y me pregunto si lo habré imaginado.

—Gracias —concluye Miranda, con los ojos brillantes de lágrimas y juntando las manos—. Es mi decimoquinta Semana de la Moda y para mí todas son tan especiales como la primera. De verdad. Muchísimas gracias.

Inclina la cabeza y retrocede mientras todo el mundo empieza a aplaudir, yo incluida. El ambiente es tan eufórico que casi me olvido de ponerme nerviosa hasta que en los altavoces empieza a sonar débilmente una música electrónica.

—¡A vuestros puestos! —grita alguien cuando baja la intensidad de las luces.

Marika ha desaparecido para volver a ocupar su puesto en la fila. Se hace el silencio y nos empujan hacia delante en medio de una atmósfera de excitación.

Las chicas que ocupaban los primeros puestos están desapareciendo, lo cual significa que ha llegado la hora. Inspiro hondo, balanceo los brazos y levanto la cabeza. Este es el primer desfile de moda propiamente dicho en el que participo, y no podía ser más importante. Durante toda la mañana he estado casi esperando que alguien me diera un golpecito en el hombro y me dijera que había habido un error. Sin embargo, sigo aquí. Y, como dijo Nicole, por algo será. Pero, aunque no lo sea, dentro de treinta segundos estaré sobre esa pasarela ante los *flashes* de un centenar de cámaras que inmortalizarán este momento para siempre. Mi cara, esta ropa, esta hermosa y vertiginosa ciudad…, todas inexorablemente conectadas, ahora y para siempre.

Estoy aquí.

Y este hecho simple e irrefutable, de alguna manera, me hace sentir un poco más fuerte. Le doy la máxima prioridad en mi mente

cuando empiezo a desfilar surgiendo de la oscuridad hacia las luces del escenario.

EZRA



Me despierto dolorido. Siento la cabeza embotada, entumecida y bloqueada. Daría media vuelta en la cama y seguiría durmiendo si no fuera por mi teléfono, oculto en algún lugar que no veo y sonando a un volumen verdaderamente odioso. Gimo y lo busco a tientas debajo de la almohada; es Romy. Extraño. Tan extraño que, por desgracia, no me queda más remedio que contestar. Me obligo a incorporarme, y cuando acerco el teléfono a la oreja soy vagamente consciente de que estoy vestido con ropa de calle.

—Buenos días. —Mi voz suena como un graznido.

—¿Días? Ya son más de las doce —dice Romy riendo. Su acento americano se acentúa cuando habla por teléfono. Una chica de la zona fronteriza.

—Figura retórica —respondo en voz baja—. ¿Qué pasa?

—Caro me contó vuestra conversación de anoche. Lo cierto es que ahora mismo nos falta personal, así que no podías ser más oportuno, pero necesitarás un poco de formación antes de la hora punta de las cenas. ¿Puedes estar aquí dentro de una hora?

Ah. Ahora me viene todo a la cabeza. La fiesta. El balcón. Caroline ofreciéndome trabajo en el restaurante de Romy. En mi defensa, diré que en aquel momento me pareció una buena idea.

—O antes si puedes —continúa Romy—. Es la Semana de la Moda, así que tenemos todo reservado. La verdad es que estoy bastante desesperada, así que…

—Ya, es que… Me encantaría ayudarte. En serio. Pero es que… Creo que estoy incubando algo —le digo aclarándome la garganta—. Me he despertado fatal.

—Pobre bebé. ¿Te has tomado ibuprofeno? A mí siempre me funciona cuando tengo resaca.

Jadeo y me dejo caer sobre el colchón, derrotado. Por desgracia, me conoce demasiado bien.

—¿Y la comida? —pregunto con un suspiro—. Estaré muerto de hambre cuando llegue.

—Habrá comida, alteza. Esto es un restaurante.

—Hum. ¿Y me vas a pagar?

—Bueno, ese es el objetivo de aceptar un trabajo, más o menos. Escucha…, tengo que colgar, pero gracias, Ezra. De verdad.

—Agradéceselo a Caroline —replico, pero ya ha colgado.

Dejo caer el teléfono, cierro los ojos y me pregunto si vomitar en medio de mi turno de trabajo puede ser causa de despido.

El alcance del daño se manifiesta en cuanto adopto la posición vertical. Casi me desmayo en la ducha y tengo que sentarme con la cabeza sobre las rodillas mientras el agua caliente cae sobre mis hombros doloridos. No tengo ni idea de cuántas copas de champán me bebí en la fiesta de Maggie antes de escabullirme y tomar el metro de regreso al centro. Hay un sitio en Chelsea que es bastante laxo en cuanto a pedir identificación y siempre tienen alguna película

puesta en la televisión del otro lado de la barra. La de anoche era *Tiburón*, y cuando mataron al bicho, solo quedábamos el camarero, yo y un tipo con barba amarilla y una gorra en la que ponía ¡jubilado y encantado!

Lo cierto es que no recuerdo a qué hora llegué a casa. Normalmente da lo mismo; mi remedio favorito para la resaca es dormir todo lo que quiera, después bajar al restaurante coreano de la esquina e intentar llenar el vacío del estómago con té y *dumplings* al vapor. Pero hoy tengo que espabilar y estar en Chelsea dentro de una hora, no vaya a ser que Romy me asesine con uno de sus formidables cuchillos. Por mucho que parezca un ser de luz, con sus pecas, su sonrisa y su rubio californiano, no ha llegado a ser chef en un restaurante de lujo de Manhattan solo por ser adorable. Es perfectamente capaz de hacerme picadillo si hoy la dejo en la estacada.

Me seco como puedo y me revuelvo el pelo mientras miro mi imagen reflejada en el espejo empañado. Vuelvo a tenerlo largo. Me crece muy deprisa; tan deprisa que cuando estaba en el internado solía cortármelo yo mismo. El resultado era verdaderamente horrendo hasta que en un momento dado Edie se ofreció a intentarlo, y lo cierto es que se le daba muy bien. Pero, claro, es que a Edie todo se le daba bien.

Me visto a toda prisa y bebo un poco de agua antes de salir. Es un día fresco y despejado, la clase de día que disfrutaría si no lo estuviera pasando tan mal en este momento solo manteniéndome con vida. Decido ir en metro en lugar de andar, aunque solo sea por huir de la luz natural. La verdad es que quizá llegue a tiempo, lo cual

es una novedad. Hace meses que no tengo que ser puntual para nada.

Bueno, ahora que lo pienso, probablemente debería haber llegado un poco antes a la fiesta de Maggie. Es que no me imaginé que le importara tanto que asistiera. Aunque eso no quiere decir que yo no le importe. Es una hermana estupenda. Mejor que estupenda. Por ejemplo, cuando era pequeño y papá y mamá se pasaban el día trabajando, Maggie era siempre la que me iba a buscar al colegio para llevarme a casa. Solo algún tiempo después, echando la vista atrás, fui consciente de lo aburrido que es para una adolescente que te carguen una tarea semejante; sé que yo no lo habría soportado, pero Maggie sí. También me ayudaba con los deberes. Hacía los suyos a la vez, sentada frente a mí en la mesa de la cocina. Me sacaba de quicio cuando me reñía por repantingarme en la silla o cuando se acercaba a ver si mis respuestas eran correctas sin que se lo hubiera pedido, pero son buenos recuerdos. Aunque Caroline fuera mi aliada natural, eché de menos tanto a una como a la otra cuando estuve fuera.

Cuando me mandaron al internado, Maggie estaba en la universidad, complementando sus sobresalientes con una serie de trabajos en prácticas en verano. Ya antes de graduarse le llovían ofertas de trabajo y ahora trabaja en una lujosa agencia de relaciones públicas, cobrando una extravagante cantidad de dinero por…, bueno, por lo que haga. Precoz, desde luego, pero a nadie le sorprende. Maggie ya tenía las ideas muy claras desde antes de aprender a andar.

En fin. Ya estoy en la estación; no hay gente, así que me cuelo por la barrera. Mi tren frena rechinando en el mismo momento en

que pongo el pie en el andén, lo cual parece un buen presagio. También hay un montón de asientos libres, y alguien se ha olvidado un libro en el de al lado. Echo un vistazo al vagón por si alguien tiene pinta de habérselo dejado, pero no me lo parece. Lo alcanzo y le doy la vuelta. *La ciudad solitaria* —desoladoramente apropiado—, así que me lo guardo en el bolsillo del abrigo. Le daré un buen hogar.

Me recuesto en el asiento y estiro un poco las piernas. Lo mismo debería estar nervioso; es mi primer trabajo, así que no sé qué esperar. Quizá me infunda una nueva motivación y de ahora en adelante llevaré una vida perfectamente ordenada. Lo más probable es que sea tan inútil que Romy me despedirá en menos de una semana, pero, pase lo que pase, tengo algo que hacer.

Algo que espero que Caroline le cuente a papá antes de tener que hacerlo yo.

AUDREY



—¡Hola! —saluda la camarera con voz cantarina; su coleta se balancea cuando se acerca a nuestra mesa casi dando brincos—. ¿Qué tal todo?

—¡Oh, genial! —sonríe Imogene y se inclina hacia ella—: ¿Nos podrían retirar los platos?

—¡Por supuesto! ¿Todo a su gusto?

—Riquísimo —responde Imogene con entusiasmo mientras se coloca la melena color miel sobre un hombro—. ¿Y nos puede traer un poco más de agua?

Contengo un bostezo y aparto la vista. Son más de las diez, pero el local sigue lleno de gente, en apariencia encantada de estar cenando tan tarde. Hay que reconocer que la comida está buenísima y el restaurante es precioso: paredes de escayola sin pintar suavizadas por plantas colgantes y luces doradas suspendidas…

—Audrey, cielo —dice Imogene, apoyándome la mano fría en el brazo—. ¿Todo bien?

—Oh, sí, todo bien —consigo responder—. Me he distraído un momento.

Probablemente porque llevo dieciocho horas despierta, la mayor parte de ellas de pie. Pero no hace falta que se lo diga. Imogene es mi agente en Nueva York, y casi cada mínimo detalle de mi vida aquí

está dirigido por esas manos con manicura impecable. Qué me pongo, adónde voy, a quién veo: vivo a la espera de sus instrucciones. No es que me moleste. Toda la gente que me ha presentado no para de decirme la suerte que tengo de contar con ella; además de excelente en su trabajo, también resulta ser guapísima, estilosa y una fuente incansable de energía positiva. Imaginaos a una princesa de Disney con gabardina de cuero, escribiendo un mensaje en el teléfono mientras para un taxi para asistir a la inauguración de un bar de vinos orgánicos: esa es Imogene.

—¿Seguro? —insiste en voz baja—. Has estado muy callada toda la noche.

—Lo sé. Lo siento —respondo; me siento reprendida de repente.

Imogene fue modelo, y no hace demasiado tiempo, y conoce a muchas personas importantes de esta industria, bastantes de las cuales están ahora mismo sentadas a esta mesa. Es una oportunidad excelente para hacer contactos y la estoy desaprovechando.

—¡No, no lo sientas! —exclama con vehemencia y los ojos muy abiertos—. Estoy preocupada, eso es todo.

—No lo estés —me apresuro a decirle—. Creo… Creo que el día me está pasando factura, no sé si me explico. Ha sido largo…, maravilloso, pero largo.

He participado en cinco desfiles en total. Imogene estuvo en uno de ellos y mandó varias fotos que me hizo pisando fuerte en la pasarela con un vestido de cota de malla, botas de plataforma y el pelo humedecido con gel. Reconocí la ropa antes de reconocerme a mí misma.

—Entiendo. Pero has hecho un gran trabajo, cariño. Y esta noche estás deslumbrante.

—Gracias —sonrío y me ajusto el tirante del vestido.

Es corto, plateado y me lo ha prestado Marika. Traje muy poca ropa y me dijo que el único vestido negro que había en mi maleta era «tristón». Brusca pero sincera, y no se puede negar que este es precioso. Además, de marca, lo que significa que probablemente se lo regalaron después de un desfile o una sesión de fotos. A veces nos pagan con ropa. Fue una perspectiva ilusionante antes de que me diera cuenta del elevado coste que implica ser modelo.

Aparece otro camarero para limpiar la mesa y me echo hacia atrás cuando se acerca para retirarme el plato, luchando con todas mis fuerzas contra el deseo de cerrar los ojos. Me da vergüenza sentirme tan cansada. Solo pienso en volver al apartamento, arrastrarme hasta esa cama extraña, meterme entre las sábanas y…

—¿Pedimos unos cócteles? —propone alguien, y mi fantasía de dormir una noche entera se aleja un poco más.

Cuarenta minutos después, la conversación ha derivado hacia cotilleos jugosos contados en voz baja sobre gente que no conozco. No parece que vayamos a marcharnos pronto y me resisto duramente a la tentación de apoyar la cabeza en la mesa. Miro a Marika y parece tan harta como yo, pero estamos sentadas en extremos opuestos, así que ni siquiera podemos lamentarnos juntas.

—Salgo un momento —digo a la chica que está sentada a mi lado mientras aparto la silla.

Todos los demás siguen enfrascados en sus conversaciones y supongo que un poco de aire fresco me ayudará a despejarme.

—¿A fumar? —pregunta con voz ronca y acento francés.

—Eeh…, sí —respondo. Lo cual, obviamente, no es cierto, pero quizá resulte extraño salir por cualquier otro motivo.

—Hay una zona de fumadores —dice en tono conspiratorio señalando el otro extremo del restaurante—. No les gusta que se nos vea fumar a la entrada.

—Ah. Gracias —contesto, consciente de que, si ahora salgo a la calle, pensará que soy idiota.

Así que tendré que ir a la zona de fumadores, y nadie parece fijarse en que me he levantado. Pero al dirigirme hacia el fondo del restaurante, me doy cuenta de que quizá debería haberle pedido que me explicara mejor dónde estaba. Hay una puerta, pero también una pequeña escalera de metal. Ninguna de ellas tiene un letrero que indique a dónde conducen.

Asomo la cabeza por la puerta y veo un pasillo estrecho y anodino con una salida de incendios al otro extremo. No quiero deambular por ahí y que todo el mundo se dé cuenta de que no tengo ni idea de a dónde voy, así que enfilo el pasillo. Nadie me para, no suena ninguna alarma, por lo que creo que quizá vaya en la dirección correcta. Cuando salgo, me encuentro en lo alto de un pequeño tramo de escalones que da a un callejón vallado y bien iluminado con una fila de contenedores de basura…

—¿Estás perdida?

… y un chico que me observa sentado en una caja de fruta vuelta bocabajo. Es el camarero que vino a retirarnos los platos. Y es inglés. No lo esperaba.

—Es posible —respondo sorprendida—. ¿Es esta la zona de fumadores?

—Técnicamente. Pero quizá prefieras el bar de la azotea.

—Ah. ¿Está arriba?

—Sí —contesta, entonces me doy cuenta de que acabo de preguntar a este chico si la azotea está arriba.

—Ya —respondo consciente de que me estoy sonrojando—. Tiene sentido.

—O puedes utilizar una caja de fruta —sugiere—. Como prefieras.

Dudo intentando visualizar la alternativa. Un bar en la azotea significa que estaré rodeada de personas mayores y más estilosas que yo…, probablemente también más borrachas y quizá más afectuosas de lo que me gustaría. Por otra parte, tampoco acomodarse en un callejón con un desconocido es demasiado prudente. Pero trabaja aquí, así que…

—¿Te importa si… me quedo aquí apoyada? —pregunto haciendo un gesto impreciso hacia la pared.

Me parece una solución sensata. La puerta sigue abierta, y además mis zapatos son lo bastante puntiagudos para utilizarlos como arma si es necesario.

—Para nada. El callejón es de todos.

Se pone en pie y sube los escalones de un salto. Me alarmo hasta que veo que me ofrece un paquete de cigarrillos mirándome expectante.

—Oh… Hum… Gracias —consigo decir, aunque vacilo ligeramente antes de aceptar uno y llevármelo a los labios.

Supongo que, al haber llegado preguntando por la zona de fumadores, no sé muy bien de qué otra manera justificar mi

presencia. Pero el camarero me mira de una forma extraña, con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Vas a…? ¿De verdad te apetece? —pregunta; lo miro parpadeando, de nuevo desconcertada—. El cigarrillo —aclara—. Quiero decir… ¿fumas?

Lo retiro de la boca y noto que me estoy sonrojando.

—Hum…, no particularmente —respondo a duras penas, alarmada por el hecho de que es adivino, por lo visto—. No…, he fumado alguna vez, por supuesto, si es eso lo que quieres saber, pero…

—Vaya —dice con naturalidad guardando el paquete—. Perdona. No debí dar por hecho…

—No, yo… eso no quiere decir que me moleste que fumes —digo rápidamente—. O sea…, que puedes quedarte con este si quieres.

Le tiendo el cigarrillo y me doy cuenta demasiado tarde de que lo tenía en la boca hace diez segundos. Sin embargo, lo acepta con una ligera sonrisa al llevárselo a los labios. Tiene la punta manchada de mi pintalabios. La punta equivocada.

—Oh. —Y lo señalo—. Una señal muy reveladora de que no sabía qué estaba haciendo, ¿no?

—Eso y tu halo general de vitalidad —responde mientras se lo guarda en el bolsillo—. Quiero decir… Me imagino que muchas modelos fuman, pero…

—¿Cómo sabes que soy modelo? —interrumpo sorprendida.

—Hipótesis fundamentada. Eres alta, no de por aquí, claramente…

—Yo podría decir lo mismo de ti.

—Y es la Semana de la Moda —concluye—. Aunque, si solo sirviera eso, quizá debería probar suerte.

—¿Te interesa? —le pregunto conteniendo las ganas de examinarlo de arriba abajo.

Es alto y fuerte, con el mentón marcado y la nariz adorablemente torcida. Sin duda, podría imaginármelo recorriendo una pasarela con un conjunto elegantemente desestructurado, frunciendo el ceño como suelen hacer los modelos varones. Todo esto para decir que es guapo, básicamente, pero finjo que no me he percatado para reducir las posibilidades de ponerme nerviosa.

—Es tentador —afirma—. Pero ¿dejar el lujo y el glamur del sector servicios? No sé.

—Si estás insinuando que trabajar como modelo es glamuroso, te aseguro que no lo es.

—Dijo la chica del vestido plateado.

—¡Que ni siquiera es mío! —protesto con vehemencia sorprendiéndome a mí misma. A él también, creo; su sonrisa se ensancha y deja ver un incisivo puntiagudo.

—Ese vino que tenéis en la mesa cuesta cien dólares la botella. ¿Qué me dices de eso?

—Que yo no lo estoy bebiendo. Y que desde luego no lo voy a pagar.

—¿Es como el cuento de Cenicienta?

—Exactamente. La carroza está esperándome en la puerta.

—Entonces, mejor que espabiles. Vas a perder tu oportunidad de medianoche.

—Soy consciente —digo; ahora yo también sonrío—. Mucho.

—Ah. ¿Mañana madrugas?

—Sí. Supongo que tú, al trabajar aquí, te levantarás tarde.

—No estoy seguro. Solo llevo veinticuatro horas trabajando aquí.

—¿En serio?

—Sí. Pero ya me han dicho que tengo un buen tamaño de mano para llevar las bandejas, así que estoy casi seguro de que voy a triunfar.

—Vaya. Entonces, ¿qué haces aquí? —¿En esta ciudad o en este restaurante?

—En la ciudad, supongo. Quiero decir…, eres inglés, ¿no?

—Más bien. —Hace un gesto afirmativo, y su expresión se altera ligeramente.

—Perdona —me apresuro a decir, de repente consciente de que me he pasado—. Creo que es una pregunta personal.

—No, no me importa —responde mirándome a los ojos—. Es que…

—¡Ezra!

Ambos nos sobresaltamos; nos volvemos a la vez y vemos a una mujer con uniforme de cocinera. Mi primer pensamiento es lo guapa que es, bronceada y ágil, con el pelo con mechas claras naturales recogido en una gruesa coleta. Mi segundo pensamiento es que de verdad espero que no nos vaya a echar una bronca.

—Tu descanso terminó hace cinco minutos —le dice al camarero…, Ezra, por lo visto. Gracias a Dios, parece más impaciente que enfadada.

—Culpa mía —responde él con naturalidad—. ¿Me das un segundo?

—Ya te he dado varios —dice antes de volver la mirada hacia mí—: Hola.

—Hola —saludo con una voz repentinamente débil—. Hum…, lo siento. Vine en la dirección equivocada.

—No te preocupes —dice ella; mira de nuevo a Ezra. Levanta una ceja y veo que por primera vez el chico abandona su pose desenfadada y además se está sonrojando ligeramente.

—El deber me llama —dice al instante—. Me alegro de conocerte.

—Y yo. Ah, por cierto…, me llamo Audrey.

—Audrey —repite deteniéndose.

Por un momento me da la impresión de que va a decir algo más, pero en cambio pasa a mi lado, desaparece en el interior del edificio y lo pierdo de vista. La cocinera desaparece tras él, así que me quedo sola.

Sola y mucho más despejada que hace cinco minutos.



EZRA



—Entonces, Ezzy —dice Caroline en tono desenfadado mientras clava el tenedor en una fresa—, ¿qué es eso que me han contado de que anoche estuviste besuqueándote con una modelo?

—¿Besuqueándome? —Me echo a reír—. ¿En serio?

—Obviamente, no utilicé la palabra «besuquearse» —interrumpe Romy con un gesto de fastidio—. Pero Caro me preguntó cómo te había ido en tu primer día…, y me pareció digno de mención.

—Y tenía razón —dice Caroline con una sonrisa—. Detalles, por favor.

—¿Por eso me habéis invitado a desayunar? ¿Para interrogarme?

—Puede que haya influido, sí.

—Vaaaaaayaaa —respondo alargando la palabra como si tuviera algún derecho a sentirme ofendido.

Sinceramente, la única razón por la que me he molestado en venir hasta su apartamento es porque quería comer lo que Romy estuviera preparando, me daba igual qué. Resultó ser tostadas francesas con canela, crujiente de nuez y frutos rojos de verano, así que vale la pena someterse a un pequeño interrogatorio.

—¿Y bien? —pregunta Caroline—. ¿Cómo se llama?

—Audrey —contesto mientras me levanto para coger la pequeña cafetera—. ¿Quién quiere más café?

—¡No cambies de tema! ¿Le pediste el número de teléfono?

—Quizá lo habría hecho si tu adorable novia no nos hubiera interrumpido.

—No te pago para coquetear —dice Romy categórica.

—Todavía no me has pagado.

—¿Sabes su apellido, por lo menos? —interrumpe Caroline—. Si tenemos el apellido, seguro que la encontramos.

—No. Siento desilusionaros —respondo, y debo confesar que yo también estoy algo desilusionado.

Quiero decir…, no soy tan iluso como para pensar que unos minutos de conversación equivalen a una conexión seria. Pero desde entonces no he parado de darle vueltas. En verdad, no sé qué pudo impedir que le pidiera el número de teléfono. ¿La aparición de Romy? ¿Miedo al rechazo? ¿Un sentido de lealtad hacia Edie patéticamente inapropiado?

Bueno, el caso es que no lo hice. Y se marcharon poco después, por eso ahora es del todo irrelevante. Punto.

Cuando vuelvo con el café recién hecho, Romy está consultando su móvil. Caroline curiosea por encima de su hombro, visiblemente concentrada.

—¿Qué es eso tan interesante?

—Romy cree que puede encontrarla.

—¿Encontrar a quién?… ¿A esa chica, Audrey?

—Una agente de AVW Models hizo la reserva —explica Romy—. Viene continuamente.

—Estamos mirando la nómina —añade Caroline—. Pero deberías venir y mirar tú también. Probablemente recuerdes mejor su cara que Romy.

—Me estáis tomando el pelo.

—¡Por supuesto que no! Así puedes encontrar sus redes, quizá mandarle un mensaje privado…

—No uso «redes». Y aunque es muy agradable ver lo involucradas que estáis en mi vida social…

—¡Ah, aquí está! —exclama Romy de repente, y, muy a mi pesar, siento un destello de ilusión.

Romy me pasa el teléfono y… sí. Es ella, con gesto muy serio en una foto de cara sobre un fondo sin ninguna decoración. Su pelo oscuro está cuidadosamente peinado con raya al medio y el rostro pálido sin maquillaje, salpicado de un montón de pecas en las que anoche no me fijé. Sus ojos son también oscuros, de mirada intensa. Casi parece que pudiera verme a través de la pantalla.

—¿Es ella, seguro? —pregunta Caroline.

—Sí —respondo, y le devuelvo el teléfono a Romy—. Es ella.

—Pero no viene el apellido —dice mi hermana haciendo una mueca—. Lo siento.

—Bueno, lo intentasteis. —Me encojo de hombros y hago el esfuerzo por aparentar indiferencia.

Aunque hubieran conseguido todos sus datos, tampoco estoy seguro de si habría hecho algo. No, a no ser que se me hubiera ocurrido alguna forma que no pareciera siniestra.

—Menudo chasco —dice Romy con un suspiro—. Parecía un encanto. Y tú no tienes amigos aquí.

—Por Dios. —Caroline se echa a reír—. Te gusta hacer leña del árbol caído, ¿eh?

Afortunadamente, ahí acaba la cosa. Pero me quedo un rato más, porque me gusta estar en casa de Caroline. Está todo amontonado, pero en el mejor sentido de la palabra, con el salón haciendo las veces de estudio. Hay lienzos a medio terminar apoyados en todas las paredes, un caballete y una banqueta junto al televisor. Se encarama sobre ella y me dibuja disimuladamente mientras me tumbo en el sofá viendo capítulos antiguos de *La niñera* y hago como que no me doy cuenta.

Sigo dando vueltas a lo de anoche. Gracias a Romy y Caroline, ahora todos mis pensamientos erráticos giran de alguna manera en torno a esa chica, Audrey. Es que… Ojalá hubiéramos podido hablar un poco más. Creo que podría haberme parecido extraño que me preguntara qué hacía yo en Nueva York; no recuerdo qué le contesté, pero supongo que reaccioné como si me sintiera ofendido, porque se disculpó inmediatamente. Pero no, fue la pregunta en sí lo que me desconcertó, aunque la respuesta fuese muy simple: aquí está mi familia. Pero para mí no es tan simple, y podría haberme explayado algo más si no nos hubieran interrumpido. Podría haberle contado que pasé la mayor parte de mi adolescencia en un internado en Inglaterra y que no tenía ni idea de que iba a volver hasta que mi padre me envió la información sobre el apartamento que había comprado en Manhattan para que yo viviera en él.

Sí, comprado; otra muesca en su cartera inmobiliaria, imagino, porque lo mencionó como si no fuera nada del otro mundo. Yo había dado por hecho que volver a Nueva York supondría vivir con él, lo cual en realidad sería absurdo, porque no hemos vivido bajo el

mismo techo durante un periodo largo desde que tenía trece años. Cada vez que volvía a su apartamento durante las vacaciones me parecía que estábamos viviendo un concurso de «a ver quién pasa menos tiempo en casa». No debería haberme sorprendido que no me quisiera con él por tiempo indefinido.

Pero eso habría sido contarle demasiado y pasar por alto el hecho de que creí que Edie iba a venir conmigo. Flipó cuando le conté lo del apartamento; en aquel momento yo me sentía bastante herido porque mi padre me echara del nido definitivamente, pero ella reaccionó como si me hubiera tocado la lotería. Después prácticamente me suplicó que la dejara venir conmigo a Nueva York para empezar a vivir juntos, con lo cual nos reímos mucho. Estaba tan profunda y apasionadamente enamorado de ella que ni siquiera habría tenido que pedírmelo de buenas maneras.

Pero después cambió de opinión. Sobre mí, sobre el apartamento, sobre todo. Así fueron las cosas, y ahora necesito poner orden en mi vida. El trabajo es el principio. También me vendría bien tener vida social, pero la perspectiva de buscar amistades a la desesperada me parece humillante. Hay una cita buenísima de Susan Sontag que dice que entrar en un mundo así se percibe como una caída mortal, lo cual es dramático, pero lo entiendo. Además, soy perfectamente consciente de que mucha gente experimenta rechazo ante cualquier señal evidente de necesidad, sobre todo en una ciudad como esta. Soy capaz de vivir una vida solitaria.

Soy capaz de vivir en la mayoría de las circunstancias, creo. Sigo haciéndolo.



AUDREY



—¿Repasamos algún aspecto que haga falta reforzar? Porque creo que podías hacer mucho más en tus redes sociales.

Imogene alcanza su tableta y la orienta hacia mí para enseñarme… a mí misma, básicamente.

—Mira. ¿Te das cuenta de lo que falta?

—No, la verdad —confieso perpleja, también algo avergonzada.

—Tú —dice con énfasis—. ¿Dónde estás tú?

La miro desconcertada y me pregunto si me estará tomando el pelo. Aparezco en todas mis publicaciones. Cuelgo fotos de cada sesión que he hecho; no hay demasiadas, cierto, pero es que hace pocos meses que abrí esta cuenta. Borré la antigua porque me moría de vergüenza ante la idea de que todos mis conocidos pudieran ver mis fotos de modelo. Al hacerlo, perdí muchos amigos, como es lógico; con tanto cambio de colegio, las redes sociales eran la única conexión precaria que conservaba con un montón de gente.

En fin. Imogene deja la tableta encima de la mesa y se inclina hacia mí:

—La gente quiere saber que eres una persona normal —explica—. Quieren ver tu vida. Tu personalidad. O sea, que tienes que intentar acostumbrarte a sacar fotos todo el tiempo, aunque parezca que lo

que haces es aburrido. Aunque estés en el apartamento sin hacer nada especial.

Asiento con la cabeza, pero me pregunto si habrá visto alguna vez nuestro apartamento. Está situado muy oportunamente encima de una lavandería, pero creo que es lo único que se puede decir en su favor. No me gusta pasar allí más tiempo del necesario debido a su extraño olor, su falta casi absoluta de luz natural y su potencial plaga de cucarachas.

—¿No había nadie en Londres que mirase estas cosas contigo? —continúa Imogene ladeando la cabeza—. ¿Leanne?

—Lo mencionó, sí —respondo.

Leanne es mi agente en Inglaterra, la responsable de mi «descubrimiento» hace unos meses. Fue una situación absolutamente surrealista. Estaba comiendo en un Pret cuando esta mujer menuda y de pelo blanco, vestida con un traje rosa muy llamativo, se puso de repente a mi lado y me preguntó si alguna vez había trabajado como modelo. Me quedé mirándola con la boca llena de faláfel hasta que sacó una tarjeta y me dijo que buscara información sobre ella. Después de aquel encuentro, todo ocurrió a un ritmo vertiginoso.

—Claro. No pasasteis demasiado tiempo juntas. —Imogene sonríe comprensiva—. Y tu forma de andar y tus movimientos, que estoy segura de que fueron su prioridad, son impecables. Pero en estos tiempos los seguidores son más importantes de lo que deberían.

—Pondré remedio —asiento—. Gracias. De verdad.

—Para eso estoy, cielo. ¿Te apetece un café?

—No sé si tengo tiempo —confieso.

He tenido que levantarme escandalosamente temprano para venir aquí antes del primer desfile del día; aún tengo el pelo húmedo de la ducha, la cara brillante y sin maquillar. Pero Imogene está perfectamente arreglada y radiante con un traje de *tweed* y su delineado egipcio impecable. No tengo ni idea de cómo lo hace.

—Tómate uno. Ahora mismo aviso a Kady —dice con decisión alcanzando el teléfono.

Echo un vistazo a mi alrededor mientras golpetea la pantalla con las uñas escribiendo un mensaje. El despacho de Imogene es tan perfecto como ella, con paredes blancas, velas perfumadas e iluminación suave. Hay unas plantas grandes y lustrosas en cada rincón y un letrero de neón rosa instalado detrás de su escritorio que dice no lo sueñes. Supongo que lo que se deduce es consíguelo, pero siempre me ha parecido un poco amenazador.

—¿Alguna pregunta? —dice Imogene sin levantar la vista del teléfono.

—Sí, hum…, me gustaría saber qué pasa con Londres —respondo irguiéndome en la silla—. Solo para saber cuándo tengo que hacer el equipaje.

—Londres —repite Imogene—. Ya. Creo que debemos dejarlo pendiente.

—¿Dejarlo pendiente?

—Estás teniendo muchísima aceptación aquí. Mi instinto me dice que debemos sacar el máximo provecho.

—Ah. Hum… Vaya —balbuceo atónita.

Imogene baja el teléfono.

—Por supuesto, tendré que hablarlo con Leanne —añade muy seria—. De momento, todo esto es hipotético.

—Vale. De acuerdo.

—¿Estás dispuesta a quedarte un poco más? —pregunta Imogene con un leve gesto de preocupación.

—¡Ah, sí! —respondo sin pensarlo—. Sí. Pero es que… Pensé que la Semana de la Moda de Londres era un evento importante, así que…

—Lo es. —Sonríe—. Así que ya veremos, ¿vale? Pase lo que pase, será bueno para ti. Te lo prometo.

* * *

Bueno para mí. Pienso en ello en el metro, con los auriculares puestos mientras el vagón traquetea. A ver…, confío en Imogene, pero en realidad no sé muy bien qué me parece lo de quedarme en Nueva York más tiempo del planeado. Siendo sincera, no sé si estoy preparada físicamente. O mentalmente; en un sentido y en otro, estoy exhausta. Es como si hubiera estado funcionando a base de pura adrenalina desde que el avión aterrizó en el JFK, pero supuse que podría recobrar el aliento cuando volviera a Londres. Que allí las cosas serían un poco más normales. Ahora veo que lo de Londres está en el aire…

Aquí todo es enorme. Ruidoso, excesivo. Tengo una falta de sueño crónica, un hambre constante; siempre como lo que pillo a toda prisa, y mi dependencia actual del ramen instantáneo bien podría desembocar en escorbuto. Tengo ampollas en los pies por culpa de los tacones, el pelo quemado del secador, y de la cara mejor ni hablamos. Pero… no me siento a disgusto. Eso es lo curioso, por mucho que me cueste salir de la cama por la mañana, en cuanto me

levanto estoy deseando empezar. Me gusta tener siempre algún sitio a donde ir, y esos sitios normalmente son extraordinarios. Me hace sentir importante. Chic, aunque me dé vergüenza admitirlo.

También me gustó aquel camarero, el que conocí la otra noche. Lo busqué cuando volví a entrar en el restaurante y me pareció verlo yendo a la cocina, pero no volvió a nuestra mesa. Me doy cuenta de que, si me quedo, quizá vuelva a verlo, y se me alegra el corazón. A lo mejor Imogene nos lleva otra vez allí y…

Dios mío, pero ¿qué van a decir mis padres? Ahora mismo están en Sussex trabajando en una casita de campo destartalada cerca de la playa. Es todo candorosamente pintoresco y una parte de mí desearía creer que por fin han encontrado un hogar para siempre. Pero los conozco. Dentro de seis meses se habrán enamorado de alguna otra ruina preciosa, venderán y se pondrán en marcha con todas nuestras escasas posesiones en la furgoneta. Esa ha sido la rutina de los últimos seis años. Nos mudamos, reformamos y nos vamos.

No siempre fue así. Cuando era pequeña, papá y mamá trabajaban a jornada completa y yo pasaba la mayoría de las tardes en casa de mi abuela. Era una casa pequeña e impoluta, igual que ella; nunca la vi sin pendientes ni pintalabios, y cada vez que salía a la calle volvía a echarse perfume. Me dejaba echármelo a mí también y aún recuerdo el tacto de sus manos frías y suaves sobre las mías cuando me rozaba las muñecas con el pulverizador de cristal. Ahora un montón de recuerdos se han desdibujado, pero no esa fragancia. De vez en cuando aparece de repente y me da un vuelco el corazón.

Cuando murió, no era capaz de aceptarlo. Solo sabía que la echaba muchísimo de menos, y que mamá también debía de extrañarla porque empezó a pasarse las tardes en casa de mi abuela en vez de ir a trabajar. Y, de pronto, yo empecé a pasar las tardes viendo cómo ella y papá levantaban la moqueta y arrancaban el papel de las paredes hasta que la casa dejó de parecerse, oler y recordar a la casa de mi abuela. La pérdida tomó forma y anidó en mi pecho.

Pero, aparentemente, hizo que mamá se sintiera mejor. En cuanto vendieron la casa, mis padres tuvieron una conversación seria conmigo y me preguntaron si me gustaría que pasáramos más tiempo juntos en familia. Dije que sí, aunque en aquel momento no sabía a qué estaba diciendo que sí. De haberlo sabido, quizá mi respuesta habría sido distinta.

Supongo que, en ciertos aspectos, me vino bien. Desde luego, pasamos muchísimo tiempo juntos, y ayudarlos me ha dotado de un respetable nivel de conocimientos sobre bricolaje; ayer en el apartamento mi popularidad subió como la espuma cuando arreglé la alcachofa de una ducha que se había roto. También se me da genial hacer maletas, así que, curiosamente, me ha preparado para mi nuevo estilo de vida, aunque mentiría si dijese que nunca estuve resentida con ellos por vivir así. Comprendo que reformar casas sea lo que les guste, pero estoy segura de que a mí me habría gustado ser una adolescente normal y vivir en un lugar fijo. Tener algo más a que aferrarme que solo ellos dos.

Sé que muchos padres tratan a sus hijos como si fueran extensiones de sí mismos, pero los míos no. Nunca me dieron la lata con los deberes ni extraescolares, tampoco sobre mis amigos o la

falta de ellos. Nunca intentaron obligarme a sacar el carnet de conducir ni buscar un trabajo de media jornada; solo me daban una paga semanal por ayudarlos con las obras. Siempre estuvieron satisfechos con mis notas y las universidades que me aceptaron, pero, cuando les enseñé la tarjeta de Leanne, fue como si hubiera pulsado un interruptor. De pronto tuve que enfrentarme a brazos cruzados, labios fruncidos y conversaciones tensas sobre «tomar las decisiones adecuadas».

Sobre todo, por parte de mamá. Nunca le ha hecho gracia lo de ser modelo; papá se mostró escéptico al principio, pero ahora le parece genial que tenga la oportunidad de ver mundo y ganar dinero al mismo tiempo. Sin embargo, mamá no se ha bajado del carro de la desaprobación, ¿porque le parece un mundo frívolo? Siempre ha tenido sentimientos encontrados sobre la moda. Se pasa la vida con monos de trabajo, tiene exactamente dos vestidos «decentes» y solo se pinta los labios cuando va a algún funeral. Aunque nada de ello explica por qué no puede al menos aparentar que está orgullosa de mí.

Me revuelvo inquieta en el asiento y procuro no hacer caso de una punzada de tristeza. Si no les parece bien que me quede más tiempo en Nueva York…, mala suerte. Ahora soy yo quien toma mis propias decisiones, tampoco hay nada que me espere en ningún sitio. Se han asegurado de ello.

EZRA



El jueves llega por fin el mensaje que llevaba tiempo temiendo.

Hola, Ezra. Espero que estés bien.
¿Estás libre para comer hoy? Papá

Lo leo dos veces mientras me mordisqueo distraído el interior de la mejilla. Según el horario de turnos que Romy y yo elaboramos a toda prisa, hoy tengo el día libre, y ahora mismo estoy tumbado en el sofá con un ejemplar de *Middlesex* que tiene un montón de páginas con la esquina doblada. Lo dejo a un lado y escribo inmediatamente a Caroline.

le dijiste a papá que estoy
trabajando en el restaurante?

Menos de un minuto después, mi teléfono emite un zumbido.

¿Y privarte de ese placer?
Por supuesto que no :)))))))

Suspiro y me levanto; escribo un nuevo mensaje de camino hacia el baño.

claro papá. adónde quieres ir?

Dos horas después estoy duchado, afeitado y sentado en un restaurante bien iluminado cerca de la oficina de papá. Como es de esperar, se retrasa, lo cual me da la oportunidad de pedir y pagar un vodka con gaseosa en la barra. No es que me importe gran cosa que aún sea mediodía, pero eso no significa que quiera que aparezca en la cuenta.

—¡Perdón, perdón! —exclama papá con brusquedad y un aspecto de total agobio a mi espalda mientras aparta la silla—. La reunión se alargó… ¿Llevas mucho tiempo esperando?

—No —miento.

Hace un signo de asentimiento, alcanza una carta y la mira un segundo antes de dejarla de nuevo encima de la mesa.

—¿Tienes prisa? —tanteo.

—Lo siento —dice con una sonrisa cargada de vergüenza cuando la camarera se acerca a nuestra mesa.

Molesto, bebo un buen trago de mi bebida. Lleva aquí treinta segundos, literalmente, y ya está acelerando para marcharse cuanto antes. ¿Qué sentido tiene?

—¡Hola! ¿Qué les puedo servir? —La camarera sonríe mirando a mi padre.

—Yo voy a tomar el pollo asado a la leña y las coles de Bruselas a la plancha de guarnición, por favor. ¿Ezra?

—Hum… *Focaccia* de *pancetta* y *provolone*, por favor —digo mientras cavilo en silencio sobre el hecho de que en este lugar te cobren veinte dólares por algo que básicamente no es más que un sándwich de jamón y queso.

—Muy bien. ¿Y de beber?

—Seguiremos con agua con gas. Gracias —dice mi padre, e inmediatamente clavo la vista en la camarera.

Ella me ha visto en la barra. Sabe que no estoy bebiendo agua con gas. Pero no dice nada; solo sonríe y se va, algo que debo reconocer que me gusta de los locales elegantes como este. Por muy cara que sea la comida, la discreción es gratis.

—Bueno —dice papá—. ¿Y a qué te has estado dedicando?

—A poca cosa —respondo irguiéndome en la silla—. He conseguido un trabajo.

—Oh —dice haciendo un gesto de sorpresa.

—Sí, hum…, en el restaurante donde trabaja Romy —continúo tratando de mantener la calma—. De camarero. O sea…, recogiendo y poniendo mesas. No es para siempre, claro…

—No, no, claro.

—Pero así tengo algo que hacer.

—Eso es —asiente—. Bien…, eso está muy bien. Y la verdad es que de eso quería hablarte hoy.

—Ah, ¿sí? —finjo sorpresa.

—Sí, bueno… Se me ocurrió que estarías un poco perdido sin nada que hacer. Y pensé que quizá podría interesarte echarme una mano en la oficina.

—Ah, ya.

—Sé que lo que hago no te parece muy interesante, pero la experiencia en una oficina es algo muy útil para tener en tu haber. Maggie puede dar fe de ello.

—Pero Maggie y yo somos distintos.

—Lo sé —dice inmediatamente—. Entonces…, ¿has pensado algo que te gustaría hacer?

—Ah, ¿el resto de mi vida, quieres decir? —pregunto riéndome—. Mmm…, no. Siento decepcionarte.

—No esperaba que hubieras pensado ya algo definitivo. Es que… no me gustaría nada verte sin rumbo.

—Ya. —Y aparto la mirada.

Es una reflexión curiosa, viniendo de alguien que apenas me ha visto en los últimos cinco años. ¿Qué espera? He estado saltando de un lado a otro del océano Atlántico desde que tengo uso de razón, ¿y todavía le extraña que no tenga un «rumbo»?

—Caroline mencionó que eras aficionado a la fotografía —insiste.

Me aguanto las ganas de suspirar.

—No exactamente —digo—. O sea… En el internado había un cuarto oscuro. Me entretenía.

El departamento de artes plásticas era una monstruosidad amorfa de los años setenta situado en los límites del recinto y, como había muchas aulas que no se usaban, se convirtió en mi lugar favorito para matar el tiempo cada vez que no me apetecía especialmente asistir a alguna clase. Al final me pilló el señor McDougal, uno de los profesores, pero en lugar de un apercibimiento me dio una pequeña cámara automática bastante usada. También me enseñó a revelar fotos, aunque la dinámica mentor/ discípulo no pasó de ahí. Prefería ver películas en su despacho a dar clase, pero sí me allanó el camino

para convertirme en el fotógrafo extraoficial de los eventos colegiales, lo que significaba que por fin tenía un motivo justificado para faltar a clase.

—Ya tenían el cuarto oscuro cuando yo estudié allí —explica mi padre—. Supongo que no habrá cambiado mucho.

—Probablemente no —respondo en tono inexpresivo.

Así es como él justificó lo de mandarme a un internado, aparentemente. Fue al mismo, así que le pareció buena idea mandarme allí cuando empecé a «portarme mal».

—Me ha dicho que tienes buen ojo —continúa—. Caroline, quiero decir.

Me encojo de hombros. Caroline también era aficionada; por eso le escribí pidiéndole consejo cuando empezaba. Semanas después recibí un paquete: me había comprado una Leica restaurada y una caja de carretes. Desde entonces adjuntaba mis fotos escaneadas en los correos; solo las mejores, las que pensaba que podrían gustarle. Pero no me di cuenta de que podía irse de la lengua con papá.

—La Universidad de Nueva York tiene un buen programa de fotografía, ¿sabes? —añade inclinándose hacia mí—. Tengo una amiga que da clase allí. Estoy seguro de que le encantaría ver tu porfolio.

—No tengo porfolio.

—Pues es algo en lo que podrías trabajar. ¿Cuánto crees que tardarías en tenerlo?

—No sabría decirte —respondo seco—. Supongo que tendría que preguntárselo a Caroline.

—Estupenda idea —dice con tanto entusiasmo que inmediatamente me siento fatal.

Esa es una de las muchas, muchísimas razones por las que evito pasar tiempo con mi padre: odio a la persona en la que parece que me transformo cuando estoy con él. Un adolescente borde y aburrido, conteniendo las ganas de hacer gestos de fastidio con cada cosa que dice.

No siempre ha sido así. Antes lo idolatraba y a mamá también. Trabajaban casi sin descanso. Papá en su despacho y mamá dando clases de Filología Clásica en la universidad, justo a las afueras. La verdad es que era casi un acontecimiento cuando alguno de los dos estaba en casa, lo que explica que Maggie, Caroline y yo nos disputábamos su atención sin ningún disimulo. Ellos lo sabían, o eso creo, y por eso cada uno tenía su «tema» con ellos. Para mamá y para mí era el cine. Con papá eran los museos, y me acompañó pacientemente en todas las obsesiones de la preadolescencia. Primero, los dinosaurios; a continuación, el espacio, el Antiguo Egipto y una breve temporada en que me gustaron las geodas. Pasamos tantos domingos recorriendo el Museo de Historia Natural que la mayoría de los vigilantes sabían mi nombre e, incluso después de que las geodas perdieran su atractivo, las cosas siguieron bien entre nosotros hasta que empezaron a ir mal con mamá. Luego, murió y…

No me molestaré en explayarme sobre lo poco que recuerdo, pero la cuestión es que él nunca estaba. Había cuentas que cerrar, gente a la que informar, un funeral que organizar…; resulta que la muerte es una pesadilla en cuanto a logística. Sin embargo, siempre me dio la impresión de que se sentía aliviado de tener una excusa para no estar con nosotros. Supongo que ya tenía bastante con su dolor como para tener que lidiar también con el nuestro.

En fin. Poco después llega la comida; un alivio. Mientras estamos comiendo no tenemos que hablar, y el sándwich está bueno; no tanto como para costar veinte dólares, pero bueno. Papá pide la cuenta menos de un minuto después de que me metiera el último trozo en la boca y me da otra palmadita torpe en el hombro a la puerta del restaurante antes de marcharse.

Me siento extrañamente agitado durante el paseo de vuelta al apartamento. No me lo puedo quitar de la cabeza y, a los diez minutos escasos de entrar, estoy ya arrodillado rebuscando en la caja de las cosas del instituto que tengo debajo de la cama. Por fin encuentro mi Leica dentro de un calcetín viejo, la saco y le doy vueltas en las manos. Hay algo tranquilizador en su peso. Lo de la universidad no va a salir, pero reunir unas cuantas fotografías para que papá se quede tranquilo no parece una tarea demasiado difícil.

Es curioso, pero nunca la he usado en Nueva York. Nunca la traje durante las vacaciones de verano, supongo que porque no me apetecía prestar demasiada atención a la ciudad. Después de la muerte de mamá, me parecía obsceno que todo pareciera igual. La aparente indiferencia de la ciudad ante su ausencia me enloquecía y me imaginaba a mí mismo colocando placas conmemorativas en todos sus sitios favoritos. Quería que todo el mundo, incluso la gente que no la había conocido, recordara que había estado allí. Que supiera que tomaba café en esta pastelería y que corregía los exámenes en este banco y que le gustaba tanto este cuadro que venía a verlo el último domingo de cada mes.

Pero no lo hice, obviamente. Ni siquiera he hecho nada especial aquí, en mi apartamento. Caroline me ofreció unas fotos para enmarcar cuando me mudé, pero le dije que no, que no quería

ninguna. Me sentí y aún me siento mal por ello, pero no voy a cambiar de opinión. Aún no he averiguado cómo rememorar lo bueno sin que me traiga inmediatamente lo malo, y tener fotos a mi alrededor… supondría tener que recordar más de lo que puedo gestionar. Porque resulta que el dolor no disminuye. Solo ataca con menos frecuencia.

Vuelvo a guardar todo en la caja y la meto de nuevo debajo de la cama. La cámara también. Ya no me apetece seguir mirándola.



AUDREY



—¿Y te ha dicho cuánto tiempo más vas a quedarte?

—Indefinidamente, creo.

—Vale. ¿Cuándo fue la reunión?

—El miércoles. Pero me mandó un mensaje para confirmármelo anoche.

—Vale —repite Marika distraída dando golpecitos con la cuchara en su cuenco de yogur—. Muy bien.

Doy un tímido mordisco a mi tostada. Es viernes por la mañana, estamos en nuestra triste y pequeña cocina y esta posiblemente sea la mejor oportunidad de decirle a Marika que no me voy a ir de Nueva York con ella. Sigo sin estar demasiado segura de que le importe gran cosa, pero esta semana hemos pasado mucho tiempo juntas. Incluso me despertó esta mañana cuando sonó mi despertador y seguí durmiendo.

—Bueno, pues… mucha suerte en Londres —le digo con una sonrisa—. Estoy segura de que todo irá genial.

—Yo tampoco me voy a Londres —responde—. Y pensé que sabía lo que eso significaba, pero ahora no estoy segura. —Luego, deja el cuenco y la cuchara con estrépito y sale dando zancadas.

Vacilo unos instantes, después me meto el resto de la tostada en la boca y salgo al pasillo tras ella. Cuando llego a nuestro cuarto, se

está desnudando; se quita la parte de arriba del pijama para después lanzarla a la cesta de la ropa sucia. ¿Está enfadada? ¿Disgustada? Literalmente, no tengo ni idea.

—Entonces…, ¿te quedas en Nueva York? —pregunto vacilante.

Asiente con la cabeza mientras se quita a sacudidas el pantalón de deporte.

—Sí. Ayer me lo dijo Imogene.

—Oh.

Me acomodo en el borde de mi cama. Mejor dicho, de mi litera; el cuarto es tan pequeño que dormimos una encima de otra. También hay una cajonera, un espejo de cuerpo entero y un biombo de papel en un rincón, pero Marika no se molesta en usarlo. De hecho, a ninguna de las chicas del piso parece importarle mucho la desnudez. No me molesta, pero a mí me cuesta más. Desarrollé tarde, no di el estirón hasta un año antes de la pubertad; aún recuerdo cómo rogaba a mi madre entre lágrimas que me comprara un sujetador con relleno tras oír por casualidad algunos comentarios particularmente maliciosos en el vestuario del instituto. Fue hace mucho tiempo, lo sé, pero no he logrado desprenderme del todo del sentimiento que aquello me provocó.

Soy plenamente consciente de que nadie quiere escuchar a una modelo hablar de todas las veces en que no se sintió guapa. Sé que estar delgada se toma con demasiada frecuencia como un éxito en sí mismo, pero sobrepasar en altura a todas las chicas —y a un montón de chicos— del instituto fue una desgracia. Tras pegar el estirón empecé a usar los zapatos más planos que encontraba, a andar encorvada y flexionar una rodilla cuando estaba de pie con la cadera torcida. Siempre fui «la alta» además de «la nueva» y, como

era tan reservada, la gente tendía a pensar que era una esnob. La idea de intentar buscar amigos me atormentaba, así que me encerraba en mí misma hasta que otra persona hacía el esfuerzo de relacionarse conmigo. Después me integraba en el grupo poco a poco, intentando adaptarme al tipo de amiga que pensaba que querían, lo cual sé que parece psicopático. Pero todo el mundo modifica su carácter en alguna ocasión. Eso lo he visto mucho aquí: chicas lánguidas y hastiadas transformándose en Miss América en cuanto entran a una prueba.

De todos modos, a veces me siento un poco alejada de mí misma. Sé que soy una persona tan humana como cualquiera —con mis defectos, fobias, obsesiones y todo eso—, pero no siempre lo parece. Quizá porque nadie conoce esas cosas de mí. Nadie me conoce de verdad, punto, y a veces, cuando es muy tarde y estoy en la cama sin poder dormir, imagino que todo es distinto. Que hay alguien en mi vida que recuerda qué café prefiero, mi número de calzado, mi signo zodiacal. Alguien dispuesto a oírme hablar sobre los programas que me hacen reír, los libros que me hacen llorar y ese sueño recurrente en el que estoy intentando alcanzar a alguien, alguien importante para mí, aunque no puedo verle la cara y anda demasiado rápido. Intento correr, pero es como vadear un río de melaza y, cuando lo llamo, no me oye. Nunca llego a darle alcance. Nunca descubro quién es.

—Perdona si parece que estoy molesta —dice Marika de pronto poniéndose una camiseta para después volverse y mirarme a los ojos—. No lo estoy. Solo intento reorganizar las cosas.

—No te preocupes —respondo de inmediato, despertando de pronto de mi triste ensoñación—. Yo tampoco sé cómo interpretarlo.

—Había imaginado que Imogene tenía un trabajo concreto para mí —dice con franqueza—. Lo suficientemente importante como para justificar no volver a Londres. Pero ahora ya no estoy segura.

—Quizá lo tenga. Más o menos hizo alusión a algo así.

—Ojalá fuera a la gala de esta noche. —Suspira con las manos en las caderas—. Siempre habla mucho más de todas esas cosas en los eventos.

—¿La gala? —repito sorprendida.

—La Gala Waverly. No me digas que te habías olvidado.

Oh, Dios. Me había olvidado.

—Necesitas un vestido —continúa Marika muy seria—. Un vestido de noche, para ser exactos. Es de etiqueta.

—Lo sé —respondo inmediatamente—. Me daré una vuelta por el centro comercial cuando acabe los desfiles.

La Gala Waverly es un gran acontecimiento, uno de los últimos eventos de cierre antes de que todo el mundo se suba a un avión con destino a Londres. En mi descargo, debo decir que nos invitaron a última hora. Imogene nos contó que cada año hay un cupo que se da a las agencias para «ocupar asientos vacíos con caras bonitas». Somos increíblemente afortunadas teniendo en cuenta la cantidad de gente importante que habrá; el único motivo de la ausencia de Imogene es que su hermana cumple treinta años, lo cual creo que dice mucho a su favor.

Marika encajará a la perfección, estoy segura. Solo lleva un año como modelo, pero se mueve como si ya fuese un personaje famoso. He visto a gente dejar una frase sin terminar cuando entra en una sala e interrumpir la conversación solo por volverse a mirarla. Además, trabaja muchísimo. Cuando le comenté que Imogene me

había llamado la atención sobre mis redes sociales, me enseñó todas las aplicaciones que utiliza para gestionar las suyas; aplicaciones, en plural, porque tiene unas diez.

Quizá me equivoqué al pensar que le caigo mal. Quizá lo único que ocurra es que está tan concentrada en su carrera que todo lo demás queda desdibujado.

No tardo en vestirme. Cuando salgo de detrás del biombo, Marika ya está poniéndose la chupa de cuero rosa empolvado, mucho más bonita que mi cazadora verde oliva, y salimos juntas. Esta mañana participamos en el mismo desfile y volvemos a compartir taxi. Me quedo atrás mientras ella se acerca al bordillo, maravillada de cómo incluso al parar un taxi posee una elegancia extraordinaria: cuello de cisne, el brazo levantado en un ángulo como si fuese una bailarina.

Imogene me aseguró que quedarme en Nueva York sería bueno para mí. Ahora me doy cuenta de que, si Marika también se queda, tiene que serlo por fuerza.

Me siento más animada cuando un taxi frena derrapando ante nosotras, reconfortada por esa idea.



EZRA



—No te entiendo, tío —dice Mac como si esto le preocupara.

Dado que hace menos de una semana que nos conocemos, yo diría que tampoco tiene necesidad.

—O sea, eres rico rico —continúa—. Y que no se te ocurra decir lo típico de «los ricos son mis padres, no yo», porque es una gilipollez.

—Tomo nota.

—Así que explícame por qué andas llevando platos sucios de un lado a otro por el sueldo mínimo. Yo necesito este trabajo para vivir… ¿Qué sacas tú con ello?

Buena pregunta. Merece una respuesta sincera, pero no estoy seguro de cuál es esa respuesta.

—¿Organización, quizá? —digo inseguro.

Mac suelta un bufido.

—Se me ocurren cosas mejores para organizar mi vida que servir mesas.

—Tienes razón —confieso mientras apago la colilla contra la caja donde estoy sentado.

Mac está sentado en otra; estamos en el callejón que hay detrás del restaurante y se ha fumado tres cigarrillos en el tiempo en que yo he fumado uno. La historia de Mac es esta: tiene diecinueve años, lleva seis meses trabajando en el restaurante y en un principio

se mudó a Nueva York para asistir a Juilliard, que, según me ha informado, es la mejor escuela de artes escénicas del mundo. El único problema es que no lo admiten; al menos, de momento. Hace poco solicitó que le hicieran una segunda prueba y esa tenacidad me impresiona más que si lo hubieran admitido a la primera.

—La novia de Romy es tu hermana, ¿no? ¿A qué se dedica?

—Es artista.

—Ella y media ciudad. ¿Más concretamente?…

—Pintura. Retratos al óleo.

—¿Es buena?

—Sí —contesto con toda sinceridad—. Muy buena, la verdad.

—Entonces, ¿por qué no te dedicas tú a algo parecido? Creativamente gratificante, pero de bajo riesgo.

—Por favor, no partas de la suposición de que poseo talento artístico.

—Dios…, ¿sabes que suenas igual que el tipo ese de *Orgullo y prejuicio* cuando dices gilipolleces como esa? Ese acento es otro rollo.

—Distinto del americano, sí.

—Seguro que vuelve locas a las mujeres. Y a los hombres. ¿Estás saliendo con alguien?

—No —respondo sin dar explicaciones.

—¿Eso es lo único que piensas contarme? Vale. Un poco de misterio es sugerente. —Apaga el cigarrillo y se pone en pie pasándose la mano por sus rizos decolorados.

El sol del mediodía hace brillar su piel oscura y arranca destellos al aro que lleva en la nariz; Romy me ha informado con gran regocijo de que más o menos tres cuartas partes del personal están

enamoradas de Mac, un hecho del que él parece ser demasiado consciente.

—Oye, ¿qué vas a hacer esta noche? —me pregunta de repente volviéndose hacia mí.

—Nada —contesto; me doy cuenta demasiado tarde de que «nada» podría comprometerme a «algo».

—Un amigo acaba de mandarme un mensaje diciendo que esta noche hay un evento con servicio de *catering* —dice—. Están buscando personal, por si te interesa.

—Ah. Claro.

—No pareces muy seguro.

—No, no, me apunto. Es que pensé que ibas a proponer que saliéramos o algo así.

—Siempre hay una fiesta cuando se termina. Cogemos alguna botella y vamos al apartamento de alguien. Y no es que lo necesites, pero esas cosas siempre se pagan en efectivo.

—Es solo llevar bandejas, ¿no? —pregunto—. ¿No importa que no tenga mucha experiencia?

—Probablemente no —dice Mac un par de segundos después—. Pero, si me lo preguntaran, mentiría.

El restaurante está medio vacío cuando Mac y yo entramos después del descanso, y nos ponemos a recoger los restos del caos de la comida. Mi tarea es lavar a mano las delicadas copas de champán en las que servimos las mimosas, con los bordes finos como el papel manchados de pintalabios caros.

—Parece que has hecho un amigo.

Levanto la vista y veo a Romy apoyada en un lateral del fregadero.

—¿No tienes nada que hacer? —pregunto mientras enjuago una copa con mucho cuidado—. ¿Pelar patatas? ¿Cortar cebollas?

—Soy la *chef de cuisine*, Ezra.

—¿Y se supone que debo saber qué significa eso?

—Significa que ya dejé atrás la fase de pelar patatas y cortar cebollas. —Sonríe—. Tú también podrías hacerlo.

—Por supuesto. Primero espera a que me pase por la escuela de cocina un año o así y listo.

—No hace falta ir a la escuela de cocina para trabajar en una. Desde luego, yo no lo hice. Siempre y cuando estés dispuesto a aprender y dispuesto a trabajar duro…

—Ya me has perdido con lo de «trabajar duro».

—Puede que se te dé bien.

—No. Gracias, pero… no creo que sea para mí.

—Entonces, ¿qué es para ti?

—Cuando lo averigüe, serás la primera en saberlo —respondo… un poco bruscamente.

Romy ladea la cabeza y dejo caer la esponja en el fregadero para volverme hacia ella.

—Perdona —digo inmediatamente mirándola a los ojos—. Es que… ayer mi padre me sermoneó con que no estoy haciendo nada con mi vida. Y por lo visto aún estoy un tanto susceptible con el tema.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—No. Pero gracias.

Romy hace un gesto de asentimiento con la cabeza. Agradezco que no sea una de esas personas que salen con tópicos vagos e

indiferentes como «vas a tener suerte» o «seguro que lo hace con buena intención». Pero me mira como si quisiera decirme algo más.

—¿Qué? —le espeto finalmente.

—Nada —responde muy tranquila—. Tienes algo en la cara.

Y a continuación hunde la mano en el fregadero y me da una palmada en la cara llenándomela de espuma. Parpadeo sorprendido y suelto una carcajada mientras se va tranquilamente.

Creo que esa era su intención.

AUDREY



—¿Te encuentras mal?

Levanto la vista sobresaltada. Marika está delante de mí con una mano en la cadera y expresión impenetrable. Estoy apoyada en el borde de un lavabo, teléfono en mano, y no me había dado ni cuenta de que estaba aquí.

—¿Perdona? —respondo intimidada. Es una forma bastante contundente de empezar una conversación, incluso tratándose de ella.

—Es que no se me ocurre otra razón por la cual te hayas escondido en los lavabos —dice tajante—. Sobre todo porque conozco personalmente a una docena de chicas que habrían dado cualquier cosa por estar aquí esta noche.

—Bueno…, no es que me encuentre demasiado bien —digo con voz poco convincente.

Marika hace un gesto de desdén, se vuelve hacia el espejo y abre el bolso.

—Llevo una semana sin probar el azúcar refinado, duermo una media de cuatro horas por noche y estoy casi segura de que me están sangrando los pies —replica—. Bienvenida al club.

Abro la boca, aunque, antes de que me dé tiempo a protestar, una invitada glamurosa con un vestido dorado entra estrellándose contra

la puerta y se mete en uno de los retretes tambaleándose entre arcadas. Marika y yo hacemos una mueca de asco al oír el inconfundible sonido del vómito sobre las baldosas.

—¿Estás bien? —pregunto tímida.

La respuesta, un «Déjame en paz» ahogado, va acompañada de más arcadas.

Supongo que es algo inevitable en cualquier evento con múltiples barras libres. Reservaron un hotel entero para esta noche, un espléndido edificio antiguo en el centro de la ciudad que podemos recorrer a nuestro antojo. Es abrumadoramente hermoso, y quizá por eso me siento un poco abrumada.

—En fin —murmura Marika mientras se inclina hacia el espejo para retocarse los labios—. No estoy aquí para dar charlas motivacionales. Pero es que me parece increíble que estés desaprovechando esta oportunidad deliberadamente.

—A ver…, lo he intentado —afirmo—. Llevamos horas aquí. He hablado con mucha gente…, gente que ni siquiera conozco…

—Ya, de eso se trata.

—¡Pero me muero de vergüenza! Son todos famosos o importantes o mucho mayores que nosotras.

—Eres una chica guapa, Audrey. La gente está predispuesta a que les gustes antes incluso de que abras la boca.

Sonrojada de vergüenza, hago una mueca. Marika cierra el bolso de golpe.

—Olvídalo —dice—. ¿Has bebido algo? Me refiero a una copa copa.

—Tengo dieciocho años. ¿Aquí no hay que tener veintiuno para beber alcohol?

—En teoría. ¿Te apetece una copa?

—Eeeh… Claro.

—Bien. Pues vámonos.

—Lo siento —le espeto—. Siempre estás pendiente de mí y la verdad es que no tienes por qué…

—Lo sé —interrumpe Marika con brusquedad—. Pero no estoy segura de por qué me molesto, está claro que esto no te importa nada.

—Me importa —respondo sobresaltada—. Me importa muchísimo.

—No lo suficiente para garantizar que llegas a tiempo. Que llevas la ropa apropiada. Que hablas con la gente adecuada…

—¡Solo llevo unos meses en esto!

—Y, sin embargo, ya estás en Nueva York —dice en tono seco—. Enhorabuena.

Ante eso, no tengo respuesta. Bajo la vista abatida, Marika suspira y deja su bolso junto al lavabo.

—Escucha… Llevo casi dos años trabajando en esto y es mi primera Semana de la Moda fuera de Londres; tengo mucho que demostrar.

—Lo sé —respondo en voz baja—. Yo también estoy tratando de demostrar cosas. Retrasé la universidad por esto. No…, ahora mismo es lo único que tengo.

—Lo entiendo perfectamente —me espeta—. Yo antes bailaba. *Ballet*.

—Vaya —digo sorprendida—. ¿Y renunciaste al *ballet* para ser modelo?

—Cuando tenía dieciséis años, un coche chocó contra mi bicicleta —contesta sin alterarse—. Me tiró al suelo y me rompí tres huesos.

Importantes.

Hago una mueca de dolor al imaginarme la escena. Marika intenta esbozar una sonrisa que no se corresponde con la expresión de su mirada.

—Ya, bueno… Por lo menos, llevaba casco; por eso puedo estar aquí hablando contigo ahora mismo. Y la gente siempre decía que debería ser modelo, así que probé suerte en unas cuantas agencias en cuanto me quitaron las escayolas. Dado que siempre lo sacrificaba todo por la danza, supuse que la única forma de superarlo sería dedicándome a algo que exigiera el mismo nivel de compromiso.

—Y… ¿eres feliz? —pregunto con cautela—. Ahora, quiero decir. Como modelo.

—Sí —responde tras una breve pausa—. La verdad es que tiene muchos aspectos similares. De los buenos. No solo el racismo y la crítica del cuerpo. —Se vuelve hacia mí con una mirada intensa—: ¿Entiendes ahora por qué soy un poco susceptible por el hecho de que te tomes esto como una obligación ingrata, no?

—Lo entiendo —contesto muy seria—. Tienes razón. Es inmaduro y… Lo siento. Por ti y por… por todo.

—Olvídalo —dice con decisión pasándose una mano por el pelo—. Vámonos. Copas.

Como si fuera una señal, la chica del retrete vuelve a tener arcadas.

—Una copa, entonces —dice Marika impávida—. En singular.

El salón de baile parece un poco más oscuro cuando volvemos y los cuerpos se confunden bajo la luz tenue de las arañas. Noto que los ojos se vuelven siguiendo nuestros pasos, sobre todo los de Marika. Está literalmente deslumbrante con un vestido blanco de seda con un generoso escote en la espalda y una falda larga que flamea cuando anda. Mi vestido es más comedido, una columna brillante de lentejuelas azul noche con cuello alto y una abertura en la pierna. Una dependienta especialmente amable lo encontró en la sección de oportunidades junto con el bolso y los zapatos, y buscó a alguien que me maquillara en el departamento de belleza. Y… es curioso, pero, aunque mamá y yo nunca establecimos ningún vínculo especial en torno a la ropa o el maquillaje, hubo algo en la amabilidad y la atención de esa mujer que me hizo añorarla tanto que se me formó un nudo en la garganta en el probador.

En fin.

—¿Nos pones dos copas de *prosecco*? —dice Marika inclinándose sobre la superficie brillante de la barra.

El camarero asiente y le dedica la típica sonrisa amplia y bobalicona antes de volverse para buscar nuestra bebida.

—Es muy mono —comento.

Ahora Marika y yo somos amigas, creo, y esto es lo que hacen las amigas. Pero lo mira de nuevo como si ni siquiera lo hubiera visto antes con una expresión totalmente indiferente. Supongo que es indicativa de que el amor no parece ser una prioridad para ella.

—¡Eh! ¡Marika!

Nos volvemos a la vez y vemos acercarse a una chica con un vestido negro vaporoso, la cabeza afeitada y unos ojos enormes. La

he visto en las pruebas y desfiles, pero nunca he hablado con ella. Se llama Lola, creo. ¿O Lily?

—Lila. —Marika sonríe—. Hola. No esperaba verte aquí esta noche.

—¡Lo mismo digo! —exclama entusiasmada con un ligero acento escocés—. ¿Cómo estás?

—Bueno, bien. Esta es Audrey, mi compañera de habitación. Audrey, Lila. Nos conocemos de Londres.

—Encantada —le digo con una sonrisa.

—¡Ah, tú eres la otra chica que eligieron! ¡Enhorabuena a las dos!

—¿Para qué? —pregunto sin pensar, pensando que quizá me confunde con otra persona.

La sonrisa se le desvanece.

—La campaña —dice en tono dubitativo.

—Ah, la campaña —repite Marika—. Por supuesto.

—¡Entonces lo sabéis! —Se echa a reír—. ¡Uf! ¡Por un momento pensé que había metido la pata!

—No, claro que no. Pero aún no hay nada oficial, así que… —Marika se lleva un dedo a los labios, Lila se ríe y hace el mismo gesto.

Yo me quedo quieta, completamente perdida.

—¿Cómo te has enterado? —continúa Marika bajando la voz con aire conspiratorio—. Si no te molesta la pregunta, claro.

—Ah, tengo una amiga que está de becaria en Miranda Browning. Ha visto las ideas y le parecen una pasada. Me daría demasiada envidia como para trabajar en otra cosa si no acabaran de contratarme para un reportaje que va a hacer las sesiones fotográficas en Bali.

—¡Guau, Bali! Estoy deseando verlo.

—¡Gracias! ¿Os veré por aquí entonces?

—Por supuesto —logro responder—. ¡Pásalo bien!

—¡Y vosotras! —dice guiñando el ojo a Marika antes de alejarse deprisa.

Me vuelvo hacia ella incrédula:

—¿Qué ha pasado?

—Lo que ha pasado es que se me dan genial los faroles —contesta en voz baja—. Maldita sea.

—Dijo campaña. ¿Campaña publicitaria?

—Sí —responde Marika y me pasa una copa; por lo visto han aparecido cuando estábamos distraídas con la conversación—. También dijo Miranda Browning.

Sujeto la copa con las dos manos un poco aturdida. Hasta Marika parece algo desconcertada, con los ojos vidriosos y muy abiertos.

En el fondo, una parte de mí tenía un miedo atroz de quedarme sin nada después de la Semana de la Moda. De que no me saliera ningún trabajo y todo el mundo se diera cuenta poco a poco de que contratarme era una pérdida de tiempo y dinero. Pero una campaña publicitaria con Miranda Browning… Dios, literalmente podría extender los brazos y ponerme a girar por todo el salón como Julie Andrews. Así de sincera y ridículamente emocionada me siento. Pero lo único que se me ocurre decir es:

—Vamos a salir en las revistas.

—Sí —dice Marika.

Luego, bebe un sorbo de su copa…, o, al menos, eso creo. Quizá solo esté tratando de ocultar la sonrisa que asoma en las comisuras

de su boca, amenazando con revelar que está tan absoluta y delirantemente eufórica como yo.



EZRA



Es ella. Sí, es ella.

—¿Qué miras tan alucinado? —pregunta Mac, que aparece de pronto a mi lado.

Aparto la vista rápidamente…, aunque no lo suficiente, por lo visto. La cara se le ilumina con una amplia sonrisa.

—Ah —dice—. ¿Seda o lentejuelas?

—Lentejuelas. O sea…, se llama Audrey.

—Estás de broma. ¿La conoces?

—Apenas —respondo, y miro de reojo para comprobar si sigue allí —. Nos conocimos en el restaurante. Es modelo.

—Lógico. Es…

—Es alta y tiene una cara perfecta, sí. Soy consciente.

—¡Estás nervioso, tío! —Mac se ríe, por lo visto absolutamente encantado—. ¿Te has enamorado?

—Pero ¿qué dices? —le espeto enfadado—. Es que no esperaba volver a verla.

Sin embargo, tenía esperanzas y unas ganas tremendas. Imaginaba situaciones en las cuales volvíamos a coincidir; quizá en el restaurante, pero preferiblemente en otro sitio más neutral, como un café. Desde luego, no en un evento rimbombante donde va vestida como una diosa y yo soy el tío que reparte los canapés. Dios,

esto es humillante. ¿Y qué pasa si me planto a su lado y ni siquiera se acuerda de mí? O, peor aún, ¿y si se acuerda, pero finge que no? Podría desintegrarme por combustión espontánea.

—¿A qué esperas? —pregunta Mac con un codazo—. Acércate.

—¿Y qué le digo? ¿*Bruschetta*?

—No sería la peor manera de romper el hielo.

—Olvídalo.

—No…, dame. —Y me quita la bandeja.

Observo cómo pone en la suya la comida que queda en la mía y coloca una encima de la otra.

—*Voilà*. Ya puedes ir —dice con una sonrisa.

Miro la bandeja poco convencido.

—Vaya revoltijo de alérgenos. Los míos eran sin gluten.

—Tío. Deja de agobiarte.

—No estoy agobiado, es que… Es todo muy extraño —digo rotundo—. No puedo.

—¿Por qué? Ya sabe que eres camarero. Y si pasa de ti por eso, te libras de una buena. ¿Tienes algo que perder?

—¿Este trabajo?

—¡Oh, no, este trabajo! —Empieza a gemir con los ojos desorbitados y expresión de terror—. ¡Este trabajo horrible de un solo día que además ya casi se ha terminado! ¿Cómo mantendrás ahora a tu mujer y a tus hijos?

—Vale. ¿Has pensado alguna vez en ser actor?

—Ja, ja, muy gracioso. Si no vas tú, voy yo.

—¡No! —exclamo inmediatamente—. No, pero es que… Necesito un momento. Necesito un cigarrillo.

—Vale, pues con eso sí puedes perder el trabajo —empieza Mac, pero yo ya me estoy alejando.

Llámalo instinto de supervivencia, llámalo dependencia de la nicotina… Pero de repente me veo exhalando nubes de humo por una ventana de los lavabos del personal y lamentándome de casi todas las decisiones vitales que me han conducido hasta esta situación.

Me siento ridículo. Estoy ridículo, vestido con el ridículo chaleco brillante y la ridícula pajarita que tenemos que llevar los camareros. Por cierto, odio ser camarero. Es peor aquí que en el restaurante. La gente es más ruidosa, más maleducada, está más borracha… He perdido la cuenta del número de veces que me han chasqueado los dedos en la cara. Además, quienes se dignan a hablarme normalmente lo hacen para comentar algo sobre mi estatura, a veces con un trasfondo muy claro de hostilidad. Literalmente. Un montón de chicos me han lanzado miradas asesinas como si fuera alto a propósito y solo para fastidiarlos. Luego, está la mujer que se puso en plan sobón, apretándome el bíceps —patético, lo confieso— al inclinarse para alcanzar algo de la bandeja.

No es de extrañar que Mac se pusiera pesado con lo de tomarme un trabajo como si fuera un mero entretenimiento, sobre todo cuando puedo largarme cuando me apetezca. Solo llevo una semana en esto y ya me siento totalmente desmoralizado; tanto que aparentemente estoy dispuesto a tirar por la borda una segunda oportunidad extraordinaria. Creo que, en mi subconsciente, he estado buscando a Audrey desde que me di cuenta de que era un evento relacionado con el mundo de la moda, pero las posibilidades

de que estuviera aquí eran ridículas. ¿Y si Mac no me hubiera propuesto venir con él? ¿Y si no le hubiera dicho que sí?

No creo en el destino, aunque entiendo por qué algunas personas sí. La idea de que hasta las partes más oscuras de tu vida sean anticipadas por un gran plan cósmico parece tranquilizadora. La realidad de que todo sea una suma de decisiones, la mayoría de las cuales ni siquiera sabemos que estamos tomando…, es aterradora. Sobre todo para alguien como yo, que ni se gusta ni se fía de sí mismo.

He pasado mucho tiempo pensando cómo podría haber esquivado todas las cosas malas que me han pasado si hubiera tomado una decisión distinta. Pero ¿y si estoy esquivando algo bueno?

—Oye —digo casi sin aliento apareciendo de pronto detrás de Mac —. Lo siento. Tenías razón. Soy un idiota.

Se vuelve hacia mí. Los grupos están algo más dispersos; volví a toda prisa, pero parece que la cosa se ha ido relajando durante mi ausencia. Me dijo que en estos eventos normalmente los camareros terminan pronto; después de un momento dado, hay mucho personal que ya no es necesario, a excepción del de las barras y el de limpieza.

—Yo siempre tengo razón —dice Mac con total naturalidad—. Pero llegas demasiado tarde. Ya se han marchado.

Siento como si me hubieran dado una patada en el estómago…, tal cual; de pronto tengo la impresión de que voy a vomitar sobre el reluciente suelo de parqué.

—Esa es la mala noticia —continúa Mac—. La buena es que la invité, a ella y a sus amigas, a la fiesta de después.

—¿Que tú…? ¿En serio? —digo, no muy convencido de que no me esté vacilando. Más le vale que no sea así; podría intentar estrangularlo con su propia pajarita.

—Te fuiste agobiado y ya se estaban marchando. —Se encoge de hombros—. Así que pasé a la acción.

—¿Van a venir? ¿Te dijeron que vendrían?

—Creo que sí. Tu chica me dio su dirección en las redes sociales para que pudiera mandarle un mensaje con la ubicación. Es un encanto.

—Lo sé —digo al tiempo que mi alivio se ve brevemente empañado por una punzada de celos.

Soy consciente de que Mac, objetivamente, es más guay y más guapo que yo, pero hasta este momento no me había importado.

—Su amiga, menos —continúa con una sonrisa—. Me ocupé de averiguarlo.

—¿Les hablaste de mí?

—No. No me apeteció ponerme a dar explicaciones.

—¿Cuándo podemos irnos? —pregunto, y miro a mi alrededor—. ¿Vamos directamente?

—Bueno —dice Mac—. Esa es la cuestión. Nadie ha ofrecido su casa para la fiesta, así que supuse… —Deja la frase en el aire.

Caigo en la cuenta y de pronto alguien vuelve a correr peligro de estrangulación por pajarita.

—No —respondo—. Ni hablar.

—¡Eh, escúchame! Primero, tienes tu propio apartamento; segundo, mañana no trabajas…

—De ninguna manera.

—Tercero, es obvio que estás obsesionado con esa chica…

—Ni siquiera la conozco…

—Pero quieres conocerla, ¿no? Y si te vas ahora, contarás con ventaja para arreglar tu apartamento. Compra vasos, hielo, lo que haga falta. ¡Yo me ocupo del resto, no te preocupes! ¡Y te cubro! Literalmente, no hay ningún aspecto negativo.

—Se me ocurren unos cuantos —respondo, pero su sonrisa se amplía.

Está claro que me ha ganado y no me siento nada orgulloso del poco trabajo que le costó.

—Veamos. Tu apartamento es normal, ¿no?

—Claro. Mínima taxidermia y solo un cuadro maldito.

—Eres literalmente mi persona favorita en este momento —afirma muy serio, colocándome la mano libre en el hombro y empujándome suavemente hacia la salida—. No te arrepentirás.

Me doy cuenta de que, al menos, lo cree de verdad. Y, a pesar de todo, quizá yo también.

AUDREY



Estamos en el asiento trasero de un taxi cuando mi teléfono vibra.

—Es el chico de antes —le digo a Marika—. Ha enviado la ubicación de la fiesta.

—Déjame ver. —Y me coge el teléfono.

Me inclino y miro mientras curiosea su perfil. Es un batiburrillo multicolor de comida, paisajes y selfis. Tranquilizadoramente normal.

—La fiesta no es suya —concluye recorriendo el perfil—. Este chico no vive en Midtown ni de broma.

—Será la casa de un amigo —insinúo.

Marika me mira de soslayo y me devuelve el teléfono.

—¿Te gusta? ¿Por eso quieres ir?

—¡No! —respondo vehemente—. Pero parecía agradable, ¿no?

—«Parecía» es la palabra clave en este caso.

—Ya, bueno… Si tú no vas, yo tampoco. Pero me pareció que podría ser divertido.

—Tú y yo tenemos un concepto muy distinto de la diversión.

—¿Las fiestas no son divertidas?

—Las fiestas en casas, no. Eran horribles en el instituto, son horribles ahora.

—No puedo saberlo —confieso.

—¿Nunca has ido a una fiesta en una casa?

—Bueno…, en realidad sí. Una vez. No salió muy bien. Me enfadé un poco con las chicas que me invitaron, así que…

—Oh.

—No te preocupes —respondo inmediatamente, y vuelvo la vista a la ventanilla.

Es un poco violento hablar del instituto con Marika. No quiero que se entere de lo horrorosamente impopular que era.

El último instituto al que asistí fue en el que estudié el bachillerato. Tenía dieciséis años; mis padres habían decidido que no nos mudaríamos hasta que hiciera el acceso a la universidad y yo estaba ilusionada ante la perspectiva de poder hacer amigos de verdad. Habría más chicos nuevos, suponía, lo cual me haría menos rara. Y todo fue de maravilla durante una temporada. Me emparejaron para hacer un trabajo de literatura inglesa con una chica muy guapa con voz dulce llamada Becca que más o menos me adoptó. Empecé a pasar todo el tiempo con su grupo de amigos, que eran, a falta de una palabra más precisa, populares. Ojalá hubiera sido lo suficientemente lista como para que eso no me importara, pero no lo fui; me encantaba. Como me consideraban digna de atención, la gente empezó a prestarme atención. Eso lo cambió todo. De pronto era llamativa y enigmática en lugar de desgarbada y rara. Hasta el hecho de llevar ropa anodina y no maquillarme fue un punto a mi favor, porque les encantaba arreglarme. Y yo me moría de ganas de gustarles, aunque no siempre parecían gustarse mucho entre ellas.

Sentí un entusiasmo irracional cuando me invitaron a aquella fiesta. La casa era grande, la música sonaba a todo volumen y yo llevaba un vestido prestado demasiado corto con el que me sentí

absurdamente cohibida hasta que bebí la tercera copa. Fue más o menos cuando un chico de mi clase de biología llamado Hugo me habló por primera vez; todo un acontecimiento, porque me gustaba desde que tuvimos la primera clase juntos, cuando sujetó la puerta del aula para que pasara. Nunca habíamos hablado, pero se sentaba en la fila de delante de la mía y a veces, cuando yo respondía una pregunta, volvía la cabeza para mirarme y sonreía, y yo me sentía como si me estuviera derritiendo. «¿Cómo es que te has puesto tan guapa?», me preguntó aquella noche. No me acuerdo de mi respuesta, aunque sí recuerdo el roce de uno de sus rizos suaves y oscuros en mi frente cuando se inclinó para besarme.

No fue mi primer beso. Antes hubo otros institutos, otros compañeros, otros chicos que me gustaron. A veces, cuando una clase era especialmente aburrida, elegía a alguien que tuviera a la vista y decidía que me gustaba. De vez en cuando era recíproco, y recuerdo esos interludios como algo cursi pero tierno, llenos de nervios, de piquitos con los labios fruncidos y mensajes de amor escritos a toda prisa e intercambiados por manos pegajosas. Todo fue evolucionando con la edad y el entusiasmo por ese tipo de cosas creció, pero nunca dejé de sentirlas un poco ilusorias hasta Hugo. Fue la primera vez que me sentí eclipsada por la magnitud de mi propio deseo; mi instinto de autoprotección se escabulló entre mis dedos con tanta facilidad como la seda.

Me preguntó si quería buscar un cuarto vacío, y sí, quise. Me preguntó si me importaba que nos sentáramos encima de la cama y no, no me importó. Ni cuando sus labios buscaron los míos, ni cuando se me subió el vestido al hundirnos en el colchón; más que no importarme, me pareció bien, y solo paramos porque, no sé muy

bien el motivo, sentí que debíamos parar. Todo estaba ocurriendo muy deprisa, le expliqué, y él asintió, sonrió y me preguntó si me apetecía un vaso de agua. Le dije que sí y, en cuanto salió, esbocé una sonrisa tan amplia que creí que se me iba a romper la cara, porque en ese momento la vida era muy muy hermosa. El chico que me gustaba me correspondía, y era tierno, guapo e íbamos a ser novios y el resto del curso iríamos de la mano por los pasillos, a las fiestas, en las salidas de los fines de semana…

Solo que no lo fuimos, obviamente. Enseguida se supo que una de mis nuevas «amigas» había reivindicado antes el derecho a ser la dueña del corazón de Hugo, y las consecuencias comenzaron aquella misma noche.

Fue tan horrible que el mero recuerdo me revuelve el estómago, y, aunque intenté disculparme, o no me creyeron o no quisieron creer que yo no sabía nada; en vista de todo lo que sacaron al hecho de odiarme, más bien me inclino por la segunda opción. En cualquier caso, me convertí en *persona non grata* para el resto de mi vida académica y pasé la mayor parte del curso en la biblioteca. De ahí mis notas casi perfectas; supongo que no hay mal que por bien no venga.

No sé si Hugo volvió a mirarme en clase. Dejé de responder preguntas y no levanté los ojos de los libros.

—¿Puede esperarnos aquí? —pregunta Marika; vuelvo a la realidad con un sobresalto y la veo inclinada hacia el taxista entregándole un billete cuidadosamente doblado—. Bajamos dentro de cinco minutos como mucho.

—¿Bajamos? —pregunto confusa. Ya hemos llegado a nuestro apartamento; ni siquiera me había dado cuenta.

—Claro, mujer —dice Marika como si fuera lo más natural del mundo—. Si vamos a ir a una fiesta tenemos que cambiarnos. No pienso dejar que ningún idiota borracho me tire la cerveza por encima de este vestido.

—¿Quieres ir? ¿De verdad?

—Podría ser divertido. —Se encoge de hombros—. Probablemente no, pero…

—Gracias. —Sonrío y hace un gesto con la mano como para quitarle importancia. Pero la tiene. Ambas sabemos que la tiene.

La ubicación es un edificio muy cuidado de ladrillo rojo, probablemente antiguo y sin duda elegante. Cuando llegamos a la puerta me siento un poco mareada, puede que por los nervios o por los cuatro tramos de escalera que hemos tenido que subir. Ahora me asalta la duda. Oigo música en el interior, voces, risas. ¿Y si me siento tan fuera de lugar aquí como en aquel salón de baile?

—¿Estás bien? —pregunta Marika.

Hago un gesto de asentimiento un poco rígido. Demasiado tarde para dar marcha atrás.

Llama a la puerta con tres golpes secos. Me yergo y desearía tener un aspecto la mitad de estiloso que ella con sus vaqueros de campana ajustados, un top muy chic de aire retro anudado al cuello y el pelo rozándole la parte baja de la espalda. En comparación, mi vestido negro se ve bastante triste, pero ahora de nada sirve lamentarse. Por el contrario, intento tener una visión positiva. Va a ser muy divertido, afirmo para mis adentros. Voy a pasármelo bien. Voy a conocer gente…

En ese momento la puerta se abre y me quedo completamente en blanco. Solo tardo un segundo en ubicar la cara conocida que tengo ante mí, pero, cuando lo hago, no me salen las palabras. ¿Qué podría decir?

—Hola —dice el camarero.

Yo me quedo mirándolo; él mira a una, luego a la otra, y nuestros ojos se cruzan brevemente. No sé si me ha reconocido o no porque no cambia de expresión. Pero es él. Ezra. Estoy prácticamente segura de que es él.

—Hola. Soy Marika, esta es Audrey —dice mi compañera, ajena a mi confusión mental—. Tu amigo Mac nos ha invitado.

—Mac, sí. Yo soy Ezra. Hum…, pasad.

Entramos. Es él. Así lo llamó la cocinera. Dios, todo esto es muy incómodo, y más incómodo todavía por el hecho de que, aparentemente, no me reconozca. Tengo que decir algo.

—¡Eh, habéis venido!

Me vuelvo y, a pesar de haberlo conocido más o menos hace una hora, siento un extraño alivio cuando Mac se acerca sonriente vestido con un peto negro muy holgado y una maraña de cadenas de plata colgadas del cuello.

—Pareces sorprendido —responde Marika.

—Pensé que a lo mejor teníais algo mejor que hacer… Supongo que no. Hemos tenido suerte.

—Bueno, la noche es joven —replica fríamente—. Veremos.

Mac amplía su sonrisa. Son de la misma estatura y le sostiene la mirada con decisión, con la cabeza ladeada como si se tratara de un duelo silencioso. Aunque quizá no les resulte del todo desagradable.

—No podéis marcharos —dice sin dejar de sonreír—. El que trajo los altavoces, que no sé quién es, nos tiene rehenes de una lista de reproducción espantosa. Necesito ayuda para dirigir una operación hostil.

Marika me mira con un mudo «¿Estás bien?». Respondo con un leve gesto de asentimiento y me doy cuenta de que no hay forma de comunicarle sin palabras que el desconocido con el que está a punto de dejarme en realidad no es un desconocido.

—Bien —dice, y vuelve su mirada hacia Mac—. Aunque solo sea porque tengo un gusto excelente.

Mac ríe y le ofrece la mano. Ella lo ignora, pero lo sigue de todos modos, y Ezra y yo los miramos hasta perderlos de vista. Un segundo de silencio y después…

—Lo siento —dice—. Debo de estar causando una segunda impresión horrible.

—Yo… Entonces, ¿te acuerdas de mí? —farfullo de repente volviendo la vista hacia él. Bueno, más bien levantando la vista. Me saca una cabeza, y eso que llevo tacones.

—Sí —responde con una mueca—. Había un margen muy limitado para decir nada sin que la situación se volviera incómoda. Lo dejé escapar, evidentemente.

—Pero ni siquiera parecías sorprendido —logro decir—. Quiero decir…, es una coincidencia extraordinaria.

—Sí y no. Es decir… Cuando te vi en la gala…

—¿Estabas allí?

—Sí, bueno…, estaba trabajando. Te vi en la barra justo antes de que os marcharais… Quise saludarte, pero me resultaba violento.

—¿Más que esto?

—No. No me puedo imaginar nada más violento que esto.

—Entonces…, Mac. ¿Le pediste tú que nos invitara? —pregunto perpleja.

—¡No! O sea…, le dije que te conocía, pero no le pedí que hiciera nada.

—¿Y no sabías que yo iba a estar allí? ¿En la gala?

—Yo…, no. Te juro por Dios que no te estoy acosando.

—La verdad es que no hay ningún motivo para que lo crea —indico medio en broma, pero él parece afectado.

—Lo sé. —Gime y se pellizca el puente de la nariz—. Pero…, en mi defensa, te diré que tú parecías una celebridad y yo llevaba un chaleco manchado de sudor. Y el sudor ni siquiera era mío, así que… Era como una dosis extra de porquería.

Me fijo en que tiene las puntas de las orejas sonrosadas, sin duda está nervioso. Y yo también, pero más que nada por su justificación. El *shock* inicial se va diluyendo y estoy al borde del éxtasis por verlo de nuevo. Lo había imaginado, deseado; hasta había sopesado la idea de pasar por el restaurante con cualquier excusa inventada, como un pendiente perdido. Pero no era capaz de quitarme de la cabeza lo patético que parecería, dada la más que probable posibilidad de que se hubiera olvidado de mi existencia en el mismo momento en que desaparecí de su campo de visión.

—Debes de considerarme bastante superficial —le digo intentando poner tono de desenfado.

—No, eeeh…, es que tengo un ego muy frágil. Enorme, pero frágil.

Me río y veo que relaja un poco los hombros. ¿Siente alivio porque no he salido corriendo y gritando? ¿Debería haberlo hecho? Es una

situación bastante caótica, y, desde luego, Mac podía haber perdido un minuto explicándonos por qué exactamente nos estaba invitando a la fiesta. Pero, claro, quizá habría tardado más de un minuto; lo mismo no quería poner en peligro la posibilidad de volver a ver a Marika.

El caso es que ahora estoy aquí. Y, a pesar de la singularidad del contexto, no quiero irme.

—Copa —dice de pronto Ezra; se le ilumina la mirada como si acabara de resolver una ecuación—. Quiero decir… ¿Te apetece una copa? ¿Te traigo una?

—Me parece buena idea —respondo; sonríe visiblemente aliviado por el cambio de tema mientras nos dirigimos a la zona de la cocina, donde una cantidad de alcohol absolutamente abrumadora ocupa una isla de mármol.

Por cierto, este apartamento es muy muy bonito. Los techos son altos, los suelos oscuros, la madera lustrosa. Es antiguo, quizá de antes de la guerra, pero diáfano, con un pasillo saliendo de la zona de cocina/sala de estar. Sin embargo, es muy parco en cuanto a decoración. Solo una planta solitaria medio muerta y unos cuantos montones de libros apilados sin orden contra las paredes. Me gustaría ver los títulos, si tengo ocasión. Y quizá curiosear un poco para intentar deducir exactamente cómo una persona que trabaja en un restaurante puede permitirse vivir aquí.

—¿Qué te pongo? —pregunta.

—Hum… ¿*Prosecco*? —pregunto no muy convencida.

Ezra asiente y observo cómo saca una botella con habilidad y sirve la bebida con pulso firme. Lleva una sudadera y vaqueros desteñidos, y el pelo húmedo peinado hacia atrás. Debe de haberse

duchado antes de que llegáramos y huele a champú; es extrañamente embriagador. Dios…, contrólate, Audrey.

Me ofrece la copa. Bebo un sorbo. Está un poco amargo, pero bebo más con la esperanza de que me calme los nervios.

—Bueno. —Ezra me observa por encima del borde de su copa—. Y… ¿podrías volver a explicarme por qué exactamente no es nada glamuroso ser modelo?

—Oh. —Sonrío al recordarlo—. Ese argumento ha perdido peso, ¿no?

—Un poco. ¿Algún otro evento de gala en tu agenda para la próxima semana?

—No, que yo sepa.

—De acuerdo. Está bien saberlo.

—Ah, ¿sí?

—Depende. ¿Cuándo te vas de la ciudad?

—Hum…, no tan pronto como pensaba, la verdad. Probablemente me quede otra semana o así.

—Pues avísame si te apetece salir por ahí. Me han dicho que soy un guía turístico excelente.

—¿En serio?

—No. Pero ¿te apetece quedar un día?

Me echo a reír y me siento ligeramente histérica. Es que es tan…, no sé cómo decirlo. ¿Hay alguna palabra para indicar que quizá estás empezando a ilusionarte con alguien?

—Bueno —logro articular—. O sea, claro. Quedamos.

—Genial. —Sonríe—. ¿Brindamos? ¿Para que pueda superar mi ineptitud social?

—¿No deberíamos brindar por la intervención cósmica? —indico—. Nueva York es una gran ciudad. Las probabilidades de que nuestros caminos volvieran a cruzarse eran escasas.

—¿Crees en esas cosas?

—¿Tú no?

—No. Pero Bigfoot existe y lo defenderé con uñas y dientes.

—¿Y en la visualización positiva?

—Visualización positiva. He oído hablar de ella…

—Pensar en las cosas que quieres hasta que se hacen realidad, básicamente.

—Entonces, ¿visualizaste todo esto? ¿Por eso siempre llevas un vestido resplandeciente y yo una bandeja?

—Vaya. Ahí está otra vez ese ego.

Se ríe echando la cabeza hacia atrás. Lo he hecho reír, y es una sensación tan agradable que tengo que beber otro sorbo para ocultar la sonrisa enorme y bobalicona que amenaza con ocuparme la cara por completo. Normalmente soy muy torpe y poco natural con la gente que no conozco; apenas soy capaz de mantener una conversación trivial, y no digamos de intercambiar réplicas ingeniosas. Pero la noche que nos conocimos pasó lo mismo, fue como si estuviera hablando con alguien que conociera de toda la vida. Y no dejan de sorprenderme las probabilidades de que nos encontráramos de nuevo.

De pronto me invade la abrumadora sensación de que soy importante. Como si, de una manera u otra, estuviera escrito que esta noche acabaríamos juntos.

—¿Y si brindamos por esas futuras salidas? —propongo irguiéndome ligeramente—. Normales, sin planes cósmicos. Ni

resplandores.

—Zona libre de resplandores.

Sonríe y hace entrechocar su copa con la mía. Hay algo en la forma en que me mira de repente… Noto que me arden las mejillas y bajo la vista mientras bebo lo que queda de *prosecco*.

Creo que me gustó más cuando fue él quien se acobardó.

EZRA



hola audrey, soy ezra. no sé si estás libre este fin de semana. si es así

No. Demasiado formal y forzado. Borro todo lo que he escrito y vuelvo a empezar.

hola audrey, aquí ezra. fue genial verte anoche

Dios, no. Nuevo intento.

buenos días. te apetece comer, y quizá conmigo? conmigo es con ezra

Qué mal, pienso, y pulso «Enviar» antes de perder los nervios. Después meto el teléfono en el bolsillo de los vaqueros y sigo limpiando.

Cuando me desperté esta mañana, el apartamento estaba lleno de basura, todas las superficies planas estaban pegajosas y alguien

había vomitado en el fregadero. Sin embargo, estoy de lo más animado. Anoche fue mejor que cualquier expectativa que hubiera podido tener y terminó con el nombre de Audrey la primera de mi lista de contactos.

Nos pasamos toda la noche hablando…, o, al menos, durante todo el tiempo que estuvo allí, que fue mucho menos del que a mí me habría gustado. Y es, a falta de otra palabra mejor, un encanto. Ni siquiera recuerdo la mayor parte de nuestras conversaciones, solo lo fácil que es hablar con ella. Algo parecido al equivalente verbal de un baile de Ginger y Fred: hasta ese punto estábamos sincronizados.

Sin embargo, trato de no pensar demasiado en ello; de ahí la energía que estoy invirtiendo en frotar las encimeras. Puede que Audrey no responda inmediatamente, si es que llega a responder. Estará muy liada, supongo, y…

Noto el zumbido del teléfono en el bolsillo y lo saco con tantas ganas que casi se me cae.

Afirmativo :) ¿Estás libre ahora?

Sonrío, dejo caer la esponja y me seco las manos en los pantalones. Que les den a las encimeras. Salgo a tomar un *brunch*.

—Esto está buenísimo. Oh, Dios mío.

—¿Te gusta?

—¡Sí! Dios… No me puedo creer que el queso de cabra me pareciera asqueroso.

—Aceptar los errores del pasado es un paso importante para el crecimiento personal.

A modo de réplica, Audrey da otro mordisco a su *bagel* sujetándolo con las dos manos como si tuviera miedo de que alguien fuera a quitárselo. Quizá sea perfectamente consciente de que me he comido el mío de seis bocados, aunque, seamos justos, es que estaba realmente bueno.

Estamos en una tienda de discos/deli/café en el centro, uno de los sitios favoritos de Caroline. Me queda demasiado a desmano para venir con frecuencia, pero quería deslumbrar a Audrey con lo bien que conozco la ciudad llevándola a algún sitio chic. No sé si ha funcionado, pero parece feliz. Sé que yo lo estoy, sentado frente a ella en una mesa metálica inestable en la terraza. La verdad es que no he parado de dar vueltas a lo surrealista de la situación. Anoche fue como un sueño; sigo sin creer en nada cósmico, pero existe una innegable sensación de irrealidad que aún no he sido capaz de desterrar. Por supuesto, el hecho de que parezca que ella sí lo ha logrado tampoco ayuda mucho. Es una mañana soleada, con el cielo azul, y a la luz del día me fijo en las pecas que le salpican la cara, el reflejo cobrizo de su pelo oscuro. Probablemente ella aprecie lo descuidadas que tengo las cejas.

—Hay ñoquis de queso de cabra en la carta de tu restaurante —dice limpiándose delicadamente las comisuras de la boca con la servilleta—. Me apetecía muchísimo probarlo.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Bueno, todo el mundo pidió ensalada, así que…

—¡Ah, erais la mesa de las ensaladas! ¡Yo os recogí los platos!

—¿La mesa de las ensaladas?

—Sí. En la cocina estaban encantados con vosotros. La comanda más fácil de toda la noche.

—Está bien saberlo.

—Perdona —digo con una sonrisa—. Vuelve por allí y Romy te hará los ñoquis. Con ración extra de queso y todo.

—Romy… ¿es la cocinera que conocí?

—Sí. Y la novia de mi hermana.

—Ah, ¿tienes una hermana?

—Dos. ¿Y tú?

—Solo yo —responde.

¿Quizá con cierta tristeza? Aún no la conozco tanto como para saberlo.

—Debiste de crecer muy tranquila.

—Sí. Dejando aparte el ruido de las reformas.

—¿El qué?

—Mis padres reforman casas. Es lo que les gusta.

—Ah, qué guay. ¿Cómo pasatiempo, o…?

—Como trabajo. —Se encoge de hombros y parece algo avergonzada—. Vivimos en ellas mientras las restauran. Ya sé que suena muy raro.

—Por lo menos, pasaríais mucho tiempo juntos.

—Sí, claro. Pero me habría gustado tener hermanas.

—Te regalo las mías.

Sonríe, pero me parece que esta conversación ha derivado al plano personal demasiado pronto. Busco una transición a la desesperada.

—¿Te gusta la ciudad? —consigo preguntar por fin; torpe, pero aceptable.

—Oh, muchísimo. Aunque lo cierto es que no he hecho nada de eso que hacen los turistas.

—Quizá la próxima vez podamos mirar si tienen *bagels* en el Empire State Building.

—¿Merece la pena? ¿La vista?

—No lo sé. Nunca he subido.

—¿En serio? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Hum…, he estado yendo y viniendo desde hace…, no sé, casi diez años.

—¿Yendo y viniendo?

—Sí. Nos vinimos cuando tenía unos siete años. Pero pasé algún tiempo en un internado en Inglaterra. Y ahora he vuelto.

—¿De verdad? ¡Yo me moría de ganas de ir a un internado! —dice excitada y con los ojos muy abiertos—. Siempre me imaginaba en una de esas bibliotecas enormes y preciosas, trabajando en una mesa grande y larga mientras caía la tarde y el cielo se teñía de rosa.

—Vaya. Es una fantasía rematadamente friki.

—¡Pero fuiste tú quien estuvo interno!

—No porque yo lo eligiera.

Cambia de expresión y frunce el ceño.

—Oh. ¿En serio?

Ah. Ya volvemos a ponernos demasiado profundos, solo que esta vez soy yo el que se encuentra en la línea de fuego emocional.

—No es una historia demasiado interesante —respondo—. Me salté clases unas cuantas veces. Bueno, más bien demasiadas veces.

—Así que… te mandaron a estudiar fuera.

—Visto así, parece una novela de Dickens.

—Perdona —dice rápido—. No pretendía juzgar nada. Quiero decir…, tampoco es que mis padres sean perfectos. No siempre encuentran el tipo de proyecto que quieren en la misma zona; por eso nos mudamos tantas veces. Antes me parecía de lo más normal; ya no lo sé. Quizá no.

—¿Sigues viviendo con ellos?

—Supongo que sí —contesta tras una breve pausa—. Quizá me vaya a vivir sola si mi trabajo como modelo sale bien.

—Pero de momento te va bien, ¿no? O sea…, estás aquí.

—Creo que sí. Todo esto simplemente… pasó. Pero me esfuerzo por ser buena en mi trabajo, aunque dure poco.

—Genial. Es genial tener algo que te importe.

Audrey no responde a mi comentario, está mirando el teléfono con el ceño fruncido.

—Hum…, perdona —dice titubeante—. Marika acaba de mandarme un mensaje.

Marika, la amiga que anoche pasó buena parte del tiempo mirándome con recelo. Me cayó muy bien.

—¿Todo bien?

—No. O sea…, sí, pero tengo que irme —responde levantando la vista y mirándome con expresión agitada—. Por lo visto, nuestra agente quiere vernos… Decisión de última hora. Lo siento, yo…

—No te preocupes. ¿Dónde habéis quedado?

—En su despacho. Junto a Madison Square Park. ¿Está cerca?

—Se puede ir andando. ¿Sabes la dirección?

—Sí. O sea…, reconoceré el edificio cuando lo vea. Mi sentido de la orientación no es demasiado bueno, pero…

—¿Quieres que te acompañe?

—¿No te importa? Quiero decir…, no tienes por qué hacerlo.

—Me apetece —contesto de corazón.

Sonríe, visiblemente aliviada.

—Lo siento —repite—. Qué fastidio. Y te lo has tomado muy bien, lo cual… te agradezco.

—¿Esperabas que tirara la mesa o algo así?

—¡Podrías estar molesto y con razón! —exclama entre risas.

—Has seguido el plan hasta el final —indico—. Solo que lo hemos condensado.

—Eres un optimista encubierto. Tomo nota.

—En realidad, un misántropo declarado. Apúntalo en algún sitio para que no se te olvide.

—Vale… —dice sin dejar de sonreír.

Noto que las comisuras de mi boca se curvan para hacer lo mismo y tengo que apartar la mirada y alzarla hacia el cielo sin una nube.

AUDREY



—¿Y bien? —pregunta Imogene.

—No sé ni qué decir —responde Marika con voz temblorosa—. Esto es increíble.

Dios, es buenísima. Si alguna vez se cansa de ser modelo, podría dedicarse al teatro, desde luego.

—Es fantástico —digo con toda sinceridad—. Estoy deseando empezar.

—¡Bueno, pues no tendréis que esperar mucho! —sonríe Imogene —. El trabajo creativo preliminar ya está hecho. Decíroslo era más o menos el último paso.

Al final casi mereció la pena abandonar la mañana más agradable que he disfrutado desde hace mucho tiempo por la reunión de emergencia. Lila tenía razón. Se va a hacer la campaña de Miranda Browning. Marika y yo vamos a participar en ella. Es real.

—¿Sabemos quién va a ser el fotógrafo? —pregunta Marika.

—Sí, y es una elección fabulosa: Julian Mars. Es una joven promesa, así que quizá no hayáis oído hablar de él.

—Lo conozco —dice Marika—. Estuvo haciendo fotos detrás del escenario el día del desfile de Miranda.

La miro atónita. Si se refiere al chico del pelo alborotado que estuvo sacándonos fotos, parece un poco joven para estar a cargo

de una campaña de semejante nivel. No parecía mucho mayor que nosotras…, ¿veinticuatro, veinticinco quizá?

—¡Ese! —exclama Imogene con entusiasmo—. Lo que hace Julian… es superorgánico. Vibrante, pero natural.

—Suena genial —comento con una sonrisa.

—Mucho. —Me devuelve la sonrisa—. Esta campaña marca el rumbo hacia una dirección más fresca y juvenil. Y quiere haceros fotos a las dos antes de que empiece.

—¿Juntas?

—Individualmente. Para tener una idea de cómo trabajáis por separado.

—Pero no es una prueba, ¿no? —interrumpe Marika.

—No. —Imogene se echa a reír—. El trabajo es vuestro, pero hay una cosa más. —Me mira y se inclina hacia delante—: Audrey, les gusta tu aspecto casi tanto como a mí. Las cejas, las pecas… Muy fresco. El único pequeño problema es tu pelo.

Fuerzo una sonrisa y me preparo para el golpe. He visto las suficientes reposiciones de *America's Next Top Model* como para saber lo que viene a continuación.

—El castaño es precioso, evidentemente, pero quieren acentuar el contraste entre tu pelo y el de Marika —continúa—. Así que…, totalmente a tu elección, por supuesto, pero ¿qué te parecería teñirte de rubio?

—R-rubio —tartamudeo mientras intento sin éxito imaginar qué aspecto tendría.

—Es un gran cambio, lo sé —dice Imogene en tono amable—. Tómate el día para pensártelo.

Sin embargo, pensármelo no va a cambiar el resultado. Sé que ha dicho que es mi decisión, pero no tengo forma de negarme. Me arriesgaría a perder una de esas oportunidades que pueden cambiarte la vida y a que me etiquetaran como «difícil» al mismo tiempo. Mi carrera habría terminado incluso antes de empezar.

—Lo de ser rubia suena genial —digo por fin—. Totalmente a favor.

Siempre puedo volver a teñírmelo de castaño, pienso. Además, quizá esté a punto de comenzar una nueva era: mi *bleachella* particular.

—Esperaba que lo dijeras. —Imogene sonríe, buscando ya el teléfono—. Ahora mismo te pido cita.

Marika y yo nos vamos poco después. Bajamos en silencio en el ascensor hasta la planta baja; las oficinas de AVW están en el décimo piso de esta preciosa torre de ladrillo blanco, lo cual quizá también contribuya a que las reuniones celebradas en ella parezcan siempre tan intensas.

—Nos vemos luego —dice y se pone las gafas de sol en cuanto salimos a la calle.

—Ah. ¿No vienes al apartamento?

—Tengo planes —replica mientras se aleja a zancadas.

Echo a andar en dirección opuesta, fustigándome mentalmente. La reunión ha durado veinte minutos en total. Quizá Ezra me habría esperado si se lo hubiera pedido. Miro el teléfono por si acaso me ha mandado un mensaje; no, pero hay uno de mi madre. Ah. Después del ajetreo de estos últimos días, ha sido fácil olvidarme de que hace

tiempo que le debo una llamada. Es que… me resulta bastante difícil hablar con ella esta temporada. Aparte de todas las preguntas que no sé cómo responder, tiene tendencia a hacerme sentir fatal.

Espero hasta llegar a una calle más tranquila para marcar su número y me quedo a la sombra de un árbol. Suena tres veces y después…

—¡Hola, Dree! —exclama mamá, y se me llenan los ojos de lágrimas sin previo aviso.

La imagino perfectamente: probablemente está apoyada en la encimera de la cocina, enfundada en un mono y con una taza de té en la mano. Aquí el té es horrible. Y se lo diría si no fuera porque le daría un motivo más por el cual debería volver a casa de inmediato.

—Hola, mamá —consigo decir por fin—. ¿Cómo estáis?

—¡Genial! Espera, que pongo el manos libres y llamo a tu padre.

Alzo la vista y parpadeo con fuerza. Oigo una conversación breve y amortiguada antes de…

—¡Hola, pitufa!

—¡Hola, papá! —exclamo con alegría, y con la esperanza de que no note el temblor de mi voz—. ¿Qué tal va la casa?

—Bien, pero los baños son una pesadilla. La humedad está fuera de control; he tenido que picar la mitad de las paredes, y las tuberías…

—¡No quiere oírte hablar de fontanería! —interrumpe mamá—. ¿Cuándo vuelves, Dree?

—Bueno, por eso os llamo…, va a ser más tarde de lo que creíamos. Me han contratado para un trabajo. Importante, así que… Bueno. Estoy muy ilusionada.

—Oh —dice.

Eso es todo: «oh». Eso es lo único que me dice.

—¿Qué clase de trabajo? —pregunta papá—. Me refiero a… que tendrá que ver con ropa, supongo.

—Es una campaña publicitaria. Para Miranda Browning.

—Ah. Y… ¿hace ropa?

—Sí. Es una marca muy importante. A lo mejor me veis en las revistas.

—Guau. —Se echa a reír—. Eso es estupendo, pitufa. Avísanos cuando salgan, ¿vale?

—Por supuesto.

Se hace un corto silencio. Soy plenamente consciente de que mamá todavía tiene que desarrollar ese «oh», así que…

—La sesión de fotos será pronto. Me voy a teñir el pelo.

—¿El pelo? —interrumpe mamá con brusquedad—. Tu pelo es precioso tal como es.

Ya empezamos.

—Me va a quedar bien. Saben lo que hacen.

—¿Quiénes lo saben? ¿Leanne?

—Imogene. Pero estoy segura de que Leanne sabe…

—No te dejes mangonear, Audrey. Es tu pelo y tú decides qué hacer con él. Nadie más.

—No me mangonean —respondo vehemente—. Quiero hacerlo.

—¿Qué tal el apartamento? —pregunta papá de pronto—. ¿Has hecho amistad con las otras chicas?

—Sí. Son muy simpáticas. Imogene también. No tenéis por qué preocuparos.

—Pues claro que nos preocupamos —dice—. Es nuestro trabajo.

Percibo la sonrisa en su voz y de repente lo veo con tanta claridad como a mamá, despeinado y manchado de pintura, inclinado sobre el teléfono con los hombros caídos y una mano tranquilizadora sobre el hombro de mamá.

—Lo sé —respondo con voz ronca, intentando deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta—. Siento llamaros tan poco.

—Ya sabemos que estás muy liada. Un mensaje es suficiente, pitufa. Cuando puedas, ¿vale? No importa la hora.

—Y te estarás cuidando, ¿no? —añade mamá con voz tensa—. ¿Estás siendo sensata?

—Sí… —contesto sin saber muy bien a qué se refiere la última pregunta—. Estoy bien.

—Muy bien. Te queremos, Dree —dice en voz baja.

—Yo también —digo atropelladamente, y cuelgo a toda prisa mientras una lágrima empieza a rodar por mi mejilla.

Suspiro y me seco los ojos con la manga de la sudadera. Venir sola a Nueva York es lo más adulto que he hecho en mi vida. Qué curioso, entonces, que nunca me haya sentido más niña que en este momento.

EZRA



—No te creo —dice Caroline abriendo la puerta con la otra mano en la cadera—. ¿Quién se presenta en un apartamento sin avisar en estos tiempos?

—Y sin embargo no pareces sorprendida.

—Tengo mirilla.

—Ah. Creí que nadie las usaba ya.

—Escucho muchos pódcast de *true crime*.

—Venga, ya está bien. ¿Puedo pasar?

—Ya que estás aquí… —Suspira y se limpia las manos en el peto—. Me pillas en plena faena.

—Ya veo —respondo acercándome al caballete de la sala. Sobre él hay un retrato de Romy a medio hacer, todo en distintos tonos de azul—. Tiene buena pinta.

—Creí que hoy tenías que trabajar —dice al tiempo que cierra la puerta.

—No —le digo dejándome caer sobre el sofá.

—Pero pediste día libre el próximo viernes, ¿no?

—Mi cumpleaños —respondo, acordándome de repente—. Es verdad.

—¿Cómo quieres celebrarlo? —pregunta; se hunde en el sillón frente a mí—. ¿Una comida? Puede ser algo sencillo.

—Hace años que no celebro mi cumpleaños —le recuerdo—. Estoy bien. Todo va bien. Dejémoslo así.

—Vale. —Hace un gesto de conformidad—. Tómate tu tiempo para pensarlo.

—Acabo de decir que no.

—Y yo digo que sí. Menudo dilema.

—Empiezo a arrepentirme de haber venido, la verdad.

—Y más que te vas a arrepentir. —Hace una mueca—. Tengo noticias.

Me incorporo como un resorte, repentinamente alarmado.

—No te asustes —dice inmediatamente levantando las manos como si tuviera delante un caballo encabritado—. Todos estamos bien. Pero esta mañana he hablado con Maggie…

—¿Está bien?

—¿Qué acabo de decirte?

—Vale, pero ¿podemos prescindir de los preliminares e ir directos al grano? Me estás poniendo nervioso.

—De acuerdo —dice con un suspiro—. Es Edie. Está en Nueva York.

La miro atónito. De todas las hipotéticas situaciones desastrosas que mi cerebro empezaba a concebir para hacerme una idea, ninguna incluía a Edie. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Edie —balbuceo por fin—. O sea… Edie… ¿Edie?

—Tu Edie.

—No es mi nada —respondo inmediatamente levantándome del sofá—. Y… no tiene ningún sentido.

—Está trabajando como becaria para una de las amigas de *marketing* de Maggie. Maggie la vio anoche en un evento…

—Eso es ridículo. ¿Cómo puede saber cómo es físicamente? ¿Cómo puedes saberlo tú?

—Básicamente, estaba en casi todas las fotos que me enviaste durante tres años, así que…

—Ah, estupendo. Se las enseñaste a Maggie, además de a papá. Ahora todo el mundo está enterado de mis asuntos y encima tengo a papá presionándome precisamente con la maldita fotografía…

—No es de eso de lo que estamos hablando —interrumpe bruscamente—. Y no te pongas así conmigo.

Entorno los ojos y me pellizco el puente de la nariz. Es un curioso acto reflejo que he desarrollado sin saber por qué; lo hago cuando estoy nervioso, enfadado o las dos cosas a la vez. O sea…, básicamente, con mucha frecuencia.

—Perdón —digo por fin—. Perdona. Tienes razón. Es que… no sé cómo tomarme esto.

—No te preocupes —contesta Caroline tras una breve pausa—. ¿Quieres un abrazo o algo?

—Algo de beber —respondo con voz débil hundiéndome de nuevo en el sofá—. Algo de beber, por favor.

Edie, Edie, Edie. Antes de decidir que era el amor de mi vida, para mí Edie era la persona más inteligente de la clase. Los atributos que la definían eran una hermana semifamosa y el pelo largo rubio ceniza que recogía en una trenza todos los días hasta aquella mañana gris de enero en que volvió a clase con una melena corta por encima de los hombros. Mucho tiempo después, me confesó que se lo había cortado porque durante las vacaciones de Navidad había visto *Los Tenenbaums* y se obsesionó con el personaje de Gwyneth Paltrow. Ya tenía el corte de pelo y la imperturbabilidad; las normas

del colegio prohibían llevar vestidos de tenis y maquillaje de ojos exagerado, pero podía emular el hábito de fumar de Margot, aunque a escondidas.

Y ahí fue donde entré en escena. Solía abastecerme de tabaco cuando iba a la ciudad, me acercaba a los estudiantes universitarios a la puerta de las tiendas y les dejaba quedarse con el cambio si me compraban un paquete. Después, en el internado, los intercambiaba por otros artículos de contrabando, incluyendo algún libro lo bastante subversivo como para haber sido prohibido en la biblioteca. Le di cuatro a Edie por su ejemplar manoseado de *Tenemos que hablar de Kevin*. Normalmente lo habría conseguido por dos, pero Edie era guapa y yo predecible. Y me gustaba su seriedad, su susceptibilidad. Cada sonrisa que le arrancaba era como un trofeo.

Resulta que no le gustaba nada fumar. Pero le gustaba yo y eso fue el principio. El fin llegó hace poco más de cuatro meses.

—Toma —dice Caroline; deja de golpe un café encima de la mesa y vuelve a sentarse en el sillón con otra taza de café.

No es el «algo de beber» que tenía en mente, pero se lo agradezco de todos modos.

—¿Has vuelto a hablar con ella? —pregunta—. ¿Con Edie?

—¿Desde que me rompió el corazón? No.

—Tengo que preguntártelo: no te está acosando, ¿verdad?

Se me escapa un resoplido de risa.

Caroline se inclina hacia mí y me mira muy seria.

—Hablo en serio, Ezzy. No puede ser una coincidencia.

—Estará en Nueva York a pesar de mí, no por mí —confieso—. Antes hablaba de mudarse aquí al terminar bachillerato. Creí que tenía más que ver conmigo que con la ciudad, pero…

—Oh, Ezzy…

—Fue una fantasía —le digo en tono inexpresivo—. Cosas de críos.

—Bueno…, no por su parte, está claro —indica Caroline haciendo una ligera mueca—. ¿Qué vas a hacer?

—Sufrir, supongo. Y pedirte que conviertas este café en irlandés.

—¿Y si en vez de eso te sirvo la comida?

—No tengo hambre, gracias.

—Ya, bueno… Dudo mucho que beber a estas horas vaya a mejorar la situación. Y menos con el estómago vacío.

—Mejor probar para estar seguros.

—Pues háztelo tú mismo. —Suspira—. Voy a poner una película.

—¿No deberías seguir pintando?

—Luego —dice y alcanza el mando a distancia.

Así que me levanto, aferrando la taza con demasiada fuerza y sorprendido por el dolor que esto me está causando. Es increíble; justo cuando creía que me había acostumbrado al vacío que Edie dejó en mi vida, reaparece. Podría toparme con ella al doblar una esquina.

Encuentro el *whisky* sin gran dificultad, se lo echo al café y vuelvo a tumbarme en el sofá; lo pongo en equilibrio sobre el pecho y ladeo la cabeza hacia el televisor. Caroline ha puesto *Cuando Harry encontró a Sally*; es mi película favorita, aunque le diga a la genta que es *Vértigo*. Mi hermana lo sabe.

—Buena elección —digo en voz baja. Es lo más parecido a un «gracias» que soy capaz de pronunciar.

Caroline se limita a hacer un gesto de asentimiento sin apartar la vista de la pantalla, su versión de «de nada».



AUDREY



—Creo que me estoy muriendo —digo con voz entrecortada doblándome de dolor—. Noto el sabor de la sangre.

—Eso es porque ahora mismo tienes presión en los pulmones. Los glóbulos rojos se están filtrando en los sacos aéreos…

—Eso no me ayuda nada —logro decir buscando la botella.

Marika mira el teléfono mientras bebo agua desesperada. Sigue impecable, por supuesto, rebosando salud, enfundada en sus mallas color azul fluorescente. Creo que ni siquiera ha empezado a sudar.

—Solo nos quedan unos ochocientos metros —dice—. Cuando dijiste que «literalmente nunca» habías hecho ejercicio creí que estabas exagerando.

—Entonces, no habría dicho «literalmente».

—Tomo nota.

Me limpio los labios con la manga de la sudadera sin dejar de jadear. Cuando Marika propuso ir a correr por la mañana a Central Park, me alegré sinceramente de que le apeteciera hacer algún plan conmigo. Intenté avisarla de que no estoy muy en forma, pero no hizo caso…, aparentemente, con demasiado optimismo.

—¿Podemos ir andando? —ruego—. Solo un poco.

—De acuerdo. Pero mañana volvemos a correr; tienes la resistencia fatal. No me extraña que no hagas más que dormir

siestas.

—¿Qué tienen de malo las siestas?

—Nada, si eres un niño pequeño. Vamos.

Y vuelve a ponerse en marcha. Inspiro hondo y la sigo arrastrando los pies por el sendero ancho y veteado por los rayos del sol; por muy agotador que resulte este plan, no me ha pasado desapercibida la belleza del parque. Aún es pronto para los colores otoñales, así que los árboles forman un toldo verde y frondoso sobre nuestras cabezas y la luz de la mañana se filtra entre las hojas. Es difícil de creer que toda esta naturaleza sea capaz de sobrevivir en una ciudad tan densamente poblada.

—¿Haces esto cuando estás en casa? —pregunto con la esperanza de que aminore el ritmo si nos ponemos a hablar. Afortunadamente, así es.

—Sí, en un gimnasio. En la zona donde vivo no hay nada parecido a esto. No haría más que respirar gases de los tubos de escape.

—Londres, ¿no?

—Sí. Con mis padres.

—Oh —digo sorprendida—. Creí que vivías con otras modelos.

—No. No tiene sentido vivir de alquiler a no ser que no me quede otro remedio. No como aquí.

—¿Con «aquí» te refieres a Nueva York? ¿Piensas quedarte más tiempo?

—Puede que sí, puede que no. Pero solo llevamos dos semanas en esta ciudad y ya nos han contratado para una campaña importante. Saca tus propias conclusiones.

—Pero… es un país completamente distinto.

—Eso no es necesariamente un aspecto negativo. Además, estoy segura de que se te ocurren unos cuantos motivos para quedarte. Uno en particular. Uno muy alto.

La miro estupefacta.

—Con la nariz algo torcida —añade con una leve sonrisa sin dejar de trotar.

—No la tiene tan torcida —le espeto algo nerviosa—. Y sea lo que sea que estés insinuando… no es así.

—Ya, ya —dice, y me doy cuenta de que no me cree.

En retrospectiva, quizá no debería haberle contado cómo nos conocimos Ezra y yo, ni la serie de casualidades que hizo que volviéramos a vernos. Resultó muy difícil de explicar y acabé hablando muchísimo de él en el taxi de vuelta a casa después de la fiesta. No me extraña que haya sacado sus propias conclusiones.

—Además —añado e intento adoptar un tono de superioridad—, creí que no te caía bien.

—¿Quién lo dice?

—Bueno, por esa referencia a Patrick Bateman.

—Me refería más bien a su apartamento. Tienes que reconocer que es extrañamente austero.

—Solo porque lleva poco tiempo en la ciudad…

—O porque normalmente está cubierto de plásticos…

—No estás añadiendo peso a tu argumento.

—Es una broma. —Sonríe y me da un codazo suave—. La verdad es que no creo que sea un asesino en serie.

—Me dijiste que el aerosol de pimienta es legal aquí. ¡Dos veces!

—Bueno, pero es que está bien saberlo —dice alegre—. Seguridad ante todo y esas cosas.

—¿Y tú? —contraataco inmediatamente, con el deseo repentino de seguir con la conversación—. Has hecho amigos aquí, ¿no?

Tiene que haberlos hecho, seguro. Últimamente le da por desaparecer durante horas sin ninguna explicación, y siempre con ropa mona. Pero, claro, es que Marika consigue que un pantalón de deporte y una camisa de franela parezcan de alta costura.

—Buen cambio de tema —replica en tono cortante.

—¡Es que no tengo nada más que contar de él! Nos vemos de vez en cuando. Son ratos agradables. Él es agradable.

—¿Lo viste ayer?

—Sí. O sea…, desayunamos juntos, pero tuve que irme antes de tiempo a la reunión con Imogene. No he vuelto a saber de él.

—Bueno, fuiste tú la que se fue. Eso quiere decir que deberías ser la que se ponga en contacto con él.

—¡Eso pensé yo también! —exclamo con una extraña sensación de alivio—. Estuve a punto de enviarle un mensaje, pero después me puse a pensar en lo que había escrito.

—Enséñamelo —dice frenando en seco y tendiendo una mano.

—Oh…, claro —respondo mientras busco el teléfono.

Se lo doy y estudia la pantalla muy concentrada. El mensaje que estuve a punto de enviar a Ezra está al final de la conversación que espero que Marika no lea; obviamente, no hay nada comprometedor, pero de todos modos me siento expuesta.

—Un poco largo —dice por fin—. ¿Me dejas intentarlo?

—Bueno…

—No te preocupes —murmura mientras teclea a toda prisa—. Se me dan muy bien estas cosas. Mira. —Me devuelve el móvil.

Leo el mensaje nuevo y observo que ya se lo ha enviado.

¿Qué haces esta noche?

—¡Marika! —exclamo.

—Eso es mejor —dice en un tono casi profesional—. Confía en mí.

—¿Y si no responde? —pregunto, notando una opresión en el pecho solo de pensar en la posibilidad.

—Entonces, es que es idiota. Y te libras de una buena.

Y, sin darme tiempo a procesar las palabras más amables que Marika me ha dirigido hasta el momento, el teléfono vibra. Miro incrédula. Ha respondido. Ya ha respondido y…

lo que tú quieras

—Oh —digo.

Marika se acerca para curiosear.

—Ni un minuto. —Sonríe—. De nada. Me debes una vuelta más.

Y echa a correr de nuevo con la coleta balanceándose de un lado a otro al ritmo de sus botes. La sigo a duras penas y me pregunto si lo fuerte que me late el corazón ahora mismo se deberá a un motivo totalmente distinto.



EZRA



—De pronto estás muy sonriente. ¿A quién escribes?

Levanto la vista. Caroline está sentada en el sillón con las piernas cruzadas, comiendo un trozo de *pizza* fría y observándome atentamente. Yo sigo en el sofá; anoche me quedé dormido aquí, arrullado por el murmullo del televisor y las copiosas cantidades de *whisky*. Vino Romy y ya se había marchado otra vez cuando me he despertado esta mañana, con una tremenda resaca y el ánimo por los suelos. Es decir, hasta hace unos dos minutos.

—A Edie no, si es lo que estás pensando.

—Entonces, ¿a quién? —insiste Caroline.

Ella sí durmió en su cama, por supuesto, y tiene relativamente buena cara con una camiseta en la que pone te lo dije en grandes letras negras y una coleta graciosamente torcida de la que escapan mechones de pelo.

—Da igual. ¿Queda *pizza*?

—Estás cambiando de tema —dice al tiempo que señala la caja al otro lado de la mesa—. ¿A una chica?

—Puede —digo y me incorporo para alcanzar un trozo. Le doy un mordisco y de pronto me doy cuenta de que estoy muerto de hambre.

—¿No a la modelo? —insiste de nuevo, y levanto la vista.

Es escalofriante la manera que tiene a veces de leerme el pensamiento.

—Se llama Audrey —respondo; hago una pausa para dar otro mordisco—. Pero… sí.

—¿En serio? ¿Cómo la encontraste?

—Es una larga historia. No me apetece contártela ahora.

—¿Estáis saliendo juntos?

—Dios, Caroline. Nos conocimos…, no sé, hará una semana.

—Entonces, ¿es algo platónico?

—¿Por qué importa eso?

—A ver…, no es que importe, la verdad, pero qué momento tan inoportuno.

—Vaya —comento mientras me incorporo para dejar el borde de la *pizza* en la caja—. ¿Por qué dices eso?

—No, te estás enfadando —dice con un suspiro—. Olvídalo.

—No estoy enfadado. —Estoy mintiendo—. Es que parece que hace una semana veías las cosas de otra manera.

—Cierto. Pero ahora con esto de Edie…

—Edie es irrelevante —interrumpo—. Puede que haya cambiado la geografía, pero nada más. Se acabó. Definitivamente.

—Ya, pero… ¿lo has superado? Quiero decir… Te enteraste de que estaba en la ciudad y acto seguido te emborrachaste.

—Un hecho que apenas es noticia.

—Ya, bueno… Ese es otro tema.

—Así que ahora también tengo un problema con el alcohol. —Me echo a reír—. Genial.

—Lo único que te pido es que consideres tomártelo con un poco de calma —dice incorporándose en el sillón—. Yo también he

actuado por despecho.

—No es por despecho —interrumpo—. No proyectes tus errores sobre mí.

—Pues entonces no seas tonto —dice impulsiva—. Si de verdad te gusta esa chica, razón de más para echar el freno y tomarte tu tiempo.

—Dios, ¿por qué tiene que ser todo tan profundo? ¡Tengo dieciocho años! Si existe una edad adecuada para empezar a salir con alguien, desde luego es esta.

—¡Ajá! —exclama Caroline en tono de triunfo—. ¡Sabía que estabais saliendo juntos!

—¡Hablo hipotéticamente! Y si lo estuviéramos, ¿cuál es el problema?

—Que probablemente lo fastidiarías. Y no te lo digo por tocarte las narices, ¿eh? Es que no quiero verte sufrir.

—¿Por salir con una chica a la que quizá yo también le guste?

—Por hacerle daño tú a ella, probablemente. No vives en un vacío, Ezzy.

—Lástima —murmuro poniéndome en pie.

—Oh, vamos… Siéntate, anda.

—Lo creas o no, hoy tengo un montón de cosas que hacer —le digo mientras me palpo los bolsillos camino de la puerta procurando aparentar indiferencia e ignorar el cóctel tóxico de culpa y rabia que se me está formando en el estómago—. Gracias por…, por todo. Te veo luego.

—Por el amor de Dios… ¿Por qué no hay nadie en esta familia capaz de mantener una comunicación sana? —exclama Caroline a mi espalda.

No me molesto en contestar, para qué, si ambos sabemos la respuesta.

Diez minutos y un cigarrillo después, paseo en círculos por la acera del edificio donde vive Caroline intentando decidir si debería o no subir de nuevo y disculparme. Me he calmado lo suficiente como para sentir cierta vergüenza; podría no haberle hecho caso tranquilamente en vez de enrabietarme, y el hecho de haber actuado así me molesta casi más que la perspectiva de enfadarnos. En gran parte porque sospecho que eso significa que quizá tenga razón.

Lo de Edie no es tan sencillo como mi hermana cree, y no fue justo que intentase comparar lo que pueda estar ocurriendo —o no — entre Audrey y yo con las cosas que ella solía hacer. Antes de conocer a Romy, Caroline era un desastre con sus parejas; cuanto más complicada era la relación, más le interesaba, así que hacía jugarretas como decir a una chica que la quería para desaparecer una semana después y luego plantarse en la puerta de su casa tras varios meses sin comunicación e intentar irse juntas de escapada a Montauk. Literalmente; lo hizo una vez y, cuando se enteró de que la chica en cuestión había pasado página, Caro invitó también a su nueva pareja —por cierto, la respuesta fue un no rotundo en forma de portazo en las narices—.

En su momento no fue más que una anécdota divertida, una de tantas. Me avergüenza admitir lo mucho que tardé en darme cuenta de la irresponsabilidad con que Caro se trataba también a sí misma, enredándose en dramas y desamores solo para sentir algo más que la ausencia de mamá.

Pero yo no soy así; por muchos defectos que tuviera como pareja, entre ellos no se encontraba la falta de compromiso. No estoy intentando utilizar a Audrey para olvidarme de Edie, ¿cómo podría hacerlo cuando ocupan espacios tan dispares en mi mente? Que le den a Caroline, solo por insinuarlo.

Resoplo y saco el teléfono para ver si Audrey ha contestado.

¡Tú eres el guía experto!
Sorpréndeme :)

Es impresionante cómo se me levanta el ánimo al leer estas palabras. Tecleo una respuesta en tiempo récord.

dónde nos vemos

La envío y empiezo a caminar, de pronto con unas ganas tremendas de llegar a casa. Mi apartamento está hecho un desastre, necesito una ducha con urgencia y ahora tengo planes que organizar; adiós a la resaca, me muevo con agilidad y me siento relativamente despejado hasta que veo a una chica con pelo corto y rubio y me da un vuelco el corazón. Dios. Ahora que sé que Edie está en Nueva York me va a parecer verla en todas partes, conscientemente o no. Lo quiera o no.

Vale, quizá deba reconocer que a lo mejor Caroline tenía algo de razón en su interpretación de los hechos. «Tómatelo con calma», decía todo el tiempo; y, en un mundo ideal, lo haría. Pero Caro no sabe que «darle tiempo» es un lujo del que carezco. Audrey podría

desaparecer en cualquier momento, volar hacia proyectos de más envergadura e intereses amorosos con mejores perspectivas.

Esa es la otra cuestión; por muy sensato que sea mantener una relación platónica, no estoy nada seguro de poder conseguirlo. Si ella no está interesada en mí de esa manera, no hay problema; me encanta ser su amigo y bien sabe Dios que probablemente me venga muy bien tener también una amiga. Pero ¿y si…, y si un día la miro y veo reflejado en ella lo mismo que yo siento? ¿Cómo podría alejarme de ella?

En ese momento, el teléfono vibra. Audrey ha contestado con una dirección, su dirección, así que aparentemente se fía de mí hasta el punto de dármela, y durante un instante mi corazón se ve atrapado entre las dos: el fantasma de Edie, la ilusión de Audrey. Pero ello no impide que acelere el paso; muevo los pies con más rapidez y me impulso hacia la toma de más decisiones que casi con total seguridad lamentaré.

AUDREY



Examino mi imagen reflejada en el espejo y tiro del borde del jersey hacia abajo. Es gris, suave y el más bonito que he traído, que tampoco es decir mucho. Además, no tengo ni idea de si será apropiado para el sitio a donde voy a ir con Ezra, porque tampoco tengo ni idea de cuál será. Intenté mostrarme atrevida y despreocupada al dejar que me sorprendiera, olvidando que no soy ni he sido nunca atrevida y despreocupada. Ojalá Marika estuviera aquí, aunque solo fuera para decirme que dejara de ser tan neurótica…

—¡Audrey! —exclama una voz en la escalera—. ¡Aquí hay un chico! ¡Dice que te conoce!

Me pongo tensa y vuelvo de golpe a la realidad. Ezra dijo que vendría a las seis y todavía son las… Oh. ¿Dónde he dejado el teléfono?

—¡Voy! —exclamo yo también mientras revuelvo todo el cuarto como una posesa.

Por fin lo encuentro debajo del edredón y lo rescato, alcanzo el bolso y prácticamente me lanzo escaleras abajo en dirección a la puerta. Allí está Hari, absolutamente divina con unas mallas de rejilla negra y una chaqueta plateada. Es alemana, ágil y atlética, con pelo rubio muy corto y una tendencia natural a quedarse dormida

durante las pruebas. También es una de las pocas chicas que sigue aquí después de que las otras se fueran a Londres.

—Yo ya salía. Y estaba fuera —explica señalando la puerta.

Está entreabierta, sujeta por una cadena que ahora está tirante. A través del hueco veo a Ezra, que levanta una mano para saludarme.

—Es un amigo —digo consciente de que me he sonrojado—. Lo siento. Me olvidé de decirle que el timbre no funciona.

—Vale —dice sin más, desenganchando la cadena y abriendo la puerta. Sale deprisa y nos deja atrás; Ezra permanece imperturbable, con una sonrisa de medio lado.

—Sinceramente, yo tampoco me habría dejado pasar.

—Lo siento mucho. Perdí la noción del tiempo y el teléfono…

—Estás en hora. Acabo de llegar.

—Decidiré creerte.

Salgo y sonrío agradecida por su amabilidad fluida y sin pretensiones. El sol ha comenzado su descenso y hay retazos de nubes dejando su rastro en el cielo teñido de rosa cuando nos ponemos en marcha. Ezra lleva una camisa de cuadros, vaqueros oscuros y una mochila al hombro. Ninguna de las tres cosas me da ninguna pista sobre el lugar a donde vamos.

—Así que tienes dos compañeras de piso —dice—. Marika y…

—Hari. Y Anja. En realidad, ahora somos cuatro.

—¿Ese piso tiene cuatro dormitorios?

—No… Hum… Dormimos en literas. Es lo normal entre las modelos que estamos empezando. El apartamento es de la agencia y nosotras pagamos el alquiler.

—Debe de ser bastante razonable, entonces.

—Bueno, Nueva York es muy caro.

—O sea, que no.

—No —corroboro con una sonrisa—. Pero al menos es más barato que un hotel.

—Si te sirve de consuelo, yo también pagué una cantidad de dinero desorbitada por compartir un cuarto con un desconocido. Bueno…, más bien la pagó mi padre.

—Ah, ya. El internado. ¿Terminaste este verano?

—Sí, sin grandes alharacas.

—¿Y no quisiste ir a la universidad?

—La verdad es que no lo pensé. Y mi familia está aquí, así que…

—Aquí hay universidades.

—Ah, así que tú también eres de esas. —Sonríe—. Crees que estaré condenado al fracaso y la ignorancia si no suelto la pasta para estudiar una carrera.

—¡No creo nada de eso! —exclamo entre risas—. Es que… se supone que es una experiencia valiosa para la vida, ¿no? Y una persona como tú…

—Dios mío, eso es muy capcioso —dice con una sonrisa aún más amplia aminorando el ritmo—. Una persona como yo… ¿qué significa, por curiosidad?

—No lo dije en ese sentido —respondo inmediatamente—. Solo quería decir… que me fijé en que había un montón de libros en tu apartamento y…

—Mi enorme apartamento en el centro, sí.

—Sí —balbuceo con voz débil—. Es muy bonito.

—Podemos hablar sin rodeos —dice con naturalidad—. Mi padre tiene mucho dinero. Tiene ese apartamento y varios más. Y si quisiera pasar el resto de mi vida en el ámbito académico,

probablemente me lo financiaría con mucho gusto. Pero no quiero. O, por lo menos, no en este momento.

No sé si lo he ofendido. Habla con despreocupación, su expresión no se ha alterado. Pero me mira con intensidad, como si quisiera calibrar mi reacción.

—Yo tampoco —le digo—. O sea…, pedí plaza en varias universidades, pero solo porque era lo que hacía todo el mundo. Probablemente habría ido, pero después surgió lo de ser modelo, así que…

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos meses.

—¿Y cómo va la vida en Inglaterra mientras no estás?

—No tengo vida —suelto sin pensar.

Hace un gesto de extrañeza.

—¿Metafóricamente?

—Casi literalmente —confieso apartando la mirada—. Creo que te dije que mi familia se mudaba con mucha frecuencia… Eso complica afianzar una vida estable. Y amistades, supongo.

—Oh —comenta—. Ellos se lo pierden.

Lo dice en tono muy prosaico, muy sincero, y provoca la sensación de que se me ha encendido una chispa en el pecho.

—No me conoces lo suficiente para decir eso —le recuerdo.

Me mira y sonríe de medio lado.

—Llámalo corazonada —dice—. ¿Crees que podría gustarte echar raíces aquí?

—¿En Nueva York? —Me echo a reír.

—¡Sí! ¿Qué tiene de gracioso?

—Es que… es como otro planeta, básicamente —respondo con una sonrisa—. Nada de lo que sucede aquí parece real. Me iré sin haberme acostumbrado.

—¿Ya tienes fecha para irte?

—No. Pero supongo que no tardaré mucho, así que probablemente no debería encariñarme demasiado.

Me arrepiento de mis palabras en el mismo momento en que salen de mi boca. Son sinceras, desde luego; podría tener que irme en cualquier momento, y no hay garantías de que vuelva algún día. Pero suena a rechazo. A la ciudad. A él.

—Claro —dice Ezra tras unos instantes. Luego añade—: Todavía no te he dicho a dónde vamos.

—Cierto —contesto algo desconcertada por el repentino cambio de tema—. Creo que no te lo he preguntado.

—No —asiente—. Pero hemos llegado a la primera parada, así que no podré mantener el suspense mucho más tiempo. —Se para en seco y sigo la dirección de su mirada hasta…

—¿Una tienda de comestibles?

—Una de mis favoritas —dice, luego saca un paquete de tabaco del bolsillo—. La verdad es que no vivimos muy lejos. Toma.

Retira del interior un puñado de billetes arrugados y me lo ofrece.

—Me pareció que sería buena idea ir de pícnic a Central Park. Tengo una manta y más cosas —dice dando un golpecito a la mochila—. Pero no sabía qué comida te gustaba, así que creí que sería mejor que te ocuparas tú de eso.

—Qué bien. —Sonrío—. ¿Seguro que no es problema?

—Por supuesto que no. —Me devuelve la sonrisa con cara de satisfacción—. Y además soy yo el que te está pidiendo que hagas la

compra, así que…

—Con tu dinero. No me importa pagarla yo, de verdad.

—Creo que hemos dejado claro quién tiene un padre rico.

—Cierto; es que supongo que lo de utilizar una cajetilla de tabaco como monedero me ha descolocado un poco.

—Vaya. ¿Vas a hacer que me avergüence por mi monedero?

—No es un monedero. Eso es lo único que quiero decir.

—De acuerdo, entra en la tienda —dice meneando la cabeza—. No pienso tolerar más críticas.

—Es más bien un comentario —protesto, pero ya me está conduciendo al interior.

Me dejo llevar mientras el corazón me da un vuelco placentero al sentir el calor de sus manos sobre los hombros. Oh, no. He intentado no prestar atención a lo inevitable, pero…

Maldita sea.

Me gusta este chico.

EZRA



—¿Crees que hemos comprado demasiada comida? —pregunta Audrey y hunde un palito de pan en el hummus.

—Para nada —respondo sacando mi petaca—. ¿*Whisky*?

—No, gracias.

Sonríe y echo un poco a mi cerveza de jengibre con la esperanza de que me ayude a sentirme menos cohibido ante el hecho de que esto es una cita romántica en todos los aspectos menos en el nombre. Intentaba organizar algo discreto, incluso un poco turístico. Pero con un atardecer espectacular como factor a tener en cuenta, de repente se ha convertido en la salida más romántica que se pueda imaginar. A poca distancia, el estanque resplandece y hasta se puede ver desde aquí el puente que parece salido de un cuento, con sus extremos descendiendo mansamente entre los arbustos; es casi empalagosamente pintoresco. Y después está la propia Audrey, que es deliciosamente adorable. El viejo gruñón de la tienda de ultramarinos se quedó tan absolutamente fascinado con ella que nos regaló un café a cada uno; logró hasta parecer fresca y luminosa bajo la luz dura de los tubos fluorescentes, de esa que hace que las personas normales parezcamos zombis.

Soy consciente de que es patético estar bordeando un auténtico enamoramiento, cuando Audrey dejó meridianamente claro que no

va a pasar mucho más tiempo en la ciudad. «No debería encariñarme demasiado», lo dijo por ella, pero bien podía estar disuadiéndome. Todo ello suponiendo, para empezar, que se sienta atraída por mí, aunque con un importante componente hipotético…

—¿Dónde compras el alcohol? —pregunta en ese momento, mirándome mientras bebo—. No tienes la edad legal, ¿no?

—Ni para el tabaco —respondo tras una pausa para aclararme la garganta—. Pero hay sitios menos quisquillosos que otros con la edad.

—¿También hay que tener veintiún años para comprar tabaco?

—Sí. ¿No lo sabías?

—Bueno, no fumo, así que…

—Cierto. A menos que yo esté cerca para echarte a perder.

Sonríe.

—Bastante mal tengo ya los pulmones. El otro día salí a correr con mi compañera de habitación y creí que me moría.

—Oh, yo ni siquiera soy capaz de subir las escaleras de mi edificio sin jadear. Es un auténtico problema. ¿Y si algún día tengo que hacer una persecución como en las comedias románticas? Estoy jodido.

—Perdona, ¿una persecución como en las comedias románticas?

—Sí; eso que ocurre en las comedias románticas cuando un protagonista corre detrás del otro protagonista para declararle su amor.

—Creo que no he visto ninguna película donde ocurra eso.

—¡Venga ya! ¿*Cuando Harry encontró a Sally*? ¿*El graduado*? ¿No? ¿*El apartamento*?

Hace un gesto negativo, aparentemente perpleja.

—¿*El sueño de mi vida*? ¿*Las vacaciones*?… Dios, estoy destapando mis intimidades.

Me mira sin comprender y no puedo evitar hacer una mueca.

—¿Qué? —dice entre risas—. ¿A qué viene esa cara?

—De pronto me asusta que no te interese el cine —confieso—. Pero, bueno, si es así, no pasa nada. Creo que podré superarlo. Probablemente.

—¡Me gusta el cine! Aunque no tanto como a ti, está claro.

—¿Podemos ver una película juntos? ¿Te apetece?

—Claro. Pero no te quedes mirándome todo el tiempo. No soporto que hagan eso.

—Ah, ¿para ver tu reacción? ¿O por lo guapa que eres? —Se me ha escapado; apenas me doy cuenta de lo que he dicho hasta que se atraganta con el kombucha y se pone roja.

—Por lo primero, obviamente —logra responder con voz ronca—. ¿Me tomas por una creída o algo así?

—¡No, no! —me apresuro a decir—. Pero… es que lo eres. Guapa, quiero decir. Eres modelo, conque…

—De momento —asiente, aún con las mejillas sonrosadas—. Pero no…, no consiste solo en ser guapa. Y tiene fecha de caducidad, así que… eso.

—Cierto. A los dieciocho años ya eres prácticamente decrépita.

—Te sorprenderías. —Sonríe bajando la mirada—. Entonces, ¿dónde vamos a ver esa película?

—Donde quieras —respondo con una sonrisa de alivio al ver que no la he fastidiado del todo—. Cuando era pequeño, había un cine retro en el Village que ponía películas antiguas; creo que sigue abierto.

—Parece un buen plan. ¿Ibas con tu familia?

—Con mi madre. Nos gustaba ir juntos.

—¿Y ya no?

—No. Murió hace unos años. Pero estoy bien.

Siempre digo esta última frase por puro instinto. No estoy bien, pero no está mal que de vez en cuando tenga que salir en alguna conversación. De todos modos, Audrey parece algo afectada y sus ojos oscuros brillan con expresión de pena.

—Lo siento mucho —dice.

Esbozo una especie de sonrisa y me preparo para las inevitables preguntas que suelen venir a continuación.

Pero, en cambio, pregunta:

—¿Y tus hermanas? ¿Son las dos mayores que tú?

—Hum…, sí. Tú no tienes hermanos, ¿verdad?

—No. Pero ojalá los tuviera.

—Ya. Creo que mencionaste que con tanto mudarte de un sitio a otro te sentías sola —digo con tiento.

Audrey asiente y parece titubear unos instantes.

—La verdad es que no tanto como probablemente debería —responde vacilante—. Quizá se trate de algo objetivo; todo el mundo tiene un umbral y el mío es más alto que el de la mayoría.

—Sin embargo, supongo que tendrá sus inconvenientes.

—Oh, claro. Por ejemplo…, todo el mundo tiene una casa a la que considera su hogar de la infancia. Sé que me estoy quejando sobre algo que es un auténtico privilegio, pero…

—No, lo entiendo —le digo—. En mi caso, mi hogar era una casa de piedra rojiza en el Greenwich Village. Mi padre la vendió cuando

me fui al internado; nadie me lo contó hasta que estaba a punto de venir para pasar las vacaciones de Navidad.

—¡No! —Y ahoga un grito—. ¿Ni siquiera pudiste despedirte?

—Bueno… No, pero no era mi intención interrumpir tu historia.

—¡Qué horror! ¿Y qué pasó con todas tus cosas?

—Oh, tengo una habitación en el apartamento de mi padre. O, quizá, la tenía; no sé si sigue existiendo. Pero no es lo mismo, claro.

—Exactamente. —Suspira—. Mis padres insisten en que vuelva a casa y yo querría decir «¿Qué casa?». Porque siempre se refieren a la casa más reciente, lo cual… Uff, la verdad es que con todo esto parezco una niña tonta. Lo siento.

—Sí, está claro que estás mimadísima —digo en tono irónico.

Me mira de soslayo con una media sonrisa.

—Supongo que tampoco es tan malo —responde—. En cierto sentido, me ha preparado para todo esto. Este estilo de vida.

—¿Para vivir con lo que te cabe en una maleta, quieres decir?

—Eso es. Siempre pienso que me las apañaría perfectamente en un escenario apocalíptico. Metiendo todas mis posesiones en una maleta y esas cosas.

—Como en *La carretera*. ¿La has visto?

—La he leído.

—Oh, pero si es una intelectual.

—Pues sí. También sé escribir mi nombre. Y contar hasta diez y todo.

Me echo a reír, pero en mi risa hay una nota de pánico que espero que no detecte. Siento una curiosa emoción cuando me toma el pelo, pero también me preocupa que vea más cosas de mí que lo que deja traslucir. Sinceramente, no sé qué prefiero: si que piense

que soy un tipo genial o que sepa que soy débil y pretencioso, pero sigue aquí de todos modos.

—Antes leía muchísimo —continúa mirándome a los ojos—. Sobre todo porque pasaba mucho tiempo en bibliotecas. Eran la única constante entre tanto instituto distinto, no sé si me explico.

—Sí, claro. Yo solía esconderme en las aulas de plástica, así que… parecido.

—Oh, ¿pintas?

—Hum…, no. Hago fotos; o, al menos, las hacía —respondo, ligeramente distraído por la repentina proximidad de mi mano a la suya.

Ha cambiado de postura para sentarse con los brazos a la espalda y los dedos separados sobre la manta, a pocos centímetros de los míos.

—Qué guay. ¿Qué tipo de fotos?

—Oh… Me gusta… el color —logro responder—. No me va mucho el blanco y negro. Y los retratos. Hago retratos. Me interesan fotógrafos como Nan Goldin…, Saul Leiter y Joel Meyerowitz, aunque supongo que son más conocidos por sus fotos urbanas.

Dios, parezco idiota. Déjalo ya, Ezra.

—En fin —digo de repente—, que, si te interesan nuevos primeros planos, te hago precio de amigo.

—Está bien saberlo. —Se echa a reír y se gira hacia el estanque.

El agua brilla bajo la luz cada vez más tenue enmarcando su perfil; de pronto desearía tener la cámara, pero, aunque pudiera hacerle una foto, probablemente se habría ido antes de tenerla revelada. Es un pensamiento sombrío.

—Nunca pensé que haría nada de esto —comenta entonces con una leve sonrisa en los labios—. Nunca pensé que estaría tantos días en Nueva York.

—Me alegro de que estés aquí —le digo, y vuelve el rostro hacia mí; la luz del sol le ilumina la piel pálida como si fuera de porcelana con el borde dorado.

—Oh, tienes… —Tiendo la mano sin pensar, pero la retiro inmediatamente—. Mmmm…, un bicho en el pelo —termino algo azorado—. Pequeño.

—Oh —dice; ahora es ella quien alza una mano—. Hum…, ¿me lo quitas?

—Claro —respondo acercándome.

Es un pulgón diminuto. Separo un mechón de pelo de Audrey con delicadeza y paso los dedos para quitárselo sin aplastarlo. Ella se queda totalmente inmóvil mirando hacia abajo, con esas pestañas proyectándose sobre su mejilla pecosa…

—Lo tengo —me oigo decir mientras le tiendo un dedo para que lo vea; allí está el bicho, intacto, vivo e indudablemente real.

Me preocupa que pueda pensar que solo quería una excusa para acercarme.

—Pide un deseo —añado, y se ríe inclinándose hacia delante; noto su aliento fresco cuando sopla para que eche a volar.

—Ahora tienes que decirme qué has pedido —le pido, sabiendo que no lo hará.

—No —responde con una sonrisa—. Si te lo digo, no se cumplirá.

—No a menos que sea algo en lo que yo pueda ayudar. ¿Lo es?

Al oír estas palabras, parece titubear; abre y cierra la boca en rápida sucesión.

—No —dice por fin, pero se ha sonrojado.

Me doy cuenta de que existe una posibilidad bastante real de que esté mintiendo y esbozo una amplia sonrisa.

De pronto, no recuerdo por qué todo esto me pudo parecer una mala idea. Es más, no quiero recordarlo.



AUDREY



—¿Lo pasaste mal?

—Casi me echo a llorar mientras esperaba a que aclarara el decolorante. Luego, lloré de verdad cuando vi el color que había quedado.

—¿Qué color?

—Naranja pálido. Como un cono de tráfico que hubiera quedado olvidado a pleno sol.

Marika hace una mueca enseñando sus dientes perfectos.

—Pero se convirtió en rubio después de matizarlo y secarlo —concluyo separando un mechón para examinarlo—. Creo que ahora ha quedado bien.

—Mejor que bien —contesta con firmeza—. Fantástico.

—Gracias —digo con una sonrisa. Viniendo de Marika, es el mejor de los halagos.

Asiente y vuelve a concentrarse en su ejemplar de *Vogue* mientras me pongo a mirar por las ventanillas manchadas de pintura del metro de superficie; por los cristales se filtra una luz dorada. Empieza a caer la tarde y nos dirigimos al estudio de Julian Mars en Williamsburg para hacer la sesión de fotos, que me tiene increíblemente nerviosa. Tampoco ayuda mucho estar excitada por la cafeína; me levanté al amanecer para mi cita con la especialista en

tintes de Imogene. Ha tardado cinco horas en teñirme de platino el pelo castaño; cinco horas extremadamente incómodas. Sigo notando una textura extraña en mi pelo, aunque no tan extraña como la imagen de la desconocida que veo reflejada en la ventanilla.

—¿Quieres que te espere cuando termine? —pregunta Marika al tiempo que se aplica con delicadeza una muestra de perfume en las muñecas.

—No te preocupes. Dijiste que hoy ibas a salir, ¿no?

—Bueno, sí, pero no creo que tardemos demasiado. Puedo esperarte dando un paseo.

—No hace falta. —Sonrío—. Recordaré el camino de vuelta.

—Vuelve en taxi. Para entonces ya habrá oscurecido.

—¿Tú crees?

—Lo más probable. Sinceramente, es absurdo que insista en vernos por separado.

—La verdad es que no me importa matar un poco el tiempo en Brooklyn —confieso irguiéndome ligeramente—. Ezra me habló de un par de sitios por los que a lo mejor me paso.

—Muy bien. ¿Te lo dijo en vuestra cita romántica?

—No fue una cita romántica —respondo por instinto.

—¿El pícnic en Central Park al atardecer no fue una cita romántica?

—No.

Baja la revista y me mira fijamente sin alterar su expresión.

—En serio —insisto un poco a la defensiva—. Creo que me habría dado cuenta.

Existe la posibilidad de que pueda estar intentando convencerme a mí misma, además de a Marika. Es decir…, sí, probablemente haya

sido la tarde más romántica de mi vida, pero lo cierto es que no sucedió nada romántico de verdad. Lo más parecido al contacto físico fue el momento en que me quitó un insecto del pelo, aunque me aseguré de tener una mano libre todo el tiempo por si quisiera darme la suya. Aunque no lo hizo, ni siquiera cuando me acompañó hasta casa y nos quedamos un rato en la escalera de entrada antes de despedirnos. Yo perdía el hilo de la conversación una y otra vez, cosa que me dio mucha vergüenza, imaginándolo inclinado para besarme. ¿Se daría cuenta? Cuando entré en casa y me miré al espejo, tenía las pupilas dilatadas y las mejillas encendidas. Dijo que eras guapa, pensé. Le pareces guapa.

—O sea, que no intentó nada. —Marika hace un gesto de conformidad—. Interesante.

No respondo, sin hacer caso del calor que noto de repente en las mejillas. Odio sonrojarme con tanta facilidad, la sensación de ser tan transparente. Como ayer, cuando Ezra insistió en preguntarme qué deseo había pedido.

—No creo que fuera por falta de interés —añade Marika—. Es decir…, sea cual sea el problema, desde luego no es ese.

—Tampoco debería importarme —me apresuro a responder—. Probablemente me iré pronto. Quedaría en nada.

—Si es eso lo que quieres pensar… —dice Marika en voz baja, luego vuelve a su revista y pasa la página.

La sesión de fotos de Marika solo dura media hora. Me manda un mensaje para avisarme de que ya ha terminado y está de camino a Manhattan; así que, aunque aún no sea la hora acordada, decido

dirigirme al estudio de todos modos. Nadie me ha regañado nunca por ser demasiado puntual, supongo, y la verdad es que no estoy haciendo nada más que dar vueltas por ahí.

El estudio está en el último piso de un edificio bastante anodino junto al río. El interior es diáfano y luminoso, con paredes blancas y suelos de linóleo; no hay nadie dentro, que yo me dé cuenta, y la única forma de subir es una fría escalera; el eco me devuelve el sonido chirriante de mis zapatillas. Mis nervios han vuelto a la carga todos a la vez. Imogene nos aseguró que no se trataba de una prueba, pero eso no significa que no sea importante.

Por fin llego a un pasillo estrecho con una puerta en un extremo. Sobre ella, hay un papel pegado con cinta adhesiva en el que han garabateado con letras mayúsculas no molestar. sesión fotográfica en curso. Bastante prometedor, pienso, y paso. Es una estancia enorme, amplia y con eco, columnas de cemento y ventanales del suelo al techo. En el extremo opuesto hay un telón de fondo rodeado de focos cuadrados, además de un trípode, un perchero horizontal y un pequeño escritorio, donde está sentado Julian en una silla plegable ante un ordenador portátil de un brillante color plateado. Levanta la vista; lleva unas gafas enormes de montura dorada y el pelo castaño claro a medio recoger con una pinza.

—Audrey —dice cerrando el ordenador con un golpe seco—. Llegas temprano.

—Vaya, lo siento…

—No lo sientas —replica—. Me alegro de conocerte oficialmente.

Se acerca dando largas zancadas y me tiende la mano. Se la estrecho; un apretón laxo, relajado.

—Igual. —Sonrío—. Qué maravilla de sitio.

—Gracias. Normalmente hay mejor luz; siento que tengamos que hacer la sesión tan tarde.

—No hay problema —digo jovial mientras me quito la cazadora.

La dejo al lado de la puerta junto con la mochila y me dirijo al telón de fondo. Es el único espacio luminoso del estudio.

—¿Te apetece beber algo? —pregunta acercándose al perchero—. Tengo una nevera portátil; hay agua, cerveza… ¿Agua con gas, quizá?

—No, estoy bien, gracias —digo aliviada por lo agradable que parece.

Lo recuerdo con cara de mal humor en el desfile de Miranda Browning, casi de hastío, como si se creyera superior al resto del mundo. Pero puede que solo estuviera cansado; desde luego, yo sí lo estaba.

—¿Es tu primera Semana de la Moda? —pregunta sin dejar de buscar en el perchero.

—Sí. Ha sido una locura.

—Me lo imagino. Por cierto, ¿te importaría cambiarte? Miranda me envió unas cuantas cosas.

—Claro que no —respondo.

Descuelga una pequeña prenda blanca de su percha y me la ofrece. La recojo y busco un biombo.

—Puedes usar el telón —señala—. Voy a poner música.

—Gracias. —Hago un gesto de asentimiento y me escurro tras el telón.

Una vez fuera de su vista, observo la prenda que me ha dado: una blusa lencera de seda con tirantes delicados, ribeteada con pequeños volantes y botones de nácar diminutos. Me quito la

camiseta y me la pongo, noto el frío de la tela sobre la piel. Es preciosa, pero los tirantes de mi sujetador azul desvaído estropean el efecto. Suspiro, me lo quito y lo dejo dentro de la camiseta.

Los altavoces instalados en la pared emiten una música suave y serena y oigo a Julian trajinando por el estudio. No quiero hacerlo esperar, así que me subo la cintura de los vaqueros, me aliso el pelo y salgo con una sonrisa.

—Lista —anuncio y ocupo mi lugar.

—Perfecto —dice mientras instala la cámara en el trípode—. ¿Puedes hacer distintas poses?

Hago un gesto afirmativo, arqueo la espalda y apoyo las manos en la cintura. El *flash* salta justo cuando levanto la barbilla.

—Genial —dice.

Me vuelvo y giro la cabeza ligeramente mirándolo por encima del hombro. Otro *flash* y cojo el ritmo de inmediato, adoptando distintas poses con movimientos leves y fluidos. Transcurren varios minutos en silencio, lo que me tomo como una buena señal.

—Genial, estupendo —dice por fin con una ligera sonrisa—. ¿Sabes una cosa? Me di cuenta de que tenías algo especial en cuanto te vi.

—¿En el desfile? —pregunto sorprendida. Que yo recuerde, apenas me miró.

—Sí. Y tu amiga Marika también. Se lo dije a Miranda. No tenía ni idea de que os conocierais.

—Vaya. Qué curiosa coincidencia.

—No creo en las coincidencias —dice muy serio—. Llamémoslo serendipia.

—Serendipia —repito.

Ha dejado de hacer fotos, así que abandono la pose y relajo los hombros.

—Hay un contraste asombroso entre vosotras dos —continúa—. Marika tiene una energía increíble; sencillamente, emana fuerza. Fuego. Y tú tienes esa… esa vulnerabilidad, ¿sabes a qué me refiero? Es palpable. Y lo convierte en una dinámica fascinante.

Sonrío sin saber muy bien qué responder.

—Eso es lo que estoy tratando de captar —añade mirando la cámara y ajustando el objetivo—. ¿Podrías quitarte la blusa?

Lo miro atónita. Oigo las palabras, pero tardo un instante en procesarlas.

—Oh, es que… no llevo sujetador —digo por fin; siento que me arde la cara—. Lo siento.

—¿No?

—No.

—¿Y eso es un problema? —pregunta mirándome como si acabara de decir una tontería.

Río nerviosa. Pero él no se ríe conmigo. Solo sigue mirándome fijamente.

—Hum…, no sé —logro decir. Mi voz suena extraña, distante… Casi como si estuviera hablando una tercera persona.

—¿Hace demasiado frío aquí? —pregunta acercándose.

Niego con la cabeza sin atreverme a hablar de nuevo; el corazón se me ha acelerado y todo está ocurriendo demasiado rápido…

—Parece que tienes un poco de frío —dice, de pronto frente a mí —. No te preocupes. Solo será un momento.

Entonces, me toca un hombro y desliza el tirante de la blusa con los dedos. Hay una palabra atascada en mi garganta y esa palabra

es «no», pero no soy capaz de pronunciarla. No soy capaz, porque si digo que no y él no para…

Desliza el otro tirante y la blusa cae al suelo. Se oye perfectamente mi respiración entrecortada, imposible de ignorar en el pequeño espacio que hay entre nosotros. Él suspira a su vez y noto su aliento cálido sobre el cuello. Mis brazos caen inertes a ambos lados y lo único que pienso es por favor, por favor…

—Eres muy hermosa, Audrey —susurra—. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad?

Noto un acceso de bilis en la garganta mientras rebusco frenética en mi mente una respuesta apropiada, la que me sacará de aquí. Pero quizá no exista una respuesta apropiada. Sé dónde está la puerta, pero me obligo a no mirarla por miedo a que Julian se me adelante si intento echar a correr. ¿Sería capaz de correr? Siento los pies clavados al suelo, inútiles…

—Y tímida también —dice con otra leve sonrisa—. Venga, intentémoslo de nuevo.

Y se retira de nuevo hacia el trípode. Obligo a mis brazos a ponerse en movimiento y me cubro como puedo mientras él ajusta de nuevo el objetivo. Ahora tiemblo visiblemente y rezo para que no lo advierta. Se me llenan los ojos de lágrimas con el primer *flash*, pero retomo las poses, ahora más rígida. No sé cuánto tiempo transcurre ni cuántas fotos hace.

—Muy bien —dice por fin—. Creo que ya hemos terminado.

No es hasta el momento en que me agacho a recoger la blusa y me tapo cuando la vergüenza se apodera de mí y me envuelve como una ola.



EZRA



—¿Pan?

—Gracias —respondo alcanzando un bollito de la cesta que me ofrece Tomas.

Deja uno en su plato y se gana un codazo y una mirada de estupor de Maggie; mi hermana está en contra del pan blanco, como de la mayoría de las cosas ricas. Pero Tomas se limita a sonreír, lo unta con una considerable cantidad de mantequilla y le da un mordisco tan tremendo que resulta cómico. Maggie hace una mueca, como si no supiera si echarse a reír o reñirle, y él se inclina para darle un beso en la mejilla con los labios llenos de migas. Aparto la mirada inmediatamente y veo a Caroline examinando la carta con el ceño fruncido como si estuviera escrita en jeroglíficos.

—Qué buena pinta tiene todo —murmura—. No sé qué pedir.

—Yo escojo por ti —propone Romy, inclinándose para mirar—. Pide el entrecot con patatas.

—Siempre dices lo mismo.

—Porque es básicamente imposible fallar con el entrecot con patatas. Es un valor seguro.

—O porque te apetece pedir algo exiguo y sofisticado y robarme las patatas.

Se ríe y le pellizca la nariz. Vuelvo a apartar la mirada y accidentalmente la cruzo con la de mi padre. Está sentado al otro extremo de la mesa y parece tan incómodo como yo haciendo de carabina de parejas felices.

Cumpleaños feliz, pienso. Una comida familiar en un restaurante elegante no es mi idea de pasarlo bien, pero acceder fue la forma más fácil de hacer las paces con Caroline después de casi discutir con ella. Por lo menos tengo una excusa de peso para marcharme dentro de una hora, ya que Mac se ha encargado de organizarme una fiesta. Se enteró de que era mi cumpleaños cuando pasaron una tarjeta en el restaurante para que firmaran, y me pareció que intentar disuadirlo me iba a costar más trabajo que simplemente dejar que ocurriera. El hecho de que vuelva a celebrarse en mi casa significa que lo más probable es que mañana por la mañana me arrepienta amargamente, pero esta noche en particular no me apetecía estar solo, así que… venga. Al infierno. Fiesta.

Lo bueno es que vendrá Audrey. Ayer le envié un mensaje para invitarlas a ella y a Marika y, aunque tardó un rato (¿preocupantemente?) largo en contestar, va a venir.

—Bueno —dice Tomas mirándonos a todos—. ¿Un brindis?

Me cae bien Tomas. Sigo sin comprender muy bien que Maggie y él hayan decidido casarse antes de cumplir los treinta, pero es un tipo genial. Maggie lo conoció en la universidad. Había vivido en Dinamarca la mayor parte de su vida antes de venir a Nueva York con una beca universitaria y coincidir en la misma clase de Ciencias Políticas. Parece ser que, en el primer seminario, se enfrascaron en un acalorado debate sobre una corriente de pensamiento particular que enseguida pasó a una discusión en toda regla. Cuando la sesión

terminó, ninguno de los dos estaba dispuesto a dar su brazo a torcer, así que Tomas propuso continuar el debate delante de un café; el resto ya es historia. Aún recuerdo cuando Maggie nos lo contó por primera vez, sonriendo radiante como si fuera lo más romántico del mundo.

—Sí, brindemos —dice Maggie con una sonrisa levantando la copa —. Feliz cumpleaños, Ezra.

—¡Feliz cumpleaños! —corea el resto.

Levanto mi copa cuando Caroline me da una patada por debajo de la mesa y todos brindamos desordenadamente. Papá ha pedido champán y estoy a punto de alcanzar la botella para servirme un poco más cuando se aclara la garganta.

—Esta es una ocasión muy especial —dice sonriente—. Estar todos juntos un día como hoy…, no os imagináis lo que significa para mí.

—Todos no —dice Caroline en tono suave, y, por un instante, se me nubla la vista.

De pronto mi copa rebosa y la espuma se derrama por los lados y sobre el mantel. Sin embargo, nadie parece darse cuenta, demasiado atentos al hecho de que Maggie se ha puesto visiblemente pálida. Tomas le da la mano, pero se la aparta de un manotazo con la mirada clavada en Caroline.

—No —dice en voz baja; Caroline levanta una ceja.

—¿Que no hable de ella, quieres decir?

—Hoy no.

—¿Hoy? ¿O nunca?

—En el cumpleaños de Ezra, no —dice Maggie acalorada—. Por Dios bendito, Caroline.

—¿Por qué no deberíamos hablar de ella? Sobre todo, hoy.

—¿También quieres que nos demos la mano y nos pongamos a cantar?

—Chicas, por favor… —empieza mi padre, pero ni siquiera lo miran.

—Estás siendo muy egoísta —dice Maggie entre dientes—. Que a ti te apetezca hablar de ella no significa que los demás queramos.

—Y tú estás siendo muy mezquina —contraataca Caroline.

Veo que Tomas se estremece, que Romy se pone tensa… Me bebo de un trago el contenido de la copa y alcanzo de nuevo la botella.

Se supone que hay cinco etapas en un duelo, ¿no? Empieza con la negación, termina con la aceptación; en medio están la ira, la depresión y la negociación, no sé muy bien en qué orden. La cuestión es que Caroline es la única de todos nosotros que ha superado la etapa final. No sé si papá habrá salvado siquiera el primer obstáculo, y Maggie… Maggie lleva mucho tiempo instalada en la ira.

—Muy bien —replica Maggie con brusquedad—. Seré yo la mezquina, si es eso lo que quieres.

—Lo que quiero es que te comportes como un ser humano normal. Con sentimientos, ¿sabes?

Maggie se echa a reír, aunque es una risa desprovista de humor.

—¿Sabes una cosa? Que acabo de darme cuenta de que no me importa en absoluto lo que tú quieras. —Y se pone en pie—. Disculpadme.

La observo recorrer el restaurante a zancadas, con la cabeza alta y los dientes apretados. Intuyo que va a desahogarse llorando en el lavabo para después calmarse, retocarse el maquillaje y volver a la mesa como si nada hubiera pasado. Luego, ella y Caroline pasarán la

una de la otra intencionadamente durante lo que queda de comida y obligarán al resto a hacer intentos desesperados por hablar de cosas triviales. Hace dos Navidades tuvieron un encontronazo parecido, y debería haberme imaginado que hoy también habría algún enfrentamiento. El aniversario está demasiado cerca para que todo esto no hubiera terminado en desastre.

El último día bueno fue cuando cumplí trece años. Mamá me recogió en el colegio a la hora de comer y me dejó saltarme las clases de la tarde. Tomamos *cannoli* y un café en su pastelería favorita y después fuimos a la sesión de tarde del cine del Village a ver *Con faldas y a lo loco*; éramos los que más nos reíamos de toda la sala. Recuerdo que estuve toda la tarde pensando que parecía muy feliz. Muy ella. Y, por primera vez en mucho tiempo, me permití preguntarme si al final todo saldría bien.

Murió dos días después. Creo que no tiene sentido hacer como que ese día no quedó marcado, o que no fuera una bendición que mi cumpleaños cayera justo a mitad de trimestre. Me enviaban tarjetas y regalos, por supuesto, pero no teníamos que pasarlo juntos en familia, no teníamos que sentarnos en torno a una mesa y fingir que no faltaba nadie. O no fingirlo, en el caso de Caroline.

—Bueno, Ezra —empieza Tomas, lanzando un bote salvavidas en forma de conversación—, ¿has planeado algo más para hoy?

—Vienen unos amigos a casa —respondo algo distraído por el hecho de que Caroline también se ha levantado de la mesa.

Ella se dirige al exterior, presumiblemente para fumar un cigarrillo tras otro. Romy la observa con expresión indescifrable.

—¡Parece un buen plan! —exclama papá con una sonrisa forzada. Me duele el alma; ojalá se callase.

—Sí —respondo a duras penas—. Debería serlo.

—Tomas —interrumpe Romy de pronto—, acabo de darme cuenta de que en realidad no sé a qué te dedicas.

—Soy analista de datos —contesta jovial.

—Ah, vaya —murmura la novia de mi hermana, aunque su mirada deja claro que no tiene ningún interés—. Y… ¿eso en qué consiste?

Mi teléfono empieza a vibrar al mismo tiempo que Tomas se explaya en una explicación incomprensible de su trabajo ininteligible. Es un mensaje de un número que no reconozco.

Feliz cumpleaños, Ezra. Espero que estés bien.
¿Podemos hablar pronto? Edie x

Sí, maldito feliz cumpleaños.

AUDREY



Esta noche decido ir andando a casa de Ezra. No hace demasiado frío y llevo la cazadora encima de un top de terciopelo muy bonito que me ha prestado Marika, aunque a regañadientes. Cree que no debería salir esta noche, está convencida de que estoy incubando algo, lo cual tiene sentido después de haber pasado en la cama todo el día de ayer y farfullar algo sobre un dolor de cabeza cuando intentó sacarme de ella para salir a correr. No era cierto, por supuesto, pero no tenía fuerzas para afrontar el día. No tenía fuerzas para enfrentarme a la blusa de seda que escondí hecha un gurruño debajo de la cama, tirada entre pelusas.

Sin dejar de sonreír, Julian insistió en que me quedara con ella, y creo que de alguna manera me las arreglé para devolverle la sonrisa mientras metía la camiseta y el sujetador en la mochila y me abrochaba la cazadora hasta el cuello. Después, todo está borroso. Volví a casa en taxi, pero apenas recuerdo nada desde que salí del estudio hasta que llegué al apartamento. Sé que mantuve la compostura porque no fue hasta el mismo momento en que me vi sola en mi cuarto y se cerró la puerta a mi espalda cuando sentí que se me descomponía la cara como un castillo de arena húmeda. Prácticamente me quité la ropa a tirones, arrancándome la blusa y

arrojándola con rabia antes de meterme en la cama. Después lloré, lloré, y, en algún momento, me quedé dormida.

Ayer también pasé la mayor parte del día durmiendo. Hoy me he despertado con un mensaje de Ezra y la mirada atenta de Marika. Le dije que me encontraba mejor y me metí en la ducha con la esperanza de que se hiciera realidad, solo para permanecer en ella hasta que el agua empezó a salir fría, obligándome a recordar cada segundo de lo ocurrido en el estudio de Julian. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que nunca le dije que parase. De que nunca le dije que no, tampoco intenté marcharme. Me quedé allí sin hacer nada. Dejé que ocurriera.

Después intenté buscar una justificación. Posar desnuda de cintura para arriba es relativamente frecuente en el mundo de la moda. He visto innumerables anuncios y editoriales en los que las modelos abrazan sus torsos desnudos como yo hice ayer, poniendo morritos con miradas coquetas y tiernas. Quizá fuera eso lo que Julian tenía en mente.

Más tarde, cuando estábamos arreglándonos para salir, pregunté a Marika qué tal le había ido en su sesión fotográfica mirándola atentamente para intentar juzgar su reacción.

—Bien —respondió con aire distante, sentada con las piernas cruzadas delante del espejo pintándose los ojos; yo estaba sentada en la cama, todavía envuelta en la toalla—. Un poco estática, quizá.

—¿Estática? —pregunté, con demasiada precipitación—. ¿Eso qué significa?

—No me dio ninguna indicación; tampoco me pidió que me probase nada, y eso que había un gran perchero lleno de ropa.

—Ya —dije al tiempo que me daba un vuelco el corazón pensando en la blusa, tirada en medio de la oscuridad tan solo a unos pasos de mí—. A mí tampoco.

—Es obvio que no tiene demasiada experiencia. Pero por algo lo habrán contratado, así que… —Se encogió de hombros, dejó la frase en el aire y ahí se terminó la conversación.

Pero me vino bien. Julian tiene poca experiencia, y quizá por eso hizo lo que hizo. Es probable que estuviera tan centrado en la foto deseada que no se parase a pensar que yo tampoco tenía demasiada experiencia, que nunca había hecho nada parecido. Y… y me pilló por sorpresa, eso es todo. Probablemente se horrorizaría si supiera cómo me hizo sentir.

Después, respondí al mensaje de Ezra sobre la fiesta y le dije que allí estaría.

Cuando llego al apartamento de Ezra, estoy sudorosa y sofocada después de subir todas esas escaleras. Golpeo la puerta con fuerza, la música está más alta que la última vez y empiezo a preguntarme si quizá debería mandarle un mensaje para avisarle de que he llegado cuando abre la puerta. Sonríe con un sombrero brillante de fiesta cubriendo su pelo revuelto y, por ningún motivo en concreto, me asaltan unas ganas tremendas y tontísimas de abrazarlo. Pero entonces se le borra la sonrisa…

—Audrey —dice, más en tono de pregunta que de saludo.

Entonces me doy cuenta del motivo e instintivamente me llevo la mano a la cabeza.

—Ah —le digo—. Hum…, sí. Ahora soy rubia.

—Sí —dice sin apartar la vista—. Ya me he dado cuenta.

—Ya… Supongo que debería haberlo comentado…

—¡No, no, no es para tanto! —exclama inmediatamente—. Es que… No me lo esperaba, nada más. ¡Pero estás muy guapa! No es que no lo estuvieras ya, pero… ¿Quieres pasar?

Sonrío y entro en el apartamento. Ezra cierra la puerta a mi espalda, visiblemente confundido.

—Ya lo creo —continúa—. Que estás guapa, quiero decir. Fue solo ese instante de disonancia cognitiva…

—Lo sé —digo con un gesto afirmativo, y el deseo desesperado de que no se trate simplemente del deseo de mostrarse cortés—. Me pasa cada vez que me miro al espejo.

—¿Te despertaste con ganas de un cambio o…?

—Puede —respondo sin querer dar explicaciones del verdadero motivo—. O puede que supiera que ibas a ponerte un sombrero superchic y quisiera eclipsarte.

Tiro ligeramente de la goma del sombrero, que emite un sonido metálico, y se ríe.

—Ah, esta tontería. ¿Te gusta?

—¿Cómo no me va a gustar?

—Pues toma —dice, quitándoselo para colocármelo en la cabeza; sus dedos me rozan la mandíbula al ajustarlo—. Listo. —Sonríe—. Si por algo me caracterizo, es por ser un anfitrión generoso. Y ya que lo menciono, ¿te apetece tomar algo?

—Claro —respondo con una sonrisa.

Lo sigo hacia la cocina; me da algo de vergüenza, pero noto la piel más cálida en el lugar donde me ha tocado, y lo observo mientras coloca dos vasos encima de la isla de mármol.

—Lo siento…, esta vez no tengo *prosecco*. ¿Te apetece alguna otra cosa?

—Mmmm… ¿Tú qué vas a tomar?

—*Whisky* con gaseosa, que está asqueroso. ¿*Whisky* con limón?

—Suena bien —le digo observando cómo los prepara.

Advierto que la medida que se sirve es considerablemente más generosa que la mía, y bebe un pequeño sorbo antes de echar el refresco con un movimiento tan natural que me pregunto si lo habrá registrado. De repente me recuerda aquella tarde en el parque, la petaca y la naturalidad con la que bebía.

—Toma —dice y desliza el vaso hacia mí antes de sentarse sobre la encimera.

Intento hacer lo mismo, pero ni siquiera apoyándome en los brazos soy capaz, hasta que salta al suelo, me apoya las manos en las caderas, me levanta con un solo movimiento y me deposita con tanta soltura como haría con una bolsa del supermercado. Después, vuelve a encaramarse de un salto con la misma facilidad y alcanza su vaso.

—Gracias —le digo intentando aparentar que mi cerebro no está cortocircuitando al ver el nulo esfuerzo que le ha costado.

—Gracias a ti —responde—. Me alegro de que hayas venido. Mantuviste el suspense un buen rato, pero…

—Lo siento —digo rápidamente—. ¿Es el cumpleaños de alguien?

—Pues sí. El mío.

—Estás de broma.

—No. Hoy cumplo diecinueve años. Decrépito del todo.

—¡Tenías que habérmelo dicho! —exclamo horrorizada—. ¡Te habría comprado algo!

—Precisamente por eso no te lo dije —contesta echándose a reír —. En serio, tampoco es para tanto.

—¿Has tenido un bien día, al menos? ¿Viste a tu familia?

—Sí. Tuvimos la preceptiva cena formal.

—Ah, qué bien.

—Sí. ¿Y tú? ¿Qué tal la semana?

—Hum…, bien. Muy liada.

Un instante de silencio. Luego, tengo la sensación de que Ezra tiene tan pocas ganas de hablar de su familia como yo de mi semana; de ahí la pausa en la conversación.

—Siento que Marika no haya podido venir hoy —digo inmediatamente, pensando que es un cambio de tema tan bueno como cualquier otro—. ¿Mac se ha llevado una desilusión?

—Sobrevivirá —contesta Ezra en tono suave—. Se ocupó él de la lista de invitados, así que habrá procurado que haya alguna otra perspectiva romántica.

—Oh —digo sorprendida—. ¿Te pareció…? ¿Te parece que Marika estaba interesada en él?

—Bueno, tú la conoces mejor que yo. Me lo imaginé; por lo visto todo el mundo parece estarlo.

—¿Todo el mundo? No todo el mundo, seguro.

—¿No? ¿Tú no?

—No —digo riéndome—. Por supuesto que no.

—¿Por supuesto que no? —repite con una sonrisa.

—No. O sea…, no en ese sentido —añado nerviosa apartando la mirada de la de Ezra; es demasiado intensa y de pronto me da miedo que esté a punto de leerme el pensamiento—. Mac es genial, obviamente, pero… —Sin embargo, no llego a terminar la frase.

Fuera lo que fuera que iba a añadir, me quedo sin palabras cuando detengo la mirada sobre una silueta que está de espaldas a nosotros junto a la ventana del otro lado de la sala, con pelo revuelto castaño claro, hablando con una chica que lleva un vestido de volantes.

—¿Estás bien? —pregunta Ezra dándome un codazo suave.

Asiento en silencio, sin atreverme a hablar, incapaz de apartar la vista. Entonces, el chico se vuelve para señalar algo. No es él, y me invade una oleada de alivio tan intensa que hasta me siento un poco mareada.

—¿Seguro? —insiste Ezra con el ceño fruncido.

—Sí —respondo a duras penas—. Perdona. Desconecté por un momento; estoy bien.

Me llevo el vaso a los labios y bebo su contenido empalagoso como si con ello pudiera librarme del pánico inicial que sigue instalado en mi pecho. Es como una sensación física que me oprime los pulmones.

—Vale —dice Ezra no demasiado convencido—. Mmm…, ¿te apetece otra copa? ¿O prefieres tomar el aire?

—Otra copa me sentaría genial —respondo con voz algo entrecortada—. Gracias.

—Pero… ¿seguro que estás bien?

—Seguro —afirmo con una sonrisa forzada—. Estoy bien.

Si lo repito suficientes veces, terminará por convertirse en realidad.

EZRA



—¿Puedes dejar de moverte? Me estás poniendo nervioso.

—No me estoy moviendo. Es que… ¿no te parece que Audrey tarda un poco?

Once minutos, para ser exactos. Dijo que iba al cuarto de baño, pero no soy capaz de librarme de esta molesta sensación de intranquilidad, agravada por el hecho de que no ha parado de beber en toda la noche. Dejé de rellenarle el vaso cuando empezó a confundir las palabras, pero ello no impidió que otras personas lo hicieran. Y sugerirle que se lo tomara con calma habría parecido insoportablemente paternalista, así que… no lo hice.

No es que se lo esté pasando mal. Ha sonreído, reído, hasta ha bailado con Mac cuando empezó a sonar una canción de Lorde. Yo me quedé donde estaba, procurando no mirarlos.

—Pues ve a ver cómo está —dice Mac.

Está sentado en el sofá con Dominic, que parece ser su acompañante de esta noche. Yo estoy en el suelo.

—No sé. —Suspiro—. ¿No sería un poco violento?

—Es tu novia —dice Dominic frunciendo el ceño—. ¿Cómo va a ser violento?

—No es mi novia.

—No es su novia —confirma Mac; ahora es él quien lleva puesto el sombrero de fiesta, inclinado con mucho estilo, como una boina.

—Ah —dice Dominic—. Lo di por hecho porque es evidente que estás obsesionado con ella.

—Sí, pero está demasiado atrofiado emocionalmente para hacer algo al respecto.

—¿Eso es cosa de británicos o de hombres?

—¿Un poco de cada?

—Vale. Tiene sentido.

Les lanzo una mirada asesina. Al igual que Mac, Dominic es carismático, guapo y ahora mismo me está sacando de quicio.

—De todos modos, estoy con Mac —añade Dominic, pasándose la mano por la cabeza afeitada—. Ve a buscarla. Quizá esté esperándote en tu cuarto.

Me levanto y pongo un abrupto fin a la conversación. Casi no queda nadie en el apartamento; la mayoría de los invitados empezó a marcharse después de la medianoche para irse a casa o continuar la juerga en otros locales. Enfilo el pasillo en dirección al cuarto de baño, me apoyo en la puerta y llamo con suavidad. No hay respuesta.

—¿Audrey? ¿Estás ahí?

Nada. Golpeo un poco más fuerte, intento girar el picaporte. La puerta cede; no está cerrada con pestillo.

—¿Hay alguien? —insisto.

Nada.

—Voy a entrar —digo por fin, abriendo la puerta del todo.

Y allí, hecha un ovillo contra la pared…

—Vaya —mascullo entre dientes arrodillándome al instante ante ella—. Audrey. Despierta.

Le aparto el pelo platino de la cara, alcanzo una mano inerte y se la aprieto. Ni siquiera se mueve.

—Audrey —repito en voz alta intentando mantener la calma.

Respira, de eso no hay duda, pero me gustaría que despertara del todo, así que me pongo como loco a darle golpecitos en las mejillas, palmaditas suaves, hasta que empieza a parpadear en un intento por abrir los ojos. Observa a su alrededor incapaz de enfocar la mirada y de mantener la cabeza erguida.

—¡Menos mal! —murmuro; por fin logra fijar en mí su mirada adormecida.

—No me encuentro bien —dice con voz débil, y esa es la única advertencia necesaria para acercar la papelera de plástico que tengo junto al lavabo.

Se la doy, se la aferra contra el pecho y empieza a vomitar; le recojo el pelo rápidamente con una mano y, por puro instinto, comienzo a frotarle la espalda formando círculos con la otra. Es lo que mi madre hacía conmigo de pequeño cuando estaba enfermo.

Cuando termina, me levanto y voy al lavabo para traerle un poco de agua. Bebe un sorbo y cierra los ojos; una lágrima turbia le resbala por la mejilla cuando me agacho a su lado.

—Lo siento —murmura con voz ronca y los ojos entornados.

—No te preocupes.

—Te he estropeado el cumpleaños.

—No —respondo algo más tranquilo al comprobar que parece lúcida—. Mis hermanas te han ganado por goleada. Además, ya no es mi cumpleaños.

—Solo quería sentarme un momento. —Se sorbe la nariz—. Soy una idiota.

—No eres idiota. No digas eso.

—Estaré bien dentro de un momento. Solo necesito un momento.

—Tómate el tiempo que necesites. Estaré aquí.

—No, vuelve a la fiesta. Estoy bien. Llamaré un taxi…

—No vas a irte sola. Te acompaño. O podemos llamar a Marika.

—No —responde rápidamente—. No quiero molestarla. Y tú no puedes irte. Es tu fiesta.

—Mac se queda al cargo. O puedes quedarte a dormir. Por lo menos, tendré la excusa perfecta para echar a todo el mundo.

Entonces, me mira con los ojos húmedos y muy abiertos.

—Yo dormiré en el sofá, por supuesto —añado rápidamente—. Hagas lo que hagas, no hay problema. —Luego, me levanto con la intención de tirar el contenido de la papelera.

Levanta la vista asustada y la sujeta más fuerte.

—Hum…, no, gracias —susurra—. Creo que volveré a necesitarla.

Mac y Dominic, ya perdonados, me ayudan a librarme de los rezagados con una eficiencia sorprendente. Cuando vuelvo a ver cómo está Audrey, me pregunta tímidamente si puede darse una ducha. Entiendo el impulso: ducharte después de vomitar es como un bautismo. Le traigo toallas y ropa limpia, los pantalones de chándal más estrechos que tengo y una camiseta blanca muy suave, además de un cepillo de dientes sin estrenar. Luego, me pongo manos a la obra: ventilo bien mi cuarto y cambio las sábanas a toda velocidad por si al final decide quedarse. Estoy limpiando el polvo de

la mesilla de noche con un calcetín viejo cuando oigo un tímido golpe en la puerta.

—Pasa —digo lanzándolo a la cesta de la ropa sucia.

Audrey entra muy sofocada, con el pelo mojado peinado hacia atrás. El apartamento está en silencio, así que tiene que saber que ya se ha ido todo el mundo.

—Ya me encuentro mejor —dice y se rodea el cuerpo con los brazos—. Gracias.

—No te preocupes. Mmm… ¿Quieres irte a casa o…?

—La verdad es que estoy agotada —murmura bajando la vista—. Si iba en serio lo de quedarme a dormir…

—Por supuesto —me apresuro a decir—. Sin problema.

—Pero duermo yo en el sofá. No voy a dejarte sin cama.

—No, no hay ningún problema. Me encanta el sofá. Somos viejos conocidos.

—Vale —asiente—. Si estás seguro… Gracias.

—Bien. Hum…, hay un cargador al lado de la cama, si quieres mandarle un mensaje a Marika; lo mismo deberías avisarla de que te quedas aquí. Agua, del grifo, obviamente. Analgésicos…, aquí, en la cómoda. Toma.

Asiente sin decir palabra.

—Bien. —Paso junto a ella para dirigirme a la puerta—. Estaré en el salón si me necesitas…, o si necesitas cualquier cosa.

—De acuerdo. Buenas noches —dice en voz baja.

Hago un gesto afirmativo, salgo al pasillo y cierro la puerta. Dios, pienso. Qué desastre.

Tardé mucho tiempo, demasiado, en darme cuenta de que algo le pasaba a Audrey. Es cierto que parecía algo apagada al llegar,

aunque supuse que sería porque estaba cansada. Después, cuando no tardó ni medio segundo en descartar la pregunta sobre si estaba interesada en Mac, incluso llegué a considerar la posibilidad de que esta fuera la noche en que pudiera tener la confianza suficiente para preguntarle si estaba interesada en mí.

Pero luego… no sé. Hubo ese momento extraño en la cocina en que de repente dio la impresión de haber visto un fantasma e inmediatamente empezó a beber sin parar. Supongo que el alcohol debió de mitigar y disfrazar lo que sentía, porque después parecía más relajada, aunque…

Mi alcohol.

Mi culpa.

Entro en la cocina haciendo el menor ruido posible, noto el suelo pegajoso a través de los calcetines mientras me sirvo un vaso de agua y miro mi imagen reflejada en la puerta negra y brillante del frigorífico.

—Capullo —digo en voz alta. Suena extraño en la cocina vacía.



AUDREY



La distancia que separa el apartamento de Ezra y el mío parece mucho más larga esta mañana. Camino deprisa con la cazadora bien cerrada, la cabeza martilleándome, el estómago pidiendo a gritos algo caliente y rico en carbohidratos. Todavía no me puedo creer la cantidad de alcohol que bebí anoche, ni lo idiota que fui; lo idiota que soy. No pensé en mi escasa tolerancia, ni en que había pasado varios días sin apenas comer; solo me sentí bien después de la segunda copa y quería seguir sintiéndome bien. Pero tuve mi merecido, porque vaciar el contenido de mi estómago delante de Ezra no fue una sensación nada agradable.

Casi desearía que el alcohol me hubiera bloqueado la memoria igual que el juicio, pero lo recuerdo todo, incluido lo bien que se portó Ezra. Seguía durmiendo cuando me fui, tumbado en el sofá con un mechón de pelo tapándole la cara. El televisor estaba encendido con ese sonsonete tenue de los típicos publirreportajes de las madrugadas. Me quedé mirándolo antes de salir, observando cómo el torso le subía y bajaba durante unos instantes. Después pensé en la pinta de loca que debía de tener y salí a toda prisa.

Me sentí fatal marchándome a escondidas. Intenté arreglarlo un poco y escribí una nota a modo de disculpa, garabateada apresuradamente en el reverso de un comprobante de compra que

encontré en el bolsillo de la cazadora. He decidido que voy a enmendar el daño, y eso empieza por lavar la ropa y las toallas que me prestó. Me pareció de mala educación dejarlas allí, húmedas y arrugadas, así que las metí en una bolsa de basura y me las llevé. La llevo colgada del brazo al entrar en el apartamento; necesito cambiarme y buscar el monedero antes de dejarlas en la lavandería de abajo.

Me quedo sorprendida y algo aliviada al ver que Marika no está. Probablemente habrá salido a correr temprano, lo cual me da bastante tiempo para organizarme antes de que me interrogue sobre anoche. Me cambio a toda velocidad, meto la ropa de ayer en la bolsa de la lavandería y me pongo algo de más abrigo. No es hasta que vuelvo a ponerme la cazadora cuando oigo las voces en el pasillo, susurrantes y contenidas. También risas. Me quedo inmóvil sin saber qué hacer.

—Shhhh. Está durmiendo —dice una de ellas. Marika.

—Vale, vale —responde una chica con voz sonora y ronca.

Me suena a voz conocida y me pregunto de qué cuando la puerta se abre y me ven allí, de pie en medio del cuarto, obviamente despierta. Nos quedamos mirándonos unos instantes. Después:

—Hola. Soy Nicole.

La chica que está junto a Marika es considerablemente más baja; tiene el rostro redondeado con facciones suaves, unas curvas espectaculares y el pelo blanco con reflejos lilas. Lleva un amplio abrigo de borreguito y, cuando levanta el brazo para saludar, la manga resbala y deja al descubierto un brazo cubierto de tatuajes de flores muy elaborados.

—Nicole —repito, ahora caigo en la cuenta—. Ya sé. Me maquillaste en el desfile de Miranda Browning. Y me conseguiste un bollo.

—Exactamente —responde con los ojos brillantes al reconocerme —. Vaya. ¡Hola! Te has cambiado el pelo.

—Sí —digo tocándomelo un poco cohibida—. Es para una campaña.

—Te queda ideal. ¿Eres la compañera de habitación de Marika?

—Audrey —respondo sonriente—. Encantada de conocerte. Otra vez.

—Eso es. Qué pequeño es el mundo, ¿eh?

Sonríe y nos miramos. Marika aún no ha abierto la boca. Se limita a mirarme. Lleva unas mallas de color desvaído y una sudadera que no le había visto nunca. Pero reconozco el vestido ajustado y brillante que lleva en la mano. Colgando descuidadamente. Lo llevaba puesto cuando salió anoche.

—Totalmente. —Sonrío un poco desconcertada—. Entonces…

—Perdona por no haberte avisado de que no venía a dormir anoche —interrumpe de pronto Marika, que por lo visto acaba de recuperar la voz—. Me quedé sin batería.

—No te preocupes —respondo—. Yo tampoco vine. Te mandé un mensaje, pero… Supongo que por eso no contestaste.

—Sí —dice sin más.

Nos quedamos en silencio un instante, y después:

—La verdad es que estábamos a punto de ir a desayunar —dice Nicole jovial—. ¿Quieres venir?

—Ah, mmm… Lo cierto es que tengo que hacer varios recados ahora —respondo—. Pero gracias por invitarme.

—No te preocupes. ¡Ya nos veremos más veces!

—¡Sí! —exclamo, recojo la ropa para lavar y me cuelgo el bolso—. Sí, por supuesto. Bueno…, hasta luego.

Y paso junto a ellas para salir del cuarto. Cierro la puerta y no me entretengo. Desde luego, no tenía intención de oír a Nicole decir:

—¿No lo sabe?

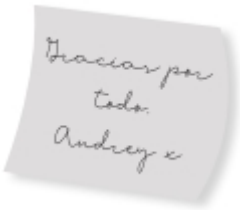
No oigo la respuesta de Marika. Ni me hace falta para comprender.

EZRA



Empieza a llover sobre el mediodía, lo cual es tan hilarantemente oportuno que la verdad es que me levanta un poco el ánimo. Veo caer la lluvia desde el restaurante de la esquina de mi calle mientras como *dumplings* y me compadezco de mí mismo.

Esta mañana Audrey se ha ido sin despedirse. Cuando me desperté, era como si el servicio de habitaciones hubiera venido y desaparecido. La cama estaba hecha, el baño olía a desinfectante, hasta las toallas usadas habían desaparecido. El único toque personal fue la nota que me dejó y que ahora llevo en el bolsillo. La saco para serenarme y la aliso encima de la mesa.



Tiene una mala letra encantadora, como un garabato inclinado. Lo escribió en el reverso de un comprobante de compra de aquella mañana que desayunamos juntos, una pequeña evocación de un

bonito recuerdo. Lo único que desearía es que no se pareciera tanto a un adiós.

Saco el teléfono. Llevo toda la mañana pensando en mandarle un mensaje, pero en cambio me sorprendí a mí mismo releyendo el mensaje de Edie, el mensaje al que debería haber respondido ayer, pero es que ¿hay algo que decir? ¿Qué puede querer de mí ahora?

Qué típico de Edie ponerse en contacto justo cuando estoy dando mis primeros pasos para alejarme de ella. Borré todo rastro de Edie del móvil tras la ruptura, en previsión de posibles lapsos de imprudencia por mi parte debidos a alguna borrachera. De todos modos, la aplicación de notas está repleta de todas las cosas tristes y sentimentales que habría querido decirle, pero no pude.

Que le den; sea cual sea el razonamiento, no quiero que esto siga colgando sobre mi cabeza. Escribo una respuesta rápidamente:

gracias edie. me dicen que estás en nueva york? ezra

Si cree que no me he enterado de que está en la ciudad, probablemente esto la pondrá nerviosa. También puede interpretarse como un simple mensaje escueto, pero probablemente sea para bien. La dinámica entre Edie y yo siempre ha ido a su favor; la jerarquía social era un factor muy importante en el instituto y ella tenía el pelo rubio con reflejos color miel, un acento perfecto y un talento increíble para el tenis. Yo era el americano solitario con la cámara rara; sacad vuestras propias conclusiones. Aun así, yo era feliz existiendo en su círculo y las demás estupideces no importaban cuando estábamos los dos solos. Ni siquiera me molestaba el hecho

de que era obvio que yo la quería más que ella a mí. Era un axioma incontestable. Tratar de negarlo habría sido como tratar de negar que el cielo es azul.

El caso es que ahora es mejor parecer un poco frío. Pulso «Enviar» sin pensar, me meto el último *dumpling* en la boca y me recuesto en la silla a reflexionar sobre mi próximo movimiento. El cine, quizá. Sentarme en una sala oscura con aire acondicionado y un granizado del tamaño de un cubo me parece un plan bien apetecible ahora mismo.

Mi teléfono vibra y salto en la silla, literalmente. Pero el mensaje no es de Edie.

¿Podemos vernos hoy? No pasa nada si estás ocupado.

Audrey. Suspiro y tecleo una respuesta acto seguido:

ahora mismo no estoy en casa,
dónde puedo verte?

Su respuesta tarda menos de un minuto:

¿O voy a donde tú estés?

Contesto con la misma rapidez:

estoy en el restaurante
de la esquina de mi calle.
andas por aquí cerca?

No hay respuesta inmediata. Transcurren varios minutos, luego varios más y empiezo a pensar que quizá debería haberle dado más detalles cuando a través del cristal veo un destello de pelo rubio platino, un rayo de luz en un día predominantemente gris. Levanto una mano para saludar, pero Audrey no me ve porque anda con la cabeza inclinada para evitar mojarse. La campanilla de la puerta tintinea cuando entra con el pelo húmedo y la nariz sonrosada. Lleva de nuevo la cazadora verde y me pregunto si se quedará el tiempo suficiente para necesitar algo de más abrigo.

—Hola. —Sonríe, se sienta frente a mí y deja un paquete de papel marrón encima de la mesa. Es alargado y está salpicado de gotas de lluvia.

—Hola. —Le devuelvo la sonrisa sin importarme si es demasiado evidente lo entusiasmado que estoy de volver a verla—. ¿Cómo estás?

—Bien —responde con un gesto afirmativo—. O sea, mejor. Hum…, esto es para ti.

Da un empujoncito al paquete en mi dirección.

—Oh —digo sorprendido—. ¿En serio?

—En parte es un regalo de cumpleaños —me explica mientras se tira de una manga—. En parte una disculpa. Sé que anoche la lie…

—No…

—La lie. Fui una idiota y no tengo disculpa, pero aun así me atendiste y te lo agradezco mucho.

Empuja el paquete un poco más hacia mí y de pronto lo entiendo. Se siente en deuda conmigo y quiere saldarla; de ahí el regalo; está intentando nivelar la balanza. Me da un poco de rabia, pero lo entiendo. Solo desearía que supiera que no era necesario. Que no me debe nada, que no querría que me lo debiera.

—Gracias —me limito a decir—. Qué detalle.

Aparto mi plato vacío a un lado y lo recojo. Es sorprendentemente pesado y Audrey me observa con atención mientras lo desenvuelvo.

—Era una de las fotógrafas que dijiste que te gustaban —explica dubitativa—. ¿Correcto?

—Correcto —repito aturdido.

Tengo en mis manos un volumen enorme y con cubiertas de tela de fotografías de Nan Goldin, exactamente el mismo libro que descubrí en una estantería polvorienta en el aula de plástica del colegio. He debido de hojear sus páginas con las esquinas gastadas cientos de veces absolutamente embelesado. Mostraba un Nueva York desconocido para mí, tan alejado de la ciudad de mi infancia que bien podría pertenecer a otro planeta. Rozo las letras en relieve con las yemas de los dedos, doradas y perfectas cuando yo las recordaba deslucidas y gastadas.

—No lo tienes, ¿verdad?

—No —respondo—. Mmm… La verdad es que en mi instituto tenían un ejemplar. Suspiré por él durante todo el tiempo que pasé allí; estuve a punto de llevármelo cuando me fui, pero desde el minuto uno hubieran sabido que había sido yo.

—¿En serio?

—Sí —respondo algo confuso—. Guau. Muchas gracias.

—Me alegro de que te guste.

—Me encanta. Qué extraordinaria coincidencia.

Levanto la vista sonriendo. Sin embargo, ella parece algo triste y con los ojos húmedos. Estoy a punto de preguntarle qué le pasa cuando vuelve la cabeza y rebusca en la mochila.

—También te compré otra cosa —anuncia—. Algo que te hace falta.

Entonces, me entrega un monedero. Uno pequeño de plástico negro decorado con i ny.

—Bueno, bueno —digo en tono solemne—. Impresionante.

—Por lo menos es mejor que un paquete de tabaco.

—No le quites importancia. Voy a apreciar esta pieza de artesanía toda mi vida.

—¿Será una reliquia familiar, quizá?

—Oh, sí. Mis descendientes se pelearán por él con uñas y dientes, probablemente se pegarán en la lectura de mi testamento.

Audrey se echa a reír y en ese mismo momento el móvil me vibra en el bolsillo. Me pongo un poco tenso, seguro de que esta vez se trata de Edie. Pero no soy capaz de sacarlo mientras estoy con Audrey. De alguna manera, sería como una traición. Pero no sé a cuál de las dos.

Creo que en realidad no quiero saberlo.

AUDREY



—Dios mío, qué caos de carpetas tengo —murmura Imogene con el ceño fruncido al tiempo que busca en la tableta—. Te juro que están aquí, en algún lado. Y son magníficas, por supuesto. Se te ve el pelo fantástico.

—Gracias —le digo, y me seco las manos húmedas en los vaqueros mientras me acomodo nerviosa en una de las sillas con forma de concha delante de su escritorio.

Me pidió que me pasara por su despacho esta mañana para echar un vistazo a las fotos de la sesión con Julian, que evidentemente ya ha visto y no ha mencionado ningún problema. Supongo que eso significa que no lo hay.

—¡Ah! ¡Aquí están! —exclama de pronto—. Mira.

Me pasa la tableta y la sujeto con las dos manos mientras me obligo a respirar con normalidad.

—Probablemente podamos utilizar alguna como nueva foto de primer plano.

—Sí —respondo pasándolas con el dedo.

No sé evaluar si son buenas. En realidad, tampoco me importa. Lo único que me interesa es ver las últimas para convencerme de que no son ni de lejos tan horribles como me he imaginado. Pero llego a un punto en el que ya no me deja pasar más y…

—¿Están todas aquí? —pregunto.

—Todas las que me envió Julian, sí. ¿Por qué?

Porque en todas estas llevo la blusa.

—Por nada —respondo rápidamente.

Imogene se echa a reír.

—Eres tu crítica más exigente. Julian dijo que es una delicia trabajar contigo. Que eres una auténtica estrella.

—¿Eso dijo?

—¡Por supuesto! Tú y Marika, las dos. Y… —Hace una pausa dramática y golpetea la mesa con sus uñas largas perfectamente pintadas imitando el ruido de un redoble de tambor—. ¡Mañana empiezan las sesiones fotográficas para la campaña! Qué ilusión, ¿verdad?

—Oh…, ¡vaya! —digo aturdida—. ¿Tan pronto?

—¿«Tan pronto»? —repite entre risas—. Me había imaginado que te estarías muriendo de ganas.

—¡Y así es! Así es. Pero es que… —Dejo la frase sin terminar en busca de una excusa para justificar mi titubeo.

Imogene se inclina y me mira a los ojos.

—Lo entiendo. Pero, Audrey, no tienes por qué estar nerviosa —asegura muy seria—. Te lo prometo.

Y me doy cuenta de que así lo cree. Solo desearía poder creerlo yo también.

Al salir de las oficinas de AVW, casi en cuanto piso la calle, me invade una repentina sensación de mareo y me dejo caer sobre un banco con las piernas temblorosas. Me concentro en respirar, en

mantener la calma, en convencerme de que es bueno que empecemos con las fotos tan pronto. Cuando la campaña se haya lanzado, todo me parecerá un mal sueño. Para entonces habré hecho muchas más sesiones fotográficas, quizá incluso otra campaña. Esto no es más que un pequeño incidente en un amplio marco profesional. Seguro que dentro de cinco años apenas recordaré nada de esto.

Sin embargo, hoy no puedo dejar de pensar en las fotos desaparecidas. Suena un poco enrevesado, pero una parte de mí desea que hubieran estado con las demás; supongo que pensé que, si Imogene las había visto y actuaba con normalidad, era porque todo era normal. Por otra parte, quizá su desaparición se deba a que Julian se dio cuenta de que la había fastidiado y las había borrado.

O quizá lo que ocurre es que me estoy engañando a mí misma. En cualquier caso, no puedo obsesionarme con algo que está fuera de mi control. Marika ya se ha dado cuenta de que estoy un poco rara, y Ezra… A estas alturas, probablemente piense que soy básicamente bipolar. Y no se lo reprocho; de hecho, ayer, cuando estaba intentando recuperar la dignidad después de lo de la fiesta, hizo ese comentario casual sobre la coincidencia y yo reaccioné como si me hubiera echado un jarro de agua fría. Es que… lo único en que fui capaz de pensar fue en el momento en que Julian me dijo que no creía en las coincidencias. Que prefería decir «serendipia», así que, por pura lógica, lo que ocurrió en ese estudio ya estaba planeado con antelación para…

—Audrey.

Levanto la vista sobresaltada. Marika está delante de mí con las cejas alzadas. Me quito los auriculares e intento sonreír.

—Te he llamado…, no sé, tres o cuatro veces —dice muy seria levantándose las gafas de sol y colocándolas sobre el pelo—. Tienes que poner la música más baja. O comprarte unos auriculares que no sean tan buenos.

—Lo sé —digo rápidamente, aunque en realidad no estaba escuchando nada—. Lo siento.

—No te disculpes. —Y se sienta a mi lado—. Es que… no es seguro, ¿sabes? Sobre todo en una gran ciudad. La conciencia del entorno es importante.

La miro sorprendida.

—De acuerdo —digo por fin—. O sea…, que tienes razón. Desconecté por completo. Supongo que estoy cansada.

—Yo también —dice, cosa que ya suponía.

Anoche volvió a salir y me mandó un mensaje diciendo que seguramente no vendría a dormir. Sin embargo, lleva puesta la misma ropa que ayer tenía preparada en la litera cuando salí de casa, unos vaqueros de campana y una sudadera corta gris. No coincidimos por poco.

—¿Lo pasaste bien? —pregunto con cautela.

—Sí. En plan tranquilo. Cena y película en casa de Nicole.

—Parece un plan agradable. —Sonrío aliviada.

Había dado por hecho que estaba con Nicole, pero si no hubiera sido por el encuentro casual de ayer por la mañana, ni siquiera sabría de la existencia de Nicole; no en este contexto, por lo menos. De ahí mi prudencia al preguntar.

—Lo fue —dice Marika en tono suave—. Nicole es genial. Y… quiero que sepas que la única razón por la que no te hablé de ella fue porque no estaba segura de que me fuera a importar tanto. Es

decir, creí que solo iba a quedarme una semana. No tenía intención de hacer amigos. Y, desde luego, tampoco de buscar novia, pero aquí estoy, con una amiga y…, bueno, no una novia, pero algo parecido.

—Oh —intento que no se note la felicidad que siento al oír que Marika me llama «amiga»—. Bueno…, tiene lógica, supongo, pero me alegro mucho por ti. Nicole… se portó genial conmigo en el desfile de Miranda Browning. Me parece una persona simpática de verdad.

—Lo es —acepta Marika, suaviza la expresión por un momento y después alza los ojos al cielo—. Y Ezra… empieza a gustarme, creo. Me parece muy tierno lo mucho que le gustas.

—Ah, eeeh…, probablemente no sea así —respondo con una risa nerviosa—. O, por lo menos, ya no.

—Creí que habías pasado la noche en su casa —me espeta de pronto, volviendo la cabeza hacia mí.

—Solo porque me emborraché. Vomité, me dejó darme una ducha y dormir en su cama. Él se fue al sofá, así que… eso. Nada interesante que contar.

—Oh. —Frunce el ceño—. ¿Estás bien?

—Muy bien —contesto rápidamente—. Pero me pasé. Me puse en plan llorica. Nada dramático.

—Bueno… Muy caballeroso, me parece.

—Sí. Pero es que creo que él es así.

—Mmm. ¿Quieres un consejo, aunque no me lo hayas pedido?

—Mmm…, claro —le digo.

Marika inclina todo el cuerpo hacia mí y me dirige una mirada intensa con sus ojos oscuros.

—Últimamente me he dado cuenta de que la mayoría de las cosas en esta vida son temporales —dice muy seria—. En realidad, casi todas. Así que ¿cerrar las puertas a algo solo porque no quieres correr el riesgo de perderlo? A veces siento el impulso de hacerlo, pero no estoy segura de que merezca la pena.

No sé qué responder. Pero Marika ya se ha puesto en pie y se mira el reloj.

—Tengo que irme —anuncia con naturalidad—. Pero vuelvo por la noche. Podríamos hacer algo.

—Me apetece —respondo, y me dedica una breve sonrisa antes de ponerse de nuevo las gafas de sol y salir del cuarto.

La observo marcharse y siento… Lo cierto es que no estoy segura de qué siento ahora mismo.

Mil cosas. Pero casi todas incluyen gratitud.

Por tener a Marika a mi lado. Por saber que me permite estar al lado suyo.

EZRA



Resulta que no es nada fácil vestirse para quedar con una exnovia.

Pensé seriamente en ponerme americana y corbata esta tarde, solo para dar la impresión de «Me va genial, gracias por preguntar, solo me paso un momento porque voy de camino a algo más importante». También pensé en ponerme vaqueros y una sudadera para hacerle saber que «Sí, me pareció que estaría bien ponernos al día, pero la verdad es que no tenía mayor interés por venir». Ni por ti. Pero todo eso es una auténtica estupidez, claro, así que al final me he decidido por unos pantalones grises y un jersey de lana que me ha visto ya miles de veces. No tiene mucho sentido intentar aparentar nada en lo que respecta a Edie.

Termino lo que me queda de bebida y hago girar la banqueta para inspeccionar el local. Es un bar agradable, supongo, pero no mi escenario favorito. Tampoco me habría imaginado que fuera el de Edie: es demasiado ostentoso, con una iluminación exagerada, tapizados en terciopelo, paredes empapeladas con motivos tropicales y toda la decoración en dorado. Quizá haya venido alguna otra vez y sepa que aquí no te piden identificación. O quizá yo ya no sepa lo que le gusta y lo que no.

Cuando me giro de nuevo hacia la barra, ya se han llevado la copa vacía y me han puesto otra. Pensándolo mejor, quizá sí que me

gusta este sitio.

—Ezra.

Reconozco la voz antes que mi propio nombre. Mi corazón traicionero salta al escucharla.

—Edie —respondo volviéndome.

Y allí está, exactamente igual y completamente distinta. No soy capaz de procesar la imagen por completo.

—¿Me pone una copa de vino rosado, por favor? —pregunta al camarero mientras se sienta con elegancia en la banqueta de al lado y se coloca un mechón de pelo detrás de la oreja.

Tiene el pelo más claro de lo que yo recordaba, más largo. El impecable vestido azul que lleva es el tipo de prenda que se pondría Maggie.

—Perdona el retraso. ¿Cómo estás? —pregunta con la cabeza inclinada hacia mí.

—Bien —respondo; estoy superado por la trivialidad de la pregunta.

Edie y yo pasamos años buscándonos la mirada en las clases y robándonos besos en los armarios. Compartimos el mismo pequeño mundo, un mundo de motas de polvo y hierba mojada, madera rayada y uniformes arrugados. Ahora estamos a cinco mil kilómetros de distancia, al otro lado del océano, forzando una conversación superficial delante de unas copas al salir del trabajo. Es surrealista. Chirriante.

—¿Cómo te enteraste de que estaba en Nueva York? —pregunta sin rodeos; fin de la conversación trivial.

—Mi hermana conoce a tu jefa —respondo irguiéndome ligeramente—. ¿Por qué? ¿Crees que te estoy controlando?

Aprieta los labios y desvía la mirada. Un sí inconfundible.

—Por lo visto, me lo habrías dicho de todos modos —digo, algo menos ofendido de lo que probablemente debería.

—Antes quería adaptarme.

—¿Y cuánto tardaste en hacerlo?

—Me mudé a mi apartamento en agosto.

Agosto. Ya lleva un mes en la ciudad.

—Eso está muy bien —le digo—. Si era lo que querías, me alegro de que lo hayas conseguido.

—No seas capullo —dice con voz inexpresiva, lo que no me parece mal.

De todos los sentimientos ediecéntricos que he reprimido, el primero en salir a la superficie ha sido el resentimiento.

El camarero le trae el vino y Edie alcanza la copa inmediatamente, pero vuelve a dejarla donde estaba y se vuelve hacia mí con los labios fruncidos:

—Y si te molesta que esté aquí, entiéndetelas con Eleanor, ¿vale? —añade con brusquedad.

La miro sin comprender. Eleanor es la hermana mayor de Edie, a quien nunca llegué a conocer. También es una famosilla de segunda desde que empezó a salir con un actor famosísimo cuando tenía veintiún años; famosísimo y casado. Saltó la noticia cuando los fotografiaron saliendo juntos de un hotel durante un viaje a Londres de dicho actor para asistir al estreno de la última película de su mujer; como era de esperar, las consecuencias fueron explosivas. En aquel momento Edie tenía trece años y su vida cambió por completo. Eso fue lo que tuvimos en común; eso y que, como consecuencia, nos mandaran a un internado. A diferencia de lo que

ocurrió en mi caso, para Edie fue un alivio. Me dijo que había fotógrafos acampados delante de su casa, gritando cosas horribles a todo el que entraba o salía para intentar provocar una reacción. Parte de su interés residía en que dio la casualidad de que los padres de Edie eran millonarios y estaban emparentados con la aristocracia; carnaza ideal para la prensa sensacionalista. También eran encantadores y muy buena gente, aunque eso no interesaba. La historia se prolongó después de que la relación terminara; para entonces, Eleanor había rentabilizado la atención en forma de un número considerable de seguidores en sus redes sociales. Desde entonces no ha dejado de publicar contenido.

Me sorprende mucho que Edie haya pronunciado el nombre de Eleanor; recuerdo que una vez intenté sacar el tema y Edie lo zanjó con una eficiencia apabullante. Fue poco después de que empezáramos a salir, durante una de nuestras «citas románticas», que en aquellos tiempos se traducían en escapadas furtivas con una botella de licor de melocotón a las pistas de tenis cuando apagaban las luces. Era otoño y le presté mi sudadera cuando empezó a tiritar. Le quedaba enorme, pero verla llevar una prenda mía me había alegrado el corazón como una oleada de felicidad.

—Puedes quedarte con ella —le dije mirándola—. Te sienta bien.

—No —respondió arrugando la nariz—. Eso es muy… de pareja.

—Somos pareja.

—Ya, pero no hay necesidad de gritarlo. Es asunto nuestro y de nadie más.

—Venga ya —me reí—. Este sitio es como una pecera. Todo es asunto de todos.

—Te estoy hablando en serio.

—Y yo. A ver…, entiendo que quieras preservar tu intimidad, pero…

—¿Qué se supone que significa eso?

—Pues… Por todo lo que pasó con tu hermana, supongo.

—No tiene nada que ver con ella.

—Vale. Perdona, yo…

—Estoy cansada —dijo bruscamente.

Se levantó de pronto, se quitó la sudadera y me la tiró sin contemplaciones; después se alejó a grandes zancadas. Me quedé sentado unos instantes, demasiado desconcertado para sentirme ofendido. Recuerdo que era plena noche, me levanté con dificultad y seguí sus pasos hacia la zona de dormitorios como un perro apaleado. A la mañana siguiente me saludó en el desayuno con una sonrisa como si nada hubiera pasado.

Básicamente, «échale la culpa a Eleanor» podía significar cualquier cosa.

—¿Está…, está bien? —pregunto con cautela.

—Genial —responde Edie—. Ha decidido probar suerte en la telerrealidad. Ella y otras *influencers* van a cobrar una obscena cantidad de dinero por vivir con unas cámaras apuntándoles a la cara.

—Ah. —Empiezo a entender las consecuencias.

Edie y Eleanor se parecen como dos gotas de agua. Tienen el mismo apellido. Y si el programa tiene éxito…

—Me lo dijo antes de firmar —continúa—. Obviamente, le pedí que no lo hiciera. Le dije que echaría a perder cualquier oportunidad de que me tomaran en serio en mi nuevo trabajo y… —Se queda en silencio y bebe un sorbo de vino.

Está visiblemente furiosa, se le han dilatado las fosas nasales, lo cual es una señal inequívoca. Sin embargo, creo que sería capaz de apuñalarme con una brocheta de cóctel si se lo comentara.

—¿Y? —repito vacilante.

Edie deja escapar una carcajada amarga.

—Y me dijo que también podía meterme a mí en el programa. Con un papel secundario, por supuesto.

Hago una mueca imaginándome la discusión de proporciones bíblicas que inevitablemente debieron de provocar esas palabras.

—Exacto —dice en tono áspero—. Pero es una compañía grande. Como fuera del Reino Unido nadie sabe quién es Eleanor ni le importa, pedí un traslado. El programa de prácticas es prácticamente igual en Nueva York que en Londres.

—Bien —le digo—. Tuviste suerte.

—No exactamente. Mi madre estudió en la universidad con el jefe de mi sección, así que…

—Ah. —Sonrío—. El nepotismo ataca de nuevo.

—Como si tú pudieras hablar —suelta con gesto de suficiencia—. Tú estás trabajando con tu padre, ¿no?

—No. ¿Qué te hace pensar eso?

—Lo di por hecho. ¿Te encontró algo Maggie?

—Caroline, en realidad. Sirvo mesas en el restaurante de su novia.

—Muy gracioso.

—No es broma —le digo sin alterarme; bebo de mi copa.

Edie me mira atónita.

—¿En serio?

—Solo media jornada, pero… sí. No está mal.

—Es ridículo —dice rotunda—. Tu familia está extraordinariamente bien relacionada. Podrías trabajar donde quisieras, literalmente.

—Pero no me apetece especialmente trabajar.

—¡Pues ve a la universidad! No puedes dar la espalda a tus privilegios, si es eso lo que estás intentando.

—Ah, o sea, ¿me estás diciendo que debería dejarme llevar? —Me echo a reír—. ¿Aceptar sin pensar un trabajo que no merezco solo porque puedo?

—Llevar ropa andrajosa y trabajar por el salario mínimo no va a cambiar el hecho de que nunca en tu vida te ha faltado nada —dice con frialdad—. Nada material, por lo menos.

—Ese argumento parece más un intento de justificación de tus propias decisiones.

—¡Obviamente, mis padres me ayudaron a conseguir este trabajo! También me están ayudando con el apartamento, no voy a negarlo.

—¿Y el hecho de que no quiera pasarme el tiempo vagueando con hojas de cálculo equivale a que lo niegue yo?

—Pues haz lo que te dé la gana, Ezra —replica vehemente, y empieza a sonrojarse—. ¿Cuál es tu gran plan?

—Estar aquí sentado permitiendo que me insultes, supongo. Es genial.

—No te estoy insultando. Solo… Solo quiero saber que te va bien.

—Ah, ¿te importa?

—Claro que me importa, maldita sea —me espeta.

Nos quedamos mirándonos durante unos instantes en medio de un silencio tenso.

Luego añade:

—Te he echado de menos.

Parece que lo dice de mala gana, como si las palabras hubieran tenido que abrirse paso para salir de sus labios. Y termina la discusión tan repentinamente como empezó, pero sigo molesto porque ha tenido el valor de dar marcha atrás en mi vida y de diseccionarla para examinarla a gusto. Estoy molesto porque parece pensar que llevar ropa buena y tener un ordenador portátil sobre las rodillas niega el hecho de que probablemente con su estúpida beca gane menos que yo llevando platos de un lado a otro, si es que le pagan algo. Pero, sobre todo, estoy cabreado porque…

—Yo también te he echado de menos.

Cuando lo digo, la expresión de Edie delata un alivio evidente y tengo que desviar la mirada.

—Gracias por venir —dice en voz baja—. Y por no tirarme la bebida a la cara, supongo.

—¿Yo, desperdiciar alcohol? ¡Jamás!

Se echa a reír y el sonido de su risa me provoca una sensación extraña. Aún quedan muchas cosas que me gustaría preguntarle; sin embargo, si soy sincero, creo que mi orgullo no me lo permitiría. Pero, bueno, quizá sea para bien. Probablemente sea mejor para los dos que siga habiendo cosas que no hemos dicho.

AUDREY



—Audrey, ¿puedes levantar una de las piezas?

Hago lo que Julian me indica y la dejo colgando entre mis dedos como si estuviera pensando mi próxima jugada.

—Perfecto. —Asiente con la cabeza y se dirige a una estilista—: ¿Podemos probar ahora con las gafas?

Una ayudante se apresura a acudir con unas gafas de sol estilo ojo de gato con montura dorada. Me las pongo en el puente de la nariz suponiendo que, si la maquilladora se ha pasado quince minutos colocándome las pestañas postizas una a una, será porque deben verse.

—Sí. Así, muy bien. Y, Marika, haz algo con el cóctel.

Marika levanta la copa de vermut y remueve el líquido rosado. Zumo de fruta, pero imagino que aparenta ser un *cosmopolitan* o algo así.

—Genial —dice Julian, agachándose ligeramente y empezando a disparar.

Marika y yo seguimos posando y haciendo todo lo posible para olvidarnos de la abrumadora cantidad de gente que nos mira embobada sin ningún disimulo. No se lo reprocho; estamos en pleno Washington Square Park, sentadas una frente a otra ante una mesa de ajedrez que conseguimos después de sobornar a dos señores

mayores para que la dejaran libre. La verdad es que llevamos todo el día molestando a la gente, pero siempre hay un ayudante a mano con un buen fajo de billetes para limar asperezas. El equipo es muy numeroso y lo suficientemente llamativo como para llamar la atención, aunque Marika y yo no estuviéramos vestidas de alta costura de pies a cabeza; ahora mismo, con minivestidos de abalorios y chaquetones de piel de colores pastel. Piel sintética, por supuesto. El de Marika es amarillo y el mío lila, así que espero que sea evidente.

—¿Podemos mover un poco las piezas? —pregunta Julian—. ¿Quién sabe jugar al ajedrez?

—Yo —responde Marika, que empieza a recolocarlas.

—¿Qué tal lo estoy haciendo? —pregunto observándola.

—Nada bien. Tu reina está en peligro.

—Vaya.

—Mmm. Pero puedes retroceder.

El parque es la tercera parada del día; a primera hora de la mañana estuvimos en un cine vacío de Times Square, vestidas con trajes de terciopelo y botas de plataforma metálica. Con palomitas en las manos, pusimos los pies encima de los asientos de delante mientras pasaban los tráileres en absoluto silencio para asegurarse de obtener la luz correcta sobre nuestras caras. Después nos sentamos en un reservado tapizado en vinilo rojo de un restaurante modesto y bastante deslucido ahogadas en unos vestidos de tul muy voluminosos delante de una pila de comida toda amontonada. Tortitas y gofres, hamburguesas y patatas fritas; dos ayudantes la atacaron antes de las fotos para que pareciera que nos la habíamos

comido entre Marika y yo. Sin embargo, nadie tragó ni una pizca; la mordieron y la escupieron. La echaron a perder.

—Un momento —dije Julian; está mirando la pantalla de su teléfono con el ceño fruncido—. Tengo que contestar. Hagamos un descanso, ¿vale?

—¡Cinco minutos de descanso! —grita uno de los ayudantes al tiempo que la gente empieza a dispersarse—. Modelos, quedaos donde estáis.

—Quédate donde estás, modelo —murmura Marika mirándome a los ojos.

Sonrío y desearía poder decirle cuánto me alegro de tenerla hoy a mi lado. Sinceramente, no creo que hubiera sido capaz de enfrentarme a todo esto sin ella.

Anoche dormí poco y a ratos. Pasé la mayor parte de mis horas de vigilia mirando los tablones de la litera de Marika sobre mí con una sucesión vertiginosa de pensamientos. Terminé por desistir cuando las primeras luces del día empezaron a filtrarse por la ventana, me puse una sudadera encima del pijama y busqué mi cazadora. Caminé sin rumbo durante lo que me parecieron horas y, por fin, me detuve para comprar un sándwich de beicon y huevo en el ultramarinos donde había ido con Ezra. Me atendió el mismo hombre del otro día y también me invitó a café, esta vez con una sonrisa amplia y torcida dibujada en el vaso con rotulador rojo. Casi me hizo llorar.

Llegamos a la primera localización poco después de las siete. Julian ya estaba allí y me dio miedo tener alguna reacción excesiva e involuntaria al verlo de nuevo. Pero no; simplemente… estaba allí, y tras el consabido intercambio de saludos corteses con una expresión

cuidadosamente inexpresiva y una sonrisa mínima y tensa por mi parte, Marika y yo corrimos a que nos peinaran y maquillaran. Desde entonces, ha estado demasiado agobiado como para prestarnos una atención especial a cualquiera de las dos.

Lo observo dar paseos en círculo sobre una zona de hierba con el teléfono sujeto contra la mandíbula y los brazos cruzados sobre el pecho. Verlo a la luz del día basta para que mis recuerdos del estudio parezcan borrosos e inconexos. Casi demasiado extraños como para ser verdad. Pero entonces recuerdo su aliento sobre mi cuello, sus dedos rozándome la piel…

—¿Cómo crees que está saliendo? —pregunta Marika.

La miro, sigue moviendo las piezas jugando una partida contra sí misma.

—Hum… Bien, ¿no? ¿A ti qué te parece?

—Yo creo que todo va bien. Los *looks* son buenos.

—¿Y Julian? —pregunto con tiento.

Levanta la mirada súbitamente y me arrepiento al instante de habérselo preguntado.

—Esa es una pregunta con trampa.

—Es solo porque… recuerdo que dijiste que te parecía que era un poco inexperto —respondo a la defensiva.

—Sí. Y lo es. Es un hijo del nepotismo.

—¿Qué?

—Es el sobrino de Miranda —dice, levantando una ceja perfectamente perfilada—. Su verdadero nombre es Jonah Browning.

—Estás de broma —le digo atónita—. ¿Cómo lo sabes?

—Internet es una herramienta maravillosa.

—¿Se cambió el nombre para que la gente no lo supiera?

—No, estoy segura de que la mayoría lo sabe. Pero así consigue aparentar que todo lo que consigue es solo gracias a su trabajo.

—¿Y qué opinas de Miranda? —pregunto impulsivamente al recordar de pronto aquel primer desfile en el que Marika y yo estábamos juntas detrás del escenario y la oí burlarse de Miranda.

—Es difícil decirlo sin conocerla —reconoce Marika sin alterarse—. Seguro que es simpática y eso, pero ese discursito de la Semana de la Moda fue una estupidez. ¿Toda esa charla de «todas las mujeres merecen sentirse valientes y hermosas y por eso hago esto»? ¿Cuando lo más barato que vende es un llavero de noventa dólares y no hace ropa más grande de la talla cuarenta y dos? Ya, seguro.

—Tienes toda la razón —respondo dándome cuenta—. Dios mío. No se me había ocurrido.

—¿Por qué se te iba a ocurrir? No es tu problema.

—Espero que sea porque no soy totalmente egocéntrica —digo con el ceño fruncido.

—Es una industria nauseabunda. —Hace un gesto de indiferencia —. Podríamos volvernos locas y protestar todo el día, pero no nos vendría bien. No mientras aún estemos en el escalón más bajo. Y, sinceramente, mi opinión sobre Miranda como persona es irrelevante. Si aparece esta noche, le haré la pelota como corresponde.

—¿Esta noche?

—A tomar unas copas, para celebrar la sesión. Oí a algunos del equipo hablar de ello; creo que fue cuando te estaban arreglando el pelo.

—¿Tenemos que ir?

—Sí —contesta Marika sin más, y se me cae el alma a los pies.

Claro que tenemos que ir. Quedaríamos fatal si no, como unas niñas malcriadas y desagradecidas. La gente habla y todavía no disfruto de una posición lo bastante segura como para arriesgarme. Solo… estoy deseando que acabe ya todo esto, pero no se acaba nunca. No veo el maldito fin de la sesión.

—Es informal —añade Marika mirándome—. Puedes invitar a Ezra, si quieres. Yo había hecho planes con Nicole, así que voy a invitarla.

Asiento en silencio, aún procesando la información. Parece que va a decir algo más, pero…

—¡Se acabó el descanso! —grita alguien—. En marcha, retomamos.

Me pongo recta, levanto la barbilla, me vuelvo a poner las gafas. En marcha, pienso. Retomamos.

EZRA



—Es un sitio guay, tío. ¿Seguro que te van a dejar entrar?

Para mi preocupación, no parece que Mac esté de broma.

—¿Hablas…, hablas en serio? Creí que sería un bar como otro cualquiera.

—Noooo. A ver… Si eres un tío normal y quieres codearte con algún famoso, ese es el lugar. Por lo menos, este mes.

—¿En serio? —murmuro y levanto una ceja mientras me llevo un cigarrillo a los labios.

Mac se inclina para alcanzar uno; estamos sentados en las cajas detrás del restaurante durante nuestro descanso para el almuerzo.

—Eso dicen. —Sonríe—. Las copas son demasiado caras, pero hay buen ambiente. Piensa en ponerte algo que no sea una camisa de franela o un jersey viejo, por favor.

—¿Hay código de vestimenta? —pregunto al tiempo que me inclino para darle fuego antes de encender mi cigarrillo; los modales hacen al hombre y eso.

—Oficialmente no, pero es aconsejable ir bien vestido. Te reunirás con Audrey allí, ¿no?

—Sí.

—Mmm. Quizá pueda prestarte algo. Le gustará ver que te has esforzado en vestirte bien. Después, ¿algún avance, quizá?

—Ella es la estilosa —respondo en tono sereno; prefiero hacer como que no he oído la última frase—. Yo soy adorablemente básico.

—Adorablemente soltero también. Y recuerda: a partir de ahora podría irse en cualquier momento; si dejas pasar la oportunidad, no tendrá ningún motivo para acordarse de ti, por no hablar de seguir en contacto.

—Entonces, ¿tú qué harías? —replico molesto por el (poco grato) recordatorio de que cada segundo cuenta.

—Bueno, yo no habría dejado que las cosas llegaran a este punto.

—Genial. Un consejo estupendo. Muchas gracias.

—¡Pero aún no es demasiado tarde! Hoy es tu oportunidad de oro. Estar en un bar supone un menor riesgo; si te rechaza, puedes escabullirte con la mínima humillación.

—Me alegro de que estemos contemplando lo peor.

—Qué bonito que creas que ese sería el peor de los casos.

—Eres un animador terrible.

—Pero un colega increíble. Hasta estoy dispuesto a prestarte ropa, tío. Es toda una hazaña para mí.

—Suerte cuando busques algo que me valga.

—Encontraremos algo. Tengo algunas cosas en la taquilla que no quedarían nada mal con esos pantalones.

—¿Guardas ropa en la taquilla?

—Guardo todo en la taquilla. Podría vivir con lo que tengo aquí si quisiera. Hasta he llegado a planteármelo.

—Son tiempos difíciles, ¿eh?

—Sí —responde rotundo—. Y por eso voy a seguir gorroneándote el tabaco.

Hago un gesto de hastío, pero le paso el paquete; ahora guardo las tarjetas en el billetero que me regaló Audrey.

—Oh, qué vergüenza. —Mac sonríe y lo guarda en el bolsillo—. Y eso que ni siquiera es mi cumpleaños.

—Sería una excusa muy patética para hacerte un regalo si lo fuera. Además, creí que eras cantante.

—De vez en cuando. ¿Por qué? ¿Temes que estropee mi instrumento?

—¿No lo eres? ¿Y esa academia de la que me hablaste? ¿Te van a admitir por fin?

—Sí —dice tras un instante—. Sigo esperando noticias, eso es todo.

—Pero puedes actuar y cantar por tu cuenta, ¿no? Por ejemplo, si quisieras ir a alguna audición…

—¿Y admitir que soy un fracasado?

—¿Un fracasado? —Me da la risa—. Tienes diecinueve años.

—A eso me refiero. A Dominic lo admitieron en Juilliard a la primera y tenemos exactamente la misma edad.

Dominic, el medio novio con el que vino a la fiesta la otra noche.

—Ya. ¿Y cómo va la cosa?

—No va —responde Mac sin demostrar ninguna emoción—. Es monógamo y yo no. Por lo menos, no en este momento, así que… Venga. Júzgame.

—¿Qué te hace pensar que voy a juzgarte? —Frunzo el ceño.

—Porque probablemente tengas una fila bastante convencional de exnovias convencionales, lo cual… ¡es perfecto! Totalmente perfecto. Pero no para mí.

—Una exnovia —puntualizo—. Y no era convencional.

Mac hace un gesto de asombro.

—Ah. ¿La que se fue?

—No, bueno… Va y viene según le dé, supongo.

—¿Os seguís viendo?

—Solo la otra noche. Está en la ciudad, así que…

—Más te vale que no sea ella el motivo por el cual le estás dando largas a Audrey.

—Ni siquiera me voy a molestar en contestar —le digo, intentando no hacer caso a una repentina punzada de inquietud.

Esta conversación empieza a parecerse mucho a la que tuve con Caroline, que está desaparecida desde su discusión con Maggie. Lleva años haciendo lo mismo: se esfuma cuando le apetece, sin avisar ni dar explicaciones. Supongo que lo primordial es que a Romy no parece importarle, lo que probablemente sea una de las cosas que hacen que su relación funcione. A Caroline la pone de los nervios cualquier cosa que se asemeje a la dependencia.

A veces me preocupa que mi problema sea justo el contrario. Que necesite demasiado que me necesiten.

—Me pondré de parte de Audrey si la cagas con ella —dice con toda tranquilidad—. Mi plan B para ganarme la vida es arrimarme a las celebridades, y ella y Marika son ahora mismo mis mejores apuestas.

—De todos modos, ¿todo eso de ser actor tiene que pasar necesariamente por una escuela? —insisto—. Es decir, ¿has pensado en tener un agente y ver qué pasa?

—Claro —responde Mac tras una pausa—. Pero creo que nunca dejaría de sentirme como que me perdí algo, ¿entiendes? Juilliard es mucho más que aprender a interpretar. Quiero estudiar mi profesión.

Y no quiero que el papel que me defina sea un anuncio de pasta de dientes.

—Para ser sinceros, la verdad es que tienes unos dientes muy bonitos.

—Ja, ja. ¿Te apetece un perrito caliente?

—Interesante cambio de tema.

—Cada vez que hablo de esto me da el bajón y prefiero tragarme mis sentimientos. —Suspira y se pasa la mano por el pelo con aire ausente al tiempo que nos levantamos para ponernos en marcha—. Hay un vendedor en esta calle y de momento no me ha fastidiado el estómago. ¿Cómo puede ser?

—Cuestión de suerte, supongo. Y de que el tipo lleva guantes.

»Pero hablábamos del bajón —añado dándole un codazo—. Estoy seguro de que las cosas te irán bien en lo relativo a tus sueños. Eres ese tipo de persona. Haces que las cosas sucedan.

—Gracias —dice Mac y me mira de reojo—. Creo que oír eso era justo lo que necesitaba.

Y sonrío sin querer estropearle el momento diciéndole que me he olvidado la cartera.



AUDREY



En retrospectiva parece un poco ingenuo, pero durante un rato de verdad creí que esta noche podría pasarlo bien.

La mayor parte del equipo fue directamente al bar en cuanto terminó la sesión de fotos, pero Marika y yo mentimos y dijimos que nos habíamos olvidado la cartera en casa para poder disfrutar de un breve descanso. Lo aprovechamos para hacer la cena, un comistrajo rápido de fideos y crema de cacahuetes que comimos en el suelo de nuestro cuarto sin habernos desmaquillado, mirándonos de vez en cuando, riéndonos histéricas y medio muertas de agotamiento. Fue divertido, como si fuéramos compañeras de universidad o algo así. Marika incluso me prestó otro de sus vestidos, corto y con estampado de flores y mangas de volantes. Cuando nos subimos al enésimo taxi del día, me sentía casi feliz. No había garantías de que nos dejaran entrar en el bar al que nos dirigíamos, y si nos rechazaban por la edad, tendríamos la excusa perfecta para irnos. Pensé que quizá podríamos hacer algo los cuatro juntos: Marika, Nicole, Ezra y yo.

—Imogene acaba de enviarme un mensaje —dijo Marika, que miraba el teléfono con el ceño fruncido—. Lo del bar es un desastre; demasiada gente.

—¿Imogene está allí?

—Creo que se ha convertido en algo más que tomar una copa. Julian ha ofrecido ir a su apartamento. Están yendo todos para allá.

Me quedé helada de repente.

—Oh —balbucí.

—No te preocupes —comentó Marika con toda naturalidad tecleando en el teléfono—. Nadie prestará atención a unos cuantos rezagados. Mándale la ubicación a Ezra. Yo la estoy compartiendo con Nicole.

Y Marika tenía razón, por supuesto. El espacioso apartamento de Julian, minimalista y decorado con gusto, está hasta arriba de gente, la mayor parte en avanzado estado de embriaguez, Ezra incluido, que llegó arrebatadoramente estiloso con un jersey ajustado de cuello alto gris oscuro y pantalones negros. Sonrió al verme y me dijo que estaba muy guapa. No recuerdo qué le respondí.

Eso fue hace más o menos una hora. Ahora mismo asisto sin participar a una conversación entre Ezra y varios miembros del equipo. No estoy muy segura de qué están hablando; llevo toda la noche entrando y saliendo de distintas conversaciones, riendo cuando es apropiado, respondiendo preguntas cuando me las hacen. Esperando el momento de irme.

Levanto la vista hacia Ezra y observo cómo se le mueven los tendones del cuello al hablar. No sé muy bien si me arrepiento de haberle pedido que venga. Marika ha estado muy ocupada estableciendo contactos y agradezco tener a alguien a mi lado. Pero no me gusta tenerlo aquí, en este escenario. No quiero que estos dos mundos se mezclen.

Advierto distraída que él también está mirándome.

—¿Perdona? —digo dándome cuenta demasiado tarde de que me ha hecho una pregunta.

—Te he preguntado si te apetecía tomar algo más.

—Ah, vale —respondo, y miro la cocina para asegurarme de que Julian no anda cerca—. Sí, de acuerdo.

Nos apartamos del grupo y sigo a Ezra abriéndose paso entre la gente. Pero frena en seco en cuanto llegamos a un rincón tranquilo y se vuelve hacia mí.

—Perdona, hum…, ¿podemos hablar un momento? —pregunta en tono un poco forzado.

—Claro —respondo como si se me hubiera caído el corazón a los pies—. ¿Qué ocurre?

—Creo que eso es más o menos lo que iba a preguntarte yo —dice Ezra con voz suave, pellizcándose el puente de la nariz como si le doliera la cabeza—. Quiero decir, apenas has abierto la boca en toda la noche, y, sinceramente, no sé si es que no quieres estar aquí o si no quieres que yo esté aquí.

—No —me apresuro a contestar—. No, sí que quiero. De verdad, Ezra, me encanta que hayas venido.

—Entonces, ¿es lo primero?

—Lo primero, sin duda —respondo firme—. Hoy ha sido un día largo, una locura; estoy deseando que acabe, la verdad. Lo siento.

—Pero ¿es eso? —insiste Ezra—. Quiero decir, ¿solo es eso?

Lo miro a los ojos alarmada por la pregunta. Y sus ojos me alarman todavía más: de pronto están como derretidos, casi líquidos mostrando empatía. Se me queda la boca seca.

—Sí —respondo con voz algo temblorosa—. Solo eso.

Entonces, su expresión se transforma y se atenúa la intensidad de su mirada. Sabe que estoy mintiendo.

—Vale —dice retrocediendo—. Bueno…

—Lo siento. —Le doy la mano en un gesto impulsivo.

Solo tardo un segundo en darme cuenta de lo extraño y absurdo del gesto, pero, cuando me muevo para retirarla, me lo impide y entrelaza sus dedos con los míos. Su mano en la mía. La mía en la suya, y detiene la mirada en mis labios. De pronto, el ruido de la fiesta se desvanece y se me nubla la mente al verlo inclinar el cuello y entreabrir los labios…

—¡Audrey!

Le suelto la mano, me vuelvo inmediatamente y veo a Imogene. Lleva un vestido cruzado negro y pendientes de carey, está guapa, sonriente y para nada lo que querría estar viendo en este momento.

—Imogene. —Sonrío sonrojada—. Hola.

—Hola. ¿Qué tal todo?

—Bien. Ah…, este es Ezra. Ezra, Imogene. Es mi agente.

—¡Encantada de conocerte! ¿Formas parte del equipo?

—Ezra es fotógrafo —respondo inmediatamente—. Entre otras cosas.

—¡Ah, genial! Siento muchísimo interrumpiros, pero ¿puedo robarte a Audrey un momento? ¡Te prometo que te la devolveré enseguida!

—Sin problema —contesta Ezra con voz más ronca de lo normal—. Estaré por aquí.

Aún aturdida, dejo que me lleve con ella. Vuelvo la cabeza; Ezra parece tan confundido como yo, pero desaparece de mi vista y de

pronto me veo ante una mujer que no conozco. Y ante Julian. Julian está a su lado.

—Audrey, quiero que conozcas a Sasha —dice Imogene sonriendo.

—Hola —saluda la mujer, Sasha, tendiéndome la mano. Lleva los dedos cargados de gruesos anillos y el pelo corto y rosa, con un corte recto y sujeto detrás de las orejas—. Bonito vestido.

—Oh…, gracias —respondo con voz ronca—. Me alegro de conocerte.

—Sasha trabaja en selección de personal —dice Imogene—. Julian le ha estado enseñando algunas de las fotos de hoy.

—Así es —asiente Sasha—. Y creo que serías perfecta para el artículo que está preparando una amiga.

—¡Oh! Mmm…, vaya. Lástima no tener aquí mi tarjeta de presentación.

—Tengo toda la información de Imogene —sonríe Sasha—. No te preocupes por eso.

—Audrey —dice de pronto Julian—. No estás bebiendo nada. ¿Estoy descuidando mis deberes como anfitrión?

—Estoy bien —respondo en voz baja mientras en mi interior empieza a formarse una espiral de ansiedad. No me gusta oírle pronunciar mi nombre.

—Tomaré otra agua con gas, ya que te ofreces —dice Imogene—. ¿Sasha?

—Cerveza, si tienes. Gracias.

—Por supuesto —dice Julian volviéndose hacia mí—: ¿Me echas una mano?

Me quedo petrificada y busco una excusa desesperadamente; en realidad, un motivo por el que tenga que marcharme; necesito salir

de aquí de inmediato.

Pero no se me ocurre nada.

Imogene y Sasha ya se han puesto a hablar de otra cosa, ajenas a todo lo demás. Así que… voy. Atravieso el salón tras él en dirección a la cocina, mirando frenética a mi alrededor con la esperanza de cruzar la mirada con algún desconocido. Al menos, la cocina es un espacio abierto y no estaremos solos. No podrá hacerme nada.

—Sasha es estupenda, ¿verdad? —dice Julian, que coloca dos vasos de fondo pesado en la encimera—. Tiene mucho que decir en esta industria.

—Parece genial —respondo mientras calibro furtivamente la distancia que nos separa; me he quedado lo más alejada posible sin llamar la atención, aunque, si se ha dado cuenta, no parece que le importe.

—Lo es —asiente alcanzando un decantador de forma alargada—. Y tiene un ojo de lince para los nuevos talentos. Algo que tenemos en común.

Echa dos medidas de lo que supongo que es *whisky* y empuja un vaso en mi dirección. No lo quiero, pero lo acepto de todos modos y bebo un sorbo para librarme de la obligación de responder. Sabe fatal y lo trago rápidamente; me ve hacer una mueca y se ríe.

—No eres bebedora de *bourbon*, por lo que veo.

—No soy bebedora de nada —respondo con intención.

No me puedo creer que no sepa la edad que tengo, pero tampoco viene mal recordárselo. Se limita a asentir de nuevo, alcanza su vaso y mueve la mano en círculos para remover el contenido.

—Te queda genial el pelo —dice sonriendo—. Ese rubio.

—Ya, bueno…, todo un cambio —respondo algo desconcertada.

Ahora tiene el cuerpo girado hacia mí y centro la mirada en su ceja izquierda para no tener que mirarlo directamente a los ojos.

—Sí. Fue idea mía, ¿sabes?

—¿El qué?

—El rubio —dice dejando su vaso en la encimera—. Antes eras una chica demasiado corriente, así que se lo propuse a Imogene.

Siento que me arde la cara como si me hubieran dado un bofetón. Julian sigue sonriendo —en realidad, enseñando los dientes—, y deseo con todas mis fuerzas que pare.

—Ah, vale —balbuceo—. No lo sabía.

—De nada. Y, por cierto, coincido con Sasha. Estás muy guapa con ese vestido.

Y sin darme tiempo a indicarle que no le he dado las gracias, o que no es eso lo que dijo Sasha, tiende la mano para tocarlo. Me pongo rígida y me siento totalmente atrapada, como me sentí en su estudio, cuando se acerca y toca el bajo del vestido. Después, desliza la mano en su interior y abre los dedos sobre mi muslo; me tenso aún más con sensación de repugnancia.

—Hay gente —me oigo susurrar.

—Lo sé —murmura a su vez en el mismo tono de voz, bajo y conspiratorio—. Nos podría ver cualquiera.

Siento como si saltara un resorte; retrocedo de pronto, pero él se mueve conmigo y me agarra. Soy vagamente consciente de que me está haciendo daño, pero no lo siento, no verdadero dolor. Solo la presión, la insistencia con la que aprieta. Sus dedos hundidos en la carne.

—Por favor, suéltame —le digo con voz entrecortada, esperando que se le borre la sonrisa. Pero, más bien al contrario, se suaviza.

Como si le acabara de decir algo muy tierno.

—Solo porque me lo has pedido de buenas maneras —responde aflojando la presión de la mano.

Mi campo de visión se llena de motitas blancas y caigo en la cuenta de que no he respirado desde que me tocó.

—Termínate la copa —dice—. Tus amigos te estarán echando de menos, probablemente.

Me tiemblan las manos cuando me llevo el vaso a los labios. Esta vez apenas noto sabor alguno y me observa mientras trago.

—Buena chica —dice, y se acerca al frigorífico.

Gimo y recupero poco a poco la visión, pero, cuando miro alrededor, veo que nadie me devuelve la mirada. Nadie está mirando. Nadie ha visto nada. Julian saca dos latas del frigorífico, lo cierra de un portazo y me dirige una última sonrisa.

—Disfruta de la noche, ¿vale? —dice en tono cordial.

Y se va, pero la impresión permanece, la sensación de que la palma de su mano me ha quemado la piel. Me doy cuenta de que sigo sujetando el vaso y lo dejo en la encimera con manos temblorosas, preguntándome demasiado tarde qué habría ocurrido si me hubiera puesto a gritar.

Si alguna vez seré capaz de parar.

EZRA



—Esto es lo mismo que se debe de sentir cuando se está casado con un político.

—Repugnante.

—Habla por ti. Estoy seguro de que yo me desenvolvería perfectamente como marido florero.

—Creo que yo preferiría ser la exnovia polémica —dice Nicole pensativa—. Vender historias a la prensa sensacionalista. Hacer todo el circuito de telerrealidad. Lanzar una línea de vodkas con sabores, quizá.

—¿No te tienta salir ahí a hacer tus propios contactos? Quiero decir, eres *free lance,* ¿no?

—Sí —responde Nicole tras una pausa para beber cerveza—. Y lo haría sin pensar. Pero esto de hacer contactos es lo peor y hace que me den ganas de despellejarme a mí misma.

—Ah, eso.

—Eso, sí. ¿Te has fijado alguna vez en que es casi exactamente lo mismo que una mala primera cita?

—Probablemente no sea el más indicado para responder.

—Pues te lo digo yo. Preguntas sin interés, risas forzadas… Dios bendiga Internet.

—¿Por facilitar la cultura de ligar?

—Por las redes sociales —sonríe—. Así es como consigo la mayoría de mis contratos. Y, a ver, las aplicaciones tampoco están mal, pero yo prefiero los encuentros fortuitos románticos de toda la vida.

—Tú y yo —replico en tono sereno; su sonrisa se ensancha.

—Lo sé. Me contó Marika que Audrey y tú os conocisteis en un callejón.

—Bueno, así suena mucho más sórdido de lo que fue en realidad —empiezo a decir, y Nicole se ríe a carcajadas.

Resisto la tentación de preguntarle qué más le contó Marika de mí. La verdad es que no estoy muy convencido de caerle demasiado bien, aunque, dada su cercanía emocional —y física— a Audrey, preferiría que no me llegara a odiar del todo.

Por lo menos, Nicole parece estar a gusto conmigo. La encontré leyendo las noticias —sobre todo, malas— compulsivamente en un rincón poco después de que se llevaran a Audrey; Marika nos presentó antes, con poco entusiasmo, y desde entonces nos ha unido el deseo compartido de salir de aquí tan pronto como sea humanamente posible.

De todos modos, me ha costado verdadero esfuerzo y una buena dosis de concentración quedarme a charlar con ella en vez de peinar la fiesta en busca de Audrey. No puedo dejar de pensar en lo que ocurrió antes, en ese momento fugaz y luminoso en que besarla me pareció que sería lo más razonable. No, lo más razonable no: lo más correcto; de ahí mis ansias desesperadas por terminar lo que habíamos empezado…, o quizá no. ¿Y si voy a buscarla? ¿Qué pasaría? ¿Merodeo tras ella como un acosador? ¿O me la echo sobre los hombros y la saco de aquí?

—Creo que voy a salir a fumar —me oigo decir en ese momento, algo sorprendido por lo atractivo que me parece de repente ese segundo escenario—. ¿Quieres venir?

—No, gracias —responde Nicole jovial—. Tengo que pensar en mi cutis perfecto.

—Entiendo. Mmm… Si ves a Audrey…

—Te la envío —dice sonriendo—. Ve con Dios.

Respondo con una sonrisa antes de escabullirme, abrirme paso entre la gente y salir al exterior. En cuanto estoy en el descansillo, me dirijo derecho a las escaleras; este edificio es lo bastante lujoso para tener ascensor, pero prefiero gastar un poco de energía después de estar recluido ahí dentro. Sin embargo, freno en seco cuando veo una figura sentada y encogida en el escalón superior con una cortina de pelo muy claro tapándole la cara.

—De entre todas las escaleras de todos los edificios de apartamentos… —empiezo, pero interrumpo mi chiste tonto cuando Audrey me mira con la cara húmeda por las lágrimas.

—Ezra. —Se sorbe la nariz y se seca la cara—. Hola.

Tardo un segundo en recorrer la distancia que nos separa y me agacho para sentarme a su lado.

—Estoy bien —dice apresuradamente, aunque no lo está.

Tiene los ojos vidriosos, el maquillaje corrido y la piel de gallina. Me aparto para quitarme el jersey (el jersey de Mac, para ser exactos), pero levanta una mano para impedírmelo.

—Estoy bien. Es que… quiero irme a casa —dice con voz un poco chillona.

—De acuerdo —asiento—. Voy a llamar un taxi. Te acompaño al apartamento.

Pero nuevas lágrimas afloran a sus ojos y sacude la cabeza con un gesto de tristeza.

—No —dice, y se le quiebra la voz—. Quiero irme a casa. Quiero… Quiero irme con mi madre. —Y de pronto estalla en sollozos y oculta la cara entre las manos como si fuese algo vergonzoso.

Le pongo un brazo sobre los hombros y vuelve a hacerse un ovillo, con la respiración entrecortada y jadeante; el gesto puede parecer inútil, pero se apoya contra mí. Al instante la abrazo y siento cada una de sus sacudidas, de las convulsiones de su pecho luchando por calmarse lo suficiente para poder respirar.

—Todo está bien —le digo sin saber si lo está—. Vas a estar bien.

* * *

No quiere volver al apartamento. No quiere estar sola, supongo, y es un alivio no tener que dejar que se vaya. Accede cuando le propongo ir a mi casa y permanece en silencio durante todo el trayecto en el taxi con la cabeza inclinada sobre el teléfono enviando un mensaje a Marika.

—¿Puedo ir al baño? —pregunta al llegar. Ahora que se ha tranquilizado, su voz tiene una inexpresividad que me pone nervioso.

—Claro —respondo.

Mientras está en el baño, hago café, lleno un vaso de agua, busco una sudadera en mi cuarto; no quiero que se lleve la impresión de que siempre me tiene que estar pidiendo cosas, así que intento anticiparme a lo que pueda necesitar.

Estoy sentado ante la pequeña y coqueta mesa de la cocina haciendo el crucigrama del *New Yorker* cuando por fin aparece.

—Hola —saludo, y dejo el bolígrafo.

—Hola —responde deteniéndose un momento antes de acercarse y sentarse frente a mí.

Empujo la taza de café y el agua hacia ella y le doy la sudadera. La coge y la aprieta contra su pecho. Se ha lavado la cara, pero bajo sus ojos observo unas sombras violetas que delatan falta de sueño.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto con delicadeza.

—Cansada —contesta—. Ha sido un día largo; una semana larga. Echo de menos mi casa. He dejado que todo me supere.

Pero sigue con la misma inexpresividad, cada una de sus palabras suena falsa. Quiero arrodillarme, sujetarle las manos y pedirle que me diga la verdad de una maldita vez.

En cambio, le digo:

—Voy a bajar a comprar comida. La tienda de la esquina está siempre abierta, ¿hay algo que te apetezca? ¿O que no te apetezca?

—No tengo hambre.

—Vale —asiento—. Pero seguramente compraré para dos. Me gusta comer sobras, así que…

—No tienes por qué cuidarme —dice con un hilo de voz—. Quiero decir… Te lo agradezco mucho y todo eso, pero no hace falta que te compliques la vida.

—No me la estoy complicando —respondo—. Yo también como, ¿sabes? Es una costumbre que tengo.

No sonríe. Se me queda mirando con esos ojos grandes y oscuros.

—No te preocupes —insisto—. No me siento como si te estuviera haciendo un favor. Esto es normal en mí.

—En mí, no —dice en voz baja—. Yo no soy así. Yo… no lloro casi nunca.

—No hay ningún motivo para que te crea —contesto, y eso sí le arranca una sonrisa, aunque fugaz. Como un rayo de sol que se cuela entre las nubes.

—Me parece razonable —dice con voz suave—. Muy bien.

Nos quedamos en silencio unos instantes y bebe un pequeño sorbo de café. Después pregunta:

—¿Puedo ir contigo a comprar la comida?

—Pues claro —digo recuperando un poco el ánimo—. ¿Quieres que te preste una cazadora?

—No, esto está bien. —Y mete la cabeza en la sudadera.

Cuando la saca tiene el pelo todo revuelto, sin pensar alargo la mano para alisárselo. También le ofrezco el brazo cuando se tambalea y casi se cae al calzarse los tacones de nuevo. Quizá por eso no me parece nada fuera de lo normal que a continuación me dé la mano y apriete la mía con suavidad. Le aprieto la suya como respuesta.

Esta vez ninguno de los dos se suelta.

AUDREY



—Me sentiría mejor si nos contaras algo más de lo que está pasando.

—Lo sé. Ojalá hubiera algo más que contar.

—¿Has hablado con Leanne? ¿No quiere que vuelvas a Londres?

—La agencia de Londres se lleva un porcentaje de lo que yo gane aquí. Les da lo mismo.

Mamá suspira, el teléfono distorsiona el sonido. Sin duda está paseando de un lado a otro, como hace siempre que está nerviosa, solo que normalmente se debe a un envío o a un suministro. No a su hija, en los últimos tiempos tan evasiva, que en este momento está haciendo algo parecido y camina en círculos en un apartamento extraño. Aunque en realidad no lo siento como extraño; quizá porque es el de Ezra, y nunca he sentido a Ezra como extraño.

—No me gusta cuando hablas así —dice mamá en voz baja—. Ni siquiera conocemos a Isabelle.

—Imogene. Es encantadora. Y una agente buenísima, así que…

—Es que no soporto la idea de que estés sola en una gran ciudad sin nadie que se ocupe de ti.

—Imogene se ocupa de mí. Y mis amigas. Porque aquí tengo amigas.

Se me escapa la última frase sin pensar y suena tan petulante que hasta resulta cómica. Sin embargo, mi arrepentimiento inmediato se mezcla con una sensación de superioridad moral; quizá no se dé cuenta de que yo también estoy dolida. Me siento fatal después de cada llamada a mis padres; no soporto las preguntas, las sutiles insinuaciones que intentan provocarme. Quizá crea que así volveré antes a casa, pero lo único que consigue es demostrar lo poco que entiende cómo es mi vida ahora.

Hace una pausa que me parece larguísima. Después:

—Papá y yo necesitamos saber qué te pasa —dice por fin—. Apenas nos llamas.

—He estado muy liada.

—¡Eso también me preocupa! ¡Aún eres una adolescente, Audrey!

—Y ya tengo una profesión. Eso es más de lo que puede decir la mayoría de la gente de mi edad.

—Pero ¿lo es? Porque a mí me da la impresión de que te están explotando…

—Siento no llamaros más —interrumpo con la repentina necesidad de terminar esta conversación cuanto antes—. Lo solucionaré. Pero ahora tengo que irme.

—¿Ya? Papá…

—Tengo una reunión —miento—. Te escribo luego. Saluda a papá de mi parte.

Y cuelgo, lanzando el teléfono al sofá de Ezra. Me desperté aquí esta mañana con el sol dándome en los ojos y tapada con una manta. Al principio no sabía dónde estaba y no me acordaba de lo de anoche. Pero después me asaltó la realidad, fría y cruel, y de repente me sentí tan infeliz y asustada y tonta del culo que solo fui

capaz de pensar en mamá y en cómo lo arreglaría todo si estuviera aquí.

Pero no está, y la distancia que nos separa no se limita a unos cuantos kilómetros. Ella quiere claridad, respuestas, la tranquilidad de saber que vuelvo a casa; yo solo necesitaba que me recordara que mi vida está en otra parte. Restar importancia a lo ocurrido anoche.

Suspiro y miro a mi alrededor, necesito hacer algo útil antes de que empiece a dudar de mí y a llorar de nuevo. Hace unos minutos oí el ruido de la ducha, lo cual quiere decir que Ezra está despierto. El café sí puedo hacerlo, así que lleno la cafetera y enciendo el gas. Después me pongo a ordenar; estoy recogiendo las cajas de cartón de la cena de anoche cuando sale del cuarto de baño con una camiseta de rayas, pantalones de chándal y una toalla al cuello. Yo sigo con su sudadera por encima del vestido de Marika.

—Buenos días —saludo radiante y me vuelvo hacia el fregadero.

No quería marcharme sin despedirme como la otra vez, pero eso no significa que me sienta menos avergonzada de encontrarme aquí en este estado. Otra vez.

—Buenos días —dice en voz baja—. ¿Has dormido bien?

—Como un tronco emocionalmente inestable —intento bromear a duras penas.

No se ríe.

—Te habría dejado la cama, pero es que te quedaste dormida.

—No te preocupes. Has hecho más de lo que era necesario. Yo… Te lo agradezco muchísimo. Ya sé que no hago más que repetirlo, pero…

Ahora está junto a mí y retira con cuidado la cafetera humeante del fuego. Me obligo a mirarlo.

—Gracias —le digo.

Me mira a los ojos, pero solo un segundo.

—Gracias a ti —responde—. Eres una invitada muy apañada.

Sonrío y observo su perfil. La curva de la nariz, el volumen de su labio inferior; luego, repentinamente avergonzada, aparto la vista.

—Ahora vuelvo —murmuro, dándole la espada en dirección al cuarto de baño.

—¿Tienes hambre? —pregunta cuando ya he salido.

No le contesto, cierro la puerta y apoyo la cabeza sobre ella.

Aún sigue ahí; esa sensación de carencia pobre y absurda. Ezra es tan bueno, divertido y guapo que, cuando estoy con él, es muy fácil permitir que todo lo malo desaparezca y pase a un segundo plano. Aunque permitirme sentir eso —sentirme de cualquier otra forma que no sea fatal— me hace plantearme que quizá lo malo no sea tan malo. Que no puede serlo.

Anoche salí de la fiesta aturdida. Cuando Julian desapareció, todo me pareció difuso, excepto la voz interior que me decía que tenía que salir de allí, irme, marcharme de una maldita vez, y eso fue justo lo que hice. O, al menos, lo que intenté; no sé dónde habría terminado si no hubiera dado aquel tropezón que estuvo a punto de hacerme caer escaleras abajo. Así que me senté, sentí el frío y la aspereza desagradable de los escalones bajo los muslos. Este vestido es demasiado corto, pensé. Después, me puse a imaginar que le estaba contando a alguien lo que había ocurrido y su reacción era una ristra de preguntas insinuantes e incómodas. «¿Por qué fuiste a una fiesta en su apartamento si la sesión de fotos fue tan

horrible? ¿Por qué nadie vio lo que hizo si de verdad estabais en medio de la cocina? ¿Estás segura de que no estaba coqueteando? ¿Cuánto habías bebido? ¿Y cómo de corto era tu vestido, exactamente?».

Lo sé; sé que no puedo pensar así.

Pero es que en realidad no estoy segura de poder pensar sobre ello, no si no quiero venirme abajo del todo. Pero ahora se ha vuelto tan difícil que hasta mi maldita imagen reflejada me hace pensar en él. Llevo el pelo rubio porque él lo quiso rubio, y en aquel momento ni siquiera nos habían presentado. Pero es que creo que el color casi era lo de menos. Quizá si fuera rubia, lo habría querido rojo; lo único que le importó desde el principio fue tener el poder de cambiármelo.

Ahora no soy capaz de encontrar explicación para su comportamiento. Ni siquiera sé si voy a poder esquivarlo. No dudo que encontrará la manera de acercarse a mí si es eso lo que quiere.

—Cállate —me digo sin darme cuenta de que lo he dicho en voz alta hasta que oigo la palabra.

Me tapo la boca con las manos, y rezo para que Ezra no me haya oído.

Por esto precisamente no puedo dejar que mis pensamientos se me escapen.

Por eso tengo que mantenerme ocupada.

Cuando vuelvo a la cocina, Ezra está frente a los fogones. Me acerco sin hacer ruido con la cara lavada y los dientes recién cepillados. El cepillo de dientes que usé la última vez seguía en el cuarto de baño,

metido en un vaso junto al suyo; intenté —sin conseguirlo— no pensar demasiado en ese detalle.

—Oh. Huevos al nido.

Sonrío y observo la sartén chisporroteante.

Dentro hay dos rebanadas de pan a las que ha cortado un círculo en el medio y un huevo en cada hueco. Los círculos también están tostándose en la sartén.

—¿Los has comido antes?

—Sí. Mi padre solía hacerlos los fines de semana.

—El mío también —dice instantes después—. Qué curioso.

—¿Vive cerca? —pregunto inexplicablemente conmovida por la coincidencia.

—En Tribeca.

—¿Os veis mucho estos días?

—Demasiadas preguntas para un domingo por la mañana.

—¿Dos preguntas son «demasiadas»?

—No —responde tras una pausa; está moviendo con la espátula los círculos de pan sin mucho entusiasmo—. Me estoy desviando del tema, por lo visto. Perdona.

—No, perdona tú —le digo rápidamente al darme cuenta de mi error—. Nunca me presionas para hablar de nada. Lo mínimo que puedo hacer es devolverte el favor.

—No estoy nada seguro de que eso sea cierto —contesta en tono suave—. Te he presionado bastante.

—Pero con mucha delicadeza —reconozco, observando la facilidad con la que agarra la sartén y embelesada con una vena que recorre su mano. La misma mano que me dio anoche cuando fuimos a comprar la cena y de vuelta a casa. Ahora me parece surrealista.

—¿Qué vas a hacer hoy? —pregunta Ezra en ese momento sin levantar la vista de la rebanada a la que está dando la vuelta—. Quiero decir…, ¿te apetece quedarte aquí?

Sí, pienso para mí. Para siempre, si es posible.

—Creo que debería volver al apartamento —respondo por el contrario, temerosa de abusar de su hospitalidad—. Ponerme en contacto con Marika. Hacer un par de recados; cosas aburridas.

—De acuerdo. —Hace un gesto de conformidad—. Entonces…, ¿aún no tienes planes para irte?

—Ah, ¿te refieres a Nueva York? Mmm…, pues no. No, que yo sepa.

—Vale. Es que… dijiste que te quedarías para las fotos de la campaña, pero obviamente ya has terminado, así que… —Deja la frase sin terminar y se encoge de hombros.

—No lo sé —respondo—. Yo hago lo que me dicen.

—Entonces, espero que te digan que te quedes —dice Ezra con suavidad, sin levantar la vista de la sartén—. Aunque suene egoísta.

Se me alegra el corazón, pero la felicidad que siento al oír a Ezra pronunciar esas palabras se mezcla con una terrible sensación de repugnancia ante mi propia realidad. Se suponía que mi estancia en Nueva York iba a ser una oportunidad para afianzar mi independencia, aunque lo único que he hecho desde que llegué es dejar que otras personas decidieran por mí, como si fuera una muñeca a la que tiraras de un cordón y dijera siempre «sí, sí, sí». Incluso a cosas que no quería.

Julian debió de percibir eso en mi interior: un afán desesperado de ser apreciada, halagada, aceptada. De ser buena sin importar la impresión que pudiera dar.

—Yo también —me oigo decir; Ezra me mira con el rabillo del ojo y sonríe.

Le devuelvo la sonrisa con la esperanza de que no se dé cuenta de que soy incapaz de mirarlo a los ojos.



EZRA



—Siento que hayamos tardado tanto en hacer esto —reconoce Maggie pensativa mientras revuelve un *matcha latte*—. Llevamos unos días de locos en el trabajo.

Levanto la vista y la miro. Estamos en un pequeño café cerca de su oficina, una reliquia bohemia con paredes de ladrillo visto y plantas colgadas del techo. La mitad de los clientes están tecleando con frenesí ante sus pequeños y elegantes ordenadores portátiles y el golpeteo constante de sus dedos sobre las teclas resulta ser un sonido curiosamente relajante. Sin embargo, me han cobrado cinco dólares por un café solo, así que, está claro, no volveré más a este sitio.

—¿Sí? —pregunto con tacto—. ¿Para bien?

—Supongo. Muchos clientes nuevos, pero eso quiere decir que prácticamente he vivido en la oficina. —Suspira y se coloca un mechón de pelo brillante detrás de la oreja. Intenta parecer agobiada, pero la conozco demasiado bien.

Para Maggie, no hay felicidad que se compare a la de vivir una crisis y ahora mismo irradia satisfacción; se le nota en la postura de los hombros, en el brillo de los ojos.

—Bueno, me alegro de que os vaya bien —digo; esboza una rápida sonrisa.

—Gracias. Pero no te pedí que vinieras para hablar de mí.

—¿No? —pregunto como si no fuera increíblemente obvio que su propuesta de «tomar un café y ponernos al día» encerrara alguna intención oculta. No lo hemos hecho desde…, bueno, no lo hemos hecho nunca.

—No —responde; deja la cucharilla encima del platito con delicadeza—. Quería hablar sobre lo de tu cumpleaños.

—Ah. Bueno. A mí no me apetece especialmente, así que…

—Al menos permíteme que me disculpe.

—Mags, no tienes por qué…

—Sí —insiste—. Caroline estaba intentando provocarme deliberadamente y consiguió justo lo que quería cuando yo entré al trapo. Te estropeamos el día y lo siento, lo siento mucho.

—De acuerdo —digo sorprendido por ese punto de vista centrado en Caroline—. Aunque no creo que Caro deliberadamente…

—No tienes por qué defenderla, Ezra —interrumpe Maggie—. Era tu cumpleaños. La celebración era por ti. Caroline se equivocó al intentar que fuera por otra persona.

—Pero es que siempre es un día extraño. Y lo cierto es que ninguno de nosotros puede hacer nada al respecto.

—No tiene nada de extraño —dice Maggie con voz firme—. Y si Caroline insinúa lo contrario, dice muy poco a su favor. Nunca va a aceptar que hayamos decidido procesar el duelo de distinta manera y esa es una actitud muy egoísta; por eso se muestra tan combativa. Porque es una egoísta.

—Vale —digo visiblemente desconcertado—. O sea…, asumo que no habéis vuelto a hablar desde ese día.

—Dado que empezó ella, creo que también le corresponde a ella dar el primer paso —replica Maggie fríamente; después, bebe un sorbo de su *matcha latte.*

Me quedo en silencio desconcertado por todo lo que está durando aquel desencuentro. A pesar de sentir alguna que otra punzada de envidia de vez en cuando por el vínculo entre Maggie y Caroline, no me gusta la idea de que estén enfadadas entre ellas.

—En fin —dice Maggie bruscamente—. ¿Qué planes tienes para el resto del día?

—Oh… Este es el único, creo.

—Ah —se sorprende Maggie—. No creí… Tengo una reunión con un cliente dentro de media hora. Lo siento.

—No te preocupes —respondo, de pronto avergonzado—. Yo creí… Es culpa mía.

—¡Pero tengo un evento esta noche! ¡Podrías venir tú también! Ven, por favor.

—No, no tienes por qué…

—¡Por favor, lo vas a pasar bien! Un amigo mío inaugura una galería de arte en el SoHo…, ¡quizá puedas hacer algún contacto! Papá comentó que ibas a retomar la fotografía.

—De verdad que no me gusta nada que todo el mundo en esta familia hable de mí a mis espaldas —le espeto repentinamente molesto—. Si quieres saber cómo me va la vida, pregúntamelo a mí, no a papá.

—Vaya, eso sí que es una novedad —replica Maggie; el color rojo de sus mejillas se contrapone a la frialdad de su voz—. Caroline es la única a la que normalmente cuentas tus cosas.

—Ya, bueno. Pasamos más tiempo juntos. Papá y tú siempre estáis demasiado ocupados trabajando, por ejemplo.

—¿Y mi fiesta de compromiso? Ahí nadie estaba trabajando.

—Venga. —Me echo a reír—. Para empezar, estaba claro que no tenías ganas de que fuera.

—¡Ezra, no puedes reprocharme que me sorprendiera cuando llegaste sin haber confirmado tu asistencia!

—Bueno, siento mucho que mis habilidades sociales no estén a tu altura —contraataco—. Supongo que los internados ya no son lo que eran.

—¡Eso no es justo! —exclama con voz tensa.

Me doy cuenta de que está disgustada de verdad y de inmediato mi enfado cede para dejar paso al arrepentimiento.

—No —digo inmediatamente—, no lo es. Yo no… Lo siento.

—No te preocupes.

—No, soy un gilipollas. Y lo de esa galería tiene buena pinta. ¿Va Tomas?

—Sí —responde tras una pausa—. Tú también puedes traer a alguien si quieres.

—Claro —digo—. Quizá lo haga.

No he visto a Audrey desde ayer cuando se fue de mi apartamento; esta vez se quedó a desayunar. Yo hice unos huevos. Ella hizo el café. Comimos, bebimos, sonreímos y fingimos que no había algo importante sobre lo que hablar planeando sobre nuestras cabezas.

Quizá lo que la está inquietando se resuelva por sí solo. Quizá no sea nada, como insiste todo el tiempo; quizá lo único que ocurra es que estoy proyectando en ella mis propios problemas y creando esa

fantasía absurda en la que necesita que la salven y yo me convierto en su caballero de brillante armadura. Que yo sea patético es algo infinitamente mejor que el que haya algo de verdad grave que le esté haciendo daño. También mucho más probable.

En cualquier caso, he pensado que la mejor forma de proceder es, sencillamente, estar cerca. Disponible si me necesita. Y juega a mi favor, ya que ahora mismo es la persona con quien más me gusta estar.

—De acuerdo —asiente Maggie, aparentemente algo desconcertada—. Te conseguiré una invitación con acompañante.

—Gracias —le digo con una sonrisa.

Ella sonríe a su vez y bebe otro sorbo. Su anillo de compromiso brilla a la luz; la piedra es tan grande que probablemente tenga su propia fuerza de gravedad. En general Maggie se caracteriza por su discreción, así que no entendía que se pasease por ahí luciendo en el dedo el equivalente gemológico a una sirena de niebla hasta que me enteré de que se trataba de una reliquia familiar que le cedió la madre de Tomas. Cada vez que la sorprendo mirándolo tiene esa sonrisa dulce y soñadora que solo reserva para él. Eso es amor, supongo, una fuerza tan poderosa que es capaz de debilitar incluso los inquebrantables principios estéticos de mi hermana.

—¿Qué tal los preparativos de boda? —pregunto impulsivamente.

Maggie ladea la cabeza sorprendida, probablemente por mi aparente disposición a hablar de esquemas de colores y cuartetos de cuerda.

—Muy bien —responde tras una pausa—. ¿Qué te parecería ser testigo?

—¡Vaya! ¿Es una propuesta oficial?

—Bueno…, «propuesta» significa que tienes opciones.

—Entonces me siento muy honrado —le digo con naturalidad.

Maggie se echa a reír. Yo sonrío, de pronto extrañado por ese sonido tan poco frecuente. Nunca lo ha sido, ni cuando éramos pequeños. Quizá por eso me sienta tan bien haber sido quien lo causó.



AUDREY



—Cuando dijiste que era la inauguración de una galería, me imaginé paredes blancas y desnudas y vino servido en vasos de plástico.

—Exactamente. Con artistas paseándose y mirándote con ojos grandes y tristes.

—Tal cual —digo riéndome—. Pero esto… —No encuentro palabras y dejo la frase en el aire.

Ezra y yo estamos en medio de un laberinto de cristal resplandeciente y hormigón pulido repleto de gente con aspecto muy chic que prefieren dedicarse atención entre sí en lugar de a las obras de arte. Conseguimos encontrar un rincón relativamente retirado para beber el champán que nos dieron cuando llegamos, pero hay mucho ruido y eco, lo que hace que tengamos que acercarnos más de lo normal. Ezra tiene un brazo apoyado en la pared a mi espalda y la idea de que cualquiera que nos mire pueda pensar que está viendo a una pareja no se me va de la cabeza.

—Está claro que Maggie lo infravaloró. —Hace una mueca, ajeno a mis anhelos—. Y está claro que no voy vestido de forma apropiada.

—Vas genial —digo sin pensarlo.

Hoy se ha puesto una camisa y una americana de pana y parece un profesor universitario disfrutando de su tiempo libre. Me gusta un poco más de lo que debería.

—Tú sí que vas genial —afirma rotundo—. Yo parezco de esos que se cuelan para gorronear comida.

—Destrezas de los maquilladores profesionales —respondo con timidez.

He venido directamente después de una sesión fotográfica; llevo el pelo cardado y ahuecado con una masa de rizos con mucho cuerpo y me pesan los párpados por culpa de las pestañas postizas. Espero que el efecto general consiga que mi soso vestido negro parezca chic y discretamente elegante en vez de mustio y poco acertado.

Ha sido un día surrealista de principio a fin. Imogene me llamó a primera hora de la mañana para decirme que dejara lo que estuviera haciendo y fuera a las oficinas del centro de Manhattan de una de las revistas de moda más importantes del mundo; acababan de formalizar un contrato para un artículo ese mismo día. Me puse como loca, por supuesto, y le di las gracias mil veces antes de salir corriendo y meterme en un taxi a toda velocidad.

Solo cuando estaba a punto de llegar me di cuenta de que el artículo en cuestión sería el mismo para el cual Sasha, la amiga de Julian, me consideraba «perfecta»… No supe cómo sentirme. Pero, milagrosamente, la sesión fue tan increíble que casi conseguí relegar a Julian al último rincón de mi mente.

Nunca había experimentado nada semejante. El artículo era sobre joyas de los años sesenta; de ahí el pelo cardado y el maquillaje exagerado. Era la primera vez que posaba con joyas, pero fueron todos tan efusivos con los elogios que a los pocos minutos me sentí absolutamente cómoda. Era la única modelo, lo cual me dejó bastante impresionada, y fueron todos muy amables; hasta se

aseguraron de que me llevaran el almuerzo, e incluso tuve tiempo para comer y todo.

Todavía me dura un poco el entusiasmo; hacía semanas que no me sentía tan animada.

—Iba a preguntarte si habías tenido que trabajar hoy —dice Ezra haciendo un gesto con la cabeza—. ¿Qué tal te ha ido?

—Bien —respondo radiante—. Muy muy bien.

—¿Y eso aumenta las posibilidades de que te quedes? ¿Los contratos para todos esos nuevos trabajos?

—Bueno, solo es uno.

—Visualizo alguno más.

—¡Ah, por fin te has decidido por la visualización positiva! —exclamo entre risas—. ¿Qué tal se te da?

—Ya te contaré —contesta en voz más baja con una sonrisa.

Me sonrojo y bebo un sorbo de champán.

—Hay otra Semana de la Moda en Nueva York en febrero —digo atropelladamente—. Así que… por lo menos volveré para eso.

—Cierto —dice Ezra tras una pausa—. Dos veces al año, ¿no?

Asiento con la cabeza e intento imaginar los cuatro meses que nos separarán. ¿Mantendrá el contacto? Sé lo fácil que es dejar que las amistades a larga distancia se marchiten y mueran, y supongo que Ezra también; nunca habla de ningún amigo del internado. Quizá ambos sabemos que, incluso teniendo la mejor de las intenciones, la vida termina interponiéndose. Esa duda empieza a tomar forma en mi mente y, después de que empiezas a preguntarte cuánto tiempo es demasiado tiempo sin hablar, es casi imposible no convencerte de que en realidad les importa poco tener noticias tuyas.

La idea de seguir en contacto comienza a resultar desesperada, acuciante.

Desesperadamente acuciante.

—¡Ezra!

Me vuelvo sobresaltada y veo a una chica esbelta y morena con un vestido verde bosque. Me doy cuenta de que debe de ser la hermana de Ezra y se dirige hacia nosotros; ay. Deseo con todas mis fuerzas causar buena impresión, pero no sé cómo me he olvidado de todo lo que Ezra me contó de ella excepto su nombre y el detalle de que está comprometida, supongo que con el hombre alto y con gafas que va a su lado. Por lo menos, la chica sonríe, lo cual es alentador hasta que clava su mirada en mí y cambia de expresión. Pero, sin darme tiempo a procesarlo, su prometido se adelanta y me tiende la mano.

—¡Tú debes de ser Edie! —exclama entusiasmado—. Yo soy Tomas. Encantado de conocerte.

Tiene una sonrisa amable y un acento que no consigo adivinar. Le estrecho la mano desarmada por la formalidad.

—Yo también me alegro de conocerte. Pero en realidad me llamo Audrey. —Sonrío algo violenta por tener que corregirlo.

—Audrey —repite con la confusión pintada en el rostro—. Perdón, error mío.

—¡No, no tiene importancia! Yo soy penosa con los nombres —le digo riéndome—. Encima, Audrey y Edie se parecen, así que…

—Yo soy Maggie —se presenta la hermana de Ezra inmediatamente—. Me alegro mucho de conocerte. Siempre me alegra conocer a los amigos de Ezra.

Dirige la mirada a Ezra con un gesto rápido. Yo también lo miro —en busca de apoyo, supongo—, pero no lo encuentro. Está pálido y clava la vista en el suelo. Aquí pasa algo raro. ¿Será por mi culpa? ¿Habré dicho alguna tontería a pesar de que apenas he abierto la boca?

—Así que sois amigos del internado, ¿no? —pregunta Tomas con cautela, afortunadamente rompiendo el silencio.

Estoy a punto de responder cuando Ezra se me adelanta:

—Audrey ha venido por trabajo —dice bruscamente—. Oye…, estábamos a punto de salir a tomar el aire. ¿Nos vemos luego?

—Claro —contesta Maggie, que parece tan desconcertada como yo—. Estaremos… por ahí.

—De acuerdo —dice Ezra y acto seguido nos vamos; con la mano en mi cintura, me conduce a la salida.

Vuelvo la cabeza ligeramente para mirar a Maggie y Tomas y la veo estirar el cuello para susurrarle algo al oído con el ceño fruncido.

Ezra no dice una palabra hasta que bajamos por una escalera de caracol hacia un patio pequeño y lleno de plantas. Se me ha formado un nudo en el estómago; miro el cielo oscuro y aprieto los labios mientras busca torpemente su paquete de tabaco.

—Lo siento —dice sin levantar la vista—. No tenía nada que ver contigo.

—Ni siquiera sé qué ha pasado —confieso.

Se pellizca el puente de la nariz y entorna los ojos. Algo que hace cuando está nervioso, me he fijado.

—Lo siento —repite—. Pero… ¿podríamos no hablar de ello? Por lo menos, no en este momento.

—Vale —digo claramente dolida.

Se lleva un cigarrillo a los labios y forcejea con el mechero. No es capaz de encenderlo y farfulla algo ininteligible cuando levanto la mano y se lo quito con delicadeza. En mi mano, va a la perfección. Se inclina hacia la llama, pero después parece vacilar, se retira el cigarrillo encendido de la boca sin molestarse en darle ni una calada y lo tira en una maceta.

—Me gustas mucho —dice de pronto—. Lo sabes, ¿verdad?

Lo miro sorprendida y bajo el mechero despacio. Mi corazón aprovecha la oportunidad para recordarme que sigue vivo y martillea como protesta, pero me niego a repetir sus palabras. Quiero que se explique. Que me diga exactamente cuánto le gusto. En qué sentido.

—Me preocupa que vayas a desaparecer —continúa sin explicarse —. Que un día te escriba para quedar y me contestes «Lo siento, estoy en Inglaterra».

—Yo jamás desaparecería así —intento sonar comedida—. Para empezar, todavía tengo tu ropa.

—Correcto. —Esboza una débil sonrisa—. Y mis toallas… ¿Qué ha pasado con ellas?

—Están lavadas y secas en mi apartamento. Siempre pienso en devolvértelas, pero cada vez que me quedo en tu casa es siempre… sin haberlo planeado.

O sea: que solo me quedo allí cuando estoy histérica y hecha un mar de lágrimas. Sin embargo, Ezra tiene el tacto suficiente como para no mencionarlo.

—Quédate cuando quieras —dice—. Quédate para siempre.

Parece muy serio; ¿habla en serio? Abro la boca, pero vuelvo a cerrarla un segundo después, de repente alarmada por el terrible convencimiento de que voy a dejar que este momento se me escape

entre los dedos. O sea…, Ezra acaba de decirme lo que he querido escuchar casi desde el momento que nos conocimos y de alguna manera desvío la conversación hacia… ¿las toallas? ¿Por qué? ¿Por qué, cuando ni siquiera le he dicho lo único que en realidad quiero que…?

—Tú también me gustas mucho. Lo… Lo sabías, ¿verdad?

Guau. Deseaba ardientemente que sonara natural cuando se lo dijera; sin demostrar emoción, como si estuviera improvisando sobre lo que él hubiera dicho y no ofreciéndole mi corazón para que lo inspeccionara. Pero lo suelto como un torrente casi ininteligible y casi espero que Ezra esboce una sonrisa irónica, que haga algún comentario sarcástico o burlón. Sin embargo, se limita a… mirarme fijamente.

Tiene las pupilas dilatadas, los labios entreabiertos. Nunca lo he visto tan desprevenido. Después, traga saliva y la nuez le sube y baja cuando se acerca a mí, y de pronto estamos mucho más cerca que antes; levanto los ojos, titubeo y pienso que quizá debería retroceder, pero no lo hago. Ezra apoya una mano en mi cintura y me sujeta con firmeza.

—Mmm…, la verdad es que no —responde con ternura—. Pero tenía la esperanza, más o menos.

Seguimos mirándonos unos segundos; su mirada es oscura y penetrante. Por favor, pienso; y es mi último pensamiento coherente antes de que su boca se acerque a la mía y el resto del mundo se difumine hasta desaparecer.

Durante unos instantes soy incapaz de procesar nada que no tenga que ver con la proximidad de nuestros cuerpos y solo soy vagamente consciente de que el mechero cae y golpetea contra el

suelo. Me había olvidado de que lo tenía en la mano, demasiado centrada en abrazarlo al tiempo que él me estrecha con más fuerza, acercándome más a él. Me siento como si no pesara nada: eso, o el suelo que pisamos se está resquebrajando, aunque no importa, porque estoy aquí, en sus brazos, y me roza la mejilla al separarme los labios con…

Es ahí cuando empiezan a temblarme las rodillas, literalmente, y me aparto jadeando. Estoy jadeando, y es tan humillante que al instante hundo la cara en su pecho para ocultarla. Ezra ríe y noto el vibrar de su risa, solo que… en realidad no es por la risa. No, algo está vibrando de verdad.

—Hum…, ¿te están llamando? —balbuceo bajando la vista; en efecto, el teléfono le ilumina el bolsillo del pantalón y zumba insistente.

—Olvídalo —dice con voz ronca, pasando los dedos entre mi pelo descuidadamente—. No es importante.

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, no será más importante que esto —puntualiza.

Y, de pronto, deja de sonar.

—¿Lo ves? —Sonríe con los ojos brillantes.

Tiene un color en las mejillas que antes no estaba, el pelo revuelto… De hecho, creo que nunca lo he visto tan guapo y me esfuerzo por convencerme de que todo esto está de verdad…

El teléfono vuelve a sonar.

—Contesta —le digo casi sin aliento—. Yo…, hum…, voy a buscar agua.

—No —dice Ezra rápidamente. Tras una pausa, añade—: Quiero decir…, voy contigo.

—Contesta, en serio —insisto algo aturdida al tiempo que empiezo a apartarme—. Nos… Nos vemos dentro.

—¿Estás segura? —pregunta Ezra en un tono muy muy reticente.

Asiento, sonrío y le doy la espalda; esto no me viene mal, pienso. Seguramente me conviene tomarme unos segundos para recuperar la compostura antes de soltar cualquier estupidez. Solo que…

Impulsivamente, doy media vuelta, aunque no sé muy bien para qué; quizá solo para mirarlo de nuevo. Pero ya está de espaldas, teléfono en mano. Y cuando lo acerca a la oreja, veo que la llamada es de Edie.

Edie. Por un instante, el nombre no me dice nada. Luego, mi cerebro hace encajar las piezas y de inmediato aparto la mirada con una repentina sensación de náusea.

Creí que Tomas no se acordaba de mi nombre. Cuando le preguntó si éramos amigos en el internado, supuse que era porque los dos éramos ingleses. Pero Edie existe y Ezra está hablando con ella en este mismo momento.

No me extraña que Maggie me mirara de esa manera: esperaban ver a otra persona.

EZRA



—Pero estás bien, ¿no? ¿Van bien las cosas?

—Por el amor de Dios, sí. —Edie resopla—. ¿Por qué te comportas como si invitarte a tomar una copa sea comparable a tener una crisis mental?

—Vale, vale. Es que… ahora mismo estoy ocupado.

—Qué tentadoramente impreciso. Que sepas que he tenido que tragarme mi orgullo para llamarte. No he vuelto a tener noticias tuyas desde la última vez.

—Perdona. Por extraño que parezca, he estado muy liado —digo distraído pasándome la mano por el pelo mientras recorro el patio con la vista.

Audrey ya ha desaparecido, lo que es bastante lógico porque se apartó de mí como si fuera a correr una prueba de velocidad.

—Me pensaré si te perdono en caso de que cambies de opinión —dice Edie alegremente—. Estamos en Meatpacking…

—¿Estamos?

—Con compañeros de trabajo. Pero podemos ir a otro sitio, si prefieres.

—No puedo —respondo con una desagradable sensación en el estómago—. Pero pásalo bien, ¿vale?

—Vale. Gracias por mandarme a tomar por saco con tanta cortesía.

—Edie, yo no…

—Sí, pero da igual. El lunes por la noche estoy libre, si es que tienes interés en verme.

—Me parece bien —digo reprimiendo un suspiro—. Cuídate, ¿vale? No te caigas en una alcantarilla ni nada parecido.

—Como si te importara —replica bruscamente antes de colgar.

Aparto el teléfono de la oreja resistiéndome a la tentación de aporrearme la cabeza con él; el subidón de euforia que experimenté hace literalmente un minuto ha quedado contaminado por un viscoso y enfermizo sentimiento de culpa. Edie solo se convierte en ese personaje arrogante y sarcástico cuando alguien le hiere los sentimientos, porque Dios nos libre de dudar si los tiene o no.

Respiro hondo y sacudo la cabeza ligeramente. Ahora mismo no puedo ocuparme de esto. Tengo que encontrar a Audrey; tengo que tranquilizarme y solo después encontrar a Audrey, porque ahora mismo tengo la mente tan ofuscada que las probabilidades de que diga o haga algo propio de un demente son peligrosamente altas. Busco de nuevo el tabaco por puro instinto, pero cuando ya me he llevado un cigarrillo a los labios me doy cuenta de que quizá no debería fumar; no, si quiero continuar la escena con Audrey en el mismo punto donde la hemos dejado, que es lo que deseo con desesperación…

—¿Te sobra uno?

Me vuelvo y veo a una chica junto a mí. Tendrá más o menos la edad de Caroline, unas delicadas trenzas negras, la tez color dorado oscuro y la cara llena de pecas.

—Lo estoy dejando —añade a modo de explicación—. Lo que pasa es que mi cuerpo aún no se ha enterado.

—Claro —respondo, pasándole el paquete y palpándome los bolsillos de forma maquinal.

—¿No tienes mechero? —pregunta observándome.

Hago un gesto negativo y ella busca en el bolsito en forma de alubia que lleva colgando para sacar uno.

—Puedes quedarte con él —dice y enciende su cigarrillo antes de pasármelo.

—Gracias —respondo vacilante haciendo lo mismo; no es lo ideal, lo sé, pero ya me siento algo más calmado.

—Gracias a ti. Soy Demi. —Me tiende la mano.

Se la estrecho con un movimiento rápido; esta debe de ser la forma de establecer contactos que Maggie tenía en mente; está claro.

—Ezra.

—¿A qué te dedicas, Ezra? ¿Me dejas adivinarlo?

—Adelante.

—A algo creativo. ¿Gestión de talentos? ¿Fotografía?

—Hum…, sí —respondo atónito—. Fotografía, más o menos. Más por afición que otra cosa, pero… ¿cómo lo has adivinado?

—Tienes ese aspecto artísticamente desaliñado. Y tu novia es modelo, ¿no?

El corazón me hace algo parecido a un salto mortal al oírla referirse a Audrey como mi novia. Supongo que nos ha visto besarnos, lo cual… es agradable que te recuerden que ocurrió de verdad y no ha sido solo producto de mi imaginación febril y

enamorada. Nos besamos. He besado a Audrey, ella me devolvió el beso y ahora…, ahora no sé qué va a pasar.

—Aciertas en las dos cosas —asiento repentinamente animado—. Bueno…, el desaliño es genuino, pero da esa impresión.

—Como me pasa a mí. —Su sonrisa deja ver un hueco entre sus incisivos—. Soy periodista.

—Ah. —Le devuelvo la sonrisa—. Iba a decir investigadora privada, pero periodista es casi igual de interesante.

—Cuando me pagan, claro que sí.

—¿Eres *free lance*?

—Sí. Pero hago muchos trabajos para la web *Soil*.

—Conozco *Soil* —digo sorprendido—. Trata sobre… temas políticos y cultura pop, ¿no? Mi hermana me mandó un par de artículos tuyos. Bueno…, quizá no tuyos, concretamente, pero eran muy buenos.

—Gracias. —Sonríe tímidamente—. ¿Y tú?

—Oh. Yo trabajo en un restaurante. Sirviendo mesas, principalmente.

—Yo fui camarera durante cuatro años. —Hace un gesto de asentimiento—. Tener un trabajo de baja cualificación cobrando el salario mínimo es un rito de iniciación para cualquier aspirante a una profesión creativa.

—Es bueno saberlo.

—¿Y tu chica? ¿También con algo precario?

—No, a ella… le va genial —digo mirando a mi alrededor como si con ello pudiera hacerla aparecer—. Acaba de hacer una campaña de esas importantes y sofisticadas.

—Guau. ¿Para quién?

—Eeeh…, Miranda no sé qué. ¿Miranda Brown?

—Miranda Browning.

—Sí, esa. ¿Has oído hablar de ella?

—Por desgracia —murmura expulsando el humo—. Quiero decir…, enhorabuena a tu chica, pero la marca es tóxica. Una de mis amigas trabajó allí con un contrato de prácticas y fue una pesadilla.

—Oh, ¿en serio?

—Sí. Sufrió acoso durante todo el tiempo que pasó allí. El ayudante de la directora artística era un baboso reconocido, pero nadie hizo nada.

—Dios. ¿No tienen un departamento de recursos humanos?

—Dicho baboso era el sobrino de Miranda, así que era más o menos intocable. Y, por lo visto, supersimpático al principio; le dio consejos de todo tipo para facilitarle la adaptación. Pero después quedó muy claro que lo único que quería era que ella se sintiera en deuda con él.

Hago una mueca de asco.

Demi asiente y da un golpecito al cigarrillo para tirar la ceniza.

—Sí. Se lo contó a su supervisora después de que le metiera mano en la fiesta de Navidad y le aconsejaron que «se portara bien» si quería una buena referencia.

—Por Dios bendito. ¿Y sigue trabajando allí?

—La última noticia que tuve fue que se ha reinventado como fotógrafo. A ver…, que no te parezca mal, pero la profesión es un imán para babosos, gilipollas e hijos del nepotismo. Y, casualmente, él reúne las tres cosas.

—Triplete —murmuro distraído.

Mi cigarrillo, totalmente olvidado, se consume entre mis dedos. De pronto me asalta un pensamiento; uno absurdo, probablemente,

pero…

—¿Cómo se llamaba? —pregunto—. No sería Julian, ¿no?

Demi levanta la vista y me dirige una mirada intensa.

—Jonah —dice tras unos instantes—. Pero alguien me dijo hace algún tiempo que se hace llamar Julian. Julian Mars.

Siento un frío gélido en mi interior y se me eriza el vello. Demi continúa mirándome y bajo la vista de inmediato, vagamente consciente de que me tiembla la mano cuando doy la última calada al cigarrillo. Intento por todos los medios no sacar ninguna conclusión absurda, pero el recuerdo de Audrey sollozando de forma incontrolable en la escalera del apartamento de Julian se me ha quedado grabado en la memoria.

—¿Fue él…? —empieza Demi, pero hago un gesto negativo y tiro la colilla al suelo.

—Tengo que irme —le digo con la necesidad repentina de alejarme de aquí todo lo posible—. Buenas noches. Me alegro de conocerte.

—No estoy tan segura —murmura; no intento contradecirla y me alejo.

AUDREY



Anoche Ezra estuvo fuera hablando por teléfono durante lo que me pareció una eternidad. Yo esperé dando vueltas por la galería, intentando sin conseguirlo planear mi siguiente movimiento. Si saliera y le preguntara directamente quién era Edie, ¿se daría cuenta de que había echado un vistazo rápido a la pantalla del teléfono? Pero, aunque así fuera, ¿no sería mejor eso que no saberlo? O, más concretamente, ¿no saber quién era Edie para él? Pero nunca llegué a averiguarlo; cuando por fin entró, tenía una palidez casi alarmante y, sin darme oportunidad para decirle nada, anunció que le dolía la cabeza y me preguntó si me importaba que nos fuéramos pronto.

No hablamos del beso; de hecho, apenas hablamos en el taxi que nos llevó a mi apartamento. La verdad es que tenía tan mala cara que empecé a preocuparme y le toqué tímidamente la frente con la mano. Sonrió y me dio la suya, pero nada más bajar del taxi me acompañó al portal, me dijo «Que duermas bien» y se marchó. Y dormí fatal, claro, pero he logrado disimularlo con una generosa cantidad de corrector. Hoy quería estar guapa, tanto si se trata de una cita romántica como si no.

—Una de palomitas saladas —dice Ezra acercándose al mostrador de los refrescos—. ¿Quieres mantequilla?

—¿En las palomitas? —pregunto desconcertada.

—Sí. Cosas de americanos, supongo.

—¿Como… mantequilla derretida? ¿No lo llena todo de grasa?

—Sí. Es asqueroso, pero cuando era pequeño las bañaba en mantequilla.

—Uff…

—Eso es un no en toda regla.

—Es un no —confirmo, y se echa a reír.

Me siento relajada al oírlo; por aliviada que me quedara cuando Ezra quiso que volviéramos a vernos tan pronto, me sigue reconcomiendo no haber aclarado el extraño episodio de ayer.

La chica que atiende detrás del mostrador le entrega nuestra Coca-Cola tamaño extragrande y Ezra alcanza dos pajitas y vamos en busca de nuestra sala. Estiro el cuello mientras caminamos, sorprendida porque este lugar parece anclado en el pasado. Las paredes son rojas con luces de neón, la moqueta tiene unos dibujos estridentes y el techo está incomprensiblemente cubierto de espejos. Parece como si no lo hubieran tocado desde 1990 y, aunque estoy casi segura de que no es el lugar a donde Ezra solía ir con su madre, me gusta mucho.

Nos sentamos hacia el fondo de la sala. El teatro está casi vacío; no es de extrañar, siendo un día de semana a primera hora de la tarde, y además *El apartamento* se estrenó hace más de sesenta años. Ezra coloca el vaso gigante en el portavasos que hay entre los dos asientos y mete con esfuerzo las dos pajitas en la tapa. Me llevo a la boca un puñado de palomitas y mastico despacio mientras lo observo. Todavía está pálido, con los ojos ligeramente enrojecidos.

—Bueno…, ¿cómo te encuentras hoy? —pregunto con tiento.

Ezra frunce el ceño y cambia de postura en su asiento.

—Hum…, arrepentido, más que otra cosa. Soy consciente de que te debo una disculpa.

—¿Por qué? —pregunto con la (casi perdida) esperanza de que el arrepentimiento no se deba al beso.

Creo que me pondría a llorar, sinceramente. O a vomitar. O las dos cosas.

—Por lo de Maggie, para empezar. —Suspira e inclina el cuerpo hacia mí—. Me hacía verdadera ilusión que os conocierais. Pero lo que conseguí fue provocar una situación incómoda.

—Ah —digo con un hilo de voz—. Cuando su novio me llamó Edie, quieres decir.

—Sí —dice tras una pausa—. Hum… Supongo que, cuando mi hermana me comentó que podría llevar acompañante, no le dije que ibas a venir tú en concreto. Me refiero a que no te conocía y yo tampoco sabía si ibas a estar libre, así que…, bueno, eso. Pero dio por hecho que iba a llevar a alguien, así que…

—Y que ese alguien sería Edie.

Asiente.

—Es mi exnovia. Fuimos compañeros de clase y hace poco se ha mudado a Nueva York. Maggie lo sabía, así que…

—Entonces, ¿os seguís viendo?

Ezra cambia un momento de expresión y me arrepiento de habérselo preguntado.

—Que si os veis no pasa nada, claro —añado a toda prisa—. O sea…, que no tiene nada que ver conmigo. No soy celosa.

Oh, Dios. Se me ha escapado sin darme tiempo a pensar. Aparto la mirada con las mejillas ardiendo. Ahora va a pensar que soy dependiente y obsesiva. A ver…, probablemente lo sea, pero…

—Nos hemos visto una vez desde que llegó —explica—. Fue ella quien me llamó anoche para preguntarme si estaba libre. Le dije que no, obviamente.

—Bueno…, pero bien que sigáis siendo amigos —digo con voz débil tirando de una cutícula.

—Sí. O sea…, eso es lo que estamos solucionando ahora. La cosa no terminó muy bien.

—¿Solucionando… lo de ser amigos?

—Sí —responde—. Solo amigos.

Asiento en silencio, avergonzada en mi fuero interno porque prácticamente lo he obligado a decírmelo. Aun así, no puedo negar que me siento aliviada.

—No estaba intentando ocultártelo deliberadamente —añade—. Tampoco quería mantener esta conversación delante de Maggie y Tomas, pero me alegro de hablarlo ahora. Quiero que sepas que podemos ser sinceros el uno con el otro, porque esta ciudad es muy intensa. Y tu trabajo… probablemente también sea intenso, así que, si alguna vez quieres hablar de él, aquí estoy. De lo que quieras, cuando quieras, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —repito algo desconcertada ante lo precisa que se está volviendo esta conversación.

—Entonces…, ¿estás bien? —insiste—. ¿Hay algo que te inquiete, o…?

—Si te refieres a la otra noche, no fue más que una borrachera desagradable y triste —respondo despacio—. En serio.

Hace un gesto de conformidad y vuelve a apoyarse en el respaldo.

—Bien —dice. Tras unos instantes, añade—: Entonces, solo para confirmarlo, ¿no eres celosa?

Vaya. Debí suponer que no iba a pasar por alto ese detalle.

—Eso es lo que he dicho —confirmo; levanto el vaso y bebo un sorbo de refresco.

Ezra lo alcanza cuando me muevo para dejarlo en su sitio y nuestras miradas se cruzan al tiempo que nuestros dedos se rozan.

—Además —añado impulsivamente manteniéndole la mirada—, si fuera celosa, no lo reconocería.

—¿No? —pregunta Ezra en tono apagado.

—No —respondo—. No es un sentimiento halagador.

—No sé si alguna vez he escuchado a alguien describir un sentimiento como «halagador».

—No daría una buena imagen de mí, es lo que quiero decir.

—¿Es una reacción involuntaria, entonces?

—¿Quieres que sea celosa? —replico.

—Quizá —responde Ezra tras una breve pausa mientras esboza una media sonrisa—. Lo cual supongo que tampoco da una buena imagen de mí.

En ese momento, la pantalla se enciende con un parpadeo y empieza a sonar la música por los altavoces al tiempo que las luces se atenúan. Dirijo la vista a la pantalla esforzándome por mantener una expresión impasible mientras mi corazón late con fuerza y me ruega que la vuelva hacia Ezra. Pero no le hago caso, me siento muy recta con la cabeza erguida y finjo no darme cuenta de que Ezra sigue mirándome con los ojos brillando en la penumbra.

—Entonces, ¿qué fue lo que te hizo salir corriendo? —pregunta en voz baja—. Anoche, quiero decir.

—No recuerdo haber corrido —respondo en tono cursi—. Puede que te falle la memoria.

—No estoy tan seguro, la verdad. Te fuiste a la carrera.

—No me suena. ¿Cuándo, exactamente?

—Uff. No fue digno de recordar, ¿eh?

—Por lo visto, no.

—De acuerdo. ¿Puedo refrescarte la memoria?

—Qué amable —digo en tono irónico.

Aunque intento que no sea de desaprobación, el efecto se ve minimizado por el hecho de que estoy intentando reprimir una sonrisa, ilusionada con lo que puede pasar a continuación. Ezra se está acercando; lo percibo, oigo crujir el brazo del asiento…

—Eso no ha sido un no —indica en tono suave; y no, no lo ha sido.

Probablemente sea esa la razón por la cual oigo que la sangre se agolpa en mis oídos cuando él me aparta delicadamente un mechón de los ojos. Por lo cual cambio de postura, le apoyo una mano en el torso y rozo el algodón desvaído con la punta de los dedos mientras me empapo de él, del olor de su champú, de su pasta de dientes, de su piel…

Anoche, su beso parecía una pregunta. Esta vez es una respuesta.



EZRA



—¿Sabes una cosa? En un mundo mejor, el sector de la hostelería sería totalmente igualitario.

—En un mundo mejor, ¿no sería todo igualitario?

—Obviamente. —Mac suspira—. Pero me refiero en concreto a que el trabajador y el cliente estarían al mismo nivel.

—En serio, esa mesa de doce te ha alterado —digo pensativo mientras muevo el vasito de sake con movimientos circulares.

Estamos en un bar de *sushi* muy acogedor con las paredes revestidas de madera; Mac y Marika han quedado aquí para un «almuerzo tardío» chic, pero, como Mac y yo teníamos el primer turno, tuvo el detalle de proponer que viniera a «calentar el asiento» hasta que ella llegara. Acepté porque soy patético; reprimir las ganas de escribir a Audrey cada vez que tengo un minuto libre se ha convertido en deporte olímpico, así que me gustó la idea de distraerme un poco.

—¿Quién si no? Fíjate, uno de ellos hasta tuvo el descaro de ponerme verde por el anillo de la nariz. Como si eso afectara a mi habilidad para atender las mesas.

—Yo solo les retiré los platos. Sospechosamente limpios para lo poco que por lo visto les gustó la comida.

—Yo creo que los camareros deberíamos tener derecho a pegar por lo menos a un cliente al mes —dice totalmente en serio—. Podría haberlo hecho con todos ellos.

—No, eres demasiado guapo. No puedes arriesgarte a terminar como yo.

—¿Así te rompiste la nariz? —pregunta incrédulo—. ¿En una pelea?

—Más o menos.

—Vaya. No me lo imaginaba.

—Yo tampoco. De ser así, probablemente lo habría esquivado.

—¿Quién empezó?

—Seguramente dependerá de quién te cuente la historia —digo cambiando de postura. La verdad es que no me gusta hablar de este tema y estoy empezando a arrepentirme de haberlo sacado.

—¿Y fuisteis tú y…?

—Mi antiguo compañero de habitación.

—Ah. Bueno…, no apruebo la violencia en ningún caso, pero así cobra un poco más de sentido.

—Hace un momento estabas hablando de pegar a los clientes, literalmente.

—Hipérbole. El destripamiento verbal es lo mío.

—¿Problemas con tu compañero de piso, entonces? —pregunto; aprovecho el cambio de tema.

—Depende —responde Mac—. ¿Calificarías volver a casa y encontrarte la mayoría de los muebles en la acera como «problemas con tu compañero de piso»?

—¿Qué?

—Todo excepto el televisor, básicamente. El espacio vacío «estimula más la creatividad».

—Menuda estupidez.

—Eso mismo pensé yo. Pero como no había nada mío… —Suspira de nuevo y pasa el pulgar por el borde de su vaso vacío.

—Y encima nos suben el alquiler —añade disgustado—. Voy a tener que hacer más turnos extras.

—Si no fuera porque ya trabajas a jornada completa.

—Así es últimamente el capitalismo, chaval.

—No sabía que íbamos a ser tres.

Mac y yo nos volvemos y vemos a Marika, vestida con unos pantalones color ladrillo y una camisa blanca extragrande. Es la ropa más informal que le he visto; aun así, la mitad del restaurante se queda mirándola sin ningún disimulo. Deja el abrigo descuidadamente sobre el respaldo de una silla y se sienta al lado de Mac, no sé si con indiferencia o despreocupación.

—¿Una copa después del trabajo? —E inspecciona la mesa.

—Algo así —respondo—. Yo no me quedo a comer.

—Me está haciendo compañía —corrobora Mac, que se pone de pie—. Y puede hacértela a ti mientras voy al baño.

—Qué suerte —replica ella en tono seco, inclinándose hacia delante y observándome atentamente con sus ojos almendrados cuando Mac se va—. ¿Has tenido un buen día?

—Podría haber sido peor. ¿Cómo estás?

—Bien —dice con una inclinación de cabeza—. Liada. ¿Cómo está Audrey?

—¿Eso no tendría que preguntártelo yo?

Marika sonríe.

—No lo sé. Me da la impresión de que la ves tú más que yo.

—No desde ayer —respondo más a la defensiva de lo que me habría gustado.

De pronto noto que me arden las orejas; la cuestión es que no sé si esto es adecuado o no. Existe la posibilidad de que Audrey se lo haya contado todo, pero Audrey también me contó que Marika pasa la mayor parte del tiempo con Nicole, con lo cual quizá Marika no sepa que las cosas han… pasado a otro nivel.

—Ah, ¿no? —dice Marika algo sorprendida—. ¿Desde la galería?

—Desde el cine —contesto con una sonrisa y procurando no prestar atención a una punzada de incomodidad—. La galería fue el día anterior.

Puede que parezca extraño, pero la verdad es que no me gusta pensar en aquella noche en la galería. Fue la primera vez que Audrey y yo nos besamos, así que es obvio que en cierto sentido fue probablemente la mejor noche de mi vida. Pero, por otra parte, soy incapaz de superar la conversación que tuve con aquella chica en la zona de fumadores o la convicción disparatada y paranoide de que ese Julian o Jonah o cómo se llame le ha hecho algo a Audrey.

Es que…, sí, es un baboso reconocido. Sí, Audrey ha estado en contacto con él por lo menos en dos ocasiones: la sesión fotográfica y la fiesta en su casa, y después de ambas estuvo tremendamente alterada. Pero no tengo forma de saber si llegaron a interactuar aquella noche. Apenas me fijé en él; ni siquiera me di cuenta de que era el anfitrión hasta que alguien lo señaló y me volví a mirar a aquel tipo con pinta de aburrido, vestido con peto de pintor y zapatillas de mil dólares. Pero ahora recuerdo que tenía una sonrisita

desagradable mientras recorría la sala con la vista. Estoy sugestionado, lo sé. Pero…

—Por cierto, estuve hablando con una chica en la zona de fumadores sobre la firma con la que trabajáis —digo sorprendiéndome a mí mismo—. En la galería, quiero decir.

—Ah —dice Marika como sin darle importancia, pero con mirada alerta.

Soy consciente de que ha percibido algo más allá de mi cambio de tema aparentemente sin importancia y se ha dado cuenta al momento de que oculto un titular más importante. Siento un destello de duda, pero ya es demasiado tarde para cambiar el rumbo de la conversación. Además, no tengo la menor intención de soltarle mi débil teoría conspiratoria. Aunque supongo que, si ha trabajado con este tío, tiene derecho a saber cómo es en realidad.

—Sí —procuro demostrar indiferencia—. Resulta que una amiga suya trabajaba allí. Igual que ese fotógrafo con el que hicisteis la sesión. Julian. Solo que en realidad no se llamaba Julian…

—Jonah —dice Marika—. Se cambió el nombre.

—Exactamente —digo sorprendido. Había supuesto que sería toda una revelación.

—¿Y eso es todo? —dice en tono provocador—. ¿Una chica conoce a una chica que conoce a Julian?

—No, bueno…, es que creo que podría ser un mal tío —respondo a duras penas, clavando la mirada en el sake—. O sea…, esa fue la impresión que me dio, por lo que me contó. Y tú y Audrey habéis pasado tiempo con él, así que… me pareció que os gustaría saberlo.

—¿Un mal tipo en qué sentido?

—Hum…, acosaba a esa chica cuando trabajaba como becaria —respondo con la garganta seca—. Le metió mano en una fiesta. Y quizá también a otras; parece que pudo ser algo recurrente, pero lo cierto es que no lo sé.

Marika no responde. Todavía no soy capaz de mirarla, pero en mi visión periférica percibo que sigue completamente inmóvil.

—Supongo que lo único que quiero es asegurarme de que no vais a volver a verlo —añado—. La campaña… terminó ya, ¿no?

—Las sesiones fotográficas sí —responde en un tono indescifrable —. Doy por hecho que le has hablado a Audrey de esto.

—No… Aún no.

—¿Por qué? —pregunta con tanta dureza que casi me hace estremecer.

Tengo la certeza extraña e irracional de que está observándome la mente, contemplando las maquinaciones enfermizas de mi cerebro con un desdén duro y frío como el acero.

—No lo sé —respondo con dificultad.

—No lo sabes —repite Marika en tono inexpresivo.

—Quiero decir…, no estaba seguro de si haría bien —añado con voz insegura—. Últimamente ha estado un poco decaída y no quería que se sintiera peor.

—¿Qué insinúas?

Por fin levanto la mirada alarmado.

—Nada —respondo de inmediato; me pregunto cuándo esta conversación ha empezado a convertirse en un interrogatorio—. Da igual. Olvida lo que te he dicho.

—¿Pasó algo en la fiesta en el apartamento de Julián?

—No lo sé —confieso—. La perdí de vista unos minutos; cuando la encontré, estaba llorando.

—¿Te dijo por qué?

—Comentó algo de que echaba de menos su casa.

—¿Y en tu fiesta? —pregunta insistente.

La miro sin comprender.

—En tu fiesta de cumpleaños —repite—. Cuando se quedó a dormir. Me dijo que había bebido demasiado, que le dio por llorar…

—Sí. —Mi mente me recuerda la imagen de aquel bulto informe contra la pared del cuarto de baño, de la máscara de pestañas en sus mejillas—. Así fue. ¿Por qué?

—El día anterior estuvo enferma —responde Marika mientras flexiona una mano con aire distraído—. No se levantó de la cama. Fue después de la sesión de prueba.

—¿La qué?

—La sesión fotográfica de prueba. En el estudio de Julian, antes de la campaña.

—¿Las dos juntas?

—Por separado —contesta Marika tras una pausa—. Solas.

Parpadeo y siento una intensa punzada de dolor en la cabeza. Esperaba con todas mis fuerzas estar equivocado. Que Marika desmantelara mis temores…

—Dios —dice Mac cuando vuelve a la mesa y se deja caer sobre la silla—. ¿Se ha muerto alguien en el tiempo que he estado ausente?

—Mi paciencia —responde Marika con voz suave alcanzando un menú—. ¿Qué vamos a tomar?

—Una mujer que comparte mis intereses. —Mac sonríe y se vuelve hacia mí—: ¿Te quedas? Antes bromeaba cuando dije…

—No puedo —digo poniéndome en pie y buscando la billetera.

Saco unos billetes arrugados y me voy, dirigiéndome a la puerta como si alguien estuviera persiguiéndome. No tenía que haber comentado nada. No quiero que nada de esto sea cierto, y, si lo es, no quiero saberlo. Sin embargo, estoy dominado por la terrible y abrumadora certeza de que es demasiado tarde, de que he puesto en marcha los acontecimientos, he detonado algo que ni siquiera alcanzo a comprender.

Al salir a la calle, acelero el paso e inclino la cabeza. Mi único pensamiento es llegar a casa, poner la tele al máximo volumen y ahogarme en una botella de algo más fuerte que el sake. Y sí, probablemente tenga un maldito problema con la bebida, pero quizá sea eso lo que ocurre cuando un compañero de tu madre te pasa su *whisky* con soda durante la recepción funeraria porque no has parado de temblar incontrolablemente desde el funeral y se te da mal disimularlo.

No creo que nadie tuviera un motivo razonable para reprocharme que quisiera atenuar mis emociones. Ni aquel día ni ningún otro.

AUDREY



—¡Audrey!

—¡Hola! —exclamo y me pongo en pie.

El hombre que me ha llamado me mira de arriba abajo, después consulta la tableta que lleva en la mano. Llevo más de una hora esperando en este pasillo estrecho y oscuro junto a otras treinta chicas, así que, si me dice que me vaya, me puede dar un berrinche en toda regla.

—Muy bien. Sígueme —dice por fin girando sobre sus talones.

Saco una tarjeta de presentación del bolso y lo sigo al trote hasta llegar a una estancia blanca y espaciosa que supongo que es un estudio de danza. Hay una pared de espejos detrás de la mesa ante la cual se sientan un hombre y una mujer, y otra mujer con una cámara Polaroid colgada de un hombro está apoyada sobre una barra de *ballet*. Los tres están mirando sus teléfonos.

—Hola —saludo sonriendo; me acerco y dejo mi tarjeta de presentación encima de la mesa.

—Hola —responde la mujer levantando la vista—. ¿Puedes caminar para que te veamos?

Asiento en silencio, me quito la cazadora y la dejo en el suelo junto al bolso. Es la única de los tres que me observa mientras

recorro la sala de un lado a otro y compongo una pose al final. Alcanza la tarjeta y le da la vuelta.

—No estoy nada segura de que estas medidas estén actualizadas —dice pasándosela al hombre.

Él la mira y después me mira a mí.

—Ya sé por qué lo dices —dice—. Las caderas…

—Exactamente. Pero ¿importa?

—Depende del diseño. De todos modos, que Dana le haga una foto.

—Dana va a hacerte una foto —me dice la mujer con un gesto para que me acerque a uno de los lados de la sala.

—Colócate contra la pared —me dice la fotógrafa; Dana, supongo.

Hago lo que me indica, levanto la barbilla y me concentro en no pestañear cuando salte el *flash*.

—Gracias —dice la otra mujer; es la señal de que ya puedo marcharme.

—¡Muchas gracias! —exclamo con una sonrisa.

Mantengo la cabeza erguida hasta que salgo de la sala. Varias chicas me observan cuando recorro el pasillo, sin duda calculando sus posibilidades fijándose en mi expresión. He hecho justo lo mismo una y otra vez; por eso espero hasta llegar a las escaleras para desinflarme.

Maldita sea. Está claro que no me van a llamar para ese trabajo, y encima puedo estar segura de que me espera una buena obsesión con lo que les pasa o no a mis caderas en el futuro más inmediato. Siempre me obsesiono con los comentarios no demasiado agradables que me hacen en las pruebas; en una ocasión, me dijeron que tenía la mandíbula «un poco cuadrada» y durante

semanas no era capaz de ver otra cosa cada vez que me miraba al espejo. Lo odio. Odio dedicar tanto espacio mental a preocuparme de si soy guapa o no, guapa en el buen sentido, más guapa que las chicas con las que compito.

No se me escapa el dato de que el único trabajo para el que me han contratado de momento en Nueva York probablemente se deba a la intervención de Julian. No solo me dan auténticas náuseas al pensarlo; puede que Imogene me mande de vuelta a casa si no consigo otro pronto. Y no quiero que eso ocurra; al menos, creo que no. La situación entre Ezra y yo… todavía es delicada, cierto, pero si tengo que esperar hasta sentirme preparada para decirle adiós, quizá nunca me vaya de aquí.

Entonces, impulsivamente decido llamarlo y espero a salir a la calle para marcar su número. Ayer pasamos juntos la mayor parte de la tarde. Casi había oscurecido cuando salimos del cine algo cansados y muertos de hambre, así que compramos unos kebabs en un puesto callejero y nos los fuimos comiendo de camino a mi apartamento, donde me despidió con un beso en los escalones del portal y me hizo pasar antes de que me enfriara. Una parte de mí esperaba que me hubiera propuesto ir a su casa, pero no lo hizo. Quizá se haya preguntado por qué no lo invité a subir a la mía, cosa que podía haber hecho, supongo. Desde luego, lo pensé. Pero no hay un espacio amplio y bonito en el que ponernos cómodos. Solo mi dormitorio, e invitarle a mi dormitorio parecería un poco… excesivo.

—¿Sí?

—Hola —digo con una sonrisa, lo cual es una idiotez porque obviamente no puede verme—. ¿Cómo estás?

—Bien —responde tras una pausa—. Estoy bien. ¿Y tú?

Soy vagamente consciente de que su voz suena algo extraña. A mucha gente no le gusta hablar por teléfono; quizá a él tampoco.

—Bien —contesto vacilante—. ¿Te pillo en mal momento?

—No, no… Sin problema. Hum… ¿Qué pasa?

—No mucho —respondo alzando la vista al cielo—. Es que ha sido un día horrible…

—¿Horrible cómo?

—Hum…, cosas de *castings*, un rollo —respondo sorprendida por lo preocupado que parece—. Nada serio. Quería saber si te apetecía salir. Estoy aquí cerca, así que…

—Oh —dice—. Mmm, creo que ahora mismo no puedo. Lo siento.

—Sin problema. ¿Esta tarde, o…?

—Esta tarde… Ah, hum… No puedo. Lo siento.

—No te preocupes —respondo rápidamente—. Se me ocurrió sobre la marcha…

—Estás cerca del MoMA.

—¿Qué?

—Si estás en Midtown, probablemente te encuentres cerca del MoMA. El museo. Dijiste que no habías tenido mucho tiempo para hacer turismo.

—No, es verdad. ¿Es…, está bien?

—Está genial. Mi madre iba continuamente.

—¿En serio? —Me sorprende más la mención a su madre que la confidencia en sí.

—Sí. Allí está su cuadro favorito. *El mundo de Christina*. De Wyeth.

—Pues tendré que buscarlo —digo, preguntándome si habrá estado durmiendo antes de llamarlo.

Sus palabras tienen una cadencia extraña, como si las arrastrara; casi como si estuviera borracho, pero es media tarde. Es imposible. O… ¿sí lo está? De pronto me acuerdo de su cumpleaños y cómo bebía *whisky* como si fuese agua.

—Le gustaba esa especie de realismo triste —continúa—. Y Hopper. También hay cuadros suyos.

—¿Y el tuyo? —pregunto—. ¿Cuál es tu favorito?

—A mí me gusta lo mismo que a ella —dice sin más. Instantes después, añade—: Esta noche vas a ver a Marika, ¿no?

La conversación da un giro tan brusco que me pregunto si me habré distraído unos momentos.

—Hum…, no sé —respondo—. Me dijo que iba a comer con Mac, pero no sé qué va a hacer después. A lo mejor queda con Nicole.

—Vale —dice tras otra pausa—. Muy bien. Bueno, si quieres que nos veamos mañana, avísame.

—De acuerdo —le digo, sin saber muy bien qué pinta Marika en todo esto—. Lo haré.

—¿Tú estás bien?

—Muy bien —contesto perpleja—. ¿Y tú?

—Todo bien. Nos vemos pronto, ¿vale? —Con estas palabras, cuelga y me deja con la sensación enfermiza y vacía de haber tocado un tema que no salió a colación.

Decido hacer lo que Ezra ha sugerido y voy al MoMA. Incluso pregunto a uno de los vigilantes por el cuadro y me indica la dirección correcta. Es una tarde tranquila, así que, cuando por fin lo encuentro, soy la única persona en la sala. Ezra tenía razón, es

triste. A mí siempre me lo pareció, y conozco esa obra desde que era pequeña. Mi abuela tenía ese mismo cuadro en su casa, una reproducción colgada sobre la chimenea. Pensé en escribir a Ezra para decírselo; es otro de esos pequeños y sorprendentes vínculos que existen entre los dos. Pero no puedo olvidar la sensación de que ahora mismo no le apetece mucho hablar conmigo, así que no le escribo. Me limito a mirar el cuadro.

Muestra a una chica delgada con melena oscura en medio de un prado polvoriento con una casa a lo lejos. Está en el suelo y la manera en que coloca las manos, la silueta de su cuerpo…, parece como si se viera arrastrada hacia ella, tensa de añoranza. Cuando era pequeña, me imaginaba que su familia estaba en esa casa, que estaba intentando llegar a su hogar. Pero ahora que estoy aquí, pienso que quizá no esté sola en ese prado. Quizá esté intentando huir de algo. De alguien.

Me pregunto qué vería en él la madre de Ezra. Intento imaginármela donde yo estoy ahora, pero no puedo. No hay fotos suyas en el apartamento. No hay fotos, directamente.

EZRA



—Oh —dice Edie, fijándose al instante en la maceta que llevo en el brazo—. ¿Es para mí?

—Es una suculenta —respondo—. El chico de la floristería me dijo que no necesitaba muchos cuidados.

—Prefiero no tomármelo como algo personal. Pasa.

La sigo al interior del apartamento. Cierra la puerta y me descalzo al darme cuenta de que va en zapatillas. Lleva una chaqueta rosa de punto grueso por encima de la ropa con la que imagino que ha ido a trabajar, un jersey negro ajustado de cuello alto y una falda de *tweed.*

—Estoy cocinando —anuncia mientras se acerca a la cocina arrastrando los pies—. ¿Ya has comido?

—No —respondo mirando a mi alrededor sin demasiado interés.

El apartamento de Edie es un estudio, más pequeño que el mío, pero repleto de cosas. Hay colores y texturas por todas partes: mantas sobre el sofá, láminas en las paredes, cojines, adornos, velas. Su habitación del internado estaba decorada de forma similar. Me acerco despacio a una estantería y alcanzo un ejemplar muy manoseado de *El corazón es un cazador solitario.* Creo que en otro tiempo fue mío.

—Puedes dejar la planta donde quieras —dice mientras remueve el contenido de una cazuela baja—. A todo esto, gracias. Es muy bonita.

—Me pareció que te debía un regalo para tu nueva casa —le explico, dejándola junto al libro—. Te habría traído otro mejor si me hubieras avisado con más tiempo.

Antes tuve la sensación de estar mintiendo al decirle a Audrey que no estaba libre esta noche. Pero no; mi teléfono pitó con un mensaje de Edie casi en cuanto colgué.

¿Sigue en pie lo de esta noche?

Lo que pasó fue que me había olvidado de los planes que había hecho con mi exnovia; mucho mejor.

Creí que dichos planes consistirían en ir a algún bar y la verdad es que eso fue buena parte del motivo por el cual me levanté del sofá a regañadientes para salir de casa, dejando a medias una botella de vermut y un maratón de *En los límites de la realidad* con la idea de sustituirlos por un *old fashioned* helado y una conversación con alguien que no ha oído en su vida el nombre del maldito Julian Mars. Pero dichos planes no resultaron ser como yo esperaba; cuando escribí a Edie para preguntarle dónde quedábamos, me respondió con la dirección de su casa.

—Lo siento —dice distraída—. Ha sido un día largo; no me veía con fuerzas para salir. Y aquí también hay alcohol, si es eso lo que te preocupa.

—Ja, ja. —Me pregunto si se habrá percatado de que ya estoy borracho.

Creo que Audrey sí lo notó cuando me llamó antes. Sin embargo, no dudé en contestar, plenamente consciente de que quizá sería la última vez que oía su voz. Esta noche verá a Marika y esta le contará todo lo que le dije sobre Julian. Quizá eso baste para que la verdad salga a la luz y Audrey no tenga que soportar esa carga ella sola. Es bueno. Es lo correcto. Pero Marika le contará más cosas, estoy segura, incluida esa forma tan extraña y subrepticia en que planteé el tema…

—Las copas están encima del fregadero —continúa Edie—. El vino, en la nevera.

—Gracias —respondo.

Por lo que veo, el frigorífico de Edie está impactantemente impecable; incluso el cajón de las verduras tiene verduras dentro. Saco el vino y lo sirvo en las copas, haciendo un esfuerzo ímprobo por no derramarlo mientras Edie ralla un poco de queso sobre la cazuela. Está haciendo *risotto* y huele lo suficientemente bien como para hacerme caer en la cuenta de que hoy todavía no he comido. Sin embargo, me desconcierta un poco todo el trabajo que se está tomando para… ¿ser amable? ¿Para mostrarme cuánto mejor que a mí le van las cosas?

—¿Fuiste a trabajar hoy? —pregunta Edie, que baja el fuego y se vuelve hacia mí.

—Solo un turno temprano —contesto al tiempo que le paso una copa—. ¿Y tú?

—De nueve a cinco y ese rollo.

—Vaya manera de ganarte la vida.

Sonríe, mueve la copa en círculos y no dice nada durante unos instantes. Después:

—Perdona si la última vez estuve un poco borde. Por lo de que trabajaras en un restaurante; no tenía ningún derecho.

—No te preocupes.

—Pero no tenía derecho.

—Entonces, menos mal que no soy de los que guardan rencor.

—Lo sé. Si lo fueras, no estarías aquí.

—Ja.

—Hablo en serio —dice en voz baja—. La forma en que lo dejamos… Me gustaría que lo hubiéramos resuelto de otra manera.

Y a mí, pienso mientras bebo un apresurado sorbo de vino. Recuerdo la semana anterior a la ruptura como un auténtico suplicio. Ya habían terminado las clases y los padres de Edie me habían invitado —muy amablemente— a pasar unos días en su casa antes de regresar a Nueva York. Vivían en el campo, así que ya me veía pasando días largos y llenos de sol dando caminatas con Edie por los prados y tendiéndonos en la hierba tibia, besándonos, hablando, leyendo en voz alta. Todo empalagosamente cursi en retrospectiva, lo sé, pero hay que ser comprensivos, estaba enamorado.

La realidad fue un poco menos idílica. Lo único que Edie quería era sentarse y leer en silencio. O ver películas; también en silencio. De hecho, apenas habló excepto durante las comidas con sus padres, y aunque yo fantaseaba imaginando que una noche recorrería el pasillo de puntillas para venir a mi cuarto, nunca lo hizo. Ni siquiera me besó, algo que aquella temporada quise —erróneamente— achacar a mi nariz recién rota.

La mañana que su padre me llevó al aeropuerto, Edie salió del coche y me acompañó hasta la puerta de salidas para despedirme.

Recuerdo que me conmovió lo triste que parecía, todavía con la idea de que algún día se reuniría conmigo en Nueva York.

—Hasta pronto, entonces —dije en un intento por hacer que la despedida fuera menos solemne.

—Ezra…, hay algo que tengo que decirte —contestó vacilante y sin sonreír—. Sobre Nueva York. No… Tenía que habértelo dicho antes.

—De acuerdo —dije mientras una repentina sensación de temor comenzaba a crecer dentro de mí—. ¿Es logístico o personal?

—Personal —respondió nerviosa retorciéndose las manos—. No… No sé cómo decírtelo.

—¿Me estás dejando? —le espeté con la esperanza de que lo negara y así poder respirar de nuevo.

Pero no lo negó. Se limitó a suspirar y el sonido me rasgó de arriba abajo como un cuchillo.

—Ah —me oí decir.

—Lo siento —dijo.

Sentí como si el suelo se derritiera bajo mis pies y me arrastrara hacia abajo. Recuerdo vagamente que me aferré al asa de mi maleta como si se tratara de un ancla con una mano húmeda de sudor.

—Bueno —logré musitar; pero no hice amago de marcharme.

No me moví del sitio, esperando que rectificara. Que me echara los brazos al cuello y me pidiera perdón por la broma más pesada del mundo.

Pero, por el contrario, dijo:

—Lo siento. Tengo que irme.

Y me quedé mirándola mientras se alejaba y volvía a subir al coche; esperé estoicamente hasta perderlo de vista y fue entonces cuando empecé a llorar.

En fin.

—Podía haber sido peor —respondo sin alterarme—. Podías haberme dejado en el coche.

—Por favor, déjalo —dice Edie con el ceño fruncido—. Sé que fue decisión mía, pero eso no significa que fueras tú el único que sufrió.

—Ah, vale… Te perdono, si es eso lo que quieres oír.

Por lo visto, no. Edie vuelve a centrarse en la cazuela y empieza a remover de nuevo con expresión tensa.

—Muy bien —dice—. Si quieres dejarlo así…

—¡Es que no sé qué otra cosa puedo decir! —exclamo—. ¡Tú le pusiste fin! ¡Un final horrible! ¡Me quedé hecho polvo!

—¡Y yo también! —responde acalorada—. Y después Eleanor decidió fastidiarme la vida de nuevo y no tenía a nadie con quien hablar.

—¡Nunca hablabas de ella conmigo! —replico incrédulo—. ¿Y qué pasó con el grupo con el que andabas en el instituto? Jules, Ella… y el resto.

—¿En serio? ¿Ni siquiera te acuerdas de los nombres de mis amigos?

—En mi defensa, te diré que ya ha pasado cierto tiempo.

—No llega a seis meses, Ezra. Sabía que no te caían bien.

—Eran normales. Y yo un idiota egoísta que te quería para él solo.

Edie me mira atónita; presumiblemente, su respuesta muere en sus labios. Lo sospechaba, lo sé, pero dudo que pensara lo suficiente sobre ello como para reconocerlo.

—Bueno —dice por fin—. Supongo que solo quería hablar contigo. Me dolía no poder hacerlo.

—Pues aquí me tienes.

—Pero no es lo mismo.

—No —reconozco pensando en todo lo que ha pasado desde entonces—. Creo que no.

Quizá sean solo figuraciones mías, pero Edie parece ligeramente dolida tras estas palabras. Como si esperase un discurso distinto.

—Me parece que esto ya está —dice ella en ese momento sin dejar de remover—. ¿Te importa sacar unos cuencos? Están encima del fregadero.

Obedezco e imagino brevemente que me he transportado a una realidad paralela en la que Edie no me ha dejado. Esta escena doméstica… Mentiría si dijera que nunca había fantaseado con algo así, pero ahora todo parece vacío. Más bien como dos niños jugando a las casitas.

Le paso los cuencos. Edie sonríe y le devuelvo la sonrisa; por lo menos, eso sí puedo ofrecérselo.

AUDREY



Me siento en el borde de la litera con los pies firmes en el suelo y una mano sobre el pecho respirando con dificultad. Es como si se me hubieran encogido los pulmones a la mitad de su tamaño normal, y, por mucho que inspire, el aire no es suficiente. Soy incapaz de enfocar la visión; de hecho, la sensación es casi como si me estuviera muriendo y alcanzo de nuevo el teléfono con mano temblorosa. El mensaje sigue ahí. Acababa de despertar cuando lo vi; hacía tanto frío en el apartamento cuando regresé del MoMA que me metí en la cama para estar más calentita. No recuerdo haberme quedado dormida, pero cuando volví a abrir los ojos estaba oscuro. Desorientada, busqué el teléfono a tientas y allí estaba la notificación.

Me obligo a leerlo de nuevo:

Hola, Audrey:

Me llamo Demi y soy periodista en *Soil*; por si no nos conoces, el enlace está en mi biografía. Me pongo en contacto contigo porque estoy trabajando en un artículo sobre Julian Mars, con quien tengo entendido que has trabajado recientemente. Me interesaría conocer tu punto de vista. Podemos comunicarnos por el medio en que te sientas más cómoda, ya sea a través del teléfono, por correo electrónico o en persona. Espero tener noticias tuyas pronto.

No significa nada, me digo inmediatamente. Tiene que haber más de mil razones por las cuales alguien pudiera estar interesado en escribir un artículo sobre Julian Mars; lo único que necesito es saber por qué se han puesto en contacto con una modelo desconocida que ni siquiera vive en Nueva York, ya que ahora mismo no se me ocurre nada que contarles que pueda ser de interés. Nada excepto…

Me invaden unas náuseas incontenibles, recorro el pasillo dando tumbos hasta el cuarto de baño y caigo de rodillas delante del inodoro. Me dan arcadas, vomito…, pero no echo más que bilis. Cuando termino, me dejo caer sobre la pared con la cara manchada de lágrimas y mocos, exhortándome a despertar, pues no entiendo cómo puede estar sucediendo esto si no es en sueños. No se lo conté a nadie. No dije ni una palabra y, aunque fingir estar bien no es lo mismo que estar bien de verdad, me he controlado. Pero ahora…

Toso y me limpio las comisuras de los labios con la camiseta. Ahora lo único que sé es que no puedo estar en casa cuando Marika vuelva. Me envió un mensaje muy largo y extraño cuando aún estaba en la galería, diciendo que la habían llamado para una sesión fotográfica con la que no contaba, pero quería saber si estaba libre esta noche y si iba a estar en el apartamento. Hasta me mandó un beso, que me pareció tan desconcertantemente impropio como lo detallado del mensaje. Ahora caigo en la cuenta de que la periodista debió de escribirle antes que a mí. Se presentará en casa con ganas de hablar del asunto; puede que ya sospeche algo y no quiero mentirle, pero no puedo hablar de ello. No puedo, no puedo…

No puedo quedarme aquí.

Todavía sigo temblando cuando pulso el botón del intercomunicador del apartamento de Ezra. Sé que lo más seguro es que no esté; me dijo que esta noche tenía planes y no le escribí para preguntarle si podía venir, pero…

—¿Sí?

A través del altavoz su voz suena distorsionada y con un deje de perplejidad. Pero es él; es Ezra, y solo con escuchar su voz experimento un alivio instantáneo.

—Hola —digo—. Soy… Soy Audrey. Ya sé que esto es una locura y que me dijiste que estabas liado…

—Sube —contesta, y el intercomunicador emite un zumbido al tiempo que la puerta se abre.

Me deslizo hacia el interior con el corazón latiéndome con fuerza mientras subo. Cuando por fin llego al piso de Ezra, está paseando por el descansillo con botas y abrigo; la puerta del apartamento está ligeramente entreabierta. O acaba de llegar a casa o estaba a punto de salir.

—Sincronización perfecta —dice con una sonrisa extraña—. Dos minutos antes y no nos habríamos encontrado.

—Lo siento —le digo—. Puedo irme…

—No, tranquila —dice dejándome pasar cortésmente.

La cierra, se descalza y se quita el abrigo dejándolo caer al suelo. Hago lo mismo sin sacar el teléfono del bolsillo de mi cazadora. Marika sabe dónde estoy. Le mandé un mensaje con la excusa no excesivamente elaborada de que hacía demasiado frío en el apartamento, aunque, irónicamente, en este hace más frío aún.

Todas las ventanas están abiertas y parece que todos los cacharros que tiene Ezra están en el fregadero. La mesa de centro está repleta de vasos medio vacíos y cartones de comida para llevar y la única luz encendida es la del televisor, que suena a todo volumen en medio de la penumbra. Resultará extraño, pero es un alivio; mi desorden es igual que el suyo.

—Perdona todo esto —dice en voz baja—. ¿Quieres que te prepare un té, o…?

—¿Puedo tomar un poco de eso? —pregunto, y señalo una pequeña botella de vodka que está en el suelo—. Por favor.

De pronto, es lo único que me apetece: tomar algo que sabe fatal y sentirme mejor al hacerlo.

—Sí —responde tras una pausa—. Pero no sé si tengo algo con que mezclarlo.

No respondo; alcanzo la botella y me bebo un buen sorbo. Está horrible, obviamente, pero me obligo a tragarlo. Una vez, y otra más, hasta que Ezra se acerca como si fuese a quitármela, con una mirada de preocupación tan evidente que retiro la botella de la boca con los labios escocidos.

—Tenía que irme de casa —le espeto sin darle tiempo a abrir la boca—. No se me ocurrió ningún otro sitio a donde ir.

—¿Qué pasó? —pregunta inquieto—. Quiero decir…, ¿estás…?

—Estoy bien —respondo—. Es que… Marika venía para casa y quería hablar de algo que a mí no me apetecía nada, así que… —dejo la frase en el aire y bebo otro sorbo rápidamente antes de pasarle la botella a Ezra.

Pero la botella queda colgando de su mano.

—¿Sabe dónde estás?

—Sí —digo nada contenta con este súbito cambio de ambiente.

Hace un momento parecía muy relajado; soñoliento, o borracho, o las dos cosas. Pero, por lo visto, mi irrupción inesperada ha enrarecido la situación, algo que yo no deseaba en absoluto.

—Bien —dice tras unos instantes—. De acuerdo. Entonces, voy a hacer la cama.

—No quiero irme a la cama —digo, cayendo en la cuenta demasiado tarde de lo petulante que resulta—. Solo quiero esto.

Me dirige una mirada oscura y desconcertada.

—¿Esto? —repite perplejo.

—Eso —digo señalando primero la botella que tiene en la mano y después el salón—. Esto.

—¿Emborracharte en mi asqueroso apartamento?

—Claro. ¿Por qué no?

—Vale —responde con los hombros ligeramente caídos—. ¿Has venido para eso?

Me percato bruscamente de que lo he ofendido. He herido sus sentimientos y no sé cómo; el vodka ya se me ha subido a la cabeza y ahora todo me parece difuso e irreal.

—No…, no fue para eso. Para nada —me apresuro a responder—. Perdona. No pretendía insinuar nada parecido.

Por un momento, Ezra parece desconcertado. Después, baja la vista a la botella como si se hubiera olvidado de que la tenía en la mano.

—Ah —dice—. Entiendo.

—No, Ezra…

—No te preocupes —dice bruscamente meneando la cabeza con una sonrisa forzada—. Bebo demasiado. No voy a negarlo.

Vuelvo a sentir náuseas, pero no tienen nada que ver con el vodka que he bebido con el estómago vacío. Soy un horror de persona, una mala persona, presentándome aquí por las buenas e incitando a Ezra a emborracharse conmigo cuando estoy casi completamente segura de que tiene un problema con el alcohol. Egoísta, desconsiderada, estúpida…

—Lo siento —musito, de repente demasiado avergonzada para mirarlo a la cara—. No es… Solo quería decir que no tienes por qué hacer nada por mí.

No dice nada. El silencio se hace más profundo y de pronto me doy perfecta cuenta de que me gotea la nariz enrojecida por efecto del llanto y el frío. Me sorbo la nariz y, sin decir nada, Ezra deja la botella, se dirige hacia las ventanas abiertas y las cierra. «No tienes por qué hacer nada por mí». Vaya estupidez más absurda.

Súbitamente me siento muy cansada, a pesar de haber afirmado lo contrario hace solo unos segundos. Y muy pequeña.

—Tienes razón —digo entonces—. Dormir es la mejor idea. Perdona.

—No, perdona tú. —Suspira y se frota los ojos con fuerza mientras se acerca—. Estoy un poco raro; es el cansancio. Pero acuéstate tú en la cama. Busca lo que necesites en los cajones…

Sin embargo, se queda en silencio porque me he acercado a él y le he dado la mano. Esperaba que la tuviese fría, pero no es así, lo cual supongo que quiere decir que la mía está más fría.

—Podemos irnos los dos a la cama —digo sin pensar con la vista clavada en nuestros calcetines. Después, por si le he parecido demasiado descarada, añado—: Hace demasiado frío para que duermas aquí.

Por lo visto, he dejado los restos de instinto de autoprotección que me quedaban en mi apartamento y mis palabras quedan flotando en el silencio humillante que suscitan. Oh, pienso; me preparo para el rechazo más cortés del mundo cuando Ezra entrelaza sus dedos con los míos.

—Claro —dice con una voz tan dulce que sé que lo ha entendido —. Podemos ir los dos.

Lo cierto es que nunca he compartido cama con un chico. De hecho, nunca he compartido cama con nadie excepto mis padres, y solo cuando era pequeña y tenía una pesadilla. Pero no sé por qué resulta sencillo y natural deslizarme bajo las sábanas junto a Ezra, con su cuerpo tan solo a unos centímetros del mío. Se tumba dándome la espalda, como encerrándose en sí mismo, pero siento su tibieza, su calidez derramándose sobre el colchón como una estufa. Aunque no es suficiente. Quiero que me envuelva en él, que me atraiga hacia lo más hondo de su ser; quiero esconderme en su interior.

La lámpara sigue encendida, así que sé que no está durmiendo; el cuarto está inundado de su luz tenue y dorada. Oigo su respiración, demasiado suave incluso tratándose de él, lo que delata que necesariamente tiene que estar despierto. ¿Qué haría si le pidiera que me abrazara?

Pero, por el contrario, le digo con un hilo de voz:

—Gracias. Por todo.

Reina el silencio durante unos instantes y me pregunto si se habrá quedado dormido, cuando:

—No tienes por qué dármelas —responde en voz baja—. Lo único que desearía… es poder mejorar las cosas.

—Lo has hecho. Lo haces.

—Creo que no estamos hablando de lo mismo —dice. Cambia de postura y se vuelve hacia mí.

Tiene la misma expresión ingenua de aquella noche en la galería, la mirada intensa y suplicante.

—Puede que no —confieso con una punzada de culpabilidad por haberle ocultado tantas cosas—. Pero no creo que eso importe.

—¿No?

—No. Estás aquí. Eso mejora las cosas.

Ezra deja escapar un suspiro entrecortado y después cierra los ojos con fuerza como si le doliera algo.

—Dios —dice en tono suave—. No te imaginas cuánto me gustaría creerte.

Y él no se imagina cuánto lo deseo. Sin embargo, me quedo sin palabras con demasiada frecuencia; por eso lo único que hago es deslizarme sobre el colchón, apoyar tímidamente la cabeza en su hombro y ponerle una mano en el pecho. Responde acariciándome la nuca, introduciendo los dedos entre mi pelo con aire distraído y besándome en la sien con tanta ternura que empieza a picarme la nariz a causa del llanto inminente.

Hay un mundo fuera de este cuarto, pero no lo siento así; ya no. Una parte de mí desearía no volver a sentirlo.



EZRA



—No. Me tomas el pelo.

—¡No! —exclama Audrey entre risas—. Era mi película favorita cuando era pequeña.

—Entonces, ¿no veías películas infantiles de verdad?

—No es una película que no puedan ver los niños.

—¡Toda la familia sale del país perseguida por los nazis! ¡Tiene que dejar atrás su vida entera!

—¡Pero se tienen unos a otros! ¡Es un bonito final!

—Si tú lo dices… Sinceramente, me interesa más saber qué tenía el capitán Von Trapp para que te enamoraras de él.

—¡No pienso darte explicaciones! No hasta que me cuentes quién fue tu primer amor.

—¿Has visto *10 razones para odiarte*?

—Oh, Dios. ¿Julia Stiles?

—Kat, sí. Era guapa y arisca. Eso me gustaba.

—Eso es muy revelador.

—Por supuesto, psicoanalízame. Eso también me gusta.

Audrey me da un codazo en las costillas y me agarro el pecho fingiendo dolor, medio quejándome y medio riéndome. No tengo ni idea de cómo hemos terminado hablando de enamoramientos formativos; antes de llegar a ellos, habíamos estado hablando de

cosas que no pensábamos volver a comer. Y antes…, no lo sé. ¿De música, quizá? Es muy muy temprano y, aparte de una resaca incipiente, todo es agradablemente confuso. Y Audrey está en mi cama. Todavía estoy intentando asimilarlo.

—No te he hecho daño de verdad, ¿no? —dice escrutándome.

—Puede que sí. —Y me palpo—. He oído un crujido. ¿Eso es normal?

—Muy gracioso. —Sonríe y está tan adorable que automáticamente aparto la vista.

Dada la situación, no me parece ético estar tan feliz porque ella esté aquí. Pero es tan cercana y tan dulce y está preciosa con el pelo claro revuelto y una arruga del almohadón visible en su mejilla sonrosada. También huele a menta; sentí que se movía y la oí dirigirse al baño a lavarse los dientes cuando —presumiblemente— creyó que me había dormido. Yo debería haber hecho lo mismo, casi seguro.

—¿En qué piensas? —pregunta—. Te has puesto muy serio.

—Soy un chico serio —respondo volviendo a mirarla—. Pero… en que esto es muy bonito, supongo.

—Ah, ¿sí? —dice subiendo ligeramente la entonación.

—Sí —digo—. Siento que todo esté desordenado.

—Ah. ¿Yo también?

—No —respondo rápidamente—. Pero, escucha…, ¿lo estás?

—He estado mejor. —Esboza una leve sonrisa—. Pero eso no justifica que me esté aprovechando de ti.

—¿Aprovechando? —Me echo a reír—. Qué fuerte.

—No creas. No hago más que venirme abajo y refugiarme en ti. Quedarme a dormir aquí. Ponerme tu ropa. Comerme tu comida…

—Ponte lo que quieras. Come todo lo que haya. Roba todas las toallas de la casa…

—¡Te las voy a devolver!

—Me da igual. Ya te lo dije, puedes quedarte para siempre. No me gusta nada vivir solo.

—¿En serio?

—Sí. Antes tenía compañeros de habitación. En el internado compartí con un chico que se llamaba Dev. Después con Hugo.

—Oh. Yo conocí a un Hugo.

—¿Sí? ¿Y era la peor persona del mundo?

—¡No! —exclama riendo—. Era un cielo.

—Entonces, debe de tratarse de otro Hugo. ¿El que tú dices era tu novio?

—Por supuesto que no —contesta, pero el rubor de sus mejillas sugiere lo contrario.

—¿Fue amor? —insisto—. ¿Se parecía al capitán Von Trapp?

—¡Nos besamos una vez y no se parecía a nadie! ¿Te importa?

—No —miento como si no odiara con todas mis fuerzas a ese desconocido sin rostro—. Simple curiosidad.

—Fue hace mucho tiempo. O…, por lo menos, me parece mucho tiempo.

—Supongo que es relativo. Quiero decir…, que parece que tú llevas mucho tiempo aquí.

—Sí —dice con el ceño ligeramente fruncido—. Y ha sido una pasada. Hay muchísimas cosas que me encantan de esta ciudad.

—Incluyéndome a mí.

—Exactamente. —Sonríe—. Me alegro de que lo hayas dicho y así no tener que decirlo yo.

—Sin embargo, me da la impresión de que ahora viene un «pero».

—Pero… sé que no es mi vida real —dice con un suspiro—. Y en casa, mis padres… La verdad es que apenas he hablado con ellos desde que llegué. Me hace sentir fatal, pero es como una paradoja extraña, porque hablar con ellos me hace sentir todavía peor; sobre todo con mi madre. Ella… —Deja media frase en el aire y aprieta los labios como si acabara de decir algo terrible.

—Ella ¿qué? —pregunto con curiosidad.

Audrey me mira con gesto de preocupación en sus grandes ojos.

—Da igual. No tenía que… Lo siento. ¿Podemos cambiar de tema?

Ah. Es una idea errónea con la que me he encontrado varias veces; la gente cree que, como mi madre murió, cualquier referencia al concepto más amplio de maternidad me resultará doloroso. Pero no funciona así; al menos, no conmigo. Es algo más complicado; ella era más complicada, lo cual supongo que puede aplicarse a cualquier madre o padre.

—No te preocupes —digo con toda naturalidad—. Que mi madre haya muerto no significa que las demás madres no puedan criticarse.

—Pero aun así —dice Audrey en tono suave—. No creo que con el tiempo todo sea más fácil.

—No —confieso—. No especialmente.

—¿Quieres…? ¿Es un tema del que quieras hablar?

—Bueno…, a veces sí, lo reconozco. Pero no es fácil. Es que… ni siquiera a nivel semántico. Mucha gente tiene opiniones muy firmes sobre qué palabras se deben utilizar o no. No es que no sean válidas, pero es que… Sí. Es difícil tratar el tema en muchos aspectos.

Dios, ¿qué estoy diciendo? ¿«A nivel semántico»? Parezco un psicópata, y eso que ha sido una expresión bastante torpe teniendo en cuenta que he conseguido evitar la única cosa que estaba intentando decir. Seguro que Audrey se percata de a qué aludía, pero…

—¿Fue…, estuvo enferma durante mucho tiempo? —pregunta con tacto.

Trago saliva, es más duro de lo que imaginaba. Nunca hablé de estas cosas con Edie. Lo sabía, por supuesto, pero cuando empezamos a intimar le dije que no quería tocar el tema. Después, más adelante, cuando empecé a considerar que quizá sí quería tocarlo, me pareció demasiado tarde.

—Hum…, sí —contesto a duras penas, aunque empiezo a sentirme claramente descentrado—. Desde que era joven, creo. Por lo visto, hubo algo en el posparto, pero… no sé. Tuvo altibajos. Lo intentó con un montón de médicos, con un montón de fármacos. Y hubo temporadas bastante largas en las cuales todo iba bien, pero…

Se me hace un nudo en la garganta que aprisiona mis palabras. Me incorporo de inmediato, dominado de pronto por una agobiante sensación de pánico.

—Lo siento mucho —dice Audrey rápidamente incorporándose para seguir a mi lado—. No tenemos por qué hablar de ello. Perdona si te he presionado.

—No te preocupes —respondo al instante mientras comprimo el esternón con los nudillos con aire ausente. Me provoca un ligero dolor, lo cual es bueno; una sensación completamente distinta de lo que acaba de ocurrir, fuera lo que fuera.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Un vaso de agua?

—Estoy bien. Debería ser capaz de hablar de todo esto —digo algo avergonzado, pero rotundo. Audrey se muerde un labio—. Estoy bien —repito—. No te preocupes.

No estoy bien. Me encuentro fatal, la ansiedad me marea; es como si de alguna manera la hubiera desencadenado yo al hablar, a pesar de que ocurrió hace más de seis años. Dios, qué hipócrita soy; aquí estoy, deseando conocer cada pequeño detalle de la vida de Audrey, pero en el momento que intento compartir algo con ella sufro un enorme colapso emocional. Ni siquiera estoy seguro de por qué deseo tanto que lo sepa, pero lo deseo. Lo deseo con todas mis malditas fuerzas.

Vuelvo a tumbarme en la cama, pero lo único que consigo es sentirme como si estuviera en el diván de un psicoterapeuta. Sin embargo, Audrey se tumba junto a mí y se pone de lado; hago lo mismo y quedamos cara a cara, más cerca que antes. Sigue dándome demasiada vergüenza mirarla a los ojos, pero entonces ella apoya una mano en mi pecho, como hizo anoche.

—¿Te molesta? —pregunta con delicadeza mientras extiende los dedos en el mismo lugar en que estaban los míos hace unos instantes.

—No —respondo con voz ronca—. No, hum…, me sienta bien.

«Bien» se queda bastante corto. Es como si una calma absoluta se hubiera apoderado de mi cerebro y el contacto de su mano obligara a mi interior a respirar con normalidad.

—Nunca he hablado de esto con nadie —confieso después—. Ni con mi familia. Ni con amigos. Ni siquiera con profesionales colegiados.

—¿Ni con Caroline? Creí que estabais muy unidos.

—Más o menos. Sinceramente, somos todos muy distintos. Estuve a punto de no volver del internado.

—¿Echas de menos aquello?

—¿El internado?

—Inglaterra.

—Oh. La verdad es que sí. ¿Me metes en tu equipaje de mano?

—Si no fueras tan alto…

—Lo digo en serio.

—No, no lo dices en serio. —Baja la vista con una sonrisa triste—. Hay demasiadas cosas que te retienen aquí.

—De momento, puede que sí —reconozco—. Pero quizá no importen tanto.

—¿No?

—No. Por lo menos a mí. Tienes la facultad de hacer que el océano parezca un detalle sin importancia.

Vuelve la mirada hacia mí con las pupilas tan dilatadas que apenas se le ve el iris. Entonces, me doy cuenta de lo que acabo de decir; que, por mucho que le pregunte cuándo se va, nunca he admitido abiertamente que no importa que se marche. A ver, preferiría que no se fuera, obvio, pero podría irse mañana mismo a una colonia en la luna y yo propondría mantener una relación a larga distancia. Maldita sea, alquilaría el primer cohete que lanzaran para reunirme con ella.

—Bueno… Quizá no haga falta hablar del océano —dice con voz suave y vacilante—. Marika quiere quedarse. Me pareció una locura la primera vez que lo dijo, pero ahora…, ahora no estoy tan segura.

Marika. Al principio no entiendo la sacudida de temor que siento al oír su nombre. Me cae bien Marika. Y yo le caigo más o menos bien.

Pero después recuerdo…, recuerdo lo que ahora sabe. Lo que sabe porque yo se lo conté, y que inevitablemente le contará a Audrey en cuanto la vea.

Audrey, tumbada a mi lado, tan cerca que podría contarle las pecas. Fui un auténtico estúpido al pensar que podría protegerla, porque ahora veo con una claridad desgarradora que lo único que he hecho es traicionar su confianza. Lo sé; lo he sabido siempre, y sin embargo me he permitido olvidarlo durante esos intervalos de felicidad. Pero esto se tiene que acabar. Tengo que contárselo todo.

Cada momento que pasemos juntos me estará envenenando si no lo hago.

Me mira con los labios entreabiertos. El corazón me sigue latiendo con fuerza y también con la intención aparente de impulsarme hacia delante para llegar hasta ellos…

—¿Tienes hambre? —le espeto en vez de hacerlo.

Cambia rápido de expresión y parece como si algo en el fondo de sus ojos se hubiera encogido, desanimado.

—Claro —responde tras una pausa con una leve sonrisa forzada mientras retira la mano.

La he herido. He herido sus sentimientos y necesito reunir cada molécula de la fuerza de voluntad que no tengo para no acercarme, atraerla hacia mí, besarle los labios e implorar su perdón…

Ahora se aparta y se queda mirando al techo. Observo su perfil en silencio, y deseo de corazón estar haciendo lo correcto.

Y, si no es así, que encuentre la manera de perdonarme.



AUDREY



Ezra vuelve a preparar huevos al nido con una yema perfecta que derrama oro cuando la pincho con el tenedor. Me lo como todo, bebo una taza entera de café solo. Quiero que todas las mañanas del resto de mi vida sean así; quiero que esta sea también mi vida. Que la cocina desordenada sea nuestra cocina; los platos rojos descascarillados, nuestros platos. No quiero volver al triste y pequeño apartamento que huele a humedad y desesperación. No quiero encontrarme cara a cara con Marika y hablar de todo lo que preferiría olvidar. Quiero ser la chica que vive aquí.

Sería más fácil perderme en esta fantasía si Ezra no llevara cinco minutos con la mirada perdida y el ceño fruncido.

—Estaba buenísimo —le digo mientras me limpio los labios con una servilleta arrugada del restaurante—. Gracias.

—No hay de qué —responde relajando la expresión momentáneamente.

Me pregunto si recuerda lo abrazados que estuvimos anoche. Me desperté de madrugada con su pelo sobre mi cara, y solo cuando me moví para apartarlo y noté su tacto suave fui consciente de que no era el mío. Estaba prácticamente encima de él, con una pierna sobre su cuerpo, su brazo descuidadamente sobre mi cintura. Pero yo estaba medio dormida y nada me pareció especialmente extraño, así

que me dejé llevar de nuevo por el sueño, mecida por el ritmo constante de su respiración.

Pero esta mañana no quiere besarme. Iba a hacerlo y después cambió de idea, no sé por qué.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —pregunta de pronto.

—Hum…, me da igual —respondo dolida—. ¿A qué hora me quieres fuera de aquí?

—No es que quiera…, en absoluto. Pero supuse que tendrías cosas que hacer.

Asiento en silencio. Sabe que estoy evitando a Marika por todos los medios. Quizá ahora le parezca irresponsable e impulsiva y esté intentando librarse de mí con la mayor delicadeza posible. ¿Y si ha considerado todo esto como algo poco serio y lo he asustado dándole a entender que quiero quedarme en Nueva York?

—Supongo que sí —respondo.

Tamborilea suavemente la mesa con los dedos.

—Podemos ir andando —dice casi como si hablara consigo mismo —. Hace muy bueno. Podemos seguir la ruta con mejores vistas. Pasear y charlar.

—Claro —contesto desconcertada—. Oye…, ¿recuerdas haber visto mi teléfono anoche?

El mensaje de la periodista lleva toda la mañana planeando alrededor de mis pensamientos. Me vuelve a subir la bilis a la garganta ante la perspectiva de tener que enfrentarme a él.

—No —niega Ezra—. ¿Quieres que lo busque?

—Seguramente estará en el dormitorio —digo poniéndome en pie y deseando que me hubiera permitido posponer la realidad un poco

más. Es injusto, lo sé. Ezra es tan generoso que la mayoría de las veces no sé cómo reaccionar.

Entro en el cuarto sin hacer ruido. Mi teléfono no está a la vista, así que centro la atención en la cama y retiro la colcha y las mantas. Lo veo debajo de una almohada, pero cuando lo saco me doy cuenta de que es el de Ezra. La pantalla se me ilumina en la mano y descubro una hilera de notificaciones; estoy a punto de dejarlo encima de la cama cuando leo mi nombre entre ellas.

Siento que me quedo paralizada e instintivamente dirijo la mirada a la puerta. Ezra está en la cocina; lo oigo lavar los platos en el fregadero. No, me digo; pero es demasiado tarde. Acerco la pantalla y empiezo a leer:

Mac
22:42
marika me pidió tu número y se lo di. hice bien?

DESCONOCIDO
22:45
Necesito hablar con
Audrey, pero no responde.
Sé que está contigo.
Por favor, dile que me llame.

DESCONOCIDO
22:49
LLAMADA PERDIDA

DESCONOCIDO
22:51
Por favor, contesta.
Es sobre Julian.

—¿Lo has encontrado?

La voz de Ezra resuena en el pasillo. Me sobresalto y se me cae el teléfono. El borde golpea el somier y cae al suelo con estrépito. Sé que debería recogerlo, pero no soy capaz. Oigo los pasos de Ezra…

—¿Estás bien? —pregunta cuando aparece en la puerta.

Me quedo mirándolo en silencio; apenas puedo coordinar mis pensamientos, así que mucho menos una frase. A lo mejor estoy dormida. A lo mejor aún no he despertado y todo esto no es más que un sueño angustioso e increíblemente vívido.

—¿Audrey? —insiste acercándose.

Entonces, ve el teléfono; lo mira y después me mira a mí.

Se agacha para recogerlo. Se le ilumina en la mano como había hecho en la mía y se le cae un mechón de pelo sobre la frente cuando se endereza y observa la pantalla en silencio.

—¿Qué está pasando? —pregunto sorprendiéndome por el tono calmado de mi voz. Pero tengo que mantener la calma porque es imposible que sepa nada con seguridad. Piensen lo que piensen él y Marika, nunca le conté nada a nadie. Es imposible.

—Lo siento —empieza a decir con voz ronca—. Yo no… Iba a decírtelo… —Deja la frase sin terminar y me mira a los ojos.

Está muy pálido y no pestañea; le sostengo la mirada intentando por todos los medios fingir perplejidad.

—Yo… conocí a alguien que me contó el tipo de persona que era Julian —continúa con voz tensa—. Y no te lo dije porque no quería disgustarte. Creí… Lo de aquella noche en su apartamento…

—No sé de qué estás hablando —interrumpo—. Yo…

—Hablé con Marika —dice Ezra en voz baja—. Mencionó una sesión fotográfica en su estudio…

Retrocedo como si me hubiera dado una bofetada y mi visión se vuelve borrosa; cuando soy capaz de enfocarla de nuevo, lo único que veo es el rostro pálido de Ezra y los tendones que le sobresalen en el cuello. Diría que está enfadado si no fuera porque nunca le había visto una mirada tan tierna, tan cargada de compasión.

En ese momento, me doy cuenta de que quizá no importe que nunca le haya contado nada porque lo ha visto. Me ha visto llorar, vomitar aterrorizada; luego está Marika. También lo ha visto y es mi maldita compañera de cuarto. Si hablaron e hicieron encajar días y sucesos…

Mi disimulo cuidadosamente elaborado se viene abajo de golpe. Ezra lo sabe y da igual con qué insistencia le asegure que no ha pasado nada; no me va a creer.

—Lo siento —repite en voz tan baja que apenas lo oigo—. Lo siento mucho.

Una lágrima me baja por la mejilla y me sorprende. No siento tristeza. No sé qué siento ahora mismo.

—Probablemente no sea para tanto… —empiezo a decir; pero no termino la frase porque de pronto hundo la cara en el pecho de Ezra y él me abraza.

Me abraza tan fuerte que podría dejar que mis piernas se separasen del cuerpo y aun así me mantendría erguida, sostenida por su abrazo. Siento que su corazón late tan fuerte como el mío. Más fuerte, quizá, y no quiero que me suelte. Me asusta que, cuando lo haga, vuelvan a invadirme todas las emociones, y ahora mismo no siento nada excepto el calor de su cuerpo, su insistencia. Lo sabe, lo sabía y está aquí. ¿Son hechos inconexos o están relacionados? En este momento no soy capaz de encontrarles sentido. Tampoco sé si importa.

Lo sabe. Y Marika también.

—Tengo que encontrar el teléfono —me oigo decir con voz amortiguada—. Marika estará preocupada.

Ezra relaja los brazos y en ese mismo instante me arrepiento de haber hablado.

—De acuerdo —dice con voz áspera—. Sí… Sí, claro.

—Es importante —digo a duras penas—. Una periodista… me mandó un mensaje y probablemente haya escrito también a Marika…

—¿Una periodista?

—Sí, hum… Algo relativo a Julian.

—Ya. Mmm…, ¿qué periodista? —pregunta, y me quedo mirándolo.

Es una pregunta extraña. Y más extraña aún la expresión de su rostro.

—Es que… conocí a una periodista que me habló de Julian —explica con voz entrecortada—. No sabía que lo era cuando empezamos a hablar, pero… puede que haya dicho tu nombre…

De pronto sus palabras suenan distorsionadas. Sigue hablando y lo veo mover los labios, pero no entiendo lo que dice. Es como si toda la sangre de mi cuerpo se me hubiera subido de repente a la cabeza; me tambaleo hacia atrás y al mismo tiempo él se mueve hacia delante, supongo que para ayudarme a mantener el equilibrio.

—¿Le hablaste de mí a una periodista? —pregunto casi atragantándome con las palabras y levantando un brazo para detenerlo.

>Me mira desconcertado, con el ceño fruncido.

—No —dice—. No tenía esa intención…

—¿Tú y Marika habéis… organizado esto? ¿Antes incluso de hablar conmigo?

—No, Audrey. No, las cosas no fueron así… Fue una casualidad…

De repente, me muevo, salgo del cuarto y recorro el pasillo a grandes zancadas. No puedo seguir aquí, no puedo oír esto, pero Ezra sale detrás de mí, todavía hablando, todavía intentando explicar…, pero ¿explicar qué? ¿Qué puede justificar esto?

—Audrey… Audrey, iba a decírtelo —suplica pegado a mis talones —. Te juro que iba a contártelo todo en cuanto saliésemos del apartamento.

—¿Y por qué ibas a contármelo tú? —grito volviéndome hacia él—. ¡No tienes ni idea! ¡No sabes…, nadie sabe nada! ¡Nada! Estoy gritando.

Estoy gritándole y quiero que él también me grite, que me provoque para que dé rienda suelta, aunque solo sea a una fracción

de cada maldito pensamiento que me he estado tragando. Pero se limita a quedarse mirándome con los ojos muy abiertos, la mirada húmeda y dolida, y lo odio por eso. Lo odio y pienso en darle un empujón; después… veo que la compasión que expresa su rostro se convierte en estupor. Se me crispan las manos y…

—Lo siento —dice con la voz quebrada; y la vergüenza es horrible e inmediata y mucho peor que la ira.

Le doy la espalda, me pongo las deportivas y al recoger la cazadora noto un peso en el bolsillo izquierdo: el teléfono. Me olvidé de que estaba ahí, igual que me olvidé de que esta no era mi vida. De que Ezra es un desconocido.

Cierro los dedos sobre la manilla de la puerta y me voy.



EZRA



—Ah, hola.

La chica morena que abre la puerta del apartamento de Mac sonríe con un porro arrugado entre los dedos; lleva un vestido rosa y una americana ridículamente grande.

—Hola —saludo indeciso—. ¿Esta es la casa de Mac?

—No puede seeeeeeer. —Arrastra las palabras y amplía su sonrisa —. ¿Eres británico?

—Más bien —respondo, y ella ríe como si hubiera dicho algo gracioso.

—Mac me comentó que había invitado a alguien —explica mirándome con los ojos entornados—. Seguro que eras tú. ¿Eres actor?

—Trabaja en el restaurante. —Mac aparece de la nada y le quita el porro—. ¿Puedes dejar de pasear esto por el vestíbulo? Se nos van a volver a quejar los vecinos.

Nos hace pasar y cierra la puerta con el ceño fruncido. La chica sonríe sin alterarse y se apoya sobre ella.

—Se preocupa demasiado —dice echándose el pelo sobre un hombro—. Por cierto, soy Courtney. Vivo aquí.

—Ezra —contesto sin prestar mucha atención, distraído por un televisor antiguo y pequeño en un rincón de la sala sin muebles.

Están poniendo una película, pero nadie presta atención y la música impide oír los diálogos. *El apartamento*; la escena de la fiesta de Navidad. Me encanta esa película. Me la descubrió mamá. Y yo se la descubrí a Audrey. Después…, después, nada. Quizá ni siquiera esté puesta la televisión. Quizá sea la crisis nerviosa definitiva.

—¡Ezra! —exclama Mac con cierta insistencia.

Lo miro sobresaltado.

—¿Perdona? —pregunto.

Me estudia con cara de incredulidad; me doy cuenta de que seguramente lleva algún tiempo intentando que le preste atención.

—La mano —dice—. ¿Qué ha pasado?

Courtney baja la vista y su boca forma una «o» perfecta de sorpresa.

—Ah. Un accidente tonto. —Y la flexiono ligeramente.

Está un poco rígida y tiene una pinta horrible; tengo los nudillos de color rojo púrpura, abiertos y llenos de sangre seca. Cuando Audrey salió de mi casa por —estoy seguro— última vez, me vi reflejado en la superficie brillante del frigorífico; mi maldita cara de idiota, contraída de vergüenza y pánico. La oleada de autodesprecio fue tan inmediata y abrumadora que ni siquiera recuerdo el puñetazo.

Tonto, sí, pero técnicamente no un accidente.

—Tienes que cuidarte eso —dice Mac muy serio.

—Está bien —respondo—. Lo he desinfectado.

Traducción: eché vodka por encima. Y luego me bebí el resto, porque está claro que eso sí lo hice. Llevo todo el día bebiendo y entrando y saliendo de un estado de inconsciencia, paralizado por la maldita falta total de motivación para hacer cualquier otra cosa.

Después, me escribió Mac y de pronto me entraron unas ganas tan desesperadas de no estar solo que paré un taxi y me vine para acá directamente.

—No, tío. Hay que vendarlo —afirma Mac poniéndome una mano en la espalda y haciéndome salir de allí.

Courtney emite un ruidito poco entusiasta de protesta, pero Mac no le hace caso y me guía entre grupos numerosos y compactos de invitados; más de los que su apartamento puede acoger razonablemente, por lo que parece. Es un lugar desangelado, de techos bajos, y todas las paredes están pintadas de un verde pálido enfermizo. La habitación de Mac está al final de un pasillo estrecho y me dejo caer en su cama al tiempo que cierra la puerta; está limpio y ordenado, pero no tiene ventanas. Las velas aromáticas no logran enmascarar el olor a humedad.

—¿Courtney es la chica del cumpleaños, entonces? —pregunto mirando un misterioso parche marrón en el techo.

—Sí —responde mientras revuelve en un cajón—. Todo este asunto de la fiesta fue una liada, por cierto. Hoy hice doble turno y lo único que quería era llegar a casa, ponerme morado de carbohidratos y ver *Las chicas Gilmore*.

—¿Organizaron la fiesta sin avisarte?

—Pero afirman que es una sesión de improvisación que «se les fue de las manos». Incorpórate.

Obedezco, se sienta en la cama junto a mí y abre un paquete de papel de aluminio de toallitas antibacterianas.

—Te va a escocer. —Alcanza mi mano y me la pasa dando toquecitos suaves en los nudillos hinchados; escuece, pero no mucho.

Lo observo limpiar la sangre, algo avergonzado al pensar que hasta este preciso momento no me había dado cuenta de lo afortunado que soy de tenerlo como amigo.

—¿Qué pasó? —pregunta con delicadeza.

—Nada. Que hice el idiota. Y la verdad es que no me apetece hablar de ello, así que…

—Pues deberíamos. Si estás sufriendo problemas de ira…

Suelto un bufido de burla. Mac me mira con determinación.

—Te rompieron la nariz en una pelea —dice muy serio.

—Exactamente. Me la rompieron. Fue él quien me dio el puñetazo.

—¿Y quién empezó? —replica; lo cual, por desgracia, no tengo forma de rebatirle—. Si sufres irascibilidad, debes abordarla —continúa—. Debes averiguar qué es exactamente lo que sientes y dejar de intentar pisotearlo. Te lo digo por experiencia.

—¿Tú? Venga ya.

—Yo no. Mi hermano.

—¿Tienes un hermano?

—Sí —dice como sin darle importancia mientras saca una gasa.

Observo cómo la sujeta con destreza y la hace pasar entre mis dedos. No es la primera vez que lo hace, de eso no me cabe duda.

—¿Está…? —empiezo a preguntar con tiento, pero Mac me interrumpe con un movimiento de cabeza.

—No quiero hablar de ello —contesta. Después, tras una pausa, añade—: Pero gracias.

Se oyen unos golpecitos rápidos en la puerta. Mac hace un gesto de fastidio.

—Esa es Courtney. Llama, pero nunca espera.

La puerta se abre y ella asoma la cabeza.

—¡Siento la interrupción! —Sonríe y no tiene ninguna pinta de sentirlo—. Una de mis amigas tiene una audición para una obra de teatro la semana que viene y está sufriendo con el acento británico. O sea…, es Eliza Doolittle cuando debería ser Mary Poppins, ¿entiendes? ¿Podrías ayudarla?

Se produce un silencio tenso hasta que me doy cuenta de que me lo está preguntando a mí.

—Ah, mmm…, claro —logro responder; asiento con la sensación de que mi cabeza pesa un quintal—. Puedo intentarlo.

—¿En serio? ¡Sería genial!

—Sí, genial. ¿Nos das un minuto? —pregunta Mac con brusquedad.

Courtney mantiene la sonrisa, pero consigue lanzar a Mac una mirada más o menos asesina antes de retroceder y cerrar la puerta con un chasquido.

—Ese es el *modus operandi* de Courtney —dice Mac rotundo—. Solo es una excusa para sentarse en tu regazo y acariciarte el pelo.

—Diría que estás en deuda conmigo, pero… —Levanto la mano, ya vendada.

Mac no sonríe.

—¿Qué pasó? —pregunta—. Te has lesionado la mano, pero estás horrible…, que no te siente mal…

—Para nada.

—… y es obvio que estás borracho. ¿Ha pasado algo con Audrey?

Audrey. Podría beberme cada gota de alcohol que hay en este apartamento y no sería suficiente para borrar el recuerdo de su cara cuando se enteró de lo que había hecho.

—No —respondo algo despejado por su repentina clarividencia—. Nada de eso.

—Entonces, ¿qué?

—Nada. Me emborraché y le di un puñetazo a la nevera. Cosas que pasan.

—Cosas que pasan —repite—. Muy bien. No insisto.

Pero le importa demasiado como para dejarlo pasar y me gustaría poder explicarle por qué no merezco nada de esto: su preocupación, su amabilidad, su tiempo. Pero, sobre todo, necesito su compañía. Necesito ruido.

—Que le den a la fiesta —dice—. Vamos a por una *pizza* y a parapetarnos aquí. Y a ver *Las chicas Gilmore*. Te va a horrorizar. Será divertido.

—Van a decir que estamos enamorados.

Mac se ríe y resulta agradable. Igual que su propuesta; si yo fuera un ser humano funcional, probablemente la aceptaría. Pero no he venido a pasar una noche tranquila de *pizza* y tele, y, en cuanto salgamos de esta habitación, voy a dejar que Courtney y sus cohortes me arrastren. Pueden imitar mi acento, sentárseme encima; no me importa, siempre y cuando me sienta anulado mientras lo hacen. Y al final terminaré perdiendo el conocimiento en algún sitio; donde sea, siempre y cuando no tenga que volver a mi apartamento esta noche. A la oscuridad y a las sábanas que huelen a Audrey.

Creo que probablemente la quise, por ridículo que suene. Y que intenté ocultármelo, igual que procuré convencerme de que la conexión que existía entre nosotros no era nada fuera de lo común. Nuestros encuentros «casuales», toda esa serie de sincronicidad y

coincidencias fortuitas, no quise reconocerlos más que como meras coincidencias, porque tomármelos de otra forma significaría reconocer al destino como una cosa distinta de un cuento de hadas reconfortante de los que la gente echa mano para intentar sentirse mejor con sus vidas horrorosas. Cualquier forma de ver la vida que pueda formular la pérdida de mi madre como inevitable siempre ha sido para mí completamente inaceptable, pero ¿y si nunca fue tan trascendente? ¿Y si solo fue algo tan sencillo y pequeño y absolutamente milagroso como una simple parte de una secuencia?

No es que ahora me importen. Las cosas que dijo Audrey antes de marcharse; peor aún, la expresión de sus ojos. Olvidemos el dolor, la ira; fue ese desconcierto doloroso y palpable lo que me mató. Fue como si me estuviera viendo —me estuviera viendo de verdad— por primera vez, y la horrorizó.

Me vio, me odió y se marchó. Y, Dios mío, me odio a mí mismo por ser lo bastante estúpido como para creer que no fue inevitable.

AUDREY



Anoche soñé que iba nadando por la ciudad.

Los edificios eran los mismos, pero donde deberían estar las calles había agua, oscura y turbia. El cielo también estaba oscuro y Ezra nadaba por delante de mí; veía su cabeza subir y bajar a lo lejos. Yo intentaba darle alcance sin conseguirlo y lo llamaba una y otra vez. Sin embargo, mi voz no llegaba hasta él. Ezra no sabía que yo estaba allí y cuando desperté tenía la cara bañada en lágrimas. Parecía tan real que tardé unos segundos en caer en la cuenta de dónde estaba en realidad.

El dónde es un hotel. Elegí uno muy agradable y pedí la habitación más alta que tuvieran disponible. Supongo que quería disfrutar de la sensación de que nada malo podría llegar hasta aquí arriba. No ha funcionado, pero por lo menos las vistas son impresionantes. Anoche la luz del sol del atardecer se derramó a través de los cristales pintando las paredes de naranja mientras comía patatas fritas del servicio de habitaciones envuelta en un albornoz esponjoso, todavía sonrosada y húmeda después de bañarme. Pero nada de eso llenó mi sensación de vacío.

Encendí el televisor cuando se hizo de noche. Estaba sintonizado en un canal de películas clásicas y comenzaban a salir los créditos de *El apartamento*. Me di cuenta con un sobresalto de que era la

película que fui a ver con Ezra y por instinto me incorporé para apagarlo. Pero no lo hice. Por el contrario, me sorprendí a mí misma subiendo el volumen sin apartar la vista de la pantalla mientras me hundía en el refugio envolvente de la cama amplia y blanca en la que todavía sigo. Deduje que no habría sido capaz de quedarme dormida en una habitación silenciosa y me convencí a mí misma de que esa era la única razón por la que continué viéndola.

Ojalá pudiera justificar una noche más aquí, pero no puedo. La habitación que compartí con Marika ahora está vacía. Estaba en el apartamento cuando volví ayer de casa de Ezra, sentada con las piernas cruzadas delante del espejo echándose máscara. Se quedó inmóvil cuando me vio junto a la puerta y después bajó el cepillo poco a poco.

—¿Qué te ha contado Ezra? —pregunté; cualquier intento de hacer un preámbulo habría sido absurdo.

—Lo que debería haberte contado a ti —respondió en voz baja volviéndose hacia mí—. Audrey…

—No me contó nada. Ninguno de los dos lo hicisteis.

—No tuve ocasión. Él…

—Habló de mí con una periodista. ¿Lo sabías?

Me miró con cara de asombro. Por lo visto, no.

—Fue ella quien le contó todo eso sobre Julian —continué—. Y luego él te lo contó a ti.

—Cosa que no debería haber hecho —dijo bruscamente—. La fastidió hablando conmigo antes que contigo.

—La fastidió hablando. Y cualquier cosa que pueda imaginarse…, cualquier cosa que tú puedas estar pensando… no es verdad.

En aquel momento seguía flotando en una extraña esfera de irrealidad. No exactamente adormecida, pero como distante de lo que estaba ocurriendo. Incluso había ideado una versión más aceptable de los hechos de camino al apartamento. Iba a decirle a Marika que «Julian intentó propasarse, sí, pero no ocurrió nada preocupante. Seguro que está acostumbrado a que las chicas caigan rendidas a sus pies».

Pero ya me había dado la espalda y se dirigía a la cama. Se agachó, metió la mano debajo de mi litera y me quedé helada incluso antes de que sacara la blusa de tirantes arrugada.

—Anoche encontré esto —dijo—. Lo llevabas puesto en la sesión de prueba. Lo vi en las fotos.

—Sí —dije—. Era del perchero.

—Me dijiste que no te había pedido que te pusieras nada del perchero.

—Me… Me olvidé de devolverlo. Me dio demasiada vergüenza decírtelo.

—Mientes fatal —dijo en tono suave, con una expresión de compasión descarnada pintada en el rostro.

Y en aquel momento la odié, igual que me había pasado con Ezra. La odié por leerme los pensamientos, por ser inteligente y fuerte y perfecta cuando yo soy débil, tonta…

De pronto me volví y busqué la mochila.

—No te vayas —dijo Marika—. Por favor, podemos hablar…

—Habla con Ezra —repliqué sobresaltándome al oír la dureza con que lo dije.

Acto seguido, me fui.

Me mandó un mensaje poco después de instalarme en el hotel para decirme que tenía el cuarto para mí sola, que iba a quedarse en casa de Nicole durante todo el tiempo que yo necesitara mi propio espacio. Hasta aquel momento no se me había ocurrido pensar que probablemente Marika habría pasado todo el tiempo con ella si no hubiera sido por mí. En cambio, pasó la mitad de las noches durmiendo en una litera chirriante en un cuarto frío y húmedo solo para que yo no estuviera sola.

No sé por qué tuve que ser tan cruel. Intentar convencerme de que Marika había actuado mal no me hizo sentir mejor, sobre todo al ver que fue la única que se mostró amable conmigo. Sin embargo, mis sentimientos sobre Ezra son mucho más turbios. No me ha llamado, no me ha escrito; creo que tampoco me apetecía que lo hiciera, pero una pequeña parte de mí se pregunta si quizá debería haber escuchado su explicación, haberle devuelto por lo menos una mínima fracción de la paciencia que ha derrochado conmigo. Ahora he tenido tiempo para pensar y no soy capaz de concebir una situación hipotética en la cual Ezra haya hecho lo que ha hecho de mala fe.

Una casualidad, dijo… Puede ser. Pero eso no altera el hecho de que yo no quería que se enterase y odio que ahora lo sepa. Odio que eso lo haya cambiado todo, porque ahora me doy cuenta de que yo tenía magia cuando nos conocimos. Yo llevaba vestidos resplandecientes. Desaparecía y aparecía en lugares maravillosos. Y no me hizo falta dejar un zapato ni un reguero de miguitas de pan para que me encontrara, porque él también tenía magia. Y esa sensación nunca desapareció. Nunca dejó de mirarme como si yo fuera un ser extraordinario o especial. Hasta que se enteró y me

convertí en un mero objeto digno de compasión. Un conejo con la patita atrapada en un cepo.

Inclino la cabeza hacia la ventana y contemplo el perfil de la ciudad. No sé a dónde ir cuando salga del hotel. No creo que pueda quedarme en esta ciudad, pero, aunque vuelva a casa, ya no soy la misma chica de la que mis padres se despidieron en el aeropuerto. No sé si podré acostumbrarme de nuevo a esa vida y tampoco sé si quiero. Estos últimos dos meses me he sentido más como una persona que en muchos años. Todo ocurrió demasiado rápido para que me diera tiempo a moldearme, a mostrar a los demás lo mejor de mí. Simplemente…, fui yo.

Fui, fui, fui. Ahora todo lo bueno se conjuga en pasado.

EZRA



—Tienes un aspecto horrible —dice Edie al tiempo que se encarama en la banqueta a mi lado y se quita el abrigo.

—Gracias. Te he pedido un rosado —le digo y empujo la copa en su dirección.

En cambio, ella está muy guapa con un vestido de punto gris y pintalabios rojo que un día le dije que me gustaba. Dudo que lo recuerde.

Hoy se supone que debía estar trabajando, pero me desperté en el suelo del cuarto de Mac con una resaca de proporciones bíblicas y ningún motivo aparente para seguir viviendo. Escribí a Romy con una excusa burda y me fui a tomar un té y mis *dumplings*, que logré retener en el estómago unos veinte minutos antes de vomitarlo todo en un callejón cercano. Después, me fui a casa poco menos que arrastrándome y logré dormir unas pocas horas hasta que volví a sentir ese horrible escozor bajo la piel. Y ahora estoy aquí, en el mismo bar donde Edie y yo volvimos a vernos después de tanto tiempo. Le llevaba una ventaja de dos copas cuando la llamé. No estaba seguro de si contestaría, pero lo hizo; ahora también está aquí y no sé muy bien cuál de los dos está más sorprendido por la situación.

—Bueno…, ¿cómo estás? —pregunto—. ¿Qué tal el trabajo?

—¿Te importa?

—Me interesa.

—¿Te interesa escuchar cómo organizo agendas y encargo flores?

—¿Qué clase de flores?

—Pero qué estupideces dices. —Suelta un bufido y bebe un sorbo de rosado—. ¿Y si hablamos de por qué estoy aquí?

—¿Tiene que haber una razón específica para que nos veamos?

—No. Pero me sorprende, solo eso.

—¿Que me apetezca salir a tomar una copa?

—Que te apetezca tomártela conmigo.

Titubeo e intento recordar si le escribí después de la cena en su casa. Ni siquiera sé cuándo fue. ¿Hace unos días? ¿Hace más?

—Bueno, pues me apeteció —digo por fin—. Me gusta pasar tiempo contigo. ¿Está prohibido?

—No —contesta; hace una pausa para beber otro sorbo—. Pero te gusta menos que antes, eso está claro.

No sé cómo responder, así que nos quedamos en silencio unos instantes. Después le pregunto:

—¿Crees que tengo un problema de irascibilidad?

Edie se me queda mirando unos segundos, después baja la vista y se fija en mi mano, la que le dio el puñetazo al frigorífico. El vendaje que me puso Mac se perdió hace ya un buen rato y tiene un aspecto muy desagradable.

—Vaya forma de salir por la tangente.

—¿Lo crees? —insisto.

Edie es la persona que me conoce desde hace más tiempo, así que supongo que, si dice que no, puedo dejar de obsesionarme con el tema.

—No —contesta—. O sea…, no creo que seas una persona irascible. Que pierdas los nervios…, creo que tiene más que ver con el hecho de que siempre te lo guardas todo.

—Pero eso tampoco supone un verdadero problema —digo ligeramente alarmado por su aclaración—. Quiero decir…, sabes que jamás haría daño a nadie.

—A Hugo se lo hiciste.

—Venga ya. No pretendas hacerme creer que no se lo merecía.

—Era tu amigo.

—Tú eras mi amiga. Él solo era un tío con el que compartía habitación.

—Ya sabes cómo era. Y que tenía un sentido del humor muy particular.

—¿Preferirías que me hubiera echado a reír como todos los demás? —replico, aunque me arrepiento cuando Edie hace una mueca y clava la vista en su copa.

Me acuerdo más de lo que quisiera de esa noche. Quizá porque lo estábamos pasando bien hasta que dejamos de hacerlo.

El baile de fin de curso de los que terminaban bachillerato era el equivalente a una fiesta de graduación estadounidense y tristemente famoso porque solía derivar en un auténtico caos. El propio concepto de internado significaba que la mayoría de nosotros había pasado demasiado tiempo en aquel extraño espacio liminar entre el fin de las clases y la libertad definitiva, así que había mucha energía contenida. Además, prácticamente todos los alumnos éramos escandalosamente ricos y poco familiarizados con la palabra «no», así que, a pesar de varios meses de severas advertencias, el alcohol era un elemento importante. Casi todo el mundo se emborrachaba,

chillaba, se tambaleaba y se reía demasiado alto mientras los profesores fingían no enterarse.

Las semanas previas no paraban de llegar paquetes con trajes y vestidos de gala, pero Edie y yo decidimos asaltar el vestuario del departamento de teatro. Yo me puse un traje raído de terciopelo morado y una corbata con estampado de cachemir. Edie eligió un vestido ajustado de seda con abalorios y zapatillas de *ballet* con cintas; se hizo un peinado de ondas suaves y el efecto era algo entre Zelda Fitzgerald y un hada, y me pasé casi toda la noche mirándola. Igual que Hugo.

—Qué gracioso —dijo Hugo en un momento dado rozando uno de los tirantes del vestido de Edie.

Hugo era así: toqueteaba con tanta naturalidad que, si le llamabas la atención, el raro parecías tú. Era alto, robusto y con el pelo rojizo, obscenamente rico, pero curiosamente tacaño; se ponía como una fiera si hacías algo tan trivial como usar su champú. Fuimos compañeros de habitación todo ese curso. A veces y a sus espaldas, Edie se refería a él como «Conejito» en alusión a un libro que yo no había tenido tiempo de leer.

—Gracias —dijo Edie con una sonrisa forzada.

Varios alumnos nos habíamos reunido en el exterior del salón principal y habíamos creado nuestro propio salón de baile improvisado. Hacía una noche muy agradable, casi cálida, y yo estaba apoyado en la fachada de ladrillo. Las puertas abiertas dejaban oír el sonido distorsionado de una guitarra eléctrica.

—¿Es de tu hermana? —insistió Hugo.

Edie frunció el ceño desconcertada.

—No. ¿A qué viene esa pregunta?

—A que tiene una energía sexi y destrozahogares; nada más. Me gusta.

—Vaya, gracias —murmuró Edie, que apartó la mirada.

Hugo sonrió, aparentemente imperturbable ante el obvio rechazo de Edie y las miradas asesinas que yo le estaba lanzando.

—¿A qué se dedica esta temporada? —continuó—. Aparte de tirarse a los maridos de otras, quiero decir.

Ahí empezaron las risas estúpidas. Se acabó, pensé tirando la colilla al suelo. Me encaré con él, dispuesto a contraatacar con algo convenientemente mordaz relativo a su familia; entre las acusaciones de malversación y las demandas por injurias había una nutrida variedad. Sin embargo, Edie me silenció deslizando su mano en la mía, cálida y suave.

—Me encanta esta canción —dijo—. Volvamos dentro.

No me moví. La sonrisa inalterable de Hugo era exasperante y yo estaba ansioso por borrársela de la cara de engreído que se cree con derecho a todo.

—Ezra —dijo Edie con un ligero timbre de súplica en la voz.

Entonces, la miré y me di cuenta de que estaba de verdad disgustada.

—Vale —acepté apretándole la mano—. Vámonos.

—¿Escabulléndoos para consumar vuestro amor? —preguntó Hugo entre risas.

—Eres un maldito borracho —le espeté loco de rabia volviéndome hacia él—. Ya te puedes disculpar cuando estés sobrio.

—¿Puedo? Qué espléndido.

—No utilices palabras que no sabes ni escribir.

Dio la impresión de que su mirada se endurecía, pero su sonrisa no se alteró. Edie volvió a tirarme de la mano, pero apenas fui consciente de ello.

—Casi mejor me disculpo ahora. —Y se volvió hacia Edie—: Edie, siento haber insultado a tu hermana.

Ella no dijo nada. Hugo me miró de nuevo.

—Y, Ezra —añadió en voz baja—, siento que todavía no hayas podido echar un polvo con Edie ni siquiera por pena. ¿Has probado a utilizar el comodín de la madre muerta?

A partir de ese momento, mis recuerdos son borrosos. Sé que debí de arremeter contra él porque, cuando volví a ver con claridad, lo tenía agarrado por el cuello de la camisa estrujado contra la pared. Creo que la gente que teníamos alrededor gritaba, pero yo apenas los oía, apenas era capaz de procesar nada más que su cara, que enrojecía por momentos y enseñaba los dientes con rabia. Volví a percibir la realidad inmediatamente y con sensación de horror; lo solté y empecé a retroceder, cuando un estallido de dolor entre los ojos me hizo ver las estrellas. Me tambaleé y me llevé la mano a la nariz; al apartarla, estaba húmeda y roja. Después, Hugo palideció y se desplomó inconsciente. Luego, nos enteramos de que se había roto el pulgar al esconderlo dentro del puño cuando me golpeó. Más o menos es todo lo que recuerdo hasta que llegué al hospital.

—¿Fue por eso, entonces? —pregunto a Edie.

Me mira con cara de extrañeza.

—¿Por eso?

—Lo nuestro. ¿Por eso me dejaste?

—A ver…, estaba furiosa —responde despacio—. Todo el asunto no fue más que una asquerosa estupidez de machos alfa.

—Un poco dura.

—No —contesta cortante—. Lo que te dijo fue un insulto en toda regla y lo siento. Pero eso no justifica lo que hiciste.

—Pero ni siquiera se trataba de mí. Todo empezó por lo que te dijo a ti.

—¿Qué más da cómo empezara? Terminó con dos huesos rotos y todo por tu culpa, Ezra. No intentes utilizarme como excusa.

Vuelve la cara y bebe otro sorbo de vino con las mejillas sonrojadas. Incómodo, me paso la mano por la cara y me quedo en silencio. Tiene razón, por supuesto, pero soy reacio a reconocerlo.

—Lo que se me rompió fue el cartílago de la nariz —digo en cambio—. No el hueso.

—Un hueso roto, entonces —espeta en tono seco—. Mucho mejor.

Sonrío aliviado al ver que no está furiosa conmigo.

—Entonces, ¿fue ese el motivo? ¿Te dimos asco yo y mi masculinidad tóxica?

—No tiene gracia. Y, sinceramente, no entiendo cómo puede importarte a estas alturas.

—Porque para mí es importante —confieso—. A estas alturas.

Edie se vuelve de nuevo hacia mí con una mirada tan intensa como el verde de sus ojos; fue lo primero en que me fijé cuando la conocí.

—Esa es la cuestión —responde en voz baja—. Creía saberlo.

Entonces me besa.

Y resulta que un beso de Edie se parece mucho a los de antes, aunque nada sea igual, mucho menos yo. De hecho, no soy capaz de entender la contradicción de todo este escenario: Edie se fue,

pero ha vuelto; no me quería a su lado, pero ahora sí, o quizá siempre me quiso, pero…

Percibo su sonrisa sobre mis labios y me pregunto si quizá esto era inevitable desde el principio. Si nunca dejamos de estar juntos. Si Audrey…

Me aparto con brusquedad y deshago el abrazo. Edie me mira desconcertada con el pintalabios corrido y me siento tan culpable que tengo que apartar la mirada.

—Lo siento —digo—. Es que… necesito un momento para pensar.

—¿Pensar? —repite perpleja.

Yo también lo estoy, porque hacía mucho tiempo que deseaba que esto ocurriera. Quise a Edie durante mucho tiempo. Pero…

—¿Tienes novia? —Hace la pregunta con tanta delicadeza que tardo unos instantes en procesarla.

Es muy simple, desde luego, y la respuesta es no. Audrey y yo… no hemos llegado a tanto, y lo que pudiera haber entre nosotros se ha terminado. Es muy probable que no vuelva a verla. Lo cual debería simplificarlo todo: un triste final para una historia corta.

—No… —respondo como puedo—. No, ella no es…

Durante una fracción de segundo, veo que el rostro de Edie se contrae expresando algo parecido al dolor. Pero inmediatamente después queda oculto por su pelo cuando se pone de pie y alcanza el abrigo. De pronto, el tiempo transcurre demasiado rápido cuando intento sujetarla por un brazo; se suelta de un tirón y se aleja pisando fuerte con la cabeza muy alta, demasiado orgullosa para correr, y yo también me levanto. Podría ir tras ella. Me daría tiempo. Pero conozco a Edie y sé que si la persiguiera y montara un numerito lo único que conseguiría sería que me odiara más, porque

ahora mismo me odia. Me odia y tiene lógica; solo era cuestión de tiempo. Siempre fue cuestión de tiempo.

Así que, por el contrario, decido volver a ocupar mi asiento en la barra y alcanzo su copa con lo que queda de vino con mano temblorosa. Sé que no logrará calmar nada, pero lo bebo de todos modos y me limpio la boca con el dorso de la mano. La aparto y está húmeda y roja.



AUDREY



A veces da la impresión de que soy físicamente incapaz de tener las manos quietas cuando estoy nerviosa. He destrozado un montón de servilletas en ocasiones, pero este restaurante es demasiado elegante para tener servilletas de papel; por eso he deshojado una flor que he pillado desprevenida. Ni siquiera fui consciente de lo que hacía hasta que fue demasiado tarde; el tallo desnudo está de nuevo en el jarrón diminuto, pero estoy barriendo con las manos los pétalos hechos jirones para esconderlos en el bolsillo del abrigo cuando…

—¿Audrey?

Instintivamente, me pongo en pie de un salto. Las patas de la silla chirrían contra el suelo al impulsarme hacia delante y al mismo tiempo me froto las manos pegajosas con olor a flor en los vaqueros.

—¡Oh, no hace falta! —exclama Miranda entre risas—. Siéntate, por favor. Necesito un minuto para conseguir liberarme de este abrigo.

Obedezco observando a Miranda Browning desabotonar un precioso abrigo de borreguillo con sus dedos largos cargados de sortijas. Parece considerablemente más joven de la edad que sé que debe de tener con esa melena caoba por los hombros. Huele a cuero

y sándalo y sus ojos de un azul claro y purísimo parecen mucho más grandes con esas gafas de carey.

—Ya empieza a parecer invierno, ¿eh? —comenta mientras toma asiento—. Gracias por venir a pesar de avisarte en el último momento.

—Oh…, sin problema —digo tartamudeando y dándome cuenta de pronto de que todavía no he hablado—. O sea…, por supuesto.

Sonríe acomodada en su silla. Me obligo a devolverle la sonrisa sintiéndome absolutamente abrumada. Quizá sea mejor que todo haya sucedido tan deprisa; ahora mismo estoy funcionando a base de pura adrenalina. Así ha sido desde que Imogene me llamó hace menos de una hora para preguntarme dónde estaba exactamente con una agitación inusitada. El presagio de esa llamada me puso casi tan nerviosa como a ella, pues en aquel preciso instante iba de camino al apartamento para hacer mi equipaje y ensayar la manera de decirle que me volvía a Inglaterra.

—Pues… cerca del parque —respondí sin saber muy bien si era cierto—. ¿Qué pasa?

—Lo que pasa es que acabo de hablar por teléfono con Miranda Browning. ¿Te lo puedes creer?

—Oh —murmuro con una repentina sensación de náusea—. ¿Con… la oficina?

—¡No! ¡Con la propia Miranda! ¡Y quiere que comáis juntas!

—¿Con Marika y conmigo?

—¡Solo contigo! Si te mando la ubicación del restaurante, ¿podrías ir directamente?

Podía. Fui. Y ahora estoy sentada frente a una de las diseñadoras de moda más prestigiosas del mundo, lo cual sería un sueño hecho

realidad para cualquier modelo del mundo excepto para mí.

Aparece el camarero; Miranda pide un café solo y yo hago lo mismo.

—Y… ¿siguen haciendo ese delicioso bizcocho de caramelo salado? —le pregunta sonriendo—. ¿Con pacanas?

—Me alegro de poder decirle que sí.

—Tráigame uno, por favor —dice Miranda; luego, se vuelve hacia mí y añade—: Te va a encantar. Sé lo duro que es vuestro trabajo, sobre todo cuando estáis empezando. Te mereces un capricho especial, sin duda.

—Gracias —murmuro desconcertada.

Todavía no sé por qué estoy aquí, pero desde luego Miranda me parece una persona genuinamente generosa, amable y de trato fácil a pesar de ser alucinantemente importante. Es un contraste de emociones. Estoy dividida entre el deseo de marcharme de aquí y el deseo de caerle bien.

—No se merecen —dice y abre su servilleta de una sacudida—. Bueno…, hablemos de por qué estamos aquí, porque me imagino que estarás algo nerviosa, ¿no?

—Un poco —confieso; ella hace un mohín.

—Lo siento mucho, te prometo que no era mi intención en absoluto —explica con mucho énfasis—. Solo quería conocerte un poco mejor. Ahora representas a la marca Miranda Browning y yo no me tomo esas cosas a la ligera. Cuando colocamos a un nuevo talento en nuestro escaparate, también queremos cuidarlo.

—Gracias —logro decir—. Es… Entiendo perfectamente el enorme reto que supone esta nueva campaña. Sé que no tengo demasiada experiencia y usted ha depositado mucha confianza en mí.

—Eres un cielo. Pero esto funciona en dos direcciones, Audrey. Eres una cara nueva y a esta industria le encanta la novedad. La reinvención es fundamental. Y es algo en lo que he pensado mucho últimamente. ¿Qué tal te suena M B Beauty?

—Oh —digo sorprendida—. ¿Una marca de cosméticos?

—Eso es. —Sonríe—. Empezaremos poco a poco: brillos de labios, sombras en gel, iluminadores líquidos. Quizá coloretes en crema, tintes…; juvenil, pero sin olvidar otros rangos de edades. ¿Qué te parece?

—Suena genial —respondo, preguntándome por qué mi opinión puede parecerle relevante.

—¡Perfecto, porque eres exactamente el tipo de consumidora que queremos conseguir! Y quiero que la campaña publicitaria se base en la personalidad. Chicas reales, rutinas reales. Despliegue en redes sociales, además de vallas publicitarias. ¿Has hecho ya alguna campaña de belleza?

La miro atónita. ¿Está dándome a entender que quiere que yo forme parte de ella? A ver…, la simple idea basta para provocar la misma sensación de júbilo y vértigo que experimenté cuando nos contrataron a Marika y a mí para la primera campaña. Pero si Julian está implicado… Se me encoge el estómago con la misma rapidez.

—No —respondo—. No, nunca.

El camarero reaparece y coloca encima de la mesa dos cafés y un adorable pastelito con crema encima. No tengo apetito, pero Miranda me mira expectante, así que hundo la cuchara y como un bocado.

—Está buenísimo —digo con toda sinceridad; ella sonríe y bebe un sorbo de café.

—Me pareció que te vendría bien un subidón de azúcar. ¿Te está tratando bien esta ciudad?

—Oh, es genial —respondo automáticamente—. Un poco excesiva, pero genial.

—Cuando me mudé aquí por primera vez, todo me daba miedo. Tardé seis meses enteros en atreverme a poner el pie en el metro; iba andando a todas partes. Acabé con agujeros en las suelas de todos los zapatos.

—Por lo menos alcanzaría el número ideal de pasos por día. —Es un chiste malo, pero Miranda se ríe de todos modos.

—Al final, una de mis amigas me enseñó cómo sobrevivir. ¿Has hecho muchas en Nueva York?

—Ah, ¿amigas? Hum…, me llevo muy bien con Marika. Es mi compañera de habitación.

Me percato con una punzada de alarma de que no sé si alguna de esas dos cosas es verdad. Pero la mirada de Miranda se ilumina al darse cuenta de quién es.

—La otra chica de la campaña, ¿no? Qué maravilla. Esta ciudad puede hacerte sentir muy sola. Y… ¿puedo ser sincera?

Asiento en silencio.

—Eres muy joven —dice en voz baja y tono conspiratorio—. Me he visto en tus mismas circunstancias, así que sé que no siempre es fácil reconocer cuáles son los intereses más convenientes. Por eso es tan importante la gente que te rodea. Hay mucho oportunista suelto.

—Claro —respondo algo perdida.

Miranda ladea la cabeza con gesto de preocupación.

—No te he ofendido, ¿verdad? No quiero que parezca que te estoy tratando con condescendencia.

—No —contesto inmediatamente—. No, creo que tiene razón. Por eso soy tan afortunada de tener a Imogene.

—Oh, Imogene es genial. Me alegro de que sea ella quien te asesore.

—Yo también.

Se produce una pausa. Se torna algo incómoda e intento que se me ocurra algo que decir cuando Miranda suspira suavemente y apoya los codos sobre la mesa.

—¿Se encuentra bien? —pregunto con cautela.

Ella sonríe, pero es una sonrisa lánguida.

—Estoy bien —dice—. Ha sido una semana muy muy larga, nada más.

—Oh. Lo siento.

—No, no, no pasa nada. Es que… acabo de enterarme de que van a publicar un artículo difamatorio de una exempleada resentida y una «periodista», entre comillas, que es amiga suya. Todo inventado, por supuesto, pero preocupante. Mentiría si dijera que no me ha quitado horas de sueño.

Me quedo mirándola con la sensación repentina de poder vomitar en cualquier momento encima del mantel perfectamente almidonado.

—No es tanto la marca lo que me preocupa —continúa con la vista fija en su taza—. Pero es que va a hacer daño a mucha gente de nuestro equipo si sale a la luz.

—¿Dónde piensan publicarlo? —me oigo preguntar tras conseguir a duras penas mantener una expresión indiferente.

—En una página web muy cutre que solo busca visitas. Carece totalmente de principios.

—Ah. Bueno…, entonces puede que nadie lo vea.

—Puede —dice. Luego añade—: Nadie se ha puesto en contacto contigo sobre el asunto, ¿verdad?

—No —respondo…, con demasiada rapidez—. O sea…, no creo.

—Bueno, ya es algo. —Sonríe—. Me horrorizaría que te vieras arrastrada a algo tan desagradable. Y, como ya te dirá Imogene, nunca es buena idea involucrarse con ese tipo de gente. No me gustaría nada que desperdiciaras tus perspectivas de futuro sin quererlo. —Me mira a los ojos al pronunciar la última frase.

Y, mientras nos miramos, miro con atención. Veo lo forzado de su sonrisa. El gesto de determinación de su mandíbula. La frialdad de sus ojos. Y la bilis me sube a la garganta.

Lo sabe, concluyo. Sabe cómo es Julian y sabe lo que ha hecho. Por eso estoy aquí y Marika no; por eso me ha colmado de palabras amables y dulces y me ha incentivado desplegando ante mis ojos una campaña aún más importante. Lo ha hecho con la esperanza de cerrarme la boca antes de que diga algo que ellos lamentarían.

—Gracias por el consejo —le digo en tono forzado—. No me gustaría hacer nada que pudiera perjudicar mi carrera.

Al oírme, Miranda se relaja visiblemente.

—Eso es admirable —responde—. Ambición. Concentración.

Y yo asiento en silencio, pero lo único que soy capaz de pensar es: ¿desde cuándo lo sabe? ¿Cuánto tiempo lleva protegiendo a Julian?

Todo el miedo que acumulo en mi interior se endurece. Percibo cómo va adoptando una nueva forma.



EZRA



Estoy en una tienda cualquiera del centro cuando por fin decido apagar el teléfono. El flujo cada vez mayor y más frecuente de mensajes de Romy y Caroline está empezando a desquiciarme; no tengo ni idea de a cuántos turnos he faltado, pero lo cierto es que no me apetecería nada que me despidieran con lo que ya tengo encima. También tengo llamadas perdidas de Mac. Un mensaje de Maggie. Ninguno de Edie. Ni de Audrey, por supuesto.

Bostezo al guardarlo en el bolsillo y alcanzo una lata de cerveza de jengibre. La salida tardía a la tienda es una forma de mantener a raya la creciente claustrofobia; he pasado la mayor parte de las últimas veinticuatro horas viendo la tele en el sofá, levantándome de vez en cuando para comer un puñado de cereales o para ir a buscar otra bebida. Estoy seguro de que algo debí de dormir, aunque no me siento como si hubiera dormido. Tengo los ojos terriblemente secos, la lengua espesa y mal sabor de boca.

Pago la cerveza con un billete arrugado. Llevo en el bolsillo una botella de agua medio llena de *whisky*, y cuando salgo la saco y la relleno con el refresco lo mejor que puedo. Lo mejor resulta ser un desastre y me limpio las manos, ahora pegajosas, en el jersey y tiro la lata en un contenedor cercano con más fuerza de la necesaria. Después, empiezo a caminar. Hace una noche agradable y el cielo

oscurecido tiene vetas de rosa y oro. Me viene a la cabeza el impulso familiar de sacar una foto, pero no llevo la cámara. Además, tampoco me apetece inmortalizar este momento.

Poco después me percato de que me estoy dirigiendo al Village. Qué curioso; normalmente lo evito, de forma consciente o inconsciente, pero cuando empiezo a reconocer los edificios me doy cuenta de que en mi mente sigue grabada la ruta hacia nuestra antigua casa. ¿Por qué no?, pienso alegre. No he vuelto desde que me fui al internado por primera vez. Estaba demasiado enfadado con papá por haberla vendido, demasiado dolido por no haber tenido la posibilidad de despedirme, demasiado triste. Sin embargo, esta noche apenas siento nada. Desde que Audrey se fue, observo cómo mi vida se desmorona poco a poco con la mirada fría y distante de quien ve un desastre natural en las noticias.

Pero entonces llego a nuestra casa y…

No a nuestra casa, debo recordarme. A la que fue nuestra casa, pero que está exactamente igual que como la recuerdo; estremecedoramente igual. Puerta negra, escalones de piedra, crisantemos en las macetas de las ventanas… Debió de plantarlos mamá, estoy casi seguro. Y las luces están encendidas. Lo más probable es que haya una nueva familia en su interior, pero se apodera de mí el ansia de llamar a la puerta de todos modos por si es ella quien me abre.

En cambio, cruzo la calle, me siento con pesadez en el bordillo bajo y bebo un sorbo de la botella. Se me revuelve un poco el estómago con la repentina convicción de que nuestros muebles siguen ahí. Papá no se llevó nada al piso nuevo; ni muebles, ni nada. Hasta las chorradas más cotidianas como vajilla y cubiertos eran

nuevas, y a veces me imagino todas nuestras cosas en su propio vertedero privado, como un monumento a aquella vida. No puede haber desaparecido todo. No las cosas de mamá, por lo menos no sus libros y cuadernos, sus montañas de carpetas. Papá no se habrá deshecho del viejo cepillo del pelo de mi madre, de los Hush Puppies desgastados que usaba todo el año. Y alguien habrá guardado los álbumes de fotos, meticulosamente organizados en orden cronológico y alineados en un estante encima de su escritorio. Le gustaba tenerlos a la vista, me dijo una vez, aunque nunca me explicó por qué.

Yo lo habría conservado todo. Las cosas, la casa… Me enfadé mucho cuando papá me escribió para decirme que la había vendido tan solo unos días antes de volver por Navidad. Para colmo, aquella Navidad fue horrible. Papá se empeñó en conseguir un ambiente festivo sí o sí, aparentemente ajeno al hecho de que su entusiasmo forzado solo consiguió que todo resultara más desolador. Hasta compró un árbol para el nuevo apartamento y todos esperaron a que yo llegara para decorarlo. Pero entonces papá sacó la caja esa de adornos que yo no había visto en mi vida, y, aunque ahora entiendo que probablemente pensó que sería demasiado doloroso utilizar los que mamá había elegido con tanto cariño, yo los quería. Ya que no podía tenerla a ella, quería sus adornos, y por un momento pensé en arrebatarle la caja que tenía en las manos, volcarla y pisotear o estrellar contra la pared aquellas baratijas desconocidas.

Sin embargo, salí del salón sin decir una sola palabra. Nadie vino a buscarme y, cuando aparecí de nuevo a la hora de cenar, ya habían decorado el árbol. No volvimos a hablar del tema y desde entonces se compran adornos nuevos cada año.

De pronto estoy al borde de las lágrimas; avergonzado, me froto los ojos con fuerza. Esto es justo por lo que no me gusta pensar en todo eso.

—Hola.

Me sobresalto y levanto la vista. Una mujer me mira con evidente preocupación; lleva de la mano a un niño pequeño con el pelo esponjoso y expresión muy seria.

—¿Estás bien? —pregunta con amabilidad.

—Sí —respondo de inmediato y me pongo en pie—. Estoy bien. Gracias.

Y después me alejo a grandes zancadas con las manos en los bolsillos, abandonando la botella en el bordillo. No merezco compasión, y menos aún de desconocidos. Encima, me resulta desconcertantemente familiar. Mamá habría hecho lo mismo, porque era de esa clase de personas: interesada en todo, amable con todo el mundo. Y no recuerdo con exactitud cuándo se puso de verdad mal, pero formó parte de ello. La estructura de sus días no cambió, pero fue casi como si, de algún modo, fuera menos ella; lo percibí, pero nunca quise comentárselo. Por lo visto, siempre he sido una porquería de hijo. Ni siquiera sé dónde está su tumba. Nunca la he visitado.

No sé dónde está su tumba.

Me estremezco al caer en la cuenta, así que me detengo junto a una farola, busco en el bolsillo y vuelvo a encender el teléfono. Llamo a Caroline sin molestarme en leer ninguno de sus mensajes; responde al primer tono.

—¿Ezra?

—Hola —digo aclarándome la garganta—. ¿Cómo estás?

—Preocupada, Ezra. Llevas días desaparecido en combate. ¿Qué está pasando?

—No mucho. Mmm…, pregunta extraña: ¿dónde está mamá?

—¿Qué?

—Quiero decir, ¿dónde está su tumba? ¿En qué cementerio?

Se queda en silencio unos instantes. Oigo a Romy de fondo, cuchicheando. Deben de haber puesto el manos libres.

—¿Dónde estás, Ezra? —pregunta por fin Caroline.

—Dando un paseo. Se me ocurrió que podría llevarle flores.

—Me parece una idea estupenda. Ven a casa. Puedes quedarte a dormir y vamos los dos mañana por la mañana. —Su voz tiene un timbre de inquietud.

Se me ocurre entonces que quizá esté más borracho de lo que pensaba.

—Estoy bien —le digo—. Solo dime en qué cementerio está.

—Es tarde, Ezra. Puede esperar.

—Obviamente. Ya sé que no se va a ir a ningún sitio. —Me echo a reír, aunque con una risa inexpresiva y horrible; además, he dicho algo horrible.

Estoy a punto de disculparme; sin embargo, de repente se me escapa un sollozo, y después lloro y después río, porque no me puedo creer que por fin sea capaz de llorar de una maldita vez, pero la risa suena más a llanto. Es humillante y trato por todos los medios de inspirar el aire suficiente para decirle a Caroline que lo siento, pero mis jadeos son demasiado cortos, demasiado superficiales; bajo el teléfono, vuelvo a sentarme en el bordillo y meto la cabeza entre las rodillas intentando desesperadamente calmarme de una vez.

Pero no funciona.

No funciona porque esto nunca va a mejorar. He fingido que sí durante mucho tiempo, pero el vacío que ella dejó seguirá haciéndose más y más grande, hasta que al final terminará por engullirme entero. Lo sé. Lo he sabido siempre, desde aquella noche que estuvimos esperando que sonara el teléfono, aunque lo que sonó fue el timbre de la puerta y papá se levantó para abrir…

Oigo la voz de Caroline. Yo no he puesto el manos libres, así que debe de estar gritando. Vuelvo a acercar el teléfono a la oreja con mano temblorosa.

—Lo siento —digo a duras penas—. Yo…

—¿Dónde estás, Ezra? Dime dónde estás.

—No estoy… Estoy delante de la casa.

—¿De la casa de quién? Dame la dirección.

Parece muy asustada. Sé por qué, y eso termina por hacerme polvo.

—Estoy bien —le digo—. No hace falta que… No…

—No ¿qué, Ezra? Estás hablando sin sentido.

—No actúes como si fuera a hacer algo, Caroline, porque no voy a hacer nada —digo atropelladamente con voz ronca—. No voy a hacer nada. Aunque esté… Aunque sea malo para estas cosas. Pero ella era buena. Era muy buena…

Otro sollozo escapa de mi garganta; siento que se me está contrayendo el rostro y lo oculto con la mano mientras mi pecho convulsiona. Maldita sea.

—Ven a casa —dice Caroline con la voz quebrada; percibo vagamente que ella también está llorando—. Métete en un taxi y ven a casa. Por favor.

—Yo… Yo ya no sé dónde es «casa». No creo que exista.

—Existo yo —dice—. Yo siempre estaré.

Caroline insiste en que siga hablando por teléfono durante el trayecto en taxi. Cuando por fin se detiene delante de su edificio, está esperándome en la calle con su pijama de estampado de cebra y el pelo revuelto. Apenas he salido del coche cuando me atrae hacia ella y me abraza tan fuerte que me hace daño, me siento agradecido por ello. Por ella.

Nos quedamos en silencio unos segundos, abrazados. Después, me conduce al interior, al abrigo del frío.

AUDREY



—¿Hay algo más que quieras preguntarme?

Demi me mira a los ojos al hacerme esta pregunta y me llama la atención que la haya formulado de modo tan formal. Quizá porque todo este asunto ha tenido un aspecto decididamente poco formal hasta ahora.

A ojos de los transeúntes, probablemente parezcamos dos amigas poniéndose al día frente a sendas tazas de café; estaba allí cuando llegué, sentada en una esquina con un mono rosa muy estiloso. La reconocí por sus redes sociales. Anoche pasé horas leyendo detenidamente sus publicaciones, como si saber a dónde fue de vacaciones el verano pasado hiciera que todo esto fuera menos aterrador. Pero me vio antes de que me diera tiempo a echarme atrás y levantó la mano para saludarme. Después de las presentaciones, me dijo que le gustaban mis vaqueros y eso fue todo; nos pusimos a hablar de inmediato. Todo completamente normal hasta el momento en que alcanzó el teléfono y me preguntó si me parecía bien que grabara la conversación. Y le dije que sí, porque me parecía bien.

—Hum…, creo que no —respondo—. No se me ocurre nada.

Asiente, y pulsa una tecla del teléfono; un pitido anuncia el fin de la grabación y me mira a los ojos.

—Me alegro muchísimo de que hayas venido —dice con voz suave —. Me alegro de que te apeteciera hablar conmigo. Pero sé que todo esto es demasiado para ti, y si cambias de opinión…

—No lo haré —afirmo con contundencia—. De eso estoy segura. De todo.

—Bueno…, todo está ocurriendo muy deprisa, pero me aseguraré de que veas el artículo antes de que se publique. Así podrás avisarme si hay algo que prefieras que se omita. Y no mencionaremos tu nombre.

—Oh —exclamo sorprendida—. Quiero decir…, ¿vale la pena? Miranda sabrá que soy yo en cualquier caso.

—¿Te preocupa?

—No. O sea…, supongo que intentará ponerme en la lista negra, pero hemos llegado a un punto en que ya me da igual —respondo bajando la vista—. Quizá incluir mi nombre en la narración pueda hacerla más… creíble.

—Eres muy valiente.

—No tanto —contesto algo confusa—. Seguro que hay historias peores que las mías. Porque… objetivamente…

—Objetivamente, te agredió —dice Demi sin alterarse—. Y debes reconocerlo como tal, porque no dudo de que él así lo hace. Pero te agredió de todos modos porque no imaginó ni por un instante que habría consecuencias.

Miro atónita a Demi con el corazón latiendo con fuerza. Oírla exponerlo de forma tan directa… es aterrador, pero, Dios mío, qué alivio. Que me tranquilicen y me aseguren que no he tenido una reacción exagerada, que no estoy haciendo un drama… Lo necesitaba tremendamente y no me había dado cuenta.

—Entiendo que quieras quitar hierro al asunto —continúa—. Como si, al minimizarlo, pudieras hacer que importara menos.

—Exacto —digo con un suspiro agitado—. Eso es. Totalmente.

—Pero importa; cada historia que he escuchado y cada persona que me la ha contado. Y, si estás convencida de que quieres que utilice tu nombre, lo haré.

—Pero ¿tú no quieres?

—No —dice tras una breve pausa—. Las historias como esta… tienen la facultad de provocar reacciones muy intensas. Las cosas pueden ponerse feas y preferiría protegerte todo lo posible. Esto no significa que la gente que te conozca no vaya a reconocerte, porque posiblemente lo hagan; sobre todo, cualquiera que sepa tu relación con la campaña que están a punto de lanzar. Pero te protegerá del escrutinio público en general.

Asiento con la cabeza. Una parte de mí se siente aliviada al seguir manteniendo cierto control sobre quién sabe lo que ocurrió y quién no.

—Otra cosa: no podré poner por escrito nada de lo que me has contado sobre Miranda —dice Demi muy seria—. Debo decirte que no eres la única que me ha contado un episodio relacionado con ella, pero, sin pruebas fehacientes, *Soil* carece de los recursos necesarios para enfrentarse a una demanda por difamación. Nos hundirían por puro despecho.

—Pero… tenéis pruebas sobre Julian, ¿no?

Demi asiente sin palabras y yo vuelvo a sentirme aliviada.

—Todo el mundo en la oficina está haciendo horas extras trabajando en esto. El artículo podría estar publicado a finales de semana.

—¿Estás preocupada? —pregunto inesperadamente—. Por si las cosas se ponen feas, me refiero.

—Claro —asiente y se recuesta sobre el respaldo—. A veces da la impresión de que, cuanto más me importa un artículo, más fuerte es la reacción en contra. En ocasiones da un poco de miedo, pero nunca me he arrepentido. No podemos permitir que esos malnacidos nos desanimen, ¿sabes?

—Me parece que la valiente eres tú —le digo con toda sinceridad; ella sonríe.

—Creo que las dos podemos ser valientes —comenta—. Eso no está prohibido.

Cuando escribo a Marika para saber si podemos vernos hoy, suponía que probablemente se preguntaría el motivo de mi repentino cambio de actitud. Pero lo único que preguntó fue dónde y a qué hora nos veríamos, y por eso la encuentro en la sección de biografías de una librería del Lower East Side con una pila de libros apoyados con soltura en la cadera. Típico de Marika; consigue que una salida para comprar libros parezca un reportaje de alta costura.

—¿Has encontrado algo bueno? —pregunto desenfadada, y se vuelve para mirarme.

Durante unos instantes, nos miramos a los ojos. Después deja los libros encima de un expositor sin ningún miramiento y me envuelve en un abrazo de oso. Su pelo me cosquillea la nariz y se me llenan los ojos de lágrimas; la he echado de menos mucho más de lo que creía posible.

—Lo siento —dice con voz amortiguada—. Lo siento mucho. Debería haber…

—No hay nada que hubieras podido…

—No, debería haber hablado contigo inmediatamente. Solo quería estar equivocada; quería que Ezra estuviera equivocado.

—Yo también lo siento. Todo lo que dije… no era en serio. Y tampoco quería mentir, pero es que…

—Debería haberme dado cuenta. Y en su estudio… Audrey, tenía que haberme quedado…

—No —le digo muy seria retrocediendo y apoyando las manos sobre sus hombros—. No es culpa tuya. No es culpa de ninguna de las dos, ¿de acuerdo?

Marika asiente con los labios apretados y los ojos brillantes; me doy cuenta de que está al borde de las lágrimas, y como empiece a llorar…

—No tenemos por qué hablar de ello ahora —digo apresuradamente con voz temblorosa—. Cuéntame las novedades sobre ti, ¿vale? Por favor.

Marika tarda un segundo en rehacerse, levantando la vista al techo y parpadeando rápido mientras deja escapar un largo suspiro. Después dice:

—Suiza.

—¿Suiza? —repito; hace un gesto afirmativo.

—Me han contratado para una sesión fotográfica allí —explica con voz entrecortada—. Es una campaña para una marca de relojes. Imogene me llamó esta mañana para decírmelo. Y es un vuelo largo, así que… —Hace un gesto para señalar la pila de libros abandonada con un aspecto de aturdimiento muy poco propio de ella.

—Qué maravilla. —Sonrío—. ¿Y es… una marca importante?

Parece titubear y luego asiente; por supuesto que es importante. La van a mandar a Suiza en avión, ¿cómo no va a serlo? Es un contrato sensacional y, aunque intente ser modesta, ambas sabemos que podría tratarse de EL contrato, el trabajo crucial que puede cambiarle la vida y catapultarla a la estratosfera. Y se lo merece. Esto y todas las cosas maravillosas que puedan sucederle; por eso es fácil hacer caso omiso a la leve sensación de pérdida que siento en mi interior. Porque, después de esto, no sé cuándo volveré a verla. Es otro adiós, solo que en este caso soy yo quien lo sufre.

Duele. Pero ahora mismo lo único que quiero es que mi amiga sepa lo muchísimo que me alegro por ella.

—¡Es alucinante! —exclamo radiante—. Haz fotos de todo lo que veas, ¿vale? Quiero que me lo cuentes todo.

—Lo haré —afirma con una sonrisa lánguida—. Pero ahora me resulta extraño marcharme. Llevamos mucho tiempo aquí. O… quizá no tanto, pero…

—Lo suficiente como para que importe —concluyo, y veo un destello en los ojos de Marika.

—Sí —dice en voz baja. Tras una pausa, añade—: ¿Tienes hambre?

Lo cierto es que estoy muerta de hambre, así que ocupamos una mesa en un pequeño restaurante cercano de estética *kitsch*. Decidimos que es nuestra última cena; por eso lo damos todo: perritos calientes con salsa de pepinillos, patatas paja saladas, batidos de vainilla tan espesos que nos cuesta beberlos con pajita.

Nos lo comemos todo y cuando terminamos nos quedamos sentadas un buen rato, acurrucadas en un reservado junto a una ventana. Al final termino por contarle a Marika todo lo ocurrido y no es igual que cuando se lo conté a Demi. No hay distancia. No hace preguntas; es un monólogo y caigo en la cuenta de que le doy mil vueltas a lo mismo y me trabo con las palabras. Inevitablemente, en un momento dado me echo a llorar y, cuando Marika me ofrece una servilleta en silencio, veo que ella también está llorando. Me duele en el alma y me pregunto si existirá un lugar donde podamos olvidar todo este dolor. No es justo que ella también tenga que sentirlo.

Después pedimos café y lo bebemos despacio, perezosas. Marika me confiesa vacilante que la asusta marcharse. La asusta perder ímpetu, la asusta que la olviden. No menciona específicamente a Nicole, pero le digo que hasta cualquier persona que pase por la calle tendría que hacer verdaderos esfuerzos para olvidarla, así que mucho más una chica que está claramente enamorada. Entonces sonríe, y la forma en que el sol del atardecer le ilumina la cara…, me doy cuenta de que pronto no será más que un recuerdo.

Pero un recuerdo bueno. Algo a lo que aferrarme.

EZRA



Es más o menos medianoche cuando alguien llama a la puerta; a la puerta de Caroline. Finjo seguir dormido en el sofá, así que me llevo una sorpresa desagradable cuando estira la pierna por encima del sillón y me da un golpecito con el pie.

—Sé que estás despierto —dice—. Ve a abrir.

—Es tu casa —replico con voz pastosa y los ojos obstinadamente cerrados—. Si es un paquete, pueden dejarlo fuera.

—No es un paquete —dice cerrando el libro de golpe—. Ve. Yo voy a hacer café.

—Por Dios bendito. —Con un gruñido, me obligo a incorporarme y me dirijo hacia la puerta arrastrando los pies—. ¿Vas a poner en escena una actuación?

—¡Muy bueno! —exclama justo cuando abro la puerta y aparece Maggie vestida con una sudadera enorme azul claro y los brazos cargados de bolsas.

—Te he traído algo de ropa —dice tendiéndome una—. Caroline me dijo que ibas a dormir aquí.

Maldita sea. Esto sí que es una actuación.

—Mmmm…, gracias —digo alcanzándola.

Ni siquiera era consciente de que mis dos hermanas habían vuelto a hablarse. Quizá aún no, pero mi colapso emocional fue la catarsis

para una reconciliación; una perspectiva humillante.

—No estaba segura de qué podría apeteceros —dice dejándome atrás y depositando el resto de las bolsas en la mesa de centro—. Fui a esa tienda de *delicatessen* que hay cerca de la oficina y…

—Oh, ese sitio es una delicia —interrumpe Caroline, que ha reaparecido con platos y cubiertos—. ¿Compraste ensalada de patatas? ¿La que tiene hinojo?

—Sí. Tom está obsesionado con ella.

—Romy la compra por cubos, literalmente. ¿Te vas a sentar o qué?

Me doy cuenta con un sobresalto de que Caroline me está hablando a mí.

—Sí, mmm… No sabía que íbamos a comer juntos —logro responder.

—Entre otras cosas —replica alegremente—. Vamos a ser multitareas.

Así que es eso. Agarro la bolsa con fuerza y lucho contra el impulso de salir corriendo. Tengo una resaca tan patética que probablemente sufriría una conmoción cerebral contra el marco de la puerta.

—No pretendemos prepararte una encerrona —me explica Maggie muy atareada mientras saca cajas y paquetes de las bolsas—. Pero nos vendrá bien tener un diálogo abierto.

—¿Un qué? —pregunto riendo; ella se sonroja.

—Es algo en lo que he estado trabajando con mi terapeuta —responde—. Diálogo. Expresión.

Vaya. Intento mirar a Caroline sin que Maggie nos vea, pero ha vuelto a la cocina. Esta información es completamente nueva para mí y ahora me siento como un auténtico idiota por haberme reído.

—Es algo reciente —añade Maggie, visiblemente nerviosa.

—Genial —digo de inmediato en un intento por enmendar la plana —. O sea…, te está gustando, ¿no?

—Está siendo productivo. Difícil. Pero bueno en general.

—Bien. Me alegro… de que sea bueno.

—Lo es —afirma. Tras una pausa, añade—: Hablamos de mamá.

Oh, Dios. Con resaca o sin ella, no estoy preparado para enfrentarme a esto. Caroline debió de contarle el numerito de anoche; quizá incluso Maggie sepa algo más que yo, dado que no recuerdo nada de lo ocurrido desde que vomité en la bañera hasta que me desperté en el sofá.

—Además…, quería pedirte perdón si alguna vez te hice sentir incapaz —continúa solemne—. De hablar de ella, quiero decir. Lo que pasó en tu cumpleaños…

—No te preocupes, ya te lo dije.

—Pues sí me preocupo —dice Caroline, de vuelta con el café—. Si no nos hubiéramos pasado la comida discutiendo, seguramente nos habríamos dado cuenta de que bebiste una botella de vino entera tú solo.

—¿Y quién se dio cuenta? —pregunto ofendido.

—Papá.

—¿Papá? —Me echo a reír—. Estaba demasiado ocupado mirando la hora, seguramente.

Maggie suspira y se sienta en el borde del sofá. Caroline deja las tazas encima de la mesa y vuelve a hundirse en el sillón; el silencio que ambas guardan está cargado de reproche.

—¿Qué? —digo a la defensiva—. Creí que esto iba a ser un «diálogo abierto».

—Y lo es —contesta Caroline—. Por eso puedo decir que creo que eres demasiado duro con papá.

—Lo está intentando —añade Maggie.

—¿Intentando evitarme? Completamente de acuerdo.

—¡Solo porque te comportas como si no lo soportaras! —replica Caroline—. Y no creas que no es consciente de ello, porque lo es.

—¿Y qué? Fue él quien me mandó a otro país.

—Y tú estuviste de acuerdo, Ezra. Nadie te obligó.

—¡Solo porque era muy obvio que quería que me fuera!

—No —dice Caroline sin alterarse—. Quería que estuvieras a salvo. Quería que tuvieras un orden. No quería que te saltaras las clases y deambularas por la ciudad echándote a perder con cualquier hatajo de estúpidos, cosa que, dicho sea de paso, me parece muy razonable.

Reprimo las ganas de hacer un gesto de hastío. Se refiere a la única vez que me pillaron —y me llevaron a casa— dos policías de paisano en el parque después de vomitar un Bacardí entero en un banco dedicado a la memoria de no sé quién. Los estúpidos en cuestión fueron los tipos que me habían comprado tabaco unas horas antes; escaparon corriendo, lo cual me parece bien, y yo me fui de rositas, pero con una advertencia seria, después de que Maggie les contara nuestra lacrimógena historia a los policías. Siempre me pregunté si habría logrado librarme de todo lo demás si hubiera sido Caroline quien abriera la puerta. Pero Caroline no estaba y no me libré. Un mes después estaba en Inglaterra.

—Te echó de menos, Ezra —dice Maggie—. Intentó llamarte, te escribió un montón de cartas. Y tú no contestaste.

Cierto, sí. Recibí las cartas. Cartas de verdad, escritas a mano, en las que me contaba hasta las cosas más nimias ocurridas la semana anterior. Eran cartas tristes, aunque él no era consciente de ello, lo cual las hacía aún más tristes. Y desautorizaban la ira de quien se cree moralmente superior, así que no les hice el menor caso. Con el tiempo, se convirtieron en algún mensaje esporádico de correo electrónico y una tarjeta de felicitación por mi cumpleaños y me sentí aliviado. Facilitó que me convenciera de que en realidad mi padre no me importaba nada; no sé por qué quería que eso sucediera. Ni por qué acabo de ser plenamente consciente de lo malo que eso es.

—De acuerdo —digo—. Soy un hijo horrible. ¿Era de eso de lo que teníamos que hablar?

—No eres…

—No, claro que lo soy. Y también un mal hermano. Un amigo aún peor…, una mala persona, básicamente.

Lo suelto todo de sopetón y es la primera vez que expreso con palabras la convicción profunda y corrosiva de que existe algún motivo por el cual todo lo que toco se estropea. Creí que admitirlo me ayudaría a sentirme mejor…, pero no. Me humilla lo patético que parezco, y no ayuda demasiado la repentina carcajada de Caroline.

—Perdón —dice inmediatamente—. Es que… ¿en serio crees que alguien que de verdad fuera tan horrible pasaría tanto tiempo angustiado por ello como parece que haces tú?

—No eres una mala persona —corrobora Maggie—. Anda, toma un sándwich.

Me ofrece una caja de sándwiches sin corteza recién hechos. Vacilo, pero después me siento a su lado en el sofá y saco uno.

—Y no estamos aquí para hablar de nada en particular —añade—. Solo… estamos aquí.

—¿Porque estoy pasando una crisis?

—¿Estás pasando una crisis? —pregunta Maggie con mirada dulce y sorprendida.

—No —respondo instintivamente. Después añado—: No lo sé.

—No tienes por qué saberlo —contesta Caroline—. Tomaremos cada día tal como se presente. Hoy, comida. Después, quizá una película…

—Podrías darte un baño —interrumpe Maggie—. Un buen baño siempre hace que me sienta mejor.

—Mags tiene razón. De hecho, apestas.

Maggie responde alcanzando un cojín y lanzándoselo a la cabeza. Me río y doy un mordisco al sándwich. Basta un bocado para darme cuenta de que estoy famélico. Doy otro mordisco enorme y, sin saber por qué, de pronto se me llenan los ojos de lágrimas. ¿Porque estoy triste? ¿Porque no lo estoy? No tengo ni idea, así que sigo comiendo mientras las lágrimas empiezan a rodar por mis mejillas.

Maggie y Caroline siguen discutiendo; ambas tienen el detalle de fingir que no se han dado cuenta.



AUDREY



El artículo se publica un viernes.

Marika y yo estamos sentadas a la mesa de la cocina, desayunando relajadas y en silencio, absortas en nuestros teléfonos, cuando se queda paralizada y levanta la vista inmediatamente para mirarme a los ojos. Entonces lo sé, y no supone una verdadera sorpresa. Demi me envió el artículo ya terminado hace unos días, como me había prometido, y le di el visto bueno sin leerlo. Quizá algún día me apetezca leer los otros testimonios, ver el mío en letras de imprenta inmutables, negro sobre blanco. Pero no hoy. Hoy, Marika apaga la pantalla, deja el teléfono bocabajo encima de la mesa y continuamos comiendo nuestras tostadas.

Por desgracia, el resto del mundo no estaba sobre aviso. El móvil empieza a sonarme menos de diez minutos después y le enseño la pantalla a Marika antes de acercármelo a la oreja; es el número de las oficinas de AVW y la que me llama es Kady, la asistente de Imogene. Debo decir en su favor que se muestra absolutamente tranquila y amable, como si el hecho de que me llame ella y no Imogene no tuviera nada de extraño. Me pregunta si puedo ir hoy a la oficina, cuanto antes mejor, y después de decir que sí y colgar ambas esperamos por si Marika también recibe otra llamada. No es

así, lo cual confirma lo que ya sospechaba: el cambio de nombre no fue suficiente.

Salgo para las oficinas de AVW y mi aliento forma nubecillas al caminar. Marika quería acompañarme, por supuesto; sin embargo, me pareció que esto era algo que tenía que hacer yo sola. Es un día frío y hay niebla; las cumbres de los rascacielos se pierden en una capa de espesas nubes grises. En circunstancias normales podría parecer una señal de mal agüero, pero hoy estoy escalofriantemente tranquila. Como si lo que pueda ocurrir a partir de este instante ya estuviera escrito. Como si fuera inevitable.

Cuando por fin llego, la oficina está más silenciosa que nunca. Todos hablan en susurros y miran sus teléfonos con el ceño fruncido, tecleando como locos en sus ordenadores. Me salen al paso algunas miradas furtivas que hace tan solo unos días habrían bastado para angustiarme. Pero hoy apenas siento nada hasta que me acompañan al despacho de Imogene y esta se vuelve para mirarme con los ojos húmedos y enrojecidos.

—Hola, Audrey —dice intentando esbozar algo parecido a una sonrisa—. Siéntate.

Me hundo en un sillón mullido frente a su escritorio. Imogene se queda de pie y se frota una clavícula con el pulgar. Nunca la había visto tan…, tan… imperfecta, supongo. Lleva los pantalones arrugados y el jersey del revés; solo el extremo de su coleta medio deshecha oculta a medias la etiqueta.

—¿Estás bien? —pregunto vacilante, y me mira atónita, como si no fuera absolutamente evidente que se ha hartado a llorar.

—Bien —responde tras una pausa—. Es que… me pareció que debíamos tener una reunión informal. Mandé a Kady a comprar dónuts. —Hace un gesto vago para señalar una caja encima de su mesa, con dónuts de glaseado rosa y sin tocar.

—Oh… Gracias —le digo—. Pero ya he desayunado.

—¿Te apetece un café, entonces? ¿Agua?

—Nada, gracias.

Asiente con la cabeza distraída y se acomoda en el borde de su escritorio. Veo que está reuniendo valor para decirme lo que sea que tiene que decirme, así que espero y…

—Alguien me envió un artículo sobre Julian esta mañana —dice por fin—. En realidad, varias personas.

Allá vamos. Escuchar esas palabras de boca de Imogene no supone un *shock*, aunque tampoco me pone las cosas más fáciles para lo que debo decirle a continuación.

—No lo he leído —respondo—. Pero… hablé con la periodista que lo escribió.

Imogene se me queda mirando estupefacta con los ojos vidriosos.

—Ah —dice—. Tú…

—Lo siento —contesto sin pensar; Imogene se estremece visiblemente.

—¿Por qué…, por qué tendrías que sentirlo? No hay nada por lo que debas disculparte; la culpa es mía, Audrey.

—No lo sabías. —Y me doy cuenta en ese preciso instante de que jamás lo dudé.

—No lo sabía —repite con voz temblorosa—. No, pero debería haberlo sabido. Yo…

Imogene sacude la cabeza de pronto y se queda en silencio. Cuando vuelve a hablar, su voz es apenas un susurro:

—Creo… Creo que te conté que yo también fui modelo —empieza —. Y cuando decidí convertirme en agente, en parte fue porque quería ocuparme de otras chicas como me gustaría que hubieran hecho conmigo. Y no lo hice…, contigo no lo hice. Y yo…, yo no… —Se le quiebra la voz y vuelve a quedarse en silencio con los labios fruncidos mientras se frota los ojos desmañadamente con la palma de la mano.

Tiene la cara enrojecida y con manchas, y, en ese momento, la mujer guapa y estilosa que tengo ante mí se convierte en una chica de mi edad. Quizá algo más joven. De pronto noto una opresión en el pecho, comprimido por tanta rabia y dolor que apenas soy capaz de respirar.

—Estuviste pendiente de mí, Imogene. —De repente, la voz me flaquea—. Eres una maravilla. He sido muy afortunada por tenerte a mi lado, y para mí es muy importante que lo sepas.

Logra esbozar una sonrisa llorosa, pero en ese momento su teléfono emite un zumbido y la pantalla se apaga inmediatamente. Cuando se ha iluminado, he visto que había un montón de mensajes sin responder.

—¿Sabes…? Cuando vi el artículo, pensé que era una broma de mal gusto —dice en voz baja—. Julian… Soy amiga de su exnovia. Pero me pongo a leerlo, veo su nombre, y no…, nunca… —No termina la frase y, aturdida, vuelve a menear la cabeza—. Lo siento. ¿Querías…, quieres que hablemos de ello?

—Creo que no —respondo. Luego añado—: ¿Y tú? Quiero decir, ¿de tu…?

—No. —Se sorbe la nariz—. No, creo… Creo que quizá sea mejor que hablemos de lo que va a pasar a continuación. ¿Te parece?

—Claro —asiento—. Sé que esto cambiará las cosas.

—Van a retirar la campaña —dice de pronto, frotándose los ojos de nuevo—. No importa; ya habrá más.

—No, mmm… Me refiero a que, si tú me reconociste en el artículo, habrá más gente que lo haya hecho. Si dejo de tener contratos…

—¿Y por qué iba a ocurrir eso? —pregunta Imogene con lo que me parece auténtica preocupación.

Titubeo y no sé si debería contarle lo que verdaderamente ocurrió cuando tomé café con Miranda.

—No lo sé —digo en cambio.

Demi mencionó que había más casos relacionados con Miranda; con Julian en boca de todos, no creo que tarden mucho en llegar a oídos de Imogene. Pero hoy no es el día.

—No. Que no se te pase por la cabeza —asegura Imogene—. Tienes una brillante carrera por delante si quieres.

Y, a pesar de todo, creo que sí quiero. El mundo me parece más extenso que hace dos meses. Mi vida me parece mucho más rica, mucho más cargada de posibilidades, y Miranda y Julian se pueden ir al infierno por intentar hacerme creer que podían arrebatármela.

Sin embargo, hay una cosa más que quiero decirle a Imogene.

—Creo que necesito ir a casa. No para siempre, pero… por lo menos una temporada corta.

—Oh, por supuesto, cielo —dice con ternura, de nuevo intentando sonreír—. Puedo reservarte vuelo para el lunes, si quieres; Marika y tú podéis ir juntas al aeropuerto. ¿Es demasiado pronto?

El lunes. El lunes es dentro de dos días, y de repente me parece demasiado pronto. Como le pasa a Marika, hay una parte de mí que tiene miedo a marcharse. Miedo de que el tiempo que he pasado aquí se diluya y se quede en nada; una historia que contaré en las reuniones de amigos dentro de tres años, siempre preguntándome «¿y si, y si, y si…?».

—El lunes es perfecto —me oigo decir—. Gracias.

EZRA



—Dios. Qué frío, ¿no?

—Mmm —digo arrebujándome en mi abrigo nuevo. Es de paño de lana azul marino, largo y con un corte impecable; una de las prendas que Maggie me compró, así que seguro que debió de ser obscenamente caro. Casi me siento culpable de que me guste tanto.

—Vaya momento para dejar de fumar —continúa Caroline con un bufido—. Ahora mismo os mataría a los dos por un cigarro.

—Yo también te quiero —dice Maggie con la voz amortiguada por la bufanda.

—Me fumé mi primer cigarrillo un día como este —les digo—. Me pareció que me haría entrar en calor.

Caroline suelta un resoplido de risa. Maggie frunce el ceño.

—No sé si es muy apropiado reírse en un cementerio —dice. Tras una pausa, añade—: Pero hace un frío de la leche.

—Ven, anda —le dice Caroline pasándole un brazo por los hombros.

Maggie acepta el gesto con rigidez y el ceño arrugado. Sé que probablemente sea a la que más le ha costado, pero el caso es que está aquí. Estamos todos.

Contra todo pronóstico, es un lugar muy agradable, al lado de una zona muy tranquila del centro. Tiene una verja y está rodeado de

árboles; nuestro camino está alfombrado de hojas de color rojizo y observo a mi padre acercarse a la tumba para sustituir las violetas marchitas por otras frescas. Parece encontrarse extrañamente a gusto entre las lápidas, con la cabeza inclinada, apartando los pétalos caídos con delicadeza; viene todas las semanas. Después me enteré de que Maggie y Caroline ya lo sabían, pero hoy es el primer día que lo acompañamos los tres.

No es ni por asomo como me lo imaginaba. De hecho, lo había visualizado con lluvia: cielo color pizarra, paraguas negros, el telón de fondo perfecto para una catarsis inundada de lágrimas y mocos. Pero el cielo luce un color azul nítido sin una sola nube y no siento la presencia de mi madre en este lugar. No como cuando estoy leyendo un libro o viendo una película y hay una frase o un chiste que sé que le gustaría y tomo una pequeña nota mental para contársela, pero luego recuerdo y…

A veces sigue viva en lo más profundo de mi mente.

—¿Necesitas ayuda? —exclama Caroline.

Mi padre vuelve la cabeza para mirarnos y hace un gesto tembloroso con el pulgar hacia arriba.

—No te oye —murmuro empezando a caminar hacia él.

Papá se levanta en cuanto ve que me acerco y se limpia las manos en los pantalones; lleva chinos y jersey bajo una cazadora encerada, una ropa muy distinta de su vestimenta habitual de trajes impecables y corbatas elegantes.

—Te preguntaba si necesitabas ayuda —le digo en cuanto puede oírme.

—No, no. Ya he terminado —responde y hace un gesto con la cabeza en dirección a la tumba—. ¿Listos para irnos?

—Eso creo —digo con las manos firmemente metidas en los bolsillos; nos damos la vuelta hacia el sendero—. Maggie y Caroline tienen mucho frío.

—Claro, muy bien —acepta; luego añade—: Dijo Caroline que la idea de venir hoy fue tuya.

—Sí. —Y apuro un poco el paso—. Gracias por dejarnos venir contigo.

Maldita sea. Parece que hablo en plan sarcástico, cosa que hoy no pretendo en absoluto. Rebusco inmediatamente en mi cerebro en busca de alguna expresión más agradable, pero, cuando me doy cuenta, ya hemos llegado al sendero.

—Qué flores tan bonitas —le dice Caroline—. Mamá me contó una vez que estuvisteis a punto de ponerme Violet.

—Pero luego naciste y vimos que eras Caroline —dice papá—. Con Maggie pasó lo mismo. Estuvo a punto de llamarse Lucy.

—¿Y cómo estuvo a punto de llamarse Ezra?

—Oh, Ezra siempre fue Ezra —responde—. Lo supimos desde el principio.

Creo que Caroline se percata de que no sé cómo responder; golpea sus manos enguantadas en un aplauso amortiguado.

—Comida —dice resuelta—. Son más de las doce y tengo hambre. ¿Quién se apunta?

Papá me mira. De hecho, me miran todos.

—Suena bien —respondo; Maggie sonríe.

—Genial. Vamos a buscar un sitio —dice dando el brazo a Maggie y girando sobre sus talones.

Papá y yo bajamos tras ellas a cierta distancia, aceptando obedientes la invitación nada sutil para que hablemos entre

nosotros. Otra vez el tema de «ser mejor hijo».

—Bueno…, ¿cómo van las cosas? —empieza, lo cual me parece una pregunta peligrosa. No sé cuánto sabe de todo lo ocurrido en los últimos días.

—Bien —respondo—. Me he tomado un descanso en el trabajo.

—Oh. ¿Va todo bien? —Frunce el ceño y parece sinceramente preocupado; quizá porque está sinceramente preocupado, pienso para mí.

No, no va todo bien, pero empieza a darme la impresión de que sí irá algún día. Sigo en casa de Caroline. Me quedo en el apartamento mientras pinta, viendo películas y ayudando a Romy con la cena por la noche. Además, Caroline y yo estamos intentando dejar de fumar, lo que me parece que le está resultando más difícil que a mí; muerde sus brochas de colores con tanta agresividad que a veces se le quedan restos de pintura entre los dientes. Y también he dejado de beber, y es eso lo que me está costando. Mucho, para ser sincero.

Para decirlo claramente: lo echo de menos. Echo de menos la rutina que ofrecía el alcohol, el ritual; echo de menos saber que había algo apetecible al final del día. Echo de menos ser capaz de mitigar mis emociones y pensamientos desagradables bebiendo. Echo de menos el sabor, sea de vodka barato o de un cóctel mezclado por un experto. Hasta echo de menos el tacto de una copa de vino o de un vaso de *whisky* en la mano, y cuando se lo dije a Caroline, empezó a servirme los refrescos en una copa balón para *gin-tonics*, que lo cambia todo. Echo de menos el azúcar. Resulta que las bebidas alcohólicas contienen un montón de azúcar, así que

no hago más que beber refrescos como un niño. Probablemente me quede sin dientes antes de final de año.

Pero no echaré de menos las resacas. Los lapsus de memoria. Los vómitos, a veces tan violentos que después me dolía la garganta durante varios días. Y, peor aún, la vergüenza, vaga y confusa y casi constante al final. La idea de poder decir adiós a todo esto es, a falta de una palabra mejor, embriagadora. Lo único que desearía es estar seguro de que será suficiente, porque la perspectiva de permanecer sobrio para siempre es aterradora. Una parte de mí quiere seguir negociando: convencerme de que puedo empezar a controlarlo, ahora que sé el daño que puede hacerme. Al fin y al cabo, soy el dueño de mi propio universo y, si de verdad me apetece una copa, puedo tomar solo una. Todavía soy joven; hay mucha gente de mi edad que bebe tanto como yo y van frenando cuando se hacen mayores. Es normal. No preocupante.

Me doy cuenta de que el espejismo del control es muy atractivo cuando te falta lo que verdaderamente te gusta.

Así que beberé refrescos. Leeré los libros que me ha comprado Caroline —*La huella de los días, En islas extremas, El viaje a Echo Spring*—; me he fijado en que los títulos de muchos de esos libros sobre la adicción al alcohol empiezan con un artículo. Y me tomaré cada día según se presente.

Sin embargo, no me parece buena idea informar de todo esto a papá.

—Sí —respondo—. Me van bien las cosas.

—Estupendo —responde; percibo su inquietud, el no querer sobrepasar un límite.

Pero me toca a mí intentar salvar la distancia que nos separa. Ahora lo sé.

—Y… quiero que sepas que he estado pensando en lo que me propusiste sobre la Universidad de Nueva York —mido mis palabras —. O sea…, sigo sin estar seguro de querer ir a la universidad, pero sí quiero retomar la fotografía, así que… eso. Te mantendré informado.

Puede que sea la parrafada más larga que le he soltado desde hace años. Parece claramente sorprendido.

—Bueno…, pues eso está muy bien —responde—. Si es lo que quieres.

—Quizá. Creo que tiene lógica.

—Mientras seas feliz… Es lo único que me importa.

Hace una semana, no lo habría creído. Pero hoy sí. Decido creerlo.

—Lo estoy consiguiendo —digo con una sonrisa—. Y tú…, ¿qué tal?

—Oh, bien. Con mucho trabajo. Pero… puede que este año me tome unos días libres por Navidad.

—¿En serio?

—Sí, bueno…, estaría bien hacer las cosas como es debido, ahora que volvemos a estar todos juntos.

—¿Ir a patinar sobre hielo y hacer galletas?

—Si quieres… —dice totalmente en serio.

Me echo a reír.

—A ver…, como quieras, vale. Pero tampoco hace falta que te compliques la vida.

—Pues me apetece —responde—. Me apetece pasar más tiempo con vosotros.

—Bueno…, a mí también —digo con torpeza—. Y… soy consciente de que podría mejorar la parte de ser un miembro de esta familia. Voy a trabajar en ello, así que…

—No —dice papá deteniéndose—. Lo de que seas un miembro de esta familia no está sujeto a condiciones. Yo soy el único que debería intentar «mejorar». Soy tu padre, es mi trabajo. El único que importa, y no he…, sé que no he…

Parece flaquear y apoya la mano en un pequeño muro de piedra como para mantener el equilibrio. La luz se refleja en su alianza de oro, que resplandece al sol de mediodía.

—Hiciste todo lo posible —digo—. Solo que hasta ahora no he querido reconocerlo.

Mi padre sonríe al oírme. Es una sonrisa extraña; triste, de medio lado, pero infinitamente mejor que cualquiera de sus muecas forzadas. Y mientras lo miro —lo miro de verdad, con atención—, me doy cuenta de que se está haciendo mayor. Tiene arrugas alrededor de la boca y la piel acartonada bajo los ojos. Hasta el gris de sus raíces parece más abundante y de pronto se me ocurre que lo de dejar de fumar y empezar a salir a correr quizá no se deba a su vanidad. Quizá lo único que esté intentando sea estar más tiempo con sus hijos malcriados y desagradecidos que nunca le dicen lo mucho que lo quieren.

Me invaden unas ansias repentinas —e inquietantes— de abrazarlo. Pero es que… no puedo. Ni siquiera sé cuántos años tendría que ir a terapia para ser capaz de expresar mis emociones de una forma tan sana y natural; terapia que probablemente debería buscar. Pero en cambio consigo darle una palmada en el hombro, que ya es algo.

Si hay alguien capaz de interpretarla, es él.



AUDREY



—¿El lunes? ¿Por qué tan pronto?

—Las cosas han salido así. Si hay algún problema, puedo ir en tren desde el aeropuerto…

—¡No, ningún problema! —dice mamá inmediatamente—. No podría hacerme más feliz la idea de que vengas, Dree. Pero… va todo bien, ¿no? ¿No ha pasado nada?

—Estoy bien —respondo vacilante—. Solo que… supuse que ya era hora.

—¿Dejas…, dejas lo de ser modelo? ¿O…?

—No —respondo muy seca—. No dejo lo de ser modelo.

Marika levanta la vista y después la aparta con la misma rapidez. Hemos salido a correr por Central Park y ahora estamos sentadas en un banco haciendo un descanso. Marika me ha hecho prometerle que no lo voy a dejar y creo que empieza a gustarme la idea. Me despeja la mente, lo cual es agradable, y ya no tengo ganas de vomitar; agradable también. Pero una consecuencia de dicha claridad mental fue darme cuenta de que debo a mis padres una actualización sobre mi vida.

—No pretendo ser crítica —dice mamá despacio—. Solo…, solo me preguntaba si no estarías un poco deslumbrada con la idea de ser modelo, pero luego la realidad…

—Mamá, de verdad que no me apetece hablar de esto ahora.

—Nunca te apetece hablar de nada. Es la primera vez que escucho tu voz desde hace una semana.

—Está… Está siendo duro.

—¿Duro? ¿Cómo duro? —se alarma.

—Duro en el sentido de… distinto —rectifico—. Pero también habría sido distinto si hubiera ido a la universidad, así que…

—No creo que sea exactamente comparable.

—Mamá —digo en un tono más agudo—. ¿No puedes simplemente alegrarte de que vuelva a casa? ¿También tienes que intentar hacerme sentir mal?

Con el rabillo del ojo, veo que Marika se pone tensa. Fue ella la que me insistió en que llamara a mis padres en vez de mandarles un mensaje, pero me temo que ahora lo está lamentando. Me levanto y me acerco a una zona de hierba cercana para ahorrarle un malestar del que no tiene culpa.

—No pretendo herir tus sentimientos, Audrey —dice mamá con voz tensa—. Pero creo que todo esto ha sido demasiado para ti y demasiado pronto. Demasiada presión, demasiada responsabilidad.

—Es posible —admito—. Pero yo lo elegí y no me arrepiento.

Ninguna de las dos dice nada durante unos instantes. Después, continúa:

—Bueno…, aquí ya casi hemos terminado la reforma. Solo queda el baño principal.

—Y después ¿qué?

—¿A qué te refieres?

—¿Os vais a quedar ahí?

—Claro. Por lo menos, una temporada. Hay varias personas de aquí que se han interesado, pero no hay nada definitivo.

—Ya. Supongo que tenía la esperanza de que os gustaría lo suficiente para quedaros a vivir ahí.

—Oh. Bueno, casi no has estado aquí, Dree. Me sorprende que sientas apego.

—Es que esa es la cuestión —digo sin alterarme y armándome de valor para la frase siguiente—. Quiero sentirlo. Apego, quiero decir.

—¿Por esta casa?

—Por la que sea. Quiero decir…, estar aquí me ha hecho pensar lo bonito que sería volver a casa y sentirme… en casa. Pero en cambio voy a volver a otra vivienda medio vacía que apenas conozco… O sea…, siempre habláis de un «hogar permanente», pero parece que nunca va a suceder, y ahora me da la impresión de que es demasiado tarde. Al menos, para mí. —Me siento fatal después de haberlo dicho.

Hacía mucho mucho tiempo que ansiaba tener esta conversación y por fin la distancia lo ha hecho posible. Mamá se queda callada al otro lado de la línea y aprieto los labios para contenerme y no decir nada más.

—Creo…, creo que tienes edad suficiente para comprender que ni siquiera los padres tenemos solución para todo —dice mi madre por fin—. Tomamos decisiones sin saber cuáles van a ser las consecuencias, como todo el mundo. Y no siempre acertamos.

—Lo sé —digo con la vista fija en el suelo—. Ya lo sé.

—Papá y yo… no tenemos raíces en ningún sitio. No como otras familias.

También lo sé; ambos son hijos únicos y papá no ha vuelto a ver a sus padres desde que era adolescente. Viven en Australia y a día de hoy ni siquiera estoy segura de que sepan que existo. Creo que probablemente sea deliberado. No se habla con ellos y aprendí de manera innata a no preguntar por qué.

—Lo de las casas… empezó por necesidad —continúa mamá—. Cuando papá se quedó sin trabajo…

—¿Cuándo fue eso? —interrumpo totalmente perdida.

—Poco después de perder a tu abuela —dice con voz ligeramente temblorosa—. Vender la casa debería haber sido una solución a corto plazo. Pero reformarla supuso pasar mucho más tiempo contigo; ninguno de los dos quisimos renunciar a eso. Solo ahora que no estás nos parece una casa vacía.

Parece a punto de llorar.

—Bueno, pero ya está —respondo rápidamente secándome las lágrimas—. Vuelvo a casa.

—Hemos esperado demasiado. —Se sorbe la nariz—. Ya eres adulta; estás empezando tu propia vida y nosotros… Lo sentimos, Dree. Lo sentimos mucho.

Oírla reconocerlo de esta manera era lo único que necesitaba, ahora lo sé. La rabia, el resentimiento… se evaporan en un instante y de pronto solo me siento pequeña, cansada y con unas ganas tremendas de estar con mis padres.

—No te preocupes —digo con voz temblorosa—. Es que… os he echado mucho de menos.

—Y nosotros a ti, Dree. Muchísimo. Papá… Estoy deseando decírselo. A menos que quieras hacerlo tú. Volverá dentro de una hora o así.

—Puedes decírselo tú.

—Te queremos mucho, Dree. Cuídate. Y da señales de vida, por favor.

—Lo haré. Te quiero —digo, y ahí termina la conversación.

Cuando cuelgo parece que me falta el aire; todavía tengo el estómago algo revuelto, pero me siento tremendamente aliviada y más segura que nunca de que he tomado la decisión correcta.

No espero que todo sea perfecto cuando regrese. Dudo que mamá vuelva a insistir sobre mi trabajo como modelo inmediatamente, pero sé que tiene todo el derecho a sentir recelo. También sé que una conversación telefónica no basta para borrar seis años de resentimiento contenido, pero por hoy es suficiente. Y es lo que dijo mamá: ahora estoy empezando mi propia vida. La que quiera y donde quiera.

Me acerco de nuevo a Marika, que me espera expectante.

—¿Todo bien?

—Más o menos —digo, y me dejo caer sobre el banco a su lado—. Mi madre…, bueno, ya has oído.

—¿Se alegra de que vuelvas a casa, por lo menos?

—Sí. ¿La tuya está disgustada porque te vayas a Suiza?

—Sí. Me dio una charla de media hora sobre los peligros del esquí.

—Muy bien.

—Sí. Y le hablé de Nicole, lo cual fue un error; ahora quiere que la lleve a casa por Navidad.

—¡Oh, qué bonito!

—Bonito, sí. Realista, no.

—Creía que ibais a intentar mantener una relación a distancia.

—Claro —replica con voz inexpresiva y la vista puesta en el cielo —. Pero Nicole tiene una vida estupenda aquí y yo no puedo formar parte de ella. No como sería deseable.

—¿Ya no te acuerdas de lo que me dijiste? ¿Que no cerrara las puertas a algo solo por no querer correr el riesgo de perderlo?

—Vagamente.

—Pero entiendes lo que quiero decirte, ¿no?

—¿Que es más fácil dar consejos que seguirlos?

Me río. Inclina la cabeza hacia mí y me clava su mirada felina.

—¿Y tú? —pregunta—. ¿Has vuelto a hablar con él?

—No —respondo al instante—. Además…, es distinto.

—Ah, ¿sí?

Por supuesto que sí. Marika debería saberlo; se lo he contado todo, incluyendo las partes más mezquinas. Que le espié el teléfono. Que le grité. Y que, por un instante, quise hacerle daño sin más motivo que querer hacérselo.

—No ha intentado ponerse en contacto conmigo —le recuerdo intentando ignorar una punzada de dolor al recordarlo—. Y ahora es demasiado tarde para hacer nada.

—Bueno —dice Marika en tono suave—. Si eso es lo que crees…

Lo que creo es que lo echo de menos. Que seguramente lo quería. Y que estaba destinada a conocerlo pasara lo que pasara. El universo estaba seguro de eso, aunque yo no. Pero nada de ello impidió que lo echara todo a perder, así que…

—Sí —digo en voz baja—. Eso es lo que creo.



EZRA



Veo a Edie antes que ella a mí. A través de la ventana empañada del restaurante, observo cómo cruza la calle corriendo con un conjunto de licra verde salvia y suspiro al verla. Ha venido. Llega quince minutos tarde y puede que simplemente le quede de camino al gimnasio, pero ha venido.

Supuse que no reaccionaría bien a un mensaje largo y sentimentaloide, así que, cuando le escribí anoche, fue para hacerle una invitación directa: sitio, hora y promesa de pagar la cuenta. El sitio en cuestión es un restaurante tradicional en el SoHo, un clásico neoyorquino: pensad en madera oscura, amarillo luminoso y una copiosa cantidad de mantequilla casi en cada plato. Sugerencia de Romy, por supuesto.

Bajo la vista cuando Edie se acerca a la camarera. No me atrevo a hacerle una seña, pues sé que le gusta hacer la entrada por sí misma, sin que nadie la llame; entrada que se reduce a dejarse caer en la silla que hay frente a la mía sin una sola palabra de saludo.

—Me sorprendió que quisieras quedar para desayunar —empieza abriendo la carta—. Un poco temprano para una copa, ¿no?

—Para algunos —corroboro—. Pero no descartes una humilde mimosa.

—Hum. ¿Te sorprende que haya venido?

Me siento aliviado. Está susceptible, y estar susceptible es una buena señal. Por lo menos, tranquilizadora tratándose de ella.

—Agradablemente. Gracias por venir. En serio.

—Dios. Si te pones tan cursi, quizá las mimosas sean un mal necesario.

—La verdad es que ya no bebo —confieso—. Pero adelante si te apetece.

Levanta la vista inmediatamente con expresión indescifrable.

—Mejor para ti. ¿Influencia de ella? —No pronuncia el «ella» con ningún énfasis particular, pero, de todos modos, está cargado de intención.

—Estoy intentando tomar decisiones más sensatas —digo revolviéndome en la silla—. No tiene que ver con nadie.

—¿En serio? ¿También has dejado de fumar?

—Lo estoy intentando, sí.

—Bien. Es que no sé por qué empezaste.

—Porque eso es lo que hacen los jóvenes desencantados. Fumar y escribir poemas malos.

—Tú nunca escribiste poemas.

—Bueno, ninguno que pudiera enseñarte.

Se le escapa un atisbo de sonrisa. Pero sigue evitando mi mirada mientras juguetea con un mechón de pelo.

—¿Pedir perdón es cursi? —pregunto con tiento—. Me gustaría hacerlo, pero…

—No es necesario —responde impasible—. Las cosas cambian. Lo entiendo.

—Edie…

—Ezra. Olvidémoslo, ¿vale?

—Si estás segura…

—Muy segura —contesta; tras una pausa, añade—: Tienes buen aspecto. Por lo menos, mejor que la última vez.

—Estoy viviendo con mi hermana Caroline y su novia. Tienen la extraña costumbre de dormir ocho horas y hacer tres comidas al día.

—Un buen detalle.

—Sí que lo es. ¿Qué tal tu familia?

—Como siempre, supongo. Mis padres están en Cannes.

—Qué bien. ¿Has hablado con Eleanor?

Edie me mira con una expresión en los ojos muy parecida a la alarma. Está claro que no esperaba que le preguntara por Eleanor, ¿por qué iba a hacerlo, si aprendí que no debía de la peor manera posible? Y percibo su lucha interior; su instinto es zanjar el tema, hacerme callar, pero…

—Me escribió —dice por fin—. Ahora mismo se está emitiendo el programa. Un columnista lo llamó «microcosmos edulcorado de lo peor de la sociedad».

—Entonces, ¿es un éxito?

Suspira.

—A la gente le encanta criticarlo, lo que significa que antes hay que verlo.

—¿Y tú? ¿Lo has visto?

—Solo he leído algo en Internet y fue como una tortura —responde con voz inexpresiva—. Eleanor dice que no lo habría hecho si hubiera sabido que me iba a marchar. Pero nunca ha entendido del todo el concepto de que sus acciones puedan tener cierto impacto sobre otras personas.

—Ya —digo sorprendido por la confesión.

—Mmm. También dice que quiere venir a verme.

—Oh. ¿Y qué vas a hacer?

—¿Tú qué crees que debería hacer? —pregunta bruscamente—. ¿Dejar que venga? ¿Olvidarlo todo con un abrazo? ¿Entrar en una etapa de cicatrización?

—No. Y no —confieso; Edie hace un gesto de burla y aparta la vista—. Es tu decisión —añado de inmediato—. Es que… precisamente yo estoy intentando poner en práctica eso del «beneficio de la duda».

—¿Con tu padre? —pregunta mirándome de soslayo.

Me encojo de hombros; ella levanta las cejas sorprendida, pero no comenta nada y vuelve la mirada hacia la ventana.

—No sé cómo sentirme ante esta versión de Ezra nueva y mejorada —dice con voz inexpresiva—. Pero supongo que llegaré a acostumbrarme.

—¿En serio? —Sonrío—. ¿Te apetece que volvamos a vernos?

—Quizá, si de verdad te apetece.

—Claro que me apetece. Sé que han cambiado muchas cosas, pero no todas.

—Ni el hecho de seguir enamorada de ti —dice empeñada en no mirarme—. Pero probablemente ya lo suponías.

La miro desconcertado durante unos instantes sin saber si está bromeando: hace uso del sarcasmo tan a la ligera que no siempre es fácil saber cuándo va en serio y cuándo no. Sin embargo, su expresión es firme y ha tensado la mandíbula como si se estuviera preparando para recibir un golpe. Se me encoge el corazón. —No —respondo con torpeza—. No lo suponía. —Perdona si te resulta extraño —dice relajando la mandíbula—. Ya sé que has pasado

página. —Dios, Edie… —empiezo, pero ella hace un gesto con la cabeza. —Olvídalo —pide—. Por mucho que esta situación sea lo peor, sería aún peor si tú no estuvieras en mi vida. Así que… con el tiempo llegaré a ese punto en que seré feliz si tú eres feliz. Te lo prometo. —Entonces, me mira y sonríe. Sin embargo, sus ojos no reflejan la misma sonrisa y considero decirle que no hay nadie más; ya no, porque todo terminó antes incluso de empezar. Pero… —Encontrarás a alguien mejor —le digo en cambio; se echa a reír. —Sí —asiente—. Es probable.

—Pero no pienses que dejarás de importarme, Edie —añado muy serio—. Nunca dejaste de importarme. No podrías. Llegados a este punto, ya es casi innegociable.

—Naturalmente —dice con indiferencia echando un vistazo a la carta—. Y me vas a invitar a unos huevos de veinte dólares.



AUDREY



Mi primera noche en Nueva York estaba buscando algún sitio donde comprar comida por los alrededores del apartamento, cuando levanté la vista y vi una fiesta en una azotea. O, al menos, la periferia de una fiesta; unas cuantas personas aisladas estaban apoyadas en la barandilla de la terraza con copas en las manos y sus siluetas se recortaban contra la luz de las bombillas de colores. Recuerdo haber pensado que todos debían de tener unas vidas estupendas y glamurosas. En cambio, ahora soy yo la que está en una fiesta parecida en una azotea parecida, aunque no me sienta más estupenda ni glamurosa por el hecho de estar aquí. Simplemente…, estoy aquí. Y mañana estaré en otro sitio.

—Guau —dice Nicole apareciendo a mi lado con una capa de flecos resplandeciente y sombra de ojos a juego—. Estás imponente, Audrey.

—Oh…, tú también. —Sonrío mientras me ajusto con torpeza un tirante del vestido.

Es el que llevaba la noche que conocí a Ezra; Marika me lo regaló cuando estábamos haciendo las maletas y no quiso aceptar un no por respuesta. Me alegro de que insistiera. Así ahora tengo algo palpable de todos esos recuerdos.

—Oh, gracias —dice sonriendo a su vez—. ¿Qué tal?

—Genial. Esta fiesta es alucinante, Nicole, en serio.

«Alucinante» se queda muy corto. Nicole ha organizado todo esto en menos de veinticuatro horas, según dice Marika, y la decoración es una amalgama delirante de todos los temas imaginables. Es como si alguien hubiera ido a una tienda de artículos para fiestas con los ojos vendados; hay una sopera para ponche en forma de calabaza encima de una mesa cubierta por un mantel con dibujos de princesas y junto a ella un cactus hinchable rodeado de guirnaldas de papel. Es una locura y me encanta.

—Bueno, tenía que organizaros una despedida como es debido —dice con una sonrisa más amplia—. Puede que mi apartamento tenga el tamaño de una caja de zapatos, pero esta azotea hace que merezca la pena.

—¿Puedes celebrar fiestas cuando quieras?

—Después de que Irene dé el visto bueno. Es la dueña del edificio; de hecho, está ahí.

Nicole señala a alguien, me vuelvo y veo a una mujer enjuta con el pelo blanco y un caftán con estampado de cachemir que gira en la improvisada pista de baile al ritmo de una canción de ABBA.

—Es mi musa —dice Nicole con veneración—. En serio, si esta noche tienes oportunidad de hablar con ella, no la dejes pasar. Sabe unas historias increíbles; una auténtica neoyorquina.

—¿Hay que nacer en Nueva York para ser neoyorquino?

—Creo que no. Es algo intangible. Un estilo. Una actitud.

—Me recuerda a Marika.

—Sí, lo tiene. —Nicole sonríe—. Pero quizá encuentre otra ciudad que le convenga más.

Miro a Marika; lleva un vestido lila iridiscente y está de pie junto a un muñeco de nieve de poliestireno hablando con una chica que me resulta vagamente familiar. Pero no para de mirar en nuestra dirección; concretamente, a Nicole.

—No creo —digo en tono suave—. Creo que su ciudad es esta.

—¿Y tú? —me pregunta con una sonrisa—. ¿Te tienta la idea de volver a Nueva York algún día?

—Algún día —asiento—. De momento, necesito pasar algún tiempo en casa.

—Muy bien —dice Nicole; su mirada se relaja—. Marika me dijo que la cosa no acabó bien con ese chico, Ezra.

—Oh. No… No me acordaba de que os conocíais.

—Sí. Y la verdad es que me cayó muy bien. Pero, si te hizo alguna putada, lo odiaré a muerte y te acompañaré a lanzar huevos a su apartamento.

—No —digo entre risas—. No, yo… me temo que fue una cagada mutua.

Me aparto un mechón de pelo de los ojos. Hoy cuando me estaba arreglando para la fiesta vi que ya asomaban las raíces oscuras, que supongo que se harán más visibles dentro de nada. Pero ya estoy más o menos acostumbrada al rubio. He dejado de asociarlo con Julian. Es mi pelo y ya está.

—Bueno, el tiempo lo cura casi todo —dice Nicole jovial—. Prométeme que me llamarás si vuelves por aquí. Podemos cenar juntas o hacer algo.

—Lo haré. —Sonrío—. Gracias.

Nicole me devuelve la sonrisa y me da un apretón en el brazo antes de apartarse para reunirse con los demás. Yo haré lo mismo

dentro de nada. Pero, de momento, me quedo donde estoy y alzo los ojos al cielo. No hay estrellas, obviamente. No tienen ninguna posibilidad en una ciudad como esta, así que dejo mi copa y me apoyo en el borde del edificio para contemplar la calle. No estamos a demasiada altura. Creo que reconocería a Ezra si pasara por debajo, aunque no lo hará, claro. El universo ya no me debe ningún favor.

Llevo días diciéndome que es demasiado tarde para ponerme en contacto con él. Pero ahora que ya casi lo es, no pienso en otra cosa. Saco el teléfono y busco su nombre. No se puso en contacto contigo, me recuerdo a mí misma. Pero yo tampoco, y fui yo la que se marchó. En aquel momento estaba tan furiosa… Creí que lo odiaba; ¿y si fue eso lo que vio? ¿Y si…?

Al infierno, pienso impulsivamente, y presiono «LLAMAR» acercándome el teléfono a la oreja. Se me ha secado la boca y no tengo ni idea de lo que voy a decirle, demasiado concentrada en prepararme para escuchar el sonido de su voz mientras el teléfono suena, y suena…

«Lo sentimos. El número al que ha llamado no está disponible. Deje su mensaje o inténtelo de nuevo».

Oh. Vaya. Qué anticlimático. Y también un poco desolador, la verdad, porque, por mucho que quiera creer que está ocupado, es igual de probable que haya visto mi número y no haya querido contestar. Cuelgo de inmediato, apoyo los codos en la barandilla de la terraza y presiono el teléfono contra la frente.

Quizá sea lo mejor; probablemente me habría puesto en ridículo haciendo cualquier confesión dramática y estúpida. Pero, en cualquier caso, estoy tan avergonzada que se me saltan las lágrimas y cierro los ojos con fuerza para mantenerlas a raya. Esta noche me

niego a llorar. Lo único que necesito es un momento para tranquilizarme y después voy a terminarme la bebida, a buscar a Marika y a arrastrarla a la pista de baile. Voy a disfrutar de mi última noche en esta ciudad. Voy…

Y en ese momento el teléfono empieza a zumbarme en las manos. Pestañeo para ahuyentar las lágrimas y mi corazón salta de alegría al ver el nombre de Ezra. Se me resbala de las manos; se me resbala y hay un terrible momento de clarividencia en el que soy consciente de lo que va a suceder. Pero mi cerebro es más rápido que mi cuerpo y, sin darme tiempo a reaccionar, me encuentro con las manos vacías. Y oigo un golpe seco y lejano en la acera.

Contengo un grito y estiro el cuello. No hay ningún peatón a la vista, lo cual…, menos mal. Me cuelo a toda prisa entre los grupos de la fiesta y echo a correr escaleras abajo, rezando para que ocurra un milagro. Pero, cuando por fin llego hasta mi teléfono, es tristemente evidente que está en las últimas. La pantalla sigue parpadeando valientemente, pero está destrozada y caen esquirlas cuando lo recojo de la acera con cuidado.

Ahora no tengo forma de llamar a Ezra. Pero me llamó.

Me llamó, de pronto empiezo a caminar a toda prisa, porque está en algún lugar y me ha llamado, lo que significa que quiere hablar conmigo. No tengo ni idea de lo que querrá decirme, pero tampoco intención de quedarme sin saberlo.

Marika invitó a Mac a la fiesta; dijo que vendría al salir de trabajar; eso quiere decir que Ezra también podría estar trabajando. Si no, Mac sabrá dónde está. Y si no, pues…, ya buscaré una solución. Ezra está ahí, en algún sitio, y quiere hablar conmigo. Es lo único que importa.

Echo a correr antes de llegar al final de la calle.



EZRA



—¿A quién llamas? —pregunta Mac.

—A Audrey. Intentó llamarme y no la oí —murmuro—. Le estoy devolviendo la llamada, pero salta el contestador.

Vuelvo a intentarlo y me acerco el teléfono a la oreja.

«Lo sentimos. El número al que ha llamado no está disponible. Deje su…».

—Maldita sea —mascullo.

Ha llamado hace dos minutos, literalmente; lo vi en cuanto abrí la taquilla. Sigo aquí de pie, desaliñado y sudoroso después de mi primer día de vuelta al trabajo. Si no me hubiera entretenido bajando la dichosa ropa sucia… ¿Qué ha podido pasar en dos minutos para que de repente no esté disponible?

—No sabía que habíais vuelto a hablaros —dice Mac observándome.

—No habíamos… No hemos vuelto a hablar. Pero…

Pero, pero, pero. Podría significar cualquier cosa y el hecho de que su teléfono no suene me está volviendo loco. ¿Se habrá quedado sin batería? ¿Lo habrá apagado? Quizá me llamó sin querer, o cambió de opinión…

—Ojalá pudiera aconsejarte. —Mac suelta un suspiro dramático y hace una pausa para quitarse la camisa—. Pero, como te negaste a

contarme nada sobre esa pelea tan terriblemente misteriosa que tuvisteis, no puedo.

—No…, no creo que la llamara pelea.

—Conflicto, disputa, lo que sea. La cosa es que se cabreó contigo, ¿no?

—Sí —respondo con el estómago desagradablemente encogido al recordarlo—. O… se disgustó, supongo. Pero fue gorda.

—¿Por algo que hiciste?

—Sí.

—¿A propósito? O sea…, ¿sabías que le ibas a hacer daño y lo hiciste de todos modos?

—No. No, todo lo contrario. Estaba intentando evitar que le hicieran daño. Pero como soy idiota…

—Soy consciente —dice poniéndose una camiseta blanca ajustada —. Solo estoy intentando calibrar la situación.

—La situación es que la fastidié —digo dejándome caer en el sofá destartalado junto a la puerta—. La situación es que casi siempre la fastidio.

—Exactamente. Como cuando no diste señales de vida durante más de una semana y tuve que enterarme por Romy de que no habías muerto.

Levanto la vista sorprendido. Mac está revolviendo en su taquilla, así que no puedo verle la cara para saber si está hablando en serio o no.

—Oh, mmm… Lo siento —digo vacilante—. No pensé… ¿De verdad estabas preocupado?

—Claro que no —dice con indiferencia—. La última vez que viniste a mi casa estabas estable y de lo más normal. ¿Por qué iba a

preocuparme?

Maldita sea. Tiene toda la razón, por supuesto, y ni siquiera me disculpé cuando volví a verlo hoy: hizo un chiste sobre el hijo pródigo sin darme tiempo a saludarlo y luego nos metimos de lleno en la vorágine de las cenas, así que supuse que todo iba bien. También di por hecho que, al ser yo solo uno de los muchos, muchísimos amigos que tiene, mi ausencia no le afectaría demasiado.

—Lo siento —repito, esta vez con toda sinceridad—. No me di cuenta.

—Sinceramente, me hizo preguntarme si crees que no soy más que un gorrón que se aprovecha de ti para sus chorradas —continúa volviéndose hacia mí—. Quiero decir…, creía que éramos amigos, amigos de verdad, no solo compañeros de trabajo. ¿Y después tienes una crisis seria y me dejas al margen?

—Dejé a todo el mundo al margen —le digo—. Y fui un idiota y un egoísta, pero no fue nada personal; Mac, eres un gran amigo. Comprenderé que a partir de ahora no quieras que nos veamos, y mucho menos…

Dejo la frase en el aire, sorprendido por un pensamiento que se me viene a la cabeza de repente. Una idea. Buena, quizá.

—¿Te importaría? —pregunta Mac por fin.

—Claro —respondo—. Además…, ¿por qué no nos vamos a vivir juntos?

Se me queda mirando estupefacto. Luego dice:

—Antes tendrás que comprarme un anillo.

—Te lo digo en serio. Odias a tus compañeros de apartamento. Yo odio vivir solo. Nos preocupamos el uno por el otro y esas cosas.

¿Qué más necesitamos?

—¿Un segundo dormitorio?

—Podemos buscar otro sitio, ¿vale? Quizá tardemos un poco…

—¿Me estás tomando el pelo? Cualquier cosa que yo pudiera permitirme sería un cuchitril comparado con el espacio que tienes ahora mismo.

—No es para tanto. Los techos son demasiado altos. Y no me hagas hablar de la falta de luz natural.

—¿Te has olvidado de que estábamos en medio de una conversación sobre lo capullo que eres?

—Lo sé. Y lo soy —admito—. Pero estoy intentando hacer las cosas mejor. Controlar mis miserias, ¿entiendes?

—Lo cual es estupendo; con la mano en el corazón, te apoyo sin condiciones —dice Mac muy serio—. Pero no quiero cagarla al hacerlo.

—Entonces, deja que me ocupe del trabajo preliminar. Voy a empezar a buscar sitios; te aviso si encuentro algo, ¿vale?

Para ser sincero: soy plenamente consciente de que encontrar un apartamento de alquiler con dos dormitorios, asequible y que no sea un asco en Nueva York es casi tan improbable como encontrar un unicornio en Central Park. También sé que no seré capaz de hacerlo sin una contribución económica significativa de mi padre, pero a lo mejor podemos hacerlo como préstamo, o quizá conozca a alguien que tenga algo para subarrendar. Pequeños pasos y esas cosas.

—De acuerdo —dice Mac tras una pausa—. No es una idea del todo mala, así que la apruebo con reservas.

—Genial. —Sonrío, me levanto del sofá y alcanzo la mochila—. Seguimos hablando mañana. Me voy.

—¿Adónde?

—Al apartamento de Audrey —confieso—. A ver…, si de verdad no quiere verme siempre puede mandarme a tomar por saco, ¿no?

—Claro —dice Mac tras unos instantes—. Pero no está en su apartamento.

—¿Que no está…? ¿Cómo lo sabes?

—Porque está en la fiesta a la que voy a ir ahora mismo —dice como sin darle importancia mientras se revuelve todavía más su pelo ya revuelto—. Y supongo que podrás venir conmigo por si acaso es verdad que quiere verte. ¡Pero… te obligaré a esperar en la puerta hasta que me lo confirme!, ya que sigo sin saber qué os pasó en realidad.

—De acuerdo —respondo rápidamente—. Genial. Vamos.

—¿No te cambias de ropa?

—No, al infierno la ropa. Vámonos ya.

Mac hace un gesto de hastío, pero accede; contengo con todas mis fuerzas las ganas de echar a correr en ese mismo instante mientras recoge sus cosas y me hace esperar revolviéndose un poco más el pelo. Cuando por fin salimos, insisto en ir en taxi, aunque el sitio a donde vamos está solo a unas cuantas manzanas del restaurante; soy incapaz de liberarme de esa acuciante sensación de urgencia, de ímpetu, aunque no tengo ni idea de qué va a pasar ni de qué voy a decirle. Si es que quiere verme, claro.

—Relájate —dice Mac poniéndome una mano en la rodilla con firmeza.

No he parado de moverla desde que nos quedamos atrapados en un atasco; ha empezado a llover, lo que significa que el tráfico se ha parado casi por completo.

—Lo siento —digo mirando por la ventanilla—. Quizá habría sido mejor ir andando.

—No te preocupes. Tenemos tiempo.

—Pero no sabemos cuándo va a terminar todo esto. ¿Y si…?

Pero no termino la frase, distraído por una chica que veo al otro lado de la calzada. Primero me fijo en su pelo, tan claro que parece resplandecer en la bruma que forma la lluvia.

—Y si ¿qué? —pregunta Mac.

Pero apenas lo oigo mientras limpio el cristal empañado forzando la vista para observar mejor la silueta en la distancia. Veo que es alta y lleva una cazadora verde… Audrey tiene una cazadora verde. Y avanza con rapidez, dejando atrás al resto de peatones…

—Creo que es ella —digo—. Creo que es Audrey.

Mac se inclina y entorna los ojos.

—Es una chica rubia, sí, no cabe duda.

—Viene de la dirección contraria a la nuestra —digo desabrochándome el cinturón de seguridad y estirando el cuello para mirar por la luna trasera—. ¿Y si se fue de la fiesta para ir a buscarme?

—¿Por qué iba a…? ¿Qué haces?

—Lo siento —digo mientras saco el monedero con torpeza y lanzo un fajo de billetes al pecho de Mac—. Tengo que ir tras ella.

—¡Quizá no sea ella! —protesta Mac, pero ya he salido del coche.

Lo sé, lo sé, estoy cometiendo una locura, pero es precisamente la clase de locura que me ha perseguido desde que Audrey y yo nos vimos por primera vez. No puedo quedarme sentado y arriesgarme a perderla; no quiero, me niego, así que echo a correr pisando con fuerza el pavimento mojado, preguntándome si será consciente de

que tiene mi corazón en la palma de su mano perfecta y pecosa. Pero ese corazón no está ahora en buenas condiciones; la pierdo de vista y vuelve a latir con fuerza cuando veo de nuevo un destello de pelo rubio doblando una esquina.

—¡Audrey! —grito, pero está en la acera opuesta, demasiado lejos para que mi voz la alcance.

Miro el semáforo junto al paso de peatones; cambia a verde y echo a correr de nuevo, avanzando…

Después, el mundo se vuelca. Una fuerza desconocida me lanza volando y aterrizo brutalmente de narices en la calzada. Mi primer pensamiento: Qué vergüenza. El segundo: ¿Acaba de atropellarme un coche?

—Estoy bien —digo sin dirigirme a nadie en particular, vagamente consciente del corrillo que empieza a formarse a mi alrededor. Intento erguirme, así que debo de estar más o menos ileso—. Estoy bien. Yo…

—Deberías denunciarlo —oigo decir a una mujer a mi lado—. Estaba en verde.

El taxi que me golpeó se echa a un lado y se detiene junto a mí.

—¡Vaya, lo siento, tío! —exclama el conductor asomándose por la ventanilla—. ¿Estás bien?

—Bien —respondo con la cabeza dándome vueltas; las luces se desdibujan a mi alrededor hasta convertirse en manchas borrosas de colores—. Estoy bien…

—¡Oh, Dios mío!

Una voz se alza sobre las demás y me estremezco al percibir el tono de preocupación. Una chica sale a trompicones de la parte trasera del taxi. Una chica rubia con un vestido plateado y ojos

oscuros, los más abiertos que he visto en mi vida. Se me ocurre entonces que he debido de darme un buen golpe en la cabeza.

—¡Ezra! —exclama Audrey arrodillándose a mi lado—. Oh, Dios, Ezra…

Es ella. Esta vez sí que es ella.

—¡Olvídate de la cuenta! —grita el taxista arrancando y perdiéndose en la noche.

El semáforo ha cambiado de color y los demás vehículos se ponen en movimiento lentamente, el corrillo se dispersa y Audrey está aquí, ante mis ojos.

Me levanto con dificultad y nos apartamos de la calzada. Audrey me palpa el torso.

—¿Te duele? —pregunta con voz temblorosa—. ¿Crees que te has roto algo?

—Estoy bien. —Me río con una vaga sensación de histeria—. Creía que te estaba siguiendo. Estás en todas partes. No estás en ningún sitio y después estás en todas partes.

—Necesitamos otro taxi —dice mirando nerviosa a su alrededor—. Tienes que ir al hospital…

—No, no…

—Has sufrido una conmoción —dice con gesto de alarma apartándome el pelo mojado de la cara con una mano—. Oh, Ezra, cómo tienes la cara…

Le tiemblan las manos. Las tomo entre las mías y se las junto; están muy frías. Se está empapando bajo la lluvia y su liviano vestido está calándose y pegándosele al cuerpo.

—No te preocupes. Iba a buscarte. Me llamaste.

—Estás sangrando. Tenemos que ir al hospital…

—No tenemos que…

—¡Acaba de golpearte un coche!

—En el que ibas tú. ¿No eras tú la que creía en el no sé qué cósmico? ¿No crees que es una señal?

—No digas esas cosas —dice con un gemido y una mueca de dolor —. Creí…

Entonces empieza a sollozar; se abraza a mí y apoya la cabeza sobre mi pecho.

—Lo siento —digo inmediatamente abrazándola—. Lo siento. No pretendía…

—Te quiero —responde con voz amortiguada—. Te quiero, y por un instante creí que te había matado, maldita sea.

Me pregunto entonces si el taxi no me habrá matado, efectivamente, si todo esto no será más que un sueño maravilloso conjurado por mi cerebro agonizante.

—Soy inmortal —me oigo decir. Audrey se ríe y me mira con sus enormes ojos llenos de lágrimas.

—No tiene gracia —dice luego muy seria. Se echa a reír de nuevo y es el sonido más hermoso que he oído en mi vida.

—Me quieres —digo todavía aturdido—. ¿Desde cuándo?

—No…, no lo sé. —Se sorbe la nariz y se seca las lágrimas—. ¿Acaso importa?

—No —respondo; sin pensar, levanto la mano y la apoyo en su mejilla.

Está sofocada, mojada por la lluvia; se le ha pegado un mechón de pelo y se lo aparto con suavidad. Me mira fijamente con los labios entreabiertos.

—Yo también te quiero —le digo—. Te quiero y creo que esto es obra del destino, y te juro por Dios que no estoy conmocionado.

Audrey deja escapar un sollozo extraño, como un hipo, y vuelve a hundir la cabeza en mi pecho.

—Yo…, yo también creo que es cosa del destino —dice medio riendo, medio llorando—. Ojalá no hubiera incluido el golpe que te dio el taxi.

—Cosas que pasan —digo jovial—. Aunque, si la inevitable cicatriz en la cara va a ser un problema, te entenderé si te arrepientes. Bastante tenía ya con esta nariz…



AUDREY



—Calla —digo enfadada, y él ríe.

Está riendo y es el único sonido que quiero escuchar el resto de mi vida. Vuelvo a mirarlo y le sujeto el pelo con cuidado detrás de la oreja para verle mejor la mejilla. La sangre se está mezclando con la lluvia, gotea y le está tiñendo de rosa el cuello de la camisa.

—Tenemos que ponerte un vendaje —digo con voz débil y procurando que su mirada marrón líquida no me distraiga. Llevaba tanto tiempo sin verlo que me siento embriagada por su mera presencia.

—Sí —responde, aunque es evidente que no me está escuchando; su mirada se ha tornado vidriosa y se cierne sobre mis labios—. ¿Mañana qué tal tienes el día?

Mañana.

De algún modo, entre el caos, el desconcierto y la pura felicidad vertiginosa del momento, casi consigo olvidarme de la inmutable realidad de que mi maleta hecha me espera en el apartamento junto con el pasaporte.

—Mañana no estaré aquí —musito—. Me voy.

—Ah —dice tras una pausa intentando esbozar una sonrisa—. Creo que más o menos lo sabía.

—¿En serio? ¿Quién te lo dijo?

—Lo sabía, nada más —dice con naturalidad; si lo dijera otra persona, no lo creería.

—Lo siento… —empiezo a decir, pero sacude la cabeza.

—No, no lo sientas. Solo… Quiero que sepas que estas últimas semanas he llevado una vida más ordenada —explica en tono un poco forzado—. He intentado ser mejor. No tienes ningún motivo para creerme, lo sé. Ni siquiera estoy seguro de si deberías creerme, pero…

—Ezra…

—Lo digo en serio. No bebo. No fumo. Estoy intentando arreglar las cosas con mi padre. Quizá incluso empiece a ir a terapia; por lo visto, toda mi familia va, así que supongo que podrán buscarme una cita con alguien…

—Ezra —repito con firmeza apoyando una mano en su pecho—. ¿Por qué me estás contando todo esto?

—Porque quiero que vuelvas —responde muy serio—. Quiero ser un motivo lo suficientemente bueno para que quieras volver.

Tengo que tragar saliva para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta antes de poder responder con voz temblorosa:

—Volveré. Claro que volveré.

—Tienes que volver. No querrás ofender al universo después de todo el trabajo que se tomó para traerte hasta aquí.

—Exactamente. —Sonrío—. Aunque pensé que no creías en «esas cosas».

—Ya, bueno…; en la vida suceden cosas. Sucediste tú.

Me río y finjo un gesto de hastío como si estuviera turbada por la cursilería y no a punto de derretirme hasta formar un charco de pura

felicidad.

—En cualquier caso —continúa—, creo que ya no nos hace falta creer.

—Porque me quieres —digo.

Le estoy dando pie a corroborarlo de forma un poco burda. Pero me da igual. Solo quiero oírlo otra vez. Y otra. Y otra.

—Porque te quiero —dice con una amplia sonrisa—. De hecho, te quiero desde hace tiempo. Mucho antes de lo que habría sido normal.

—Ni siquiera hace dos meses —puntualizo intentando evitar un sonrojo incipiente—. Aún nos queda mucho para que sea «normal».

—Demasiado tarde. Tú también lo has dicho.

—De hecho, fui la primera en decirlo.

—Cierto. ¿Cómo puedo compensarte?

—No tienes… —empiezo, pero en ese momento nuestras miradas se cruzan y se hace evidente que no está formulando una pregunta.

El corazón me late con fuerza y soy vagamente consciente de que debo de estar hecha un desastre, como una sopa y con el maquillaje corrido, la nariz roja y surcos de lágrimas. Pero, tal como me está mirando Ezra, no estoy segura. De hecho, me está mirando como si tuviera magia. Y, cuando acerca la mano a mi cara y me guía hasta sus labios, esa es exactamente la sensación que flota en el aire.

En todo el tiempo que llevamos aquí parados, ningún transeúnte se ha vuelto a mirar con curiosidad a los dos adolescentes empapados y manchados de sangre que se declaran su amor bajo la lluvia. Así es Nueva York, supongo, pero en este momento es como si no existiera. Solo estamos nosotros; solo él y yo. Su boca, sus manos; una bajo mi barbilla, la otra enredada en mi pelo. Quiero

retenerlo así para siempre, aferrarme a esto, a él. Cuando por fin nos separamos, estoy agarrada a su camisa como si fuera lo único que me atara a este planeta.

«Mañana» es lo más endeble del mundo, un concepto totalmente efímero que carece de relevancia para nosotros dos. Pienso en decírselo a Ezra, pero, cuando se inclina para besarme de nuevo con una sonrisita de medio lado, me doy cuenta de que probablemente ya lo sepa.

AGRADECIMIENTOS



Estoy muy muy agradecida a mi extraordinaria agente Rachel Petty, cuyo apoyo, orientación y confianza han hecho que todo esto sea posible. El equipo de Blair Partnership ha sido increíble a lo largo de este proceso, y me encantaría dar las gracias a Rhian Parry por sus generosas y esclarecedoras notas. También estoy en deuda con mi brillante editora, Lizzie Clifford, de Hachette; has convertido cada etapa de este viaje en un auténtico sueño y soy la persona más afortunada del mundo por tenerte a mi lado, trabajando increíblemente duro para que este libro y esta experiencia resultaran lo mejor posible. Todos en Hachette han sido maravillosos; gracias muy especiales a Jenna Mackintosh por su impecable trabajo editorial y su infinita paciencia, así como a Bec Gillies y Dominic Kingston por sus palabras amables, entusiasmo y creatividad. También quiero agradecer a Joana Reis y Sam Perrett su preciosa portada y que fueran tan encantadores y receptivos durante todo el proceso de diseño.

Soy consciente en todo momento de que solo he conseguido dedicarme a lo que me gusta gracias a las personas que quiero, sin las cuales este libro no existiría. Quiero dar las gracias a mis estupendos amigos, que me han apoyado durante años a pesar de que siempre me daba demasiada vergüenza enseñarles lo que

escribía. A mis padres, por proporcionarme mi primer carnet de la biblioteca y nunca nunca dudar de que podría lograrlo, a pesar de tener muy pocas pruebas para seguir creyendo en mí. A mi hermana, que siempre ha sido y será mi mejor amiga y persona favorita (mención honorífica a su muy amable y comprensiva pareja por dejarme vivir en su casa durante tanto tiempo, sobre todo cuando estuve sin trabajo y viendo *Perdida* una media de tres veces por semana). Y a Charlie, el mejor compañero; si alguno de los que leáis esto tiene la suerte de tenerlo cerca, por favor, que le dé un capricho de mi parte.

También quiero dar las gracias a las tiendas de discos independientes, al café negro de filtro de 99 peniques de Pret, a la función de guardado automático de Word, a los profesores que escriben «¡Sigue así!» en los márgenes de las redacciones, a los trenes con mesas plegables y enchufes, a los ángeles que viven en la tierra, también conocidos como libreros, a *Mientras escribo* de Stephen King y al propio Stephen King. Y a ti, que estás leyendo esto. No encuentro palabras, xx.






Anabel García
A veces la vida te brinda una segunda oportunidad. Una en la que todas las piezas encajan y no hace falta lanzar más dados al viento.
¿Todavía? ¡Siempre!
Harper
Historias en femenino

¿Todavía? ¡Siempre!

García, Anabel
9788418976384
432

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A veces la vida te brinda una segunda oportunidad. Una en la que todas las piezas encajan y no hace falta lanzar más dados al viento.

«No todas las historias de amor comienzan con un beso. Yo me enamoré de él mucho antes de besarnos».

Sara acaba de descubrir que no hay nada peor que mirarse al espejo y no reconocerse. Desearía desaparecer de su propia vida porque siente que lo tiene todo y no es suficiente. Ansía recuperar algo que ni siquiera sabe que ha perdido, pero que es lo único que necesita para ser feliz: amar y ser correspondida.

Cuando por fin se decide a dejar a su novio y trasladarse a Madrid para intentar controlar una vida que es como ella, un caos absoluto, resulta que el piso en el que debería vivir sola está repleto de gente extraña, en el trabajo no le pagan y el amor de su vida es gay. ¿Qué más le podría suceder?

Pues que termina grabando un podcast en el que cuenta sus escarceos amorosos con su amor platónico. El gay. El problema es

que cada vez tiene más oyentes y corre el riesgo de que el susodicho reconozca su voz. ¿Logrará mantener Sara su identidad en secreto? ¿Quién es ese hombre anónimo que le escribe unas cosas tan bonitas en el podcast?

—No te enamores con el primer beso —me advertían siempre mis amigas—, ¡y yo, como buena idiota que soy, me enamoré sin ni siquiera besarlo!

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Minecraft oficial: Retos de supervivencia

Mojang AB
9788410642966
96

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¡BIENVENIDOS, SUPERVIVIENTES!
Quizá Minecraft parezca de lo más encantador, ¡pero todos sabemos que sobrevivir puede ser toda una batalla! Tienes en tus manos una colección de retos apasionantes recogidos por expertos en Minecraft que puedes hacer en solitario o en grupo. Algunos son difíciles, otros son bestiales ¡y otros son tan divertidos que los creadores de este libro no pueden ni acordarse sin echarse a reír! Puede que juegues a Minecraft para encontrar criaturas cuquis o derrotar a otras peligrosas. O quizá te encante la fabricación o te gustaría saber cuánto tiempo puedes sobrevivir sin fabricar nada. Te guste lo que te guste, este libro tiene retos que mejorarán tus habilidades y te propondrán nuevas formas divertidas de jugar.

¿Quieres ya tu primer reto?

MÁS DE 250.000 EJEMPLARES VENDIDOS DE LA SERIE

DESCUBRE ESTOS MANUALES IMPRESCINDIBLES PARA TUS PARTIDAS EN MINECRAFT:

Manual de combate: 978-84-18774-38-6

Manual creativo: 978-84-18774-39-3

Manual de supervivencia: 978-84-18774-44-7

Manual de redstone: 978-84-18774-43-0

Legends: 978-84-18774-87-4

Manual del explorador: 978-84-18774-89-8

LIBROS PERFECTOS PARA INSPIRARTE:

Miniconstrucciones. Más de 20 divertidos proyectos: 978-84-18774-07-2

Miniconstrucciones increíbles: 978-84-91399-06-3

Bases épicas: 978-84-9139-903-2

Inventos épicos: 978-84-18774-49-2

REGALA MINECRAFT:

Enciclopedia de Mobs: 978-84-10021-06-8

Blockopedia: 978-84-18774-48-5

Cómo dibujar: 978-84-10021-52-5

DIVIÉRTETE CON LOS CÓMICS DE MINECRAFT:

El Dragón del Fin: 978-84-18774-28-7

Aventuras en el Reino Eterno: 978-84-18774-83-6

El Portal en Ruinas: 978-84-19802-57-6

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Minecraft oficial: Manual de supervivencia

Mojang AB
9788418774522
96

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Edición actualizada y revisada. Libro oficial del videojuego más vendido de todos los tiempos.

Explora un mundo grande y lleno de aventuras.

Hay muchas formas de jugar a Minecraft, y una de las más populares es el modo Supervivencia, en el que tendrás que forjar tu propio camino en el juego, solo con los bloques que encuentres para fabricar cosas, y te enfrentarás a muchos peligros con la certeza de que, con un solo movimiento en falso, podrías perderlo todo. Es muy emocionante, ¡y muy difícil!

Así que llena el inventario, construye una base y prepárate para sobrevivir a la noche con el Manual de Supervivencia oficial de Minecraft, el único libro que necesitas para mejorar tus habilidades.

Aprenderás a conseguir recursos, fabricar herramientas, protegerte de criaturas hostiles y muchas otras cosas. También incluye consejos

avanzados sobre cómo sobrevivir en el Inframundo y el End y convertirte en el héroe que estás destinado a ser.

Así que llena el inventario, construye una base y prepárate para sobrevivir a la noche con el *Manual de Supervivencia* de Minecraft, el único libro que necesitas para mejorar tus habilidades.

Aprenderás a conseguir recursos, fabricar herramientas, protegerte de criaturas hostiles y muchas otras cosas. También incluye consejos avanzados sobre cómo sobrevivir en el Inframundo y el End y convertirte en el héroe que estás destinado a ser.

[Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)]



Minecraft oficial: Miniconstrucciones. Más de 20 divertidos proyectos

Mojang AB
9788418774362
96

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Libro oficial del videojuego más vendido de todos los tiempos.

Aprende a diseñar, construir y personalizar 20 miniproyectos en Minecraft, desde aviones de bomberos y submarinos de aguas profundas hasta búnkeres ocultos y minijuegos recreativos. ¡Incluso hay una escuela de vuelo de superhéroes! Con instrucciones detalladas, trucos de bloques y consejos de construcción, este libro te animará a pulir viejas habilidades y aprender otras nuevas mientras creas una amplia gama de construcciones divertidas para impresionar a tus amigos en Minecraft. Para mostrarte cómo completar cada compilación de principio a fin, hay vistas ampliadas, guías paso a paso e instrucciones detalladas.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)


MINECRAFT
MOJANG STUDIOS
PRODUCTO OFICIAL
MANUAL DE REDSTONE
HarperCollins

Minecraft oficial: Manual de redstone (edición actualizada)

Mojang AB
9788418774799
96

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Libro oficial del videojuego más vendido de todos los tiempos.

Lleva tu creatividad y tu capacidad de fabricación a un nivel más alto con el *Manual de redstone* de Minecraft; el único libro que necesitarás para dominar el poder asombroso del redstone.

Descubre cómo construir circuitos capaces de transformar tu forma de jugar, desde sistemas de seguridad especial que mantendrán tu base a salvo hasta impresionantes máquinas automáticas de minado, entre muchos otros más.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)